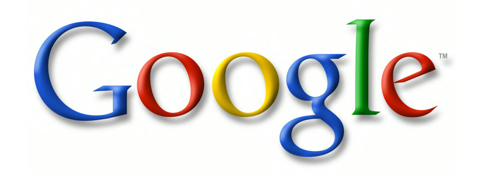
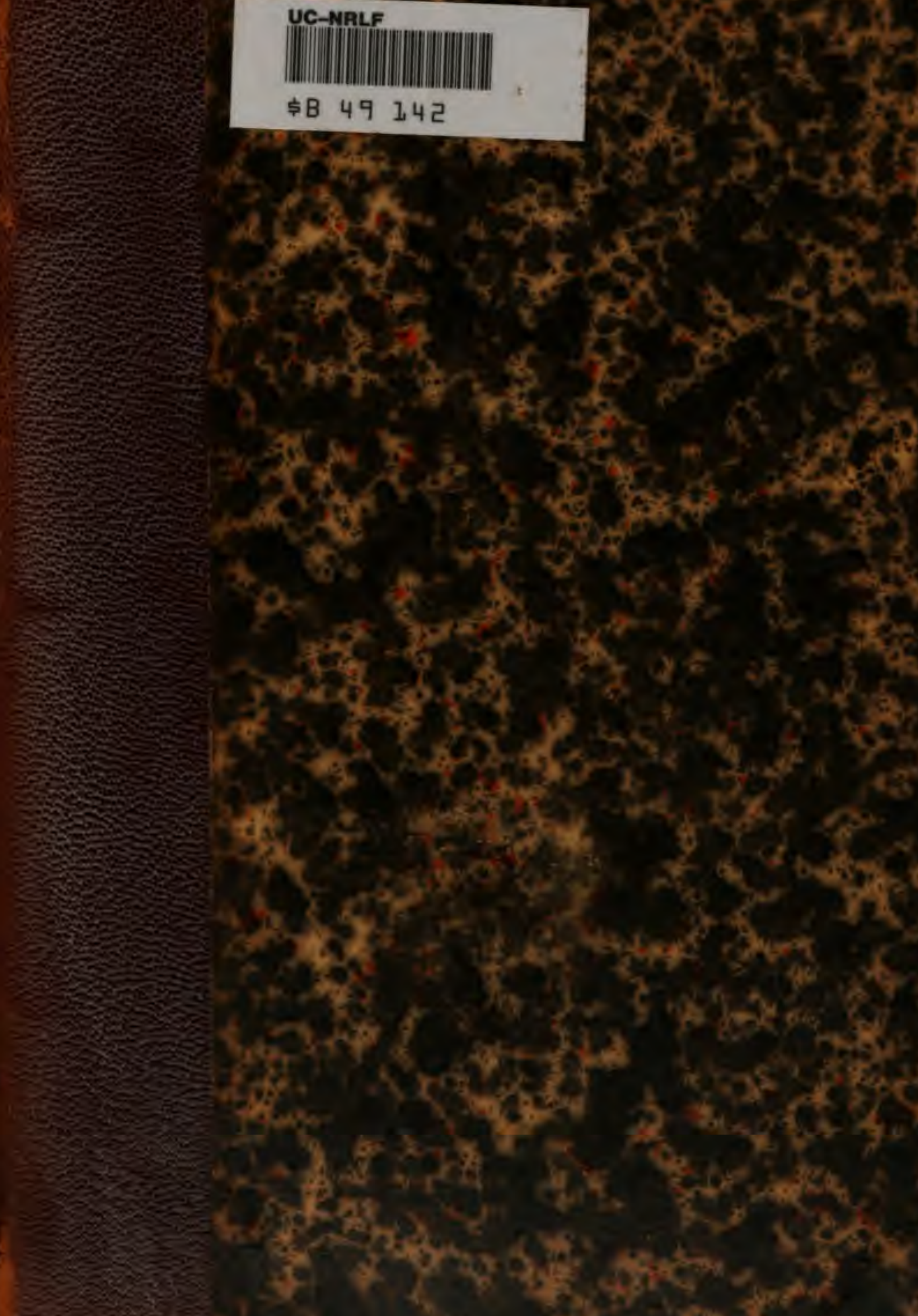
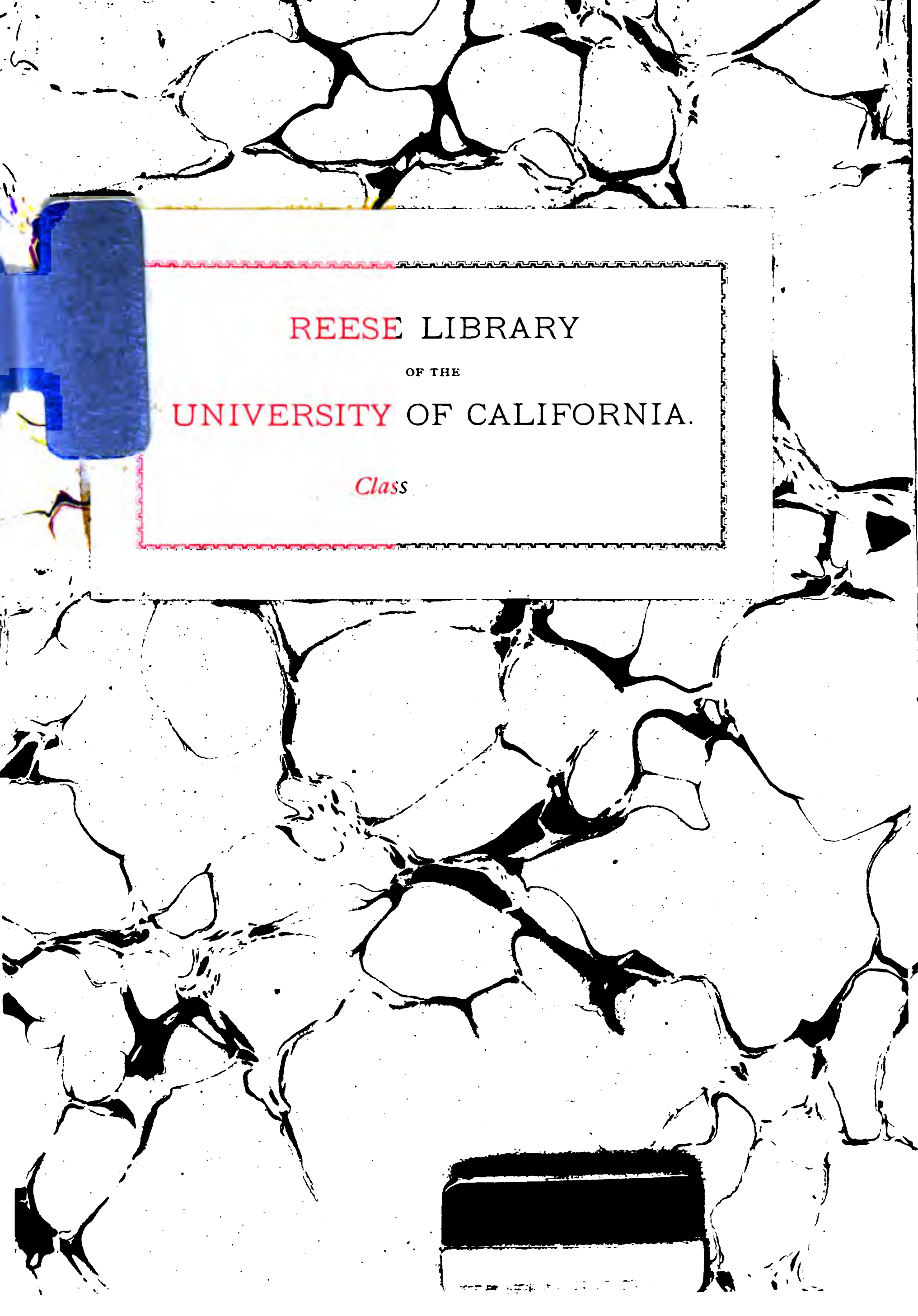
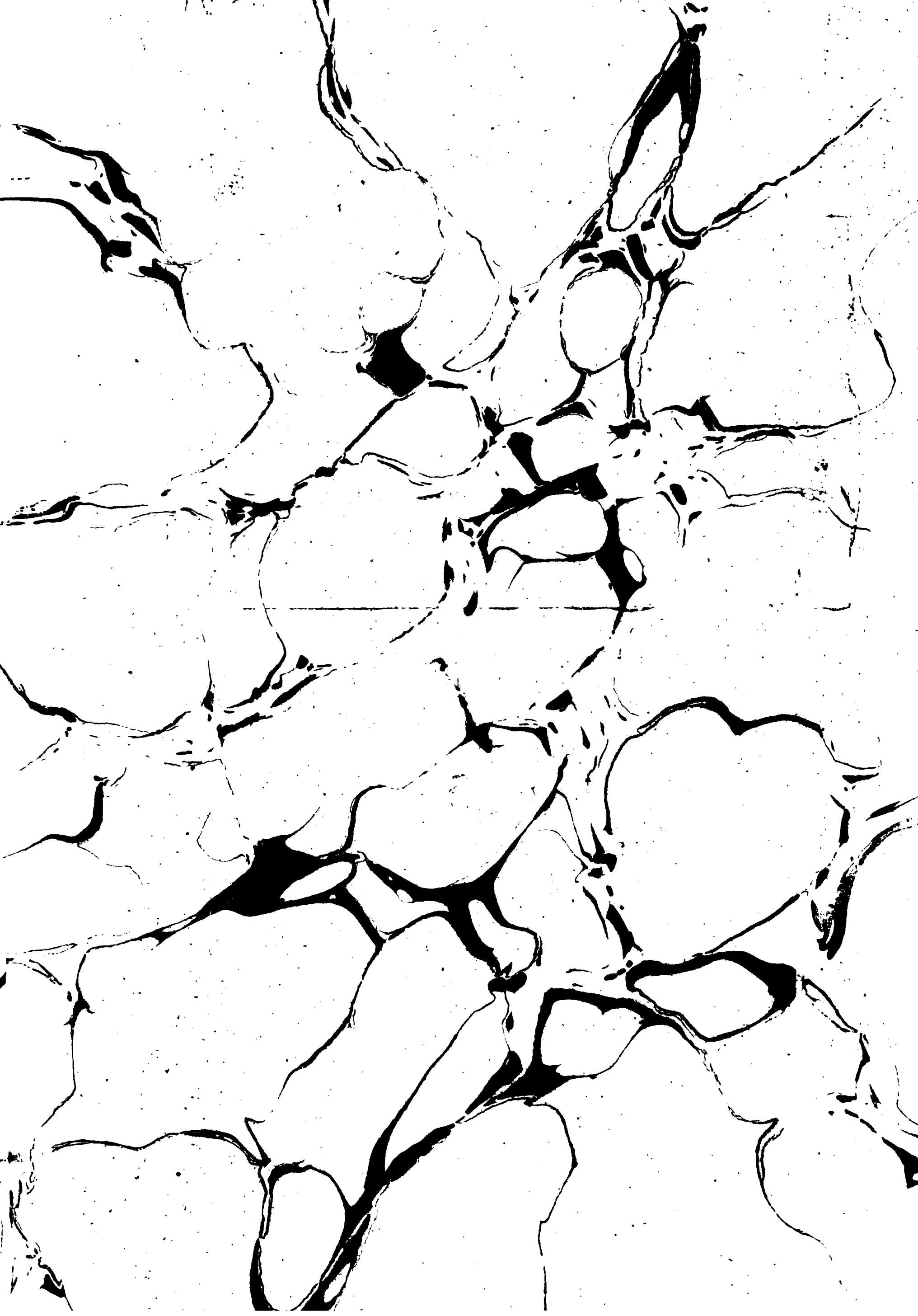
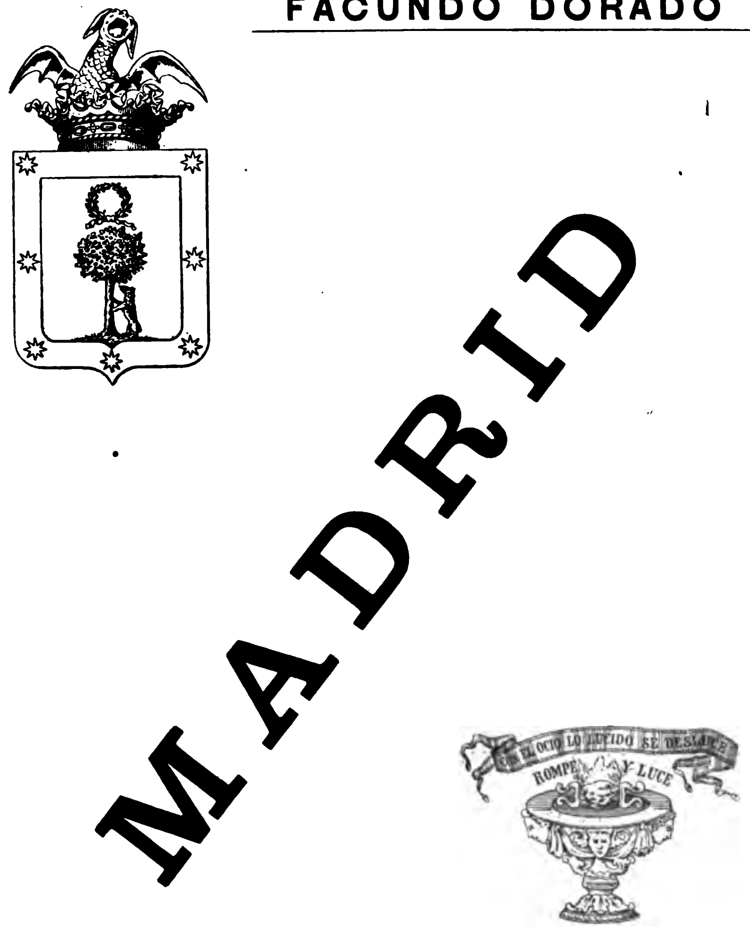



UC-NRLF
$B 49 142


REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class



FACUNDO DORADO

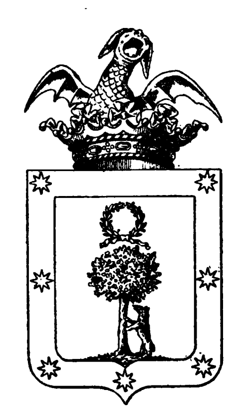


MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS HIJOS DE R. ÁLVAREZ
Á CARGO DE MANUEL ÁLVAREZ

1908

MADRID

Facundo Dorado.



Escudo de la Villa, según la Heráldica.

MADRID





MADRID, 1907
Establecimiento tipográfico de los Hijos de R. Álvarez
á cargo de Manuel Álvarez
15, Ronda de Atocha, 15.
Teléfono 809.



I

VIVIR en la ciudad ideal, perfecta, la que en los sueños de la imaginación se ha visto, la que el cariño ha trazado, la que consagra el recuerdo y donde cada piedra, cualquier detalle, evocan mundos de poesía y todo es familiar, constituye una aspiración muy humana. Servirla es misión de las grandes urbes modernas.

Quien las edificara hoy, quien tuviere la suerte de erigir, como conquistadores y reyes de la antigüedad, como patriarcas, aventureros y pueblos en éxodo, ciudades nuevas; quien dispusiese de la varita mágica que improvisa metrópolis, no la podría manejar sin que el espíritu de la civilización la moviera. Ningún hombre culto dejaría hoy de preocuparse de la ardua labor puesta en sus manos regidoras de un pueblo, labor compleja, por las necesidades de la vida contemporánea, donde, con unión indisoluble, al atender los problemas materiales que se imponen á todos los hombres de cierta educación, que son obligados en la vida social y ya requeridos por los menos habituados á refinamientos, á la fuerza se ha de contribuir al desarrollo de los bienes del espíritu.

Cuanto se haga en beneficio de la higiene, por ejem-

plo, de la policía de costumbres, redundará en provecho de la educación, de la cultura, y desbastada la naturaleza, purgándola de grosería, es más apta para sí y para la vida de relación, pues, valiéndonos de una imagen, eso es como urbanizarla también, y al darle ensanche y comodidad, le inundan aire y luz de horizontes extensos. Y no digamos de lo que se refiere á subsistencias, pues contra prejuicios vulgares que se caen de viejos, con que parece haberse querido cohonestar el hambre atrasada de los españoles, paralela con su decadencia, los que comen bien son los fuertes, los selectos, los capaces de grandes cosas, y á los famélicos les aguza el ingenio la necesidad sólo para variar el repertorio de la novela picaresca.

En el flujo y reflujo de la solidaridad urbana, la hacienda del pueblo está en relación íntima con la de sus vecinos, como el bienestar de éstos se funda en el desahogo de instituciones amplias, que tiendan á extinguir toda desigualdad, y á que no sean los impuestos sinónimos de calamidades públicas. La despoblación, originada por exceso de mortalidad, por holgazanería, por emigración de los productores ó falta de inmigración de hombres útiles, señal es de ruina infalible y de incapacidad directriz. Hay que ordenar la Hacienda y arbitrar recursos holgados, pero el buen administrador no mata la gallina de los huevos de oro.

Un sano egoísmo, pues, ya que no más altas consideraciones, debe mover las almas á construir sobre cimientos sólidos la moderna ciudad, material y moral, según el concepto de ahora. No es la ciudad el Estado, ni un Estado dentro del Estado, ni un feudo, ni una colonia, ni una nacionalidad subordinada. Pasaron con el río de la historia esos municipios. La firme base de la nación y

la libertad, el Ayuntamiento, de herencia tan sublime, se presenta, no acordonado, hostil á los demás Ayuntamientos y al forastero, sospechoso de extranjería, con nota de bárbaro, á estilo antiguo, sino abierto á grandes ideas é intereses, sometido á concepciones más excelsas, que, sobre comunidades locales, formadas para servirlas, no sólo unen á los compatriotas sino á todos los hombres.

Cuando el municipio es la capital de una nación, en mayor grado hay que atender á sus condiciones, y además del sello cosmopolita, debe ser como la cifra de la patria. El nombre de ese pueblo personifica ante el mundo al Estado y no es bastante la sanción oficial para que de veras encarne su vida y se haga cabeza. Cuando tal ocurre, por obra del tiempo, por razones históricas ó políticas, por lo que sea, y viene á significar la unidad de una expresión geográfica, entonces, cualquiera que haya sido su origen, es capital por derecho propio y más si se convierte en troquel donde vienen á confundirse y á modelarse, cuando son varios, los elementos de una nacionalidad.

Patrimonio común del Estado es su brillo, y aparte de los morales, sin justiprecio, depósito sagrado de generaciones innúmeras, los intereses materiales son tan enormes, tan estupendas las energías allí acumuladas, tan incalculable la riqueza consumida, tan pródigo el derroche de actividad que, como ciertas formaciones de la naturaleza, suponen trabajo ciclópeo y una concreción de gentes y razas. Temible es el cambio de faz en eso, como en la del planeta, porque suele encargarse de la mutación el cataclismo.

Evocando las ruinas de pueblos muertos, se ve aún en las ciudades de imperios despóticos, sin vislumbres de

personalidad jurídica, cómo absorben la representación del Estado; y en el desierto del país donde yacen y en el desierto del olvido, más desolado aún, suena su nombre como el miserere de la historia y á los hierbajos de lo caído murmura el viento de la soledad sus leyendas y las marcas visibles de una civilización quedan como reliquias en los escombros.

Jardines aéreos, monstruosidades hieráticas, descomunales palacios, tétrica adustez, pompas deslumbradoras y greguería, se confunden en la pesadilla de la imaginación con nombres que parecen cabalísticos, y en el desfilar de ciudades teocráticas, guerreras, patriarcales, voluptuosas, mercantiles, cada una con su fisonomía y expresión, deslumbran como astros las ciudades legisladoras, artistas, y anhelos del alma la pasean nostálgicamente por los pórticos helenos y la suben á la tribuna del foro.

La riqueza y la gloria de las ciudades son de interés humano. Escriben la historia, sirven al progreso, confirman la civilización, guían, son faros, y engendran la urbanidad y el civismo. Cada vez inspiran mayor respeto y de ahí tanto estudio de cosas municipales. Y la capital de un pueblo es como el tesoro de la nación.

Dista mucho de ser Madrid la ciudad de nuestros ensueños, que el amor á la tierra nativa no pone venda en nuestros ojos, y si eso obliga á ver sus deformidades, en cambio no ciega y podemos admirar sus encantos. No es lo que quisiéramos ni lo que debe y puede ser; pero no hablen á tontas y á locas, despectivamente, los incapacitados de compararle sino con el lugarejo de donde les atrajo su brillo, sin ver más mundo, ni los que ensalzan lo extranjero, hiperbólicamente, sin haber cruzado jamás la frontera.

Suele ocurrir, como contraste que pone algo en ridículo nuestro buen tono antipatriota, que Madrid, con su cielo y su risueña catadura, guste y merezca la simpatía de viajeros internacionales. Algunas poblaciones hemos visto de varios países, y como procuramos al viajar mantenernos equidistantes del no admirar nada y del admirarlo todo, podemos decir á los representados por los figurones populares de Coria y Burgos, no á los discretos, cómo es casualidad que haya barro también cuando llueve fuera de España y polvo en tiempo de sequía, y caigan hacia abajo, por ley natural y tal vez sobre la cabeza de un transeunte, las cosas de arriba, y queme casas el incendio, y se mueran de hambre los que no comen, y habiten zahurdas los que no tienen dinero para un palacio, y riñan la higiene, la miseria y la ignorancia, como desavenidas comadres, y los ladrones roben, y asalten en callejas los asesinos, y sufran plagas, ni más ni menos que estos pobres vecinos de Madrid, habitantes de tercera clase del planeta.

Claro es que con grandes poblados, como, por ejemplo, París, Londres, Berlín, Viena, y no hace falta visitarlos para darse pisto, la comparación es desventajosa; pero aparte de no ser todo oro lo que reluce, sólo que por allá no hay distinguidos papanatas con el vicio de humillarse siempre en el paralelo, justo es al hacerle tener siquiera el concepto filosófico de la relatividad de D. Hermógenes, cotejar circunstancias, el estado de uno y otro país, su respectiva población, su riqueza, todo; y por lo observado y leído, sabemos que Madrid aventaja á muchas ciudades importantes del exterior ó no desmerece de ellas, y que España, en sus actuales condiciones, no puede quejarse de su capital.

Desde luego es digna de serlo, como ninguna otra,

por sus elementos de cultura y sobre todo, por su nacionalismo. Mucho de lo que carece demostraremos que lo puede adquirir, por contingente y posible. Tal como es hay que amarla por generosa, por buena, por alegre, por tolerante, por hospitalaria, por española, por sus hechos y por los hombres preclaros de que ha sido cuna. Por laboriosa también y por progresiva, aunque hagamos reir frívolamente á los que, siempre ligeros, la acusan de estadiza y de rutinaria, cuando hay pocas que hayan realizado en tan poco tiempo y con tan pocos recursos tantas reformas.

Madrid, pese al abandono en lo que se refiere á costumbres sociales, que le suelen dar un semblante poco europeo, fácil de corregir, porque no corresponde á la índole del vecindario y se debe á punibles condescendencias; no obstante su burocracia y la nube de pretendientes y aventureros, gente adventicia, enfermedades propias de la capitalidad, inherentes á ella, como el lujo, que agrava el ser corte fastuosa, lujo que en nuestra villa es señoril, del que no se improvisa, y la imprime un carácter inconfundible con pueblos burgueses, igual, si no superior, al de poblaciones espléndidas; Madrid, con eso y con todo, es otra cosa que el verbenero y flamenco y el parásito nacional que puede suponerse, y más con los vuelos que ha dado al prejuicio cierta literatura.

Despertar un poco de espíritu madrileño entre los moradores de la Muy Heroica Villa, sean *gatos* ó no, que eso importa poco en esta tierra de amigos, algo de amor á quien es blanco de ingratitudes, sería el mayor éxito de nuestros afanes y un bien para los españoles. Hay que modificar en lo posible la idea de que se permanece aquí como acampado, cuando no es verdad, cuando se

arraiga y se crea una familia y se vive y se muere y se descansa el sueño definitivo y es costumbre casi general en los provincianos traer sus penates.

Ser alcalde de Madrid, de la primera población de la Península, reúne á la significación altísima del cargo en la historia de nuestras franquicias municipales, la importancia en lo político y en lo social que lleva aparejado por doquiera el regimiento de la metrópoli. A pesar de deficiencias legales, la autoridad de la función ayuda á su enaltecimiento, que se impone cuando una vulgaridad no la desempeña, y para pago de ese honor debe parecer poco dedicarse por entero, con devoto entusiasmo, á dejar renombre, que sería eterno por lo que hemos dicho de ciudades así, donde lo local se convierte en nacional y se incorpora á la postre al torrente de la civilización humana. Con iniciativa audaz y carácter, amor á Madrid y amor propio, se construye un alcalde sólido y muy encumbrado pedestal. Debiera tenerse mucho rigor en elegir personas competentes, y desde luego, á figurar en la galería de alcaldes sin pena ni gloria, preferible es, en el buen sentido de la frase, hacer alcaldadas.

¡Cuánto bien puede realizarse en la misión tutelar que al Concejo incumbe y cómo el grande honor de la representación popular, que hemos estimado en lo que vale, debía hacer de la Casa de la Villa el arca santa del pueblo! La genealogía del edilazgo, rancia é insigne, tiene en nuestros anales ejecutoria de oro, y ya que Madrid resume el genio español, parece obligado su Ayuntamiento á sublimar las históricas cualidades. Estableciéndose una corriente no interrumpida de solidaridad entre los administrados, con espíritu local, muy débil hoy, y los administradores; seleccionando unos las personas aptas y de

noble ambición para representarlos de verdad, ejerciendo sus deberes de ciudadanía; conscientes los otros de sus obligaciones y con el estímulo de ganar con sus obras lugar preeminente y la estimación de los suyos, de sus paisanos, pudieran los concejales, firmes y altivos cual los pilares á que los comparaba el poeta, mantener con dignidad y beneficio del procomún un puesto muy difícil por lo complicado y por su significación, pues nobleza obliga, para el que no sirve, ni mucho menos, cualquiera, como se figuran vanidades de pequeño calado. Desde luego, y lo mismo en todos los cargos públicos, para el de alcalde y concejal debiera ser causa de inhabilitación perpetua el excepticismo.

Lo que vamos á emprender es un estudio que muy sumariamente se bosqueja en estas líneas preliminares. Queremos bucear en el alma de Madrid, sentirle, oir su corazón, regocijarnos de su prosperidad, confortarnos con lo que es en comparación de lo que ha sido, hacer obra completa de presentación, y, severos y justos, arrugar el ceño ante sus imperfecciones, señalándole un porvenir mejor con el examen de problemas y servicios urbanos.

Este libro de rehabilitación y crítica, no de historia, sobre la que se ha escrito bastante, pues lo que nos interesa más es lo que vivimos y su perfección, y lo que tomemos de lo pasado necesariamente será para reforzar el sentido que á nuestra obra imprimiremos, aumentará la bibliografía de Madrid, que en esta clase de trabajos no abunda, y aun si nos atreviéramos diríamos que la índole de éste es original, como prueba de indiferencia malsana y de la poca fortuna de la villa, de quien se habla mal hasta por hijos suyos, á quienes hay que *descubrírsela.* «Rompe y luce» nos manda como norma de

proceder, imperativo redentor, y, buena madre, nos da la máxima de que con «El ocio lo lucido se desluce», en su otro lema. París, con mucha más suerte, cuenta con una copiosa bibliografía, donde han colaborado escritores como Renan, Littré, Blanch, Michelet, Dumas, Taine, Zola y Víctor Hugo. Santificar el hogar y hacerle agradable, vivir bien, embellecer la vida con gusto clásico, prolongándola, es arte de exquisitos y aventura noble. Sólo emprenderla es aquí un mérito que, á falta de otros, salva al autor, cuya osadía le será perdonada si sirve de estímulo para discurrir sobre los temas interesantes que verá el que leyere.





II

UIEN supiera de un poderoso rey, cuyo cetro reunía más Estados que tuvo nunca monarca de la tierra, sin ponerse el sol en sus dominios, que se hizo una corte, recordando caprichos reales, improvisaciones magníficas, hallaríase dispuesto, recreándose de antemano su excitada imaginación, á escuchar descripciones maravillosas.

Si á ello se añade que la madre de ese rey, mujer de un emperador, de grandeza personal tan insigne que es una de las figuras culminantes de la historia, levantó, como reza el letrero, una ermita en memoria de haber recobrado el príncipe la salud, gracias al agua de la fuente que por prodigio iluminó un pobre labriego, cabeza en el lugar de toda una familia de santos, se acrecería el ansia de conocer el nuevo y nunca visto emporio.

Porque el oyente, aguzada su curiosidad por el arte del narrador, sabría lo que era para la metrópoli naciente la gloria de poseer un bienaventurado en carne mortal, debiendo parecer poco lo que se realizara en su honor, máxime después de un servicio tan eminente á la propia persona del rey y á la del emperador su padre,

curado también en Madrid de perniciosa enfermedad.

Las circunstancias del monarca, de raza altiva, de poder omnímodo, y las del país arrogante, con el orgullo de la dominación, abonan el prematuro asombro, y más cuando se tiene en cuenta que la villa privilegiada poseía ya entonces un ilustre abolengo y una significación principal. Nacieron capitales en el tiempo y en el espacio como diz que salió Minerva de la cabeza de Júpiter, bastando en cualquier yermo la voluntad de quien podía. «Hay puntos del globo, dice Víctor Hugo, lechos de valles, vertientes de colinas, confluentes de ríos, que tienen asignada una función y se combinan y disponen para crear un pueblo. Su soledad atrae. El primer advenedizo se detiene ante ella. A veces basta una cabaña para deponer la larva de una ciudad. El pensador halla sitios aptos para misteriosa elaboración. De este huevo saldrá una barbarie; de aquel otro, una humanidad. Aquí, Cartago; allí, Jerusalén. Así como hay ciudades monstruos, hay también ciudades prodigios. Cartago nace del mar, Jerusalén de la montaña. Unas veces el paisaje es grandioso; otras, nulo. Pero esta no es razón para un aborto. Ved esa campiña. No sabéis siquiera cómo calificarla. Acá y acullá, malezas. Pero observadla con atención. En esas malezas se esconde la crisalidad de una ciudad.»

Madrid, cuando se hizo cabeza, lo fué naturalmente, sencillamente, sin formalidades pomposas ni declaraciones previas solemnes. Los reyes, de corte trashumante, se establecían allí donde mejor los cuadraba; pero por instinto, necesidades políticas ó tradicionales memorias, se fueron fijando en muy pocos puntos. ¡Y la cosa fué! Madrid es importante desde que aparece en la historia. Su situación y la nota de simpatía y altruísmo de sus no-

bladores, le hicieron núcleo condensador para acabar en astro de primera magnitud.

No es preciso acudir á leyendas. Es muy explicable la comezón de atribuirle fabulosos orígenes, por ser achaque de vanidad muy generalizada entre los hombres, y más á la sazón, preocupados todos de la alcurnia. No satisfacía á la Roma gigante la pequeñez de sus comienzos y buscó su orgullo manera de enlazar con los dioses; no bastaban á los fines de la adulación los progenitores de Godoy, cuya ascendencia se perdería en los primeros abuelos, y no faltó en la heráldica quien le deslindase el linaje de personas conocidas, generación por generación, hasta Adán y Eva. Siempre lo mismo.

Renunciamos á ver, como en la ya suprimida costumbre de esperar á los Reyes la víspera de la Epifanía, por dónde viene Nabucodonosor, y el muro y la puerta que se dignó construir, y renunciamos asimismo á la evangelización de Santiago Apóstol y al tronco griego, al príncipe Ocno Bianor, patriarca ancestral de la madrileñería. Los deliciosos escarceos de López de Hoyos, el licenciado Quintana, Núñez de Castro y otros inocentes coronistas, nos seducen como consejas oídas á venerables bocas en veladas infantiles, entre cabezadas de sueño. La *osaria,* fundada sobre agua y cercada de fuego, no nos embelesa ni nos paramos en Roma, ni en los visigodos, y á lo rigurosamente histórico nos atenemos, sin averiguar la etimología, desconocida, como suele, del nombre moruno de Madrid, fijando en el siglo x su antigüedad, aunque ya en esa fecha era plaza fuerte, y orondos, á falta de cosa mejor, con romper lanzas en romance morisco.

Simbólico es aparecer con personalidad definida en esa centuria en que pasó Europa una de las crisis tre-

mendas que preceden á los grandes alumbramientos. Campo de liza fué Madrid desde entonces de las ideas combatientes y se inclinó, por la casualidad feliz que decíamos, que la imprime su tinte simpático peculiar, á las más buenas, á las progresivas, á las causas nobles, hasta el momento, en la vigilia de su exaltación, de tomar partido por las Comunidades.

Creciendo en interés, participando en memorabilísimas empresas á favor de ideas nacionales, desde que la recobró de los moros definitivamente Alfonso VI, fué de modo insensible fortificándose, hasta pesar mucho en las discordias de los hijos de Alfonso Once, creador de su Ayuntamiento, y ser un dique para la feudal anarquía que trajeron por consecuencia, firme en su dignidad y tozudo, lo mismo en polémicas interiores de la potestad civil con la eclesiástica, que en las jurisdiccionales con Avila y Segovia, que en la aventura del rey destronado de Armenia, León V, venido nada menos que desde Babilonia á Madrid á recibir su pleito homenaje, pues se le cedió como un juguete cortesano, para remedio de melancolías, Juan I, el de Aljubarrota.

El episodio de un rey de Oriente, peregrino como un mago tras la estrella de sus ensueños, da ribetes fantásticos á los anales de Madrid, por si algo faltaba al papel lucido que jugó antes y en tiempo de los Reyes Católicos, no obstante combatirlos, peleando por la infeliz Beltraneja, de modo, que á su recinto derivaba fatalmente la corte, siéndolo de hecho en algunos reinados, y daba maestras famosas cual la Latina á la reina y generales de renombre. No hay que decir lo que valía después, cuando el emperador, por quien veló en ella Cisneros, y pese á la toma del Alcázar por los comuneros de la villa y á su tradicional barricada de carretas en la calle del

mismo nombre, contra los imperiales, no dejó de ser predilecta, de servir de prisión al rey de Francia, derrotado en Pavía, y la que ya ostentaba el título de muy noble y muy leal, se engalanó con el de imperial y coronada, y se cumplieron las leyes de su magnífico destino.

Estaba escrito, podía, en efecto, gritar su sangre árabe. Castelar dice en su estudio *Madrid en la Edad Media:* «Nuestra capital no competirá jamás en monumentos con las primeras ciudades hispanas, tan ricas de arquitectura; pero compite con todas, y aun las aventaje mucho, en famosos recuerdos históricos... El verde prado, ameno bosque y clara fuente que lo caracterizan; el puro aire, libre de malos vapores y molestos insectos, que lo anima; el cielo azul y espléndido que lo esclarece; la cordillera multicolor, que lo airea y encanta, deben bastarnos á comprender cómo en todo tiempo tuvo crecida población bienhadada y atrajo así reyes, cual potentados y magnates sin cuento.

»... Y como todo pueblo rico en ventajas y privilegios naturales, acertó Madrid á sumar con estos las excepciones políticas, llamadas entonces privilegios, á que llamamos hoy, con mayor propiedad, por extensivos á todos, fundamentales derechos. Así, aquellos sus habitantes, clasificados por el fuero suyo en vecinos y herederos y moradores y albarranes, con los que por tal sazón á una convivían muchos mudéjares, en su mayor parte albañiles, así como muchos judíos, en su mayor parte mercaderes y médicos y boticarios, todos ellos adelantados y jurados, con significación muy popular, no solamente acudieron á la reconquista de Toledo bajo Alfonso VI; acudieron al sitio de Alcalá, donde habían de renacer dos siglos más tarde, bajo Sancho IV, las ciencias; acudieron al sitio de Cuenca, que coincidiera

con la entrada del brazo popular en las Cortes; acudieron acompañando á los reyes, todos peninsulares, á las Navas de Tolosa, donde triunfó Europa sobre África, para siempre conjurada, y la cristiandad occidental sobre la morisma y el Corán. Así, no debe maravillarnos que se tomase aquel pastor, guía del ejército cristiano en los agrios desfiladeros del puerto de Muradiel, á cuya sabia dirección se atribuye la victoria, por lo cual campea su simulacro en el altar mayor de la catedral toledana desde el siglo XIII, por San Isidro Labrador en persona, por aquel bueyero muerto un siglo antes, patrono, con su arado y su yunta y su pincho y su zurrón, de este pueblo preferido y habitado por los poderosos del mundo. Lo cierto es que Fernando III tomó desde Madrid sapientísimas disposiciones sociales y amplió sus fueros antiguos; que Alonso el Sabio completó éstos con su progresivo fuero real, donde ya germinaban las Partidas; que Sancho IV quiso descargar en sus iglesias aquellos remordimientos que le atenaceaban las carnes á la hora de su muerte, por haber desacatado al padre inmortal que le diera el cielo y desceñídole de su corona para ceñírsela él, quien, desde tal crimen, ya no tuvo reposo y sintió abrasársele las sienes como si las hubiera puesto en contacto con un hierro candente, hasta morir cual si le consumiese aquende la eternidad ya el eterno fuego.»

El dragón *espantable y fiero* en que la vulgar culebra esculpida en Puerta Cerrada se metamorfoseó por el arte de birlibirloque que hizo del barril de la zumba famosa la ballena del Manzanares; aquel dragón que viera el maestro López de Hoyos surgir al derribo de la susodicha puerta, para colarse de vistoso aderezo en uno de los cuarteles del escudo de la villa, como probanza de nues-

tra raíz griega en el príncipe ya citado, hijo de una adivina, del que nos habla poco más tarde Jerónimo de Quintana, y que fundó á Madrid, según el señor licenciado, 879 años, exactamente, antes de Jesucristo (2.797, según unas versiones; 2.117, según Pinela; 2.103, según Beda; 1.059, según Tarasa), parece que sólo por el gusto de dar guerra al erudito Pellicer, podía, cual ciertos animales que acompañan las imágenes de algunos santos, simbolizar abstractas ideas, vicios, pasiones, la malignidad, vencidos por heroicas virtudes, por generosos pensamientos. No es disparate representar en él, domado, el monstruo del feudalismo.

En el municipio de Madrid es posible condensar y sintetizar un enorme duelo, un juicio de Dios formidable, con duración de siglos. En su suelo, puesto que es útil concentrar la atención, no hay dificultad para ver el coso donde tanto y tanto se ha justado por ideas enemigas, hasta convertirse, después de la victoria, en asiento del principio contrario al feudal, la monarquía pura, que amparada por la toga y defendida por temible guardia pretoriana de jurisconsultos, buscó sus cimientos en el derecho romano.

Su Concejo fué desde luego floreciente y sirve también para observar el desarrollo de ese árbol centenario y sacratísimo de nuestras franquicias municipales, sin rival en el extranjero. Pongamos sobre nuestra cabeza la reliquia veneranda del Fuero Viejo de Madrid. En él se materializa un ideal y produce al verle la emoción profunda, el místico arrobo de las cosas vivas eternamente y consagradas por unción del espíritu humano. Aquello surgido del dolor y el esfuerzo de nuestros semejantes, aunque le haya faltado vida corpórea, aunque se trate de una ilusión, si ha tenido realidad en la conciencia y

ha movido las almas, en ellas, por renovado milagro, existe, y como hijo suyo despierta el deliquio inefable de la paternidad. ¡Con cuánta razón, pues, impresionará la presencia tangible del Fuero de Madrid, patrimonio de nuestros mayores, ejecutoria de la villanía, después de tantas vicisitudes hecha soberana! Y, no obstante, como síntoma desconsolador, menospreciado anduvo tiempo entre papeles calificados de inservibles en el archivo municipal, hasta que el celo de actuales funcionarios le rescató y como edil contribuímos á guardar el tesoro en el estuche que le encierra.

Para que vivan en paz y en salud todos, dice, se da esa carta, síntesis de una centuria casi, desde 1145 á 1235, donde con la sencillez del balbuceo del idioma y la de los tiempos, se confunden cosas heterogéneas y se desciende á nimiedades. Es encantador ese códice, semilla de una rica cosecha, como el viejo y humilde hogar contemplado desde la cumbre de la fortuna. Igual que sus análogos, que las compilaciones y ordenamientos de aquella edad y de otras más sabias, mezcla negocios penales y civiles, preceptos administrativos, políticos y de comercio, reglas de policía urbana, mandatos de moral. Los grandes cariños y preocupaciones de la época, con su confusión característica, le dan tono, y allí se honra el valor y campa la fuerza en los desafíos y bajo otros disfraces románticos, y allí la endulza la cristiandad; allí se ampara al débil, se respeta á la mujer, se profesa la cortesía y se alcanza aún la barbarie de las *composiciones*, ó lo que es lo mismo, la redención de los crímenes por dinero, con la desigualdad subsiguiente de ricos y pobres ante la justicia, y se destierra á los facinerosos de entre los hombres de bien, por enemigos; allí la franquicia y la tasa; allí la tendencia á

punir con más rigor los delitos contra la propiedad que los delitos de sangre; allí reminiscencias crueles en las penas y en la condición de las personas; allí consagraciones de la santidad del domicilio, preludio de inviolabilidades futuras; exclusivismos municipales, fruto del estado aquel de lucha feroz de egoísmos; exaltación de la hidalguía, demoliendo el Concejo las casas del traïdor y alevoso, y culto de la hospitalidad á la mora, con castigos para el que la infringe; allí, como en sociedad patriarcal, solicitudes tiernas por los animales, y se lee, por ejemplo, á modo de índice, candorosamente mezcladas con leyes relativas á las personas: *A doce fojas la ley de los bueyes y de las ovejas. A diez y ocho fojas la ley de los puercos;* allí, en la sagrada estación de las mieses, impónese otra tregua de Dios; allí, en ese monumento castellano, complejo y simple como la naturaleza, erigido desde Alfonso el Emperador á Fernando III, late el alma española.

Desde muy pronto, aunque se desconoce la fecha precisa, Madrid obtiene el honor, muy escatimado, del voto en Cortes, que es, por sí sólo, prueba de su valer. Las Cortes de Castilla, como las de Aragón, como las demás españolas, consagran perdurablemente nuestro influjo en la civilización humana. Aunque la raza no hubiera dado más de sí, le bastaría ese timbre para ufanarse entre las superiores, cuya huella en el espíritu ha de encontrarse en cualquier investigación. Es inútil que la injusticia persiguiéndonos y las nieblas del fanatismo espesándose en períodos muy tristes, desfiguren la nación y la presenten de contornos borrosos al mundo, pues á todo se sobrepone lo que es de esencia de nuestro carácter, lo íntimo, lo que guarda en el tabernáculo el genio nacional. Nuestras Cortes preceden y aventajan en la Edad

Media á las demás de Europa, y cuando se quiera saber lo que fuimos y representamos á la sazón, el caudal propio que aportamos al mejoramiento común, pues no vivimos de prestado en la tierra, búsquese los cuadernos de Cortes, analícese su institución, échese una mirada en torno y una sonda al corazón de la patria, de aguas dormidas, pero profundas como el mar, y tal vez del fondo, con ecos de gloria, saliese el grito de una nueva reconquista del genuino espíritu de la raza, en varias ocasiones determinador del rumbo mundial y perdido en laberintos históricos por adversas fatalidades.

No se limita á lo expuesto la preeminencia de Madrid, sino que santifica su recinto con la reunión de las Cortes muchas veces, tanto, que se celebran nueve aquí antes de su capitalidad, número que, dados los larguísimos interregnos y las demás poblaciones donde se hicieron convocatorias, es para alardear de preferencia y categoría.

Se ve cuán equivocados están los que á bulto hablan de Madrid, desconociéndole. Ya hemos dicho que no queremos remontarnos más allá del siglo x, en el cual su existencia está comprobada de modo inconcuso y como pueblo importante, lo que requería tiempo para su formación. ¿Para qué seguir á los historiadores de la villa en sus disquisiciones, no ya caprichosas, como las de los cronistas citados, sino discutibles, respecto á las antigüedades romanas? Al Madrid árabe, pronto adquirido por los cristianos, nos atenemos, y no damos á la derribada iglesia de Santa María la Mayor más antecesora que la mezquita.

No lo necesitamos tampoco, ni hace falta. Madrid es lo que es y lo sería lo mismo de un modo que de otro. Cada cual es hijo de sus obras, que viene á ser aquello de Santo Tomás: «bueno es no desviarse de los ejemplos de

nobles antepasados, pero lo es más haber ilustrado un humilde nacimiento con acciones insignes», y el rancio abolengo se considera como piadosa antigualla ó superstición. La villa le tiene, y muy honrado, precisamente en lo que interesa, en lo social y político, que nutren la historia con su substancia; pero si no lo tuviera, ¿qué? Recuérdese lo de Cervantes sobre los linajes, muchos de ellos acabados en punta. No da la vejez títulos indiscutibles, y ahí están por la superficie del planeta ruinas para atestiguarlo y pergaminos por los desvanes, ruinas también, llenas de polvo. Las capitales se forman por razones altísimas, por determinadas circunstancias ó conveniencias, en ocasiones sin querer, por una suerte de predestinación. Arguye pereza mental ponerlas como fundamento la vetustez, cuando sin necesidad de mirar afuera, vemos en España cómo sin que á nadie le choque, ni le deba chocar, antiquísimos pueblos gloriosos no son siquiera, si es que subsisten, capitales de provincia de último orden.

Podemos hablar así, autorizadamente, porque es una señora antigüedad la de mil años (cuatro mil y pico iba afirmando anualmente el calendario oficial hasta bien corrido el siglo XIX), quedándonos cortos, pues aparte de que aparece ya murado y capaz de sostener un sitio en regla, Fernández de Oviedo, verbigracia, los elevaría á muchos más, señalando pedruscos con inscripciones romanas. Si tal cosa es motivo de envanecimiento, Madrid, que no era un advenedizo, pese á la mala fama, que llegó á contagiar á un madrileño como Fernández de los Ríos, sino ingenioso hidalgo, de solar más viejo que las casas europeas de apellidos más retumbantes, puede mirar con altivez entonces á Berlín, Viena y San Petersburgo, para no citar más, pavoneándose de preceder

unos dos siglos á las primeras y ocho á la corte de Rusia, las cuales no son, en verdad, capitales de tres al cuarto.

Flaquea, pues, el argumento de la antigüedad, tratándose de Madrid, que la goza superior á otras capitales del mundo y que ha visto nacer y morir muchas hasta formarse la del Japón en Tokío, hace unos cuantos años, donde á fines del siglo XVI sólo había algunos grupos de cabañas de pescadores. Aunque Madrid hubiera salido de la nada, repentinamente, no haría usos nuevos ni sería un cargo.

Tampoco puede calificarse de argumento Aquiles el tan pregonado por rutina intelectual, referente á su situación, á su campiña y á su río. Si la cuestión es pasar el rato, menos mal, porque otra cosa equivaldría á reproducir la controversia célebre de si la batalla de Lérida se debió perder. Perdida, no hay remedio. ¡Ah! ¡Si se hubiera hecho esto ó lo otro habría cambiado el destino del mundo! Muy bien, pero nada enmiendan las profecías y previsiones póstumas, sin contar que hay muchos, como el ciego del cuento, que aun así no aciertan los colores ni por casualidad. Donoso es debatir si esto reunía condiciones de metrópoli cuando va para cuatro siglos que lo es y lo hecho dícese vulgarmente que tiene más fuerza que Dios.

Pero sin dejar de alabar á los de la escuela del que bendecía al Creador por haber hecho pasar los grandes ríos junto á las grandes ciudades, tampoco nos convencemos, pues precisamente la situación de Madrid en gran manera determinó su importancia y su crecimiento en tiempo de moros y cristianos y en ella vino á centralizarse después, naturalmente, la vasta monarquía. Su cielo y su suelo ayudaron mucho, purísimo aquél y saludable, éste hermoso, pues las narraciones de antaño

las corroboran los restos que nos quedan y nada se opone á que vuelvan á ser realidad embellecida, según más adelante demostraremos.

Con menos dones naturales que Madrid ha habido y hay ciudades pasmosas. Hasta el pobre Manzanares, blanco de tantas pullas, víctima, como todos los humildes, de la pícara condición humana, pretexto de grandes invectivas contra Madrid, aparte de las condiciones excelentes para la industria y la agricultura, susceptibles de grandes desarrollos —¿por qué no? — y de vía fluvial que pudiera reunir con el Jarama y el Tajo, sería un puro lujo para pueblos de mucha prosapia. Si hubiera lugar de tratar este punto se vería cómo no fué siempre tan escaso de caudal como ahora, ni dejó de considerársele con más respeto susceptible de gallardías y de establecer relaciones directas con el mar, ya desde D. Juan II, el fastuoso, y con mayores vuelos por el fundador de la corte, en magno proyecto de Antonelli. Más choca la saña contra el Manzanares en un país como este de ríos tan pobres, muchos torrenteras, no pocos centros de calenturas, unos y otros, por lo general, reos de avenidas calamitosas y el que más navegable cerca ya de su desembocadura ó fuera de España.

No alcanzamos por qué regla de tres ha de exigirse á Madrid lo que no rige como ley en ninguna parte. ¿Que no está en la costa? La orilla del mar no es asiento obligado, como no lo es ninguno por meras razones geográficas y topográficas—ya sabemos el parecer de Víctor Hugo—para fundación de metrópolis de cualquier género, y son las menos las marítimas. Un pantano y una comarca muy fría son cuna de San Petersburgo. Su Neva es grande, sí, pero está helado unos ciento cuarenta y siete días y se vierte en ocasiones y le amenaza. Aquello se-

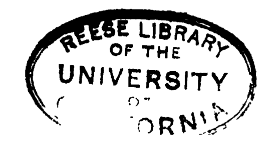
meja el escenario de la desolación. Lame las plantas de Berlín el Sprée, un riachuelo de aguas impuras, de quien dice un alemán que entra en Berlín como un cisne y sale como un cerdo. No sirve tampoco, como el Manzanares, para sostener la barca de Lohengrin. Bruselas deja á Amberes el mar y se contenta con un río secundario, que no es el Sena, aunque ese es su nombre. Ningún río baña los muros de Pekín. En cambio, el Ven-ho le asusta con sus salidas de madre y en vano se ha intentado más de una vez por los emperadores abrir un canal que hiciese imposible el estrago y útil la corriente. Roma se edificó sobre colinas arenosas, en campiña que parece aún más fea por hallarse en Italia. En América, naciones de muchísimo litoral tienen capitales interiores. Atenas duerme su inmortal sueño á la margen de dos arroyos con nombres sugestivos, como de tan sacro país, pero que se secan en verano, y en prueba de lo dicho, que la antigüedad y la gloria no satisfacen, se discute el acierto de nombrarla capital de la Grecia moderna. De las ciudades santas, Jerusalén llora sus lamentaciones en árido suelo, al lado de un torrente, á quien ni esas lágrimas refrescan; Lassa es apenas accesible, teniendo el peregrino, para llegar al paraíso de su fe, que atravesar, como Dante, círculos de un infierno; Medina sufre inclemencias crueles, á orillas del desierto, cruzada por un barranco que se desborda, y la Meca se achicharra entre montes escuetos, sin árboles, sin aguas vivas.

¿A qué seguir? Fácil es la prueba de que, merced á los adelantos, su situación excelente, con las otras razones, justifica aún más la supremacía de Madrid. Saquemos partido de lo enseñado por ciudades reinas, á cuyos pies se postraron los pueblos, que acuden todavía en caravanas interminables del espíritu, y que por su propia vir-

tualidad, por su genio, sacaron mundos de la nada, representando algunas luchas terribles con la naturaleza hostil, del que salían vencedoras sobre charcos, como urbe de Holanda, ó entre olas inhospitalarias de arena, realizado espejismo dèl caminante, como Palmira.

Si la situación de la capital hubiera sido esta ó la otra, se dice, sobre ser mejor, para todo, no se hubiera perdido tal cosa ó la de más allá. Volvemos á las andadas. Portugal, á quien principalmente se aplica el argumento, se hubiera perdido lo mismo estando la corte en Lisboa, donde, entre paréntesis, no podía estar, cuando se puso en Madrid, primero, por el pequeño inconveniente de no pertenecer á España aún, tomando Felipe II posesión del reino vecino años después, y luego, porque obviada esa dificultad por los que no se paran en barras, no cabía en mediano sentido desnacionalizar de esa manera la metrópoli, ni el punto del mapa que Lisboa ocupa para el resto de la Península lo permitía, que por algo jamás se pensó en ella, cuando fué posible, para ese efecto. Muchas poblaciones españolas tuvieron honores de corte; Lisboa, nunca, hasta la separación de Portugal, y si se realizara el despropósito que rebatimos muy á la ligera, y aun sobra para cuestión tan impertinente, como la califican Amador de los Ríos y Rada y Delgado, tal vez hubieran ocurrido catástrofes mayores y disgregaciones más sensibles. ¿No ven esto los zahoríes de lo pasado?

La unión ó la división de los pueblos, las calamidades históricas, tienen más complicada filosofía. Subsistiendo las causas de la independencia de Portugal, hubiera éste hecho su guerra de secesión, triunfante por desgracia de la Península, del poderío de Iberia, y deleznable es toda ilusión en contra, fundada en cosa tan frívola. ¿Habrían con la presencia de los cortesanos sufrido alteración los



sentimientos de los portugueses? Fuera menester que se mudara la política de los tiempos, que no es obra del cambio de aires; pero cambiada la política, como ya decimos que no es cuestión de latitud, el efecto sería idéntico desde Madrid que desde otro punto cualquiera.

No se modifica y ahoga el espíritu de raza ó el sentimiento de nacionalidad ó la profesión religiosa ó cualquier idea, de modo tan fácil. Es muy poco para atraer á los vencidos y para apagar ansias de irredentos, como no es garantía de triunfo la posesión de la capital. Carlos de Austria pudo ganar á Madrid durante la guerra de sucesión, primera vez, observa Mesonero Romanos, que entró en la villa tropa extranjera y no figura entre los reyes de España; aquí residió con su corte José Bonaparte, y en San Isidro en función solemne y en campanudo estilo oficial pronunció una arenga, vinculando á su corona, por la gracia de Dios, la felicidad de los españoles, y como su colega el austriaco, lejos de captarse por ello el cariño, fué odiado por los matritenses. La presencia del aborrecido no purifica sino que enrarece más la atmósfera moral de un pueblo. Los vínculos espirituales de una nación se anudan en el riesgo donde se puede y allí se forma el hogar común, cuando esclaviza la metrópoli el enemigo. Madrid será entonces la corte del intruso, pero la capital de las Españas es Cádiz.

A Estado nuevo correspondía nueva capital. Con ver los celos de ahora se puede comprender lo peligroso que fuera meter la mano en el avispero de nacionalidades recién fundidas, en pleno vigor de sentimientos é intereses, para dar preeminencia sobre las otras á cualquier antigua capital. Y por lo que se refiere á Castilla, la cual por razones que no son del caso y que suplirá la ilustración del lector, no había de ceder, recuérdese

las perdurables cuestiones de etiqueta de Toledo y Burgos en las Cortes, para deducir lo peligroso del problema, además de ser inútil enconarle, pues poca ó ninguna ventaja sacan á Madrid en condiciones de suelo y climatológicas las poblaciones del interior, donde convenientísimo era por muchas razones, hasta por el sueño ambicioso de monarquía universal, establecer la nueva corte. Madrid en ese respecto es privilegiado. Ni terremotos, ni inundaciones, ni horrendas tempestades le afligen, y las poblaciones que los sufren pueden decir lo que significa tal excepción. Su cielo despejado, su altitud, á poco que ayudase la higiene y se restableciera el remedio contra el aire seco, delgado y sutil, de cuyos estragos es responsable la incuria general á los españoles, harían del todo refractaria la capital á las epidemias y una de las más sanas. Si se la apoda ciudad de la muerte con alguna exageración, no es por sus condiciones intrínsecas, sino por defectos de ignorancia y descuido y haciendo la comparación con algunas ciudades extranjeras de las más adelantadas, no con las de la Península, donde los males de la imprevisión y el abandono suelen ser mayores.

Ved sin el peso de la tradición, sin los antecedentes de Madrid, por obra de la sanción oficial, crecer á Wáshington, tierra común, cabeza de Estados poderosos. La nacionalidad recién constituída, necesitaba una capital que fuese española exclusivamente, hogar de todos, donde se fundiesen los matices regionales para dar una representación genuina del reciente Estado, lo que no se podía lograr sino con un pueblo en las circunstancias de Madrid, al que favorecía el que hablase la lengua de la inmensa mayoría de los españoles repartidos por el mundo, en especial por dos continentes. De qué

manera se ha logrado ese objeto no lo necesitamos encarecer, pues saben todos cómo se puede asegurar que no hay en Madrid forasteros y en él se amalgaman los particularismos y se borran las diferencias, para producir el prototipo de la nación.

Es singular que cuando eso se ha conseguido, cuando Madrid es ciudad franca del espíritu hispano, casa propia de todos los españoles, se acuerden de criticar su encumbramiento; pues es el caso, que al realizarse la transformación, y después, en siglos, no hubo censuras, prueba de que se estimó natural el suceso y muy oportuno, aunque vengan Aristarcos biliosos á enmendar la plana á nuestros mayores, que debieron saber lo que les convenía y no estaban tan desprovistos como se los supone de sentido común, para oponerse á la corriente secular, acentuada sobremanera desde el reinado de los Reyes Católicos, favorable á la capitalidad de Madrid, cuya designación, lejos de ser un despropósito, fué un gran acierto.

Si este libro no tuviera un fin práctico, moderno, pues ya anunciamos que no queremos hacer una obra histórica, ni de erudito investigador de obscuros rincones mohosos, sino de interés para el Madrid contemporáneo, que es el que nos importa, con sus aspiraciones progresivas, ligada como está solidariamente á su existencia la de sus moradores; si no fuera nuestro objeto hacer labor propia de un hombre del siglo, ¡cuántas reflexiones sobre lo esbozado pudiéramos desarrollar! Quédese aquí.

Lo cierto es que desde 1561, Madrid, ya con su categoría actual, salvo el brevísimo paréntesis de tiempos de Felipe III, absorbe la atención y su historia se confunde con la de España. Y como íbamos diciendo, quien en las condiciones de la época se imaginase la corte de un rey

candidato al señorío del universo, que la eligió entre todas sus ciudades, muchas y célebres, como un portento la soñaría.

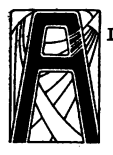
Se recrea uno, en efecto, pensando en lo que pudiera haber sido Madrid bajo tan favorables auspicios. ¡Qué majestad la suya! Metrópoli de dos mundos, nacida en pleno triunfo avasallador de la realeza, bajo el predominio de una casa con la soberbia del Sacro Imperio, el campeonato de Roma y la embriaguez en España de la omnipotencia posible al hombre, parece que por propio decoro y ostentación, por personal engreimiento, por lo que tal corte representaba en Europa, debiera haber tenido Madrid la grandeza sombría tal vez, propia de los Austrias, pero imponente, que le trocara en uno de esos símbolos admirables de naciones poderosas y representativas.

Al cambiar de dinastía, los nuevos monarcas llegados de una corte opulenta, por emular á sus antecesores y dejar triunfante el pabellón del buen gusto, que tremola el país de su origen, acumularon, sin duda, bellezas á bellezas, y entre todos, año tras año, ninguno ocioso para tal fin, se hizo perfecto modelo de ciudades.

Mientras las impurezas de la realidad nos despiertan y rompen el conjuro, paseemos imaginariamente por la villa recién coronada. Un sueño corto, que el tiempo apremia, aunque el contraste puede aprovechar, y no es del programa detenernos en la pintura de lo que debió ser, en el recreo de un Eldorado, en formar la antítesis de quienes escriben sobre lo que será el mundo en años muy remotos, que en eso al fin se sirve al ideal y se habla de lo posible, mientras que lo pasado no tiene remedio.



III

DMIRAMOS convertidas en realidad las hipérboles de nuestros clásicos á la calle Mayor. Como vía central del mundo, pudiera haberlo sido de honor y gloria, por donde hiciesen ruada, en desfile triunfal, á estilo romano, las provincias y las colonias, Europa y las Indias. A tener el arte de las ciudades italianas y el buen tono de la corte francesa ¡qué de esplendores iluminarían la calle Mayor de la capital de 600 millones de almas, cual marco digno de opulentos cortejos! A los alegóricos, á los de homenaje, se mezclarían diariamente los del rey y sus cortesanos, señores algunos de más tierras que ciertos reyes. La antigua Plaza Mayor, caldeado en un rato feliz el espíritu de Felipe III por una oleada venida de la Italia española, fué especie de relicario suntuoso, donde se cifraba materialmente nuestra unidad, la suprema categoría entre las naciones, desembocando en su recinto con esplendidez un brazo del río de oro de América, al pie de la Casa de la Villa monumental, edificada en el ala entera de la Panadería, con accesorias á la calle Mayor, de quien fué principal ornamento, aislada, solemne, majestuosa, como un panteón de las glorias del Consistorio, y

por el azar caprichoso de su estilo del Renacimiento, luz de esperanza en el luto de Villalar.

Copiosas partículas del oro de América labran un Alcázar-símbolo, monstruoso, con planos á lo Jubarra, único, y transforman Santa María de la Almudena en catedral, con capillas como las de San Isidro y el Obispo en San Andrés, que más que la sevillana, justificase, por sus dimensiones, el que se creyera concebida por locos, y erigen, rival de las más notables de la Ciudad Eterna, basílica digna de conservar las banderas de Atocha. Puesto que lo daba de sí el tiempo, se derrochó en competir con los célebres monumentos cristianos del mundo, en vez de gastar en iglesiones, capillas y oratorios. Felipe II quiso más que nadie contribuir á tanta grandeza y con el deseo legítimo de yacer con sus sucesores en el pueblo que escogió para residencia definitiva, alzó aquí el monasterio que sirve en el Escorial de sepultura á los reyes. A ejemplo de éstos, edificaron los nobles, agrupados á su alrededor, en competencia, no caserones deleznables, sino multitud de indestructibles palacios.

El que iba á ser escenario de la Historia comenzó así á adquirir los altos blasones que avaloran sus páginas. Cada piedra, cada rincón, enlazándose á un recuerdo, tomando el alma de las cosas que las da la vida, contra más intensa mejor, se consagraban para el viajero, para el artista, para el sabio, para el peregrino. Dentro de los muros de la ciudad, cultivóse el espíritu de sus moradores, prendiendo en ellos tal amor que, elevado casi al fanatismo, hecho culto á los lares, había de producir con el tiempo inmejorables ciudadanos.

Se procuraba no quedarse zagueros de capital alguna y marchar delante, para lo que ayudaba mucho la obser-

vación de nuestros fastuosos embajadores. A toda costa se procuraba adecentar la regia sede y ofendía á Dios y al rey el espectáculo de lo bajo, de lo sucio, de lo mezquino, de lo vulgar.

A porfía evitábanlo todos y, como los próceres, atendía el Estado á sus necesidades con lujo y albergaba en fábricas soberbias los múltiples Consejos empingorotados, las justicias, todos sus organismos y corporaciones. Las comunidades religiosas, numerosísimas, con desprecio de lo destartalado y ruin, empleaban sus riquezas en fundaciones que por el mérito y la piedad atrajesen visitas de los cuatro puntos cardinales.

No había virrey de Indias, semidios de Ultramar, que al regreso no considerase puntillo de honra dejar su nombre escrito en alguna firme y bella institución, en útil reforma, pública gala ó simple trofeo, con la autoridad que les concedía el haber allá creado los españoles tan agradables ciudades; ninguno se repatriaba de Europa, dejando nombre de espanto, reguero de valentía, sin disponerse á gozar á lo grande las artes de la paz, fieros de que no se nos igualara, y hubo cuidado en perpetuar dignamente cualquier proeza.

Aún fresca la sangre de los moros en las espadas toledanas, los caballeros de las órdenes militares, con el rey católico por Gran Maestre, tuvieron sus capítulos en imponentes edificios, museos de sus tradiciones, y en la pompa de la exhibición teatral, con orientales vislumbres de cruzado, eslabones de una fuerte cadena, sujeta en Palestina al sepulcro de Jesucristo y dorada aquí por rayos gloriosos de nuestro sol, las venerandas reliquias que conservaban, los timbres preclaros de sus antecesores, lo mucho que fueron y las peripecias de las demás cofradías semejantes, les vino á convertir en

centinelas de otro Santo Sepulcro, el del genio caballeresco, honor que requería deslumbrante opulencia en las cosas y en las personas de quienes para la imaginación popular agitaba los mantos el aire del Romancero.

La villa fué asiento de las ciencias. La unidad de una patria tan rica en caudal de civilización, que en las antiguas edades poseyó escuelas célebres, lo mismo de cultura oriental que de occidental, la puso en condiciones excepcionales para la creación, absorbiendo la próxima de Alcalá, de una universidad madrileña, cuyo prestigio enorme congregó en sus aulas cosmopolita multitud de escolares, y en plaza inmensa, donde adquiría más relieve, el maravilloso templo de la sabiduría descollaba.

Como hechas adrede eran también las circunstancias para que fuese Madrid trono de las bellas artes, robándoselo á otros países. Dominábamos algunos tan excelsos, que fué nuestra capital, donde se centralizaban las obras de la inspiración, lugar de peregrinaje para los artistas, no sólo por el imán de la hermosura, ni por las enseñanzas inimitables de los primeros maestros en la primera de las escuelas, sino, al paso, por lo que deslumbraba á la bohemia una corte pletórica de delicias, con el cebo del favor de tan magníficos príncipes y magnates.

Con usura pagaron, como de costumbre, esas dádivas y acreció el lustre espiritual de la villa el celo con que los monarcas trasplantaron de Cataluña, Valencia y Aragón á Madrid aquellas academias del gay saber, heredadas de la cuna de los juegos ingeniosos, haciendo corte de amor, conforme á leyes exquisitas de las medioevales, al arrullo del cantar de los trovadores, la corte espléndida de tantos reinos. De ver serían las fies-

tas celebradas con tan grato pie, cuya descripción amengua el de las solemnidades paganas, y el tono de distinción que imprimieron á las costumbres.

Como el hombre vive de pan y sin él pierden las ilusiones su vuelo, con el cuidado de un buen estadista de asegurarle vida propia, de no fomentar los zánganos y disminuir las abejas, se recogió para Madrid, acá y allá, en Sevilla, en Córdoba, en Valencia, en Segovia, en Toledo, en Medina del Campo, por doquiera, pues tanto quedaba, elementos de industrias indígenas de mucha reputación con que aumentar el tesoro de esas ciudades, difundiéndole con el ejemplo más eficaz, evitando su pérdida, y gran copia de telares y artefactos de oficios diversos, tras de bastar á las necesidades de la villa y hacerla florecer, sobraron para el abastecimiento de las provincias, y acostumbrarlas á la idea de que Madrid, en lo espiritual y material, algo tenía de providente. Las banderas de los artesanos, unidos al terruño con el vínculo del interés, más fuerte que todos, presidieron cabalgatas y reuniones en que, mayor cada vez el espíritu corporativo, quisieron, con la espuela de la envidia y el aguijón perenne de la lucha de clases, subir, subir más alto en la escala social, y las casas gremiales y los santos patronos y cuanto á honra del trabajo se refería, lució ostentosamente, y haciéndose respetar en querellas viriles, custodios de la tradición española, santificaron el suelo con sus energías y el amor local realizó milagros.

Esas cosas y la posición central de la villa, donde se cruzaban infinidad de caminos con que se proveyó hábilmente al remedio de las dificultades que amontona la naturaleza para la comunicación de los pueblos de la Península, determinaron que circulasen por aquí gran-

des corrientes de producción y consumo y se diseminaran desde el centro por la periferia. Sus mercados fueron mundiales, que el comercio acude donde hay ganancia, más probable en reino tan dilatado y con la diversidad de gentes que le componían. Sus renombradas ferias llamaban á los mercaderes del globo, y toques pintorescos de bazar de Oriente ponían en su real vasallos y traficantes exóticos con raras mercancías, unas de placer y regalo divino, labradas otras sutilmente con hilos de un sol de más fuego, para engendrar en su trama flores de paraíso.

El pueblo grande quería vivir como un gran señor, magníficamente, dueño del espacio, con anchuras donde robustecer su físico y cupieran, elevándose, sus pensamientos; de ahí las amplias calles y plazas que permitían la visualidad conveniente de los edificios, y los miradores espléndidos á la sierra próxima. Por fortuna de la villa, tuvo Felipe II á Juan de Herrera para la realización de sus aspiraciones, y tampoco la faltaron hijos que brillasen en la arquitectura, como Juan Baütista de Toledo, Cajes, Torija, Ardemans, fray Lorenzo de San Nicolás y Villanueva.

Con pulcra limpieza de estrado se autorizaba la villa, que no fuera bien otra cosa, y en lo que permitieron los tiempos, se atendió á que el abandono y la suciedad no colaborasen con la muerte para destruir vidas muy necesarias ó satisfechas con el goce de tantas venturas. Lo mismo de día que de noche era completa la seguridad, que borrón de infamia cayese y estigma de ineptitud sobre los responsables, si el respeto á la justicia, muy celosa de su pundonor, no protegiese personas y haciendas.

En pueblo tan católico y rico, la caridad pública, en

forma de beneficencia, no podía faltar con el decoro que se debe á los pobres, á los desheredados, y como hijos predilectos de Jesucristo, se tuvo en albergarlos y atenderlos, para combatir sus enfermedades y lenitivo de sus lacerias y desvalimiento, la piadosa atención que en las casas de la Divinidad.

En el emporio de las artes y las ciencias, y más siendo avaro de sus glorias y tan altivo, sus hombres ilustres fueron causa de adoración que no se constreñía á la popularidad estéril del Fénix de los Ingenios y al acompañamiento de su cadáver, para dejarlo después, sin otra memoria, confundirse con los demás en la fosa común, ó á perder los huesos de Cervantes, sino que llegaba á rendimientos supersticiosos. Como reliquias de santos se los trataba y el registro de sus acciones mínimas y la observación de sus más pequeñas singularidades, testimoniaban el respeto. Nimbo de eternidad esclarecía sus sienes. Consagraban con mirar y curábanse todos de que nada les faltase en la tierra donde parecían expatriados.

Las afueras, los campos se ofrecían como los antiguos historiadores los pintaban de apacibles y deleitosos. Por gusto, por necesidad, por instinto de conservación, procuróse multiplicar paseos y frondas, con la muchedumbre de fuentes singulares permitidas por la abundancia de aguas, y que no constituyesen un privilegio las tierras contiguas con posesiones del rey, sino que para el efecto de la vejetación, de hermosear lomas y valles, de mantener lo salutífero del clima, todo el término de Madrid fuera sitio real.

Coronó la obra la tan comentada de canalizar el Manzanares, valiéndose del Jarama y el Tajo para hacer útil sobremanera el río de Madrid al comercio, la indus-

tria y la agricultura. Esfuerzo titánico fué, pero digno de un soberano. Equivalía en el coste á la dedicación de un monasterio colosal, como culto de piadosos monarcas, ofrendado á Dios en el altar de la naturaleza. El riachuelo, sumido en arenales, evitó las sátiras á costa suya y no corrió peligro de ser inmundo vertedero con letales miasmas. Trocado en arteria de vida, sirvió á los fines altísimos del Estado y con creces devolvió á Madrid el favor que éste le hiciera sacándole de la obscuridad.

Los verjeles de sus riberas, bordeadas de quintas, rincones del Parnaso, nidos de amor ó refugios para el reposo, lugar de fiestas, que buen caudal de estrofas rotundas debieron á la grave lira castellana, y comedias gentiles, son también guirnaldas simbólicas del trabajo, á quien sirvió el río de conducto eficaz. Muestras y alardes de su poder daba España en palacios encantados, donde se veía de modo tangible condensada su grandeza en sin fin de objetos, en faunas y floras, para enseñanza de los conquistadores, servidos por gentes de muchos climas, y en mares artificiales, con simulacros de escuadras minúsculas, ofrecía un trasunto de realidad á los de tierra adentro la nación señora de océanos. Molinos, saltos de agua en desniveles á propósito, utilizados por industrias, causaban ruidos, no temibles como los de la noche trágica de Don Quijote, sino que en los jardines y huertos y arboledas interminables, formaban, con otros geórgicos, en que mansamente se venía á difundir el estruendo de la ciudad, música inspiradora del rico numen de nuestros vates, los que pudieron dar libre rienda á su énfasis característica y al ampuloso culteranismo.

No fué óbice para nada la debilidad consubstancial de un Estado tan saludable y hercúleo en la apariencia. So-

bre que el hidalgo sabía encubrir los rotos ocultos de su ropilla con tafetanes visibles y aun con altivez disimular flaquezas de estómago, tomando el sol con un palillo entre los dientes, en público alarde de ahito, no es verdad que no hubiese rumbo y tesoros despilfarrados en imperio de tal calibre. En vanidades personales se gastó el oro á espuertas. El licenciado Navarrete, en su consulta de 1619, quéjase de lo costoso de los vestidos, del ansia de figurar, del desenfreno de pasiones concupiscentes, y desde 1600 hubo órdenes suntuarias, sin evitar que el adorno de un cuello siguiese costando cientos de escudos, ni que el duque de Osuna saliese á los torneos con cien lacayos ricamente vestidos y llevara tras de sí por las calles veinte coches y le dieran escolta cincuenta capitanes y alféreces, con derroche de pedrería, lo que al conde de Villamediana, desenfadado y galán, dió motivo, aludiendo á su gobierno de Nápoles, para llamarle en unas coplas ladrón. Se cuenta, además, que habiendo una reina obsequiado con reloj precioso á su peluquero, cierta duquesa arrebató al suyo el reloj que gastaba, tirándole por el balcón y regalándole otro guarnecido de brillantes, porque «no estaba bien que su peluquero fuese menos que otro», y un duque, cortejo de una comedianta famosa, la envió un día que tuvo frío en su cuarto un brasero donde figuraban el rescoldo talegas de onzas y á su alrededor la ceniza monedas de plata. Fué inútil para corregir el mal la inspección girada por los alcaldes de Casa y Corte á las tiendas, donde decomisaron infinidad de preseas mujeriles, prohibidas por sobrado lujosas, haciendo auto de fe con zapatillas bordadas, puntas, abanicos, valonas, bandas, puños y ligas.

Por lo que toca al regio boato y al religioso, las procesiones, autos de la Suprema, advenimientos, entradas,

bodas, bautizos y exequias de príncipes, se tiró la casa por la ventana, y descripciones hay para hinchar las medidas á los curiosos, como las del maestro de Cervantes sobre la muerte y honras del príncipe D. Carlos y de D.ª Isabel de Valois y el recibimiento de la reina D.ª Ana. Unos botones para muestra:

«Celebrábase aquel día por la villa (cuenta Mesonero Romanos) la beatificación del glorioso Isidro Labrador con una solemne función, para la cual se juntaron en Madrid los pendones, cruces y cofradías, clerecías, alcaldes, regidores y alguaciles de cuarenta y siete villas y lugares, formando una procesión, en que se contaban 156 estandartes, 78 cruces, 19 danzas y muchos ministriles, trompetas y chirimías. El cuerpo del Santo se colocó en el arca de plata que hicieron y donaron los plateros de Madrid, y habiendo venido el rey y su familia desde Aranjuez, hubo danzas, máscaras, juegos y encamisadas por espacio de seis días; en la plaza se armó un castillo con muchos artificios y fuegos, que se quemó por descuido, terminando la función con un certamen poético para nueve temas que propuso la villa y de que fué secretario el célebre Lope de Vega, que después lo publicó.

»El domingo 19 de Junio de 1622 celebró Madrid la canonización del mismo patrón San Isidro Labrador, al propio tiempo que la de los Santos Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Jesús y Felipe Neri, con grande solemnidad de altares en las plazas y calles del tránsito, procesiones, máscaras y luminarias, cuya pomposa relación publicó Lope de Vega, autor de las dos comedias representadas en aquella ocasión á los Consejos y Ayuntamiento en la misma Plaza Mayor, y cuyo argumento está tomado de la vida de San Isidro.»

Hace mención de las solemnidades habidas, en que Felipe IV en persona justó en la plaza, con ocasión del viaje á Madrid del príncipe de Gales, después Carlos I de Inglaterra, degollado en un patíbulo por la revolución, las cuales, historiadas prolijamente, duraron los seis meses que permaneció en la villa, y copia párrafos apasionados de una escritora francesa contemporánea, la marquesa d'Aulnoi, que describe la entrada de María Luisa de Orleans, para su triste enlace con Carlos II el Hechizado, en que «la Plaza Mayor, circundada por un extenso tablado y decorada magníficamente con elegantes colgaduras, ofrecía un golpe de vista mágico; al ruido de las músicas y entre la animada agitación de la multitud, fueron ocupando los balcones que les estaban señalados las autoridades de la villa, los Consejos de Castilla, de Aragón, de la Inquisición, de Hacienda, de las Órdenes, de Flandes y de Italia, las embajadas de todas las cortes, los jefes y servidumbre de la casa real, los grandes y títulos del reino. Ricos tabaques henchidos de dulces, de guantes, de cintas, abanicos, medias, ligas, bolsillos de ámbar *llenos de monedas de oro,* eran ofrecidos á las damas convidadas por S. M., y por todas partes reinaba un movimiento, una alegría imposible de pintar. Al aspecto de aquella plaza, que traía á la memoria los antiguos usos del pueblo-rey, de aquellas ricas tapicerías, de aquellos balcones llenos de hermosuras, de aquellos caballeros gallardeando sobre caballos andaluces y luciendo á la vez su magnificencia y su destreza, María Luisa pudo gloriarse de ser la soberana de un pueblo tan noble y tan galán».

Y añade Mesonero: «Contraste formidable con esta fiesta presentó en el mismo año aquella plaza con el memorable auto de fe de 30 de Junio. La relación de esta

trágica escena, publicada por José del Olmo, maestro mayor de obras reales y familiar del Santo Oficio, es demasiado conocida y anda en manos de todos, para que nos detengamos en renovarla. Diremos sólo que en ella, como en los últimos alardes solemnes de su poderío, ostentó la suprema Inquisición todo aquel aparato terrible, á par que magnífico, con que solía revestir las decisiones de su tribunal. Desde las siete de la mañana hasta muy cerrada la noche duró la suntuosa ceremonia del juramento, la misa, sermón, la lectura de las causas y sentencias. El rey y la reina (aunque esta última debe suponerse que á despecho de su voluntad tierna y apasionada) permanecieron en los balcones que se les prepararon hacia el ángulo de la escalerilla de piedra las doce horas que duró aquel terrible espectáculo, y lo mismo hicieron los consejos, tribunales, grandes, títulos y embajadores.

»La descripción minuciosa de las ceremonias y el aspecto imponente que presentaba la plaza henchida de espectadores; la noticia de los nombres, cualidades, causas y sentencias de los reos, que ascendieron á más de ochenta, de los cuales *veintiuno* fueron condenados á ser *quemados vivos,* todo ello puede verse en la ya citada relación de José del Olmo (que ocupa un tomo en 4.º, añadimos), testigo de vista y funcionario en la citada ceremonia. Concluída ésta, los veintiún reos condenados al último suplicio fueron conducidos al *Quemadero,* fuera de la Puerta de Fuencarral, durando la ejecución de las sentencias hasta pasada la media noche.»

Tradiciones de costumbres rumbosas tenía la villa. La venía de casta. Juan II la hizo teatro de sus prodigalidades y en ella recibió á los embajadores, con gran sobresalto de las visitas, teniendo un león manso á sus

pies, con collar magnífico; en tiempos de Enrique IV, D. Beltrán de la Cueva quebró lanzas, en paso honroso, por la señora de sus pensamientos, que era, se dijo, la misma reina, cuyas aficiones á la caballería purgó luego tanto su hija, fazaña que el rey mandó perpetuar en los Jerónimos, y el arzobispo de Sevilla dispuso á los postres de una cena de Baltasar correr bandejas con ricas joyas para las damas.

La procesión del Corpus se celebra de antiguo con esplendor, del que no es ni sombra el de nuestros días. La carátula alegre representa al aire libre autos sacramentales de Calderón de la Barca y antes de que naciese este madrileño inmortal, ya hubo que tomar acuerdos para que en danzas y comparsería, tarascas y gigantones, etc., etc., no se les fuese á los regidores la mano.

Con los dispendios de los sitios reales de fuera, y sin salir de la villa, en el Buen Retiro, se demuestra cómo por falta de dinero no había de quedar, para dar á Madrid el lustre obligado. Las funciones del Buen Retiro fueron así como cuentos de las mil y una noches, en que el rey y los grandes, con bulliciosas cuadrillas, donde cada jefe se esmeraba para vencer en liberalidad, convertían palacios y parques en jardín de ensueño. Muy pulidas reseñas hacen relamer de gusto al lector y á ellas remitimos á los glotones, de paladar refinado, que hallarán con qué hartarse. Consagraron las enramadas divinas inmensos poetas.

Allí en frente, á una orilla del Prado, ved, si no, cómo eran de generosos los validos, trayendo á la memoria la inolvidable verbena de San Juan que costeó á los reyes el conde duque de Olivares. ¿Qué sátrapa se le podía comparar en largueza? Fué como vivir en un mundo mejor, sin reinos que perder, y toda la magnífica noche de

verano, hasta el alba, se pasó como noche nupcial, que con la púrpura de su imaginación avaloraron Quevedo y Lope de Vega, dos hijos de la villa que hacen reventar de orgullo á su madre.

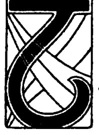
Con mucho menos, pues, se pudo obrar los milagros que decíamos, que no lo eran, sino muy verosímiles y lógicas realizaciones. ¡Cuán hermosa iniciación la de tantos prodigios como la preferencia de los Reyes Católicos por Madrid, aquellos que mandaron en otras ciudades fabricar maravillas, legó para eterna memoria á la futura capital!

No fué, ¡ay!, verdad tanta belleza.





IV



RISTE es el despertar de este sueño feliz. Como nos repugna la sospecha de parcialidad en el juicio, por ser nuestro, vamos á autorizarnos con opiniones irrecusables, portada de lo que se va á decir, que haga verosímil cualquier pintura, rehuyendo hasta la colaboración de escritores con tacha por alguien de sectarios.

En el manuscrito «Discurso sobre la importancia y las ventajas que puede producir la creación del gobierno político y militar de Madrid nuevamente creado», de autor anónimo, casi dos siglos después del establecimiento de la corte, se lee: «Dicen los que han viajado por las cortes extranjeras que en algunas nunca hay noche, porque jamás obscurece; tanto es el cuidado de suplir con luz artificial la falta de la del sol. El pensamiento es muy racional y muy cristiano, porque la noche es capa de facinerosos... Esta providencia, que en todas las cortes es muy justa, en la nuestra es sumamente necesaria, porque en ésta, más que en otra alguna, son frecuentes los robos y los insultos, y la lobreguez ayuda para ellos; también favorece á la lascivia, y nuestra corte está en este vicio lastimosa. En atención á esto

se tomaron, algunos años ha, distintas disposiciones, mas todas fueron inútiles; se echaron bandos, mas siempre sin efecto, porque se burló de las disposiciones la inobediencia ó fué un remedio insuficiente. Mandóse poner faroles en los balcones de los cuartos principales, y solía haber tanto claro entre uno y otro farol, que en poco se remediaba la obscuridad. Los pobres que no puedan costear esta luz están, por su pobreza, exentos de la ley, y sea por esto ó por aquello, ó que se procedió con descuido, no tenía Madrid más luz que la del día, y por la noche apenas se distinguía de una aldea. Para ocurrir á una fealdad tan perniciosa á las costumbres y seguridad pública pudiera imitarse la práctica de París, donde cuelgan los faroles en distancias proporcionadas y queda la villa, no solamente lucida, sino segura...

»La limpieza de la corte se ha hallado hasta aquí como imposible, porque aunque se han presentado varios proyectos para su logro no han tenido efecto alguno, y por esto no solamente *es Madrid la corte más sucia que se conoce en Europa,* sino la villa más desatendida en este punto de cuantas tiene el rey en sus dominios, y es hasta vergüenza que, por descuido nuestro, habite el soberano el pueblo menos limpio de los suyos...

»Hace sucio á Madrid *lo que se vierte por las ventanas* y dícese que es muy difícil remediarlo; pero no confundamos lo difícil con lo imposible y tengamos presente que, si se quiere de veras, se puede remediar; la prueba evidente es que en otros pueblos no hay esta suciedad. Sin embargo, haciéndome cargo de lo arduo de esta empresa, diré que, aunque ninguno hay que no desee la limpieza de Madrid y vitupere su piso y empedrado, estos mismos, si se les incomoda con el gasto ó con la

obra, serán los mayores impugnadores de su remedio...

»También el empedrado de la corte está tenido por una de las grandes dificultades; pocas ó ninguna habrá que tengan para ello situado tan crecido, y sin que nada le baste, está una mitad mal empedrada y la otra sin empedrar. Pónense las puntas hacia arriba, porque suponen que se quebrantarían las piedras si las pusieran en otra forma; pero siendo esta forma tan ofensiva á los cascos de las bestias, vienen á causar su estrago. Aun todo se pudiera tolerar si no padeciese también la gente de á pie, pero se lamentan á todas horas de tener los pies mortificados por caminar por suelos puntiagudos, de que se originan molestias que, si no matan, atormentan...

»Para que sea una corte embarazosa le basta su numerosa gente, sus carrozas, sillas de manos y coches; este es un embarazo tolerable; pero Madrid tiene otros muchos que por ningún caso toleraría la policía de otros pueblos. Los cerdos que llaman de San Antón se han hecho famosos por la atención que han merecido, no solamente á la corte, sino aun á la Real Cámara por vía de patronato. *Ellos se pasean en crecidísimo número por el lugar,* sin límite conocido de jurisdicción y sin que sus dueños (que son los padres de San Antón Abad) tengan para ello mas que un privilegio mal entendido, según dice la sala de los alcaldes, porque sólo se extiende su facultad á pastar en las dehesas de Madrid. Los inconvenientes de este abuso son tan abultados que no es menester decirlos, porque todos vemos que con ellos no hay empedrado seguro; porque, revolcándose en la hediondez, hacen todavía peor el mal olor de Madrid; porque, acosados y huyendo de los perros, hacen caer á muchos; porque, introducidos entre las mulas de los co-

ches, hacen muchas veces que aquéllas se disparen, y, en fin, por otras perjudiciales resultas que será razón evitar...»

Y Mesonero Romanos dice, hablando de la misma época: «Los errores, los abusos y despropósitos continuaron, como hasta entonces, su desatentada marcha; los escritos y esfuerzos más interesantes hechos para combatirlos fueron olvidados al siguiente día, y la capital del reino poderoso que daba reyes á Nápoles y Sicilia, virreyes á Méjico y Lima, gobernadores á tantos otros pueblos en las cuatro partes del mundo conocido, ofrecía el contraste más extraño y lamentable con la grandeza y majestad de aquellas mismas capitales que de ella recibían las leyes. Y todo esto precisamente en una época en que la paz interior no fué interrumpida por más de medio siglo; en un período próspero y tranquilo en que, después de colosal impulso dado á nuestra marina y á nuestro ejército, todavía sobraban caudales para hundir las apuntaladas tesorerías, para comprar la paz á todo precio y para emplear ochenta y tantos millones en la piadosa fundación de las Salesas Reales de Madrid.»

Y de la corte de los Felipes habla así el mismo autor, asomándonos en estas líneas un poco á la recién creada capital: «¿Y de qué modo se justifican aquellos encomios tan repetidos de sus impávidos cronistas? Ya lo hemos dicho: pocos, muy contados edificios civiles de alguna importancia; multitud de conventos de ambos sexos, más notables en general por su extensión que por su mérito artístico, y un general caserío, comparable por su mezquindez al de una pobre aldea; escasos y mal dispuestos establecimientos de beneficencia, de instrucción y de industria, y dos míseros *corrales* para re-

presentar los inmortales dramas de Lope y Calderón. Bajo el punto de vista de la comodidad y de la policía urbana, todavía aparece más deplorable aquel cuadro: las calles, tortuosas, desiguales, costaneras y en el más completo abandono, sin empedrar, sin alumbrar de noche y sirviendo de albañal perpetuo y barranco abierto á todas las inmundicias. La salubridad, la comodidad del vecindario y el ornato de la población desconocidos absolutamente; la misma seguridad, amenazada continuamente en medio de un pueblo belicoso, altanero y siempre armado, que en todas ocasiones fiaba al acero y al valor la razón más concluyente... La capital del reino, fiel trasunto y emblema, en todas ocasiones, del estado próspero ó adverso del país, siguió presentando el aspecto más triste y deplorable... Sólo ofrecía Madrid espectáculos ominosos, edificios mezquinos y escritos extravagantes.»

No hay que darse de calabazadas para comprender el aspecto de Madrid en el siglo XVII. El plano magnífico de Tejeira, conocido por el de Amberes, del lugar donde se hizo, joya inestimable, se presenta detalladísimo y fiel en el archivo municipal, donde recrea los ojos del aficionado, como una evocación de la antigua villa. Sus límites son, con poca diferencia, los que hemos conocido los que aún no somos viejos, circundada por la mísera cerca que no tuvo más fin, según el rey Felipe IV, su fundador, que la salvaguardia del fisco y la imprevista de paralizar el desarrollo de la corte, asfixiada por sus tapiales y el poco espacio para respirar que dentro de su perímetro había.

Porque el menguado caserío se apelmazaba cual si le faltase tierra y reflejo del espíritu de sus moradores, tampoco osaba levantarse audazmente al espacio, ni si-

quiera los templos, cuyas agujas apenas se atrevían á rasgar el aire, casi todos con deslucidas protuberancias como corcovas, sobresaliendo las cruces de las fincas humildes no más que como las cruces de un camposanto.

Lo era, en efecto. Pagó caro el peligroso honor de ser capital, frase de un grande hombre de ciencia. Bueno sería trasladar aquí los ditirambos de los sencillos panegiristas, como los susodichos, y Pinelo y González Dávila y otros congéneres, los cuales todo lo convierten en substancia y ven visiones; las arrogancias del libro *Sólo Madrid es corte,* en que se puntualiza por su autor, el caballero Núñez de Castro, cómo Madrid supera á las famosas capitales, no ya á las de entonces, indignas siquiera de la comparación, sino á las que venían siendo admiradas, sin perdonar á Roma, joven á nuestro lado, según los que sabían más admirar que discribir útilmente, juiciosa observación de un autor moderno, y las inocentes jeremiadas en su *Madrid por fuera*, de Antonio de Trueba, por otra parte dulce cantor y ameno cuentista y madrileño de alma, aunque con ese amor raro á quien duele y ofende cualquier mejora. Todo, sí, fuera bueno reproducirlo, en crudo contraste con la realidad, á ser necesario para comprenderlo y si nos preocuparan esas cuestiones.

Más de setenta conventos feísimos, con sus vastas huertas, achicaban la superficie habitable intramuros, y carente la villa de plan de urbanización, tapaban, torcían, irregularizaban, estrechaban las calles esos caserones y sus dependencias, edificados á capricho, rodeados con paredes por donde se antojaba, en colaboración con las casonas solariegas, libres asimismo de cualquier ordenamiento, que no sujetaba tampoco á los demás po-



bladores en aquella endiablada administración de trompa de elefante, que lo recoje todo, lo grande y lo chico, para sepultarlo en su disforme corpulencia, y cuyo engranaje reproducía en el Estado la disparidad de los tradicionales relojes de Carlos V.

Tenían el privilegio las órdenes religiosas, para colmo de venturas urbanas, de que nadie fisgonease el claustro ni sus accesorios, y de ahí que los vecinos no pudiesen elevar sus viviendas y que en grandes trechos, de forma á veces laberíntica, tapias lisas bordeasen callejas peores que camino de aldea. Á eso y á la regalía de aposento convienen autores sesudos en atribuir la pobreza general del caserío, impropio de mediana población é imposible de imaginar sino viéndolo revivir en el plano de Amberes. De la estrechez de los solares, ocupando áreas de pocos pies, quien no viere el repetido plano puede formarse idea, sabiendo que en lo que hoy ocupa el ministerio de la Gobernación había 34 casas, y ni tal memoria es precisa, pues basta con ver algunos restos que sobreviven en la Plaza Mayor, compuesta en lo antiguo de 68 casas—hay quien eleva el número al doble—cuya uniformidad aparente de hoy encubre una inverosímil división de la propiedad; en la calle Mayor, en la de Postas, en la de Toledo, etc., donde portales, escaleras y habitaciones, relacionándolas con el tamaño de personas y cosas, llevan, con peligro de enloquecer, á profundos cálculos geométricos; y si aun el trabajo de la visita molesta al lector, recuerde que ahora mismo, para ensanchar las Cuatro Calles, en espacio tan ruin eran cuatro las casas viejas derribadas.

Téngase en cuenta que eso no suministra mas que un conocimiento aproximado de la verdad, pues en el transcurso del tiempo ha habido infinitas mudanzas, trans-

misiones, componendas, que en gran parte han hecho desaparecer las travesuras de la distribución, semejante á un rompecabezas, y que, contra el uso común, en ciertas vías, como las citadas, ya que no en anchura, crecieron hacia arriba, con justificación del dicho aquel de verse el cielo en la corte por cerbatana.

Pujos de hidalguía tuvieran aún tales barracas, que desaparecen continua, pero lentamente no, por fortuna, junto á las que apenas levantaron un palmo del suelo; porque el caso es, que considerándose aquí la corte como acampada, pues eso parecía en todo, y ajena á la villa, se pechaba con la carga de aposento y —¡ya se sabe! — como nos hemos pasado la vida de arbitristas unos, y muy fecundos, y los demás, pacientes, arbitrando también recursos y medios de no pagar, pesando la gabela sobre los pisos principales, salvo las excepciones, se construyó *á la malicia* cuchitriles sólo de piso bajo, en que para eludir del todo molestas obligaciones, se escatimaba el terreno para aprovecharle mejor, con la avaricia, aún no curada, miedo insuperable á la ventilación y á la luz, que se extiende á las calles morunas y va más allá, á regatear al buen Sancho, en las aglomeraciones mercantiles de los cementerios, los seis pies de tierra para su sepultura.

Contra el abuso de que estando aquí la corte de asiento, con posesión en ella de mayorazgos y propiedades los servidores del rey, disfrutando muchos en los Consejos pingües soldadas que les daban arraigo en el ya fijo solar de la familia, no como tienda que se levanta al seguir la peregrinación; contra la corruptela de pagar en esas condiciones regalía de aposento, del modo que cuando la corte andariega nos visitaba, clamaron las Cortes de 1646, especificando en su apoyo los sueldos

principescos de algunos próceres, que se avenían sin escrúpulo al gaje de la indemnización por vivienda, que cobraban ufanos en casa propia ó del rey, ó sea horros de alquileres, como si no pudiesen transigir la misión que cumplían de fundar escuela en el país de los sobresueldos y las gratificaciones, acumulados en forma vincular, por lo que, sin duda, y por no perder la costumbre de eternizar los impuestos más vejatorios, las quejas de las Cortes, clamantes en la soledad, se perdieron en el vacío.

La urbanización era palabra exótica, como su concepto. Allá por las sinuosidades y quebraduras y altibajos de las colinas, asiento de la nueva Roma, se edificaba sin pararse en minucias ni andar con cumplimientos. Había supersticioso temor de enmendar la plana á la naturaleza y no se conocía las comodidades. Higiene y limpieza barruntaban pecado, y, desde luego, eran superfluidades y vanidad. También peligrosas, desde el célebre dictamen facultativo que juzgó necesarios los basureros para de ese modo dar más cuerpo al aire penetrante y delgado que del Guadarrama sopla por la planicie yerma, y remediar sus crueldades.

La imaginación romántica dispone de campo sin límites en el aspecto de aquellas noches madrileñas. El negro manto, que aún sirve después de tanto uso, encubría la suciedad, en divorcio irredimible con la escoba y el agua, como no fuese con el ¡agua va! clásico, recayente de ventanas y balcones, y asentaba el polvo, no removido á tales horas, como no lo hiciese el viento. Desaparecían ásperas superficies austeras de paredones. A no ser el olfato, los demás sentidos podrían ser cómplices del *lóbrego capuz*, y especialmente ahora, á tanta distancia aquellos tiempos de nuestra nariz, es fácil re-

vestirles apariencia de seductores, y más cuando de chicos, y con ciertas lecturas, soñamos damas hermosas entre rejas fundibles como cera al calor de nuestros deseos, dueñas quintañonas, con ribetes de celestinas, catástrofes apetecibles de drama escénico, paradisíacos placeres entre una humanidad sobrehumana, siempre compuesta y principal, purificada de ordinariez, doliente, si sufría, con el bello dolor de los cuadros de los maestros, y gigante con las rebeliones de Fausto, cuya soberbia ha de sublimar que se le disputen las potestades del cielo y del infierno, Dios y Luzbel, hecho el individuo centro del cosmos, lo que vale la pena de vivir. Y toda esa embriaguez de contrastes feroces, el sacrilegio en el dintel de la iglesia, el amor sobre los sepulcros, el milagro á continuación de la blasfemia, dueño uno de sí mismo, sin otras leyes que las propias energías, sin más pragmática que el antojo, en el escenario de calles fantásticas, acrecido su interés por misteriosa luz de luna ó místico farol de retablo que, estimulando idealidades, pueblan la aridez de ilusiones.

La corte era inhabitable, en verdad. No se concibe semejante desprecio de cuanto requieren, no ya la necesidad y el regalo, sino hasta el decoro del hombre. Ni belleza ni bienestar existían en el villorrio. Padecieron sus habitantes mil estrecheces, sin disfrutar compensaciones el alma y el cuerpo, una atrofiada, mortificado el otro, como no se cuenten por ellas brutales recreos, la sacudida de la carne en los toros y en el auto de fe ó la prosa del instinto, sin un grano de sal refinada. La incultura y la pobreza de muchos los entregaban inermes á las calamidades, á los enemigos de la vida, que quisieron espantar á conjuros. No había horizontes, ninguna clase de horizontes. Vivían corruptos con el aire de que

habla la Memoria, cuyos son los párrafos atrás copiados, que llegaba á obscurecer el brillo de los metales preciosos y ajar las ricas telas, como si aquel régimen desvaneciese todos los esplendores y apagase todas las luminarias.

Si podía asegurar el creyente la salvación con tantos ministros del Altísimo, no garantizaba nadie su seguridad en la tierra. La villa era de noche corte de los milagros, y en contra de los que hacen pasar la farándula con sus bastidores de colorines ante el espectador, cómodamente instalado con las exquisiteces del *confort* moderno, hay que asomarse al espejo social de los noveladores de la picardía andante, para gozar más á conciencia de la ventura que tenemos en vivir ahora. Es allí, en toda su desnudez de leproso, donde hay que contemplar la podredumbre urbana, compendio de la de España entera. Sueltos los pecados capitales, recorrían la ciudad y quien por ella se aventuraba en las sombras, con el alma entre los dientes iba, corriendo, al menos, la grave contingencia de topar con la señora justicia en forma quevedesca de alcaldes de casa y corte, con sus corchetes y ministriles.

Para representar lo que eran las condiciones de aquello, bastará este retrato. La plaza de Santa Ana desaparecía bajo un grupo de construcciones de vecindad, frente al teatro Español, y un convento de monjas contiguo; la plazuela inmediata del Ángel tampoco existía, ocupada por los religiosos de San Felipe Neri, antes de su traslación, y entre el apelmazado caserío, cuyo recuerdo angustia, el patio de ingreso á San Sebastián por la calle de las Huertas era el cementerio de la feligresía, donde periódicamente se realizaba mondas macabras, despojando las sepulturas, hasta la de Lope de Vega,

para dejar sitio á nuevos cadáveres, confundiendo á los desahuciados en promiscuidad horrorosa.

La plaza de Oriente llena estuvo de zaquizamíes, de iglesias y huertos monacales; la de Bilbao, con un convento de capuchinos; la de las Descalzas, en buena parte, con el de San Martín; la del Progreso, con el de la Merced; la de Santo Domingo, con el de los Ángeles; la Mayor y la de la Cebada, con inmundos cajones; la Puerta del Sol, era mezquina encrucijada... ¿Dónde respirar? ¿Dónde moverse? Madrid sufría un cerco de sitios reales, vedados como asiáticas residencias regias, y tampoco en paseos pudo espaciarse el público, teniendo que dar vueltas de noria en el Prado Viejo, al linde de un arroyo poco limpio, dificultada la continuación de la vía, al otro lado de la calle de Alcalá, por los frailes recoletos y otros propietarios de la arroyada, sin rondas, sin caminos, inaccesible el paso á Madrid, al extremo de haber de allanar uno á la Carrera de San Jerónimo en la recepción fastuosa de la reina D.ª Ana de Austria, última mujer de Felipe II.

No había amor propio local, sentimiento colectivo, lazos de vida ciudadana. El individualismo que llevamos los españoles en la sangre como herencia, y que es el obstáculo mayor para empresas sociales, aquí, en este resumen nacional, se manifestaba de manera desconsoladora. Faltó el orgullo para no avergonzarse ante los extranjeros, que nos asaban á pullas; aun la negra honrilla faltó, y el derroche de millones en lujos privados y la satisfacción de vanidades pequeñas, fué demostración de un egoísmo seco, de inadaptados á la sociabilidad.

Los campos descritos con la habitual exageración de los antiguos historiadores, se ofrecían desolados y tristes, concluyendo el mundo para los cortesanos en las ta-

pias de la cerca. Fué la instalación de la corte, en vez de venero de abundancia para la campiña, como voraz langosta. La devastación general de España por sus propios hijos, los peores vándalos para su madre, halló en Madrid donde estragar, y las talas bárbaras para las grandes edificaciones y la incuria trocaron en mar muerto, salvo las islas del Patrimonio, lo que antaño fuera región agrícola, feraz suelo, pródigo en caza y pastos. Malamente pudo ya en su blasón alardear la villa de haber sido edificada sobre agua, y sujeta se vió en su esterilidad á consumir lo que producían otros.

Su río fué cada vez empobreciéndose más, en contraste con las puentes magníficas que le agobian. Como sueños fugaces pasaron los planes de grandeza de su caudal, pecaminosos desde que teólogos profundos, llamados á dictaminar, aunque parece más propia la consulta á peritos en ingeniería, en una de las reproducciones de esa quimera, resolvieron que á querer Dios tal obra la hubiera realizado con un simple *fiat*, que al no pronunciarse daba señal infalible de no convenir, por contraria á la divina voluntad.

No era en eso la corte, como en todo, sino reflejo del estado del país, que hasta en Salamanca desposeía la Universidad de científicos instrumentos y de libros; que consideraba las matemáticas en relaciones con el demonio y hacía jactancia pública de sus desdenes al humano saber, con mengua de los conocimientos que al cortesano debían adornar, según el autor de *Sólo Madrid es corte*, y pese al natural despejo y á la distinción pregonada de los habitantes de la villa, quienes para alguien docto aventajaban á los de otras en la apariencia: de burgueses los menestrales, de hidalgos los burgueses y de grandes de España los caballeros.

No servía la multitud de gentes y países sojuzgados para que entrasen por los ojos nociones de todas las cosas, variedad de materias, que diesen al menos un barniz, más difícil de tomar en parte alguna, pues no hubo en ese tiempo otra colección que la de la Armería, como timbre de la casa real exclusivamente, y ni siquiera se conoció la geografía de los dominios españoles, demasiado vastos para tan escasa erudición, en grado tan extravagante, que Felipe IV y Carlos II llegaron á tomar pérdidas de plazas suyas por asaltos felices contra los enemigos.

Echese á andar por aquella inmundicia, á la ventura, por doquiera, en la prisión de las ampulosamente llamadas murallas, de que aún hay restos, y no se notará ruido de industria ni aspecto de trabajo. Aventurémonos por Madrid tortuoso. No es una estrella la que forman, como lisonjeramente se ha dicho, desde el centro, las vías municipales, sino ramas de un pólipo colosal. Circundaron la Puerta del Sol callejones inmundos, y á regañadientes podría dársele título de plazuela. La Mariblanca, con su cortejo de aguadores, los puestos al aire libre achican el poco lugar que consienten las numerosas casuchas, el Buen Suceso, en la encrucijada de la Carrera y la calle de Alcalá, el púlpito que ante esa iglesia poníase los viernes para predicar misiones, y la Inclusa, entre la calle de los Preciados, apenas capaz para un coche, y la del Carmen, no más ancha.

Vamos al paseo trasloado de la calle Mayor, revueltos en el mare mágnum de carrozas y jinetes, sin más refugio, á falta de aceras, completamente desconocidas, que los míseros soportales, donde los hay, y contaremos: San Felipe el Real, desde cuyas gradas nos cortarán los del mentidero un buen sayo; las parroquias de San Salva-

dor, Santa María, y un poco á la izquierda, la de San Miguel—no confundidle con el San Miguel frontero al Alcázar—; las casas de Oñate y de Uceda, que aloja actualmente el Consejo de Estado y la Capitanía general, poco distante de la de la princesa de Éboli, ha poco demolida; otras de mayorazgos; las que sirvieron para Consistoriales; la del marqués de Camarasa, convertida en Gobierno civil, y el convento de monjas de Constantinopla, intercalados entre tabucos de comerciantes.

Si nos da la ventolera de bajar por la calle de Alcalá, nos saldrán al paso los conventos de las Vallecas, de las Calatravas, de las Baronesas, de carmelitas descalzos, donde la iglesia parroquial de San José, y los cartujos; las 16 casas del solar en que está edificado el Ministerio de Hacienda, la de Alcañices, que, con la iglesia de San Fermín, ha dejado no hace mucho su sitio al Banco, y otras de la aristocracia, entre ellas las antecesoras de la Presidencia y el Ministerio de la Guerra, palacio de Buenavista, que da fe de Ayuntamientos manirrotos. Todo ello hasta el Prado, límite á la sazón de la vía.

Si tomamos por éste, ni sombra de lo que es, para ganar la Carrera de San Jerónimo, enfilada con su monasterio, nos distraerán las viviendas grandotas de Lerma, de Medinaceli luego (derribado cuando pudimos evitar que las calles que cruzan su enorme cabida, en beneficio principalmente del mayor valor de las propiedades, las pagase el Ayuntamiento); de Maceda y algunas más, donde al presente la de Villahermosa; los conventos del Espíritu Santo, sustituído por el Congreso, Santa Catalina, antes Hospital general, monjas de Pinto y frailes de la Victoria; el Hospital de los italianos con su iglesia, que también conocimos, y porción de moradas de títulos, en general con el mal gusto de costumbre.

Pues si por la calle de Atocha se nos ocurre curiosear, nos detendremos á menudo ante Santa Cruz, al arranque de la calle, en la plazoleta del mismo nombre, con su torre atalaya, de la que pretende ser remedo, sólo por su altura, la de la moderna iglesia con la misma advocación; Santo Tomás, los reflejos de cuyo incendio iluminan muy vagamente nuestra memoria, que comenzaba á despuntar; la Trinidad, de tan vario destino, hasta su demolición en nuestros días; las religiosas de la Magdalena, San Sebastián, Loreto, Monserrat, de la Corona de Aragón, ayer derribado; las iglesias de enfrente, medianeras del hospital de Antón Martín, de picaresco renombre, hasta su reciente desaparición; los frailes Agonizantes, los Desamparados, hospitales, recogimientos y ermitas de San Cebrián, Santa Catalina, San Sebastián, Santa Polonia, San Juan Evangelista, Santo Cristo de la Oliva y San Blas, *humilladero* adelante, hacia el santuario de la Virgen, y bueno es parar y no seguir de paseante en corte, que por donde fuéramos se nos destrozarían los pies sin cambiar de espectáculo, monótono, abigarrado, antiestético, donde se mezclan propiedades como las que componían la manzana del palacio de Medinaceli, en tiempos del duque de Lerma, de más de millón y medio de pies, y otras de cien mil, setenta mil y cincuenta mil, de las clases privilegiadas, con las de ochocientos, cuatrocientos y aun doscientos de superficie.

Bello y grande, no hizo la dinastía de Austria por Madrid mas que el puente de Segovia y el Buen Retiro, éste para ella, para solaz suyo, que ha redundado en nuestro provecho, después de siglos, contra su previsión y que acotado, además del cinturón de mampostería, puso á Madrid barrera infranqueable por Oriente, como

al septentrión la tenía en el alcázar, en el parque real, cantado por los poetas del siglo de oro, dicho así retóricamente, en la Casa de Campo, en el Pardo y en lo demás donde pudiera esparcirse y oxigenarse la población, condenada á la villa por cárcel, salvo los pocos escogidos por el rey para el disfrute de sus diversiones en los encantados jardines de cuento de hadas.

Muchas de esas cosas, sin otra realidad hoy que la de ciertas obras, especialmente la de Tejeira y *El Antiguo Madrid,* de Mesonero Romanos, han desaparecido como en un renacimiento, al par que iban desmoronándose las vallas morales que separaban unos de otros los barrios de la villa, con una especie de acordonamiento de aljama que hacía forastero al vecino, obrando la miseria intelectual y física — peor estado que el salvaje, en esa incubación artificial de pasiones en el aprisco —, á manera de eficaz disolvente que propagaba hostil anarquía social de barrio á barrio, de calle á calle y de grupo á grupo de moradores de una misma, á poca longitud que contara, sin dejar de convertir en campo de Agramante cada casa de Tócame Roque.

No se nos olvidan las pedreas de nuestra niñez, dignas de la musa de D. Ramón de la Cruz, cuando no se teñían de sangre, que no era raro, y de las cuales, como atavismo, como también lo fueron esas de otras más feroces, surgen reminiscencias muy pálidas, señales decadentes tal vez para los espíritus peregrinos que se emboban con todo lo viejo, que la naturaleza sabia elimina y renueva, y no se curan de que reviente el prójimo. Se imitaba la guapeza de los mayores, navaja al cinto, blasfemia en boca, y no hay que decir, con tan buenos modelos, reforzados por el desgaire de las hijas más ó menos espurias de las majas, cómo sería la educación

popular, ruda en la forma, pero igual en el fondo, como árboles que, separados por el artificio en hileras, en desiguales jerarquías, unen sus raíces subterráneamente, á la de clases superiores, cuyos vicios se destacan bajo el brocado de nuestra literatura.

Los mendigos clásicos que aun pululan por esos lugarones y todavía aquí mantienen representación, los de voz plañidera, los de ascéticas mutilaciones y asquerosas llagas, alumnos buen número de ellos de castiza Facultad truhanesca, hasta conseguir grado por grado, entre admiraciones del hampa, la borla doctoral, con cursos de anatomía caprichosa, infestaban la corte y á beneficio de la caridad, que era su feudo, con cuyo ejercicio se adormía la conciencia de los dadivosos, hurtaban la vez á los realmente necesitados. La miseria de las gentes, conviviendo con un lujo fanfarrón, no de sibarita, las devoraba, y de sus efectos y extensión puede informarse quien quisiere y á muy poca costa.

D. Juan de Robres solía hacerse fundador de hospitales y lo cierto es que la más incurable inopia, con las huellas de la depauperación en la fisonomía de Madrid y sus habitantes, envilecía su existencia. Son de leer, mejor dicho, sonrojan las informaciones dadas sobre el particular á sus cortes por los diplomáticos, en que palpita secreto gozo al ver tan flaco y lleno de pulgas al consabido león español.

Fueron posibles en Madrid las hambres epidémicas como en la Edad Media. Por eso el instinto de animal famélico fué poderoso á sacudir al vecino de la villa, y aun así, aguijoneado por intrigas palaciegas, cuyo término fué una guerra civil de catorce años, inauguración triste del siglo XVIII con sembradura de maldición, que predispuso la tierra española para cosechas repetidas

de sangre hermana. Ni siquiera tuvieron la disculpa del hambre sufrida, cual azote colectivo, á primeros del siglo anterior, cuando la lucha contra los franceses, aunque agravada por la funesta política de hacer de Madrid una población consumidora nada más, de costumbres aduarescas, pues en lo interior llevaba España en las postrimerías de Carlos II muchísimos años de tranquilidad, apenas turbada en la superficie, y el desangre de fuera no bastaría en un pueblo consciente y trabajador á producir la horrenda plaga. ¡Qué cuadro el de un rey endemoniado, idiota, padeciendo los terrores de su enfermedad, víctima de la herencia, donde se acumularon corrupciones seculares de la sangre de su familia; una gran nación al borde de la tumba con su monarca, y un pueblo, también hechizado, que se disputaba como los perros un mendrugo de pan, tan precioso, que á tiros se defendía el indispensable para los embajadores, trayéndole de fuera con escolta y veneración de custodia! ¡Pan!, ¡pan! demandaban igual que huérfanos desvalidos ante Palacio, donde otro niño decrépito, irracional, indiferente á todo lo que no fuera su trágica alucinación, se moría consumido, temblando de miedo.

Tal fué la corte de los Austrias.

Hay algo material, imagen, mejor que nada, de los tiempos. Por muchos tomos que se escribiera y declamaciones que se emplease en ponderar las negruras de época tan desdichada, no se llegaría á convencer como convence el espectáculo de Madrid, donador de palacios, pródigo en oropeles, que estuvo medio siglo, después de ser corte, sin casa propia de la villa. La primera Casa Consistorial que vemos, aun después de remendada, mezquina, por sí sola ejemplo de aquel municipio, no se habilitó en muchos años, y no podía, aunque po-

bre, dar la satisfacción que produjo la suya á Lope de Vega, impidiendo á los regidores declarar con él que el domicilio pequeño es grande cuando es propio. El Ayuntamiento iba de huésped á celebrar sus sesiones, privado de hacerlo siquiera, como un tiempo, con rural mesura, en la lonja ó sobre el atrio de la humilde parroquia de San Salvador, frente á la plazuela de la Villa. En saraos, en aparatosas festividades, llevando palios los regidores, vestidos con rozagantes vestiduras, en actos de corte ó religiosos ó en ceremonias análogas es como daba fe de vida el Concejo.

Como señal de lo estupendo del fenómeno, no se le ocurrirá á nadie, seguramente, y llena de estupefacción la noticia, que el Ayuntamiento de Madrid, de la gran corte, viviera en el apogeo cortesano como una cofradía que celebra sus juntas en un cuartucho parroquial, ó menos aún, como vagabundo. Trata el hombre de asociar siempre las instituciones con el aparato externo que las representa y así gusta el amor de engalanar al bien amado. Hacen los poetas acopio de cuantas hermosuras hay creadas para el sacrificio en el ara bendita de sus adoraciones. No acaba de comprender el mundo la grandeza sin el esplendor y no suele ser el respeto huésped de las cabañas.

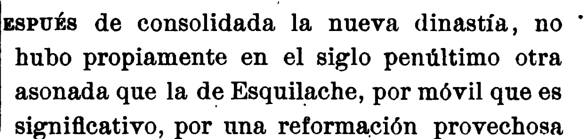
El lastimoso estado de los municipios no podía por menos de reflejarse en la situación de Madrid sin Casa Consistorial. Habían otras instituciones de serlo todo, mientras él no era nada. El Ayuntamiento es como el hogar donde se mantiene vivo el sagrado fuego de la ciudadanía. Si se apaga ¡qué desastres auguran los libros sibilinos de la ciudad! Sobre todo en los pueblos agrupados estrechamente al Consistorio, su escudo ennoblece á los plebeyos, sin otros cuarteles; en sus tapias

se escribe la historia del vecindario; es familiar, es idea que alza las frentes del surco, es recuerdo de los padres, donde se va á las quintas y cuando nace un hijo y se llora una muerte; archivo común, en que hay también papeles que hablan de nuestras bodas; guardián del Término, consagrado por tantas generaciones. ¡Qué triste es la ruindad de las Casas Consistoriales!... ¿Y no tenerlas?





V



Después de consolidada la nueva dinastía, no hubo propiamente en el siglo penúltimo otra asonada que la de Esquilache, por móvil que es significativo, por una reformación provechosa de las costumbres, movidos los alborotadores como marionetas por hilos toscos de que unos cuantos perillanes tiraban. Señal es de humillación y decadencia que un pueblo sufra mortales ultrajes y se oponga á las reformas útiles, sin discernimiento, con política de crustáceo, y se altere por nonadas y ponga como rufián el pundonor en la guapeza, refractario á dejar la costra de incivil, ó promueva sólo motines de mendigos, aplacados con la limosna. Los pueblos que renacen, que están en la aurora de un gran día, se distinguen por su ansia juvenil de transformación.

No pasó ciertamente en balde el siglo XVIII para Madrid, ni esa paz, que no perturbó siquiera, aparte de lo dicho, tempestad en un vaso de agua, ni la expulsión de los jesuítas, dejó de servir los intereses urbanos. Con citar el nombre de Carlos III, basta. Algo habían mejorado ya las condiciones intelectuales de la villa, y aun las materiales, antes de él, que no en vano salieron re-

yes de las cortes de Versalles y Nápoles. La huella de Carlos III, hijo de Madrid, ahí está con sello muy hondo, y en casi una centuria puede aseverarse que la fisonomía de nuestro pueblo, por el lado noble, ha sido la que ese monarca le diera. Como se decía el Madrid de los Austrias, no se faltó á la verdad, hasta muy entrado el siglo XIX, diciendo el Madrid de Carlos III, no obstante quedar inéditas para los ignorantes ó los distraídos muchas reformas de aquel reinado sobre cuestiones de policía urbana y civilización de las costumbres.

No hubo en las innovaciones un plan completo, general, para seguirlo con tesón, defecto que viene padeciendo la villa y de que no se ve libre del todo; pero se realizó muy buenas cosas, lo mejor que hubo, y todavía hoy no se ha hecho nada que individualmente comparado, en parcela y detalle, las supere ni casi las llegue á igualar, limitándose en algunas á engrandecerlas, y muchas gracias.

Es bastante para el elogio que una capital del siglo XX, con los vuelos que han tomado las teorías de ciudad y urbanización, con los infinitos descubrimientos y avances de un siglo que ha creado un nuevo mundo, ni presentido en sus más sencillas manifestaciones por los hombres del XVIII, y con el gran progreso evidente de Madrid, trabajo no bien estimado ni conocido, que procuraremos poner de relieve; es bastante, sí, para el aplauso, que se enorgullezca la capital con razón, y las ostente como sus preciados timbres, de las mejoras en las cuales, con letras de bulto, visibles al más miope, como nos decía en cátedra aquel inolvidable maestro Camús, con relación á las de la Puerta de Alcalá, puede escribirse: *Rege Carolo III.*

Mas fuera de lo apuntado, de lo que pudiera llamarse

galas de corte, pechera limpia para una recepción, adornos extraordinarios con que se disfraza una ciudad, tapando lacras y arrugas con afeites, como hemos visto en las transcripciones hechas, seguía Madrid estacionado en sus fealdades y miserias de lugarón.

Las causas de su estancamiento no desaparecían, ni á lo hondo de las entrañas llegó la intensidad de la nueva cultura. No removió el arado la mala semilla, ni bendiciones llovieron sobre el trabajador, no obstante redimir de la nota de viles á los oficios el precitado monarca reformista. Como no siempre hubo la fortuna de contar con ministros como los de ese período, hombres de voluntad, de privilegiada condición, y tampoco alcanzaron á destruir barreras formidables que imposibilitaban la resurrección de Lázaro, Madrid, como pueblo de energías, continuó yacente en la sepultura.

El sacristán de la vieja parroquia de San Pedro renunció á sus gajes, dejando ociosa la campana que antiguamente tocó á nublado para prevenir á los labradores. El término municipal fué estepa en que ni los bueyes milagrosos de San Isidro conseguirían laborar. La ubre del Estado ó las migajas del festín, ó, en último extremo, la dicha de no hacer nada, papando el aire, paseo arriba, paseo abajo, ó tendido al sol, llenaban holgadamente las necesidades de un pueblo de pocas exigencias.

Pan y toros ó toros á secas llegó á constituir su ambición, remedo del pueblo-rey sin su majestad, más bien caricatura, con la distancia de vicios á vicios, de placeres á placeres, de refinamientos á refinamientos, que media de las saturnales al entierro de la sardina.

Firmes en el propósito de hacer prácticas nuestras observaciones, apartándonos de lo corriente en esta cla-

se de ojeadas retrospectivas, las consideramos preliminar ineludible para nuestro objeto. Hemos querido probar cómo se pudo hacer cuanto en el capítulo tercero soñamos, sin muchas dificultades, antes bien siendo cosa lógica y que parece mentira que no se hiciera. Entonces sí que, extremando el argumento, podría hablarse de que Madrid había consumido á la nación y que era un vampiro, un egoísta; pero al ver lo que fué, la situación en que se encontraba, la pintura de su estado, no cabe duda de que se malbarató la hacienda de todos, pero no en beneficio de la villa, privada de sus recursos y de sus ensanches, empobrecida, falseada por una deplorable educación, enervados sus habitantes por dentro y por fuera en una atmósfera corruptora.

Se disolvió aquí el patrimonio común, pero en provecho del Madrid oficial, ó lo que es lo mismo, hubiera eso pasado en cualquier parte donde residiese el poder, porque iba adherida la ruina á su administración, porque ésta era fruto de las circunstancias, fruto común á todos los pueblos de la monarquía española. ¿Es que no pasara igual donde se estableciese la corte, á cuatro, á veinte, á cien leguas de Madrid? La pobre villa no merece dicterios, sino compasión, con una carga abrumadora á cuestas, foco de una política esterilizante de aquello en que ponía mano, residencia de una corte que vivía en Madrid como transeunte, cual una extraña, viéndole desde sus carrozas, y mientras que le faltaba todo, le exigía dispendios considerables, por el servilismo no regateados jamás, para lo atañente á la pompa de los señores

Ya es razón de acabar con ese prejuicio. Madrid no ha tenido suerte, es la cenicienta de las capitales. En todas, la estancia del Gobierno ha sido fuente de prosperidad.

No hay sino insistir en la descripción muy verosímil de lo que pudo ser, escrita por nosotros, y que resulta locamente imaginaria en comparación de lo que ha sido y es todavía. Se ha dicho, con sobrada razón, que choca más el abandono de la metrópoli cuando bajo su férula regía en Europa y América, fundadas las de ultramar por los mismos españoles tan desidiosos en su patria, ciudades hermosas. Madrasta de la villa el Estado, considera aún por la fuerza de la costumbre dependiente al Ayuntamiento, le exprime como á nadie, le escatima favores, suele no hacerle caso y quiere tener sede á la europea y no renunciar, en otra forma, á la regalía de aposento. La razonable subvención de capitalidad se ha discutido con la rencorosa inconsciencia de campanario que achica en España las grandes concepciones.

Persuádanse todos de la injusticia que se perpetra al motejar á Madrid de absorbente, discurriendo que no se puede sostener, cuando otras ciudades enseñan con orgullo monumentos y vestigios de munificencias tutelares, como á los próceres entonados que en Madrid han sido no les es posible presentar. Fuera cual se supone, y nada igualaría á la villa en el mundo y la hipérbole de sus buenos hijos quedara como señal de modestia y encogimiento. Sin embargo, la desconfianza de conseguir la reparación de esa injusticia no nos abandona al recordar un incidente que presenciamos entre habitantes de Madrid y unos señoritos de pueblo, tal vez caciques, los cuales creían en la Jauja madrileña de la protección oficial al punto de abrir tamaños ojos y admirarse al exhibirlos, en respuesta á sus acusaciones, unos recibos probatorios de que aquí también se paga la contribución.

Los horizontes descubiertos á la vida nacional, los in-

tereses particulares y el trabajo, son los que han transformado el villorrio en la hermosa capital presente. Su progreso data de un siglo, á contar desde su iniciación, pero en poco más de medio se ha realizado, como un cambio de escena, lo que visto diariamente no sorprende por la costumbre, pero que maravilla á quien lo estudia y lo sabe, dadas las condiciones en que se ha producido.

Los de nuestra edad, no larga todavía, han presenciado muchas de esas metamorfosis, complementadas por incesantes mejoras. Los que más bien lo aprecian son los forasteros que vienen periódicamente y los que retornan después de años, quienes hallan siempre cosas nuevas que contemplar y desconocido á Madrid, sobre todo á alguna distancia de su centro. Para despertar el interés, valeos de sus observaciones los que, cual pasa con los niños que se ve á menudo, no os dáis cuenta exacta de su crecimiento.

Os pasará lo mismo con sus bellezas. Las posee magníficas, de primer orden, algunas incomparables ó hay que buscar la comparación en las primeras capitales del globo. Ya las admiraremos y ojalá sepamos comunicar nuestro entusiasmo á los lectores. Desde luego nos acompañará la fortuna en la demostración del gigante despertar de Madrid en tan pocos lustros, por ser de evidencia y sobrar para ello el simple enunciado ó las instrucciones de un guía. Con mucho gusto serviremos de *cicerone* para asistir á la mutación asombrosa del corral de vacas, mote expresivo de poblachos, en villa moderna.

Nos servirá de grato reposo en la jornada que tal vez intentemos en otro libro de crítica de imperfecciones en todos los aspectos, que no puede reducirse hoy al material el estudio de una población, y manera de remediarlas en lo posible, conforme á nuestro leal saber y enten-

der. En lo posible, decimos, porque refrenando á la loca de la casa, procuraríamos, no la fácil y agradable tarea de proyectar cual si trazáramos un pueblo en las nubes ó dispusiésemos de la omnipotencia, sino la positiva de amoldarnos á lo que podemos.

Madrid, para estímulo de sus hijos y pobladores, tiene elementos de vida y es suficiente el interés particular para su desarrollo. Ha de dar ánimos la inmensa cantidad de riqueza empleada en los últimos tiempos y el poco, relativamente, invertido en cambiar la corte oficial, aniquiladora, en centro floreciente á impulsos de la libertad, de la nueva constitución del Estado, con medros propios y más grande á medida que siente menos el yugo gubernativo, cuya pesadumbre, dígase lo que se quiera, carga inaguantablemente sobre Madrid, convertido al cabo, por sus facultades asimiladoras y su genio expansivo, en verdadera capital de la nación.

Cuatro han sido los recintos de Madrid, según versiones, dos de ellos inconcusos, el segundo y el cuarto, ó sean la primera y tercera ampliación de sus murallas; los otros dos dudosos, con cercas probables, que siguen una línea de conjeturas. Los límites más verosímiles y los conocidos son los que vamos á exponer.

En la primitiva población, comenzando la muralla detrás del Alcázar, en el mismo sitio del palacio real, iba á la Puerta de la Vega, trepaba á espaldas de los Consejos, bordeaba la plazuela de Santa María, con una puerta ó arco del mismo nombre, frente á la calle del Factor y por el pretil volvía al Alcázar. ¡Qué pequeñez la de la futura gran urbe! Ahí, según las viejas historias, que tienen la poesía de las leyendas, radica el solar prehistórico, el nido en que se incubó el huevo de la metrópoli más poderosa que vieron las edades. No es de extra-

ñar que sobre ese rincón augusto forjasen cuentos los panegiristas de las grandezas y antigüedad de Madrid.

Cuando le ganó Alfonso VI en el siglo once, sus fuertes murallas, de existencia indudable, seguían esta dirección: por detrás del Alcázar á la Puerta de la Vega, desde la que bajaban á las huertas del Pozacho (calle de Segovia, hacia las antiguas Casas de la Moneda, bajo el Viaducto), y por la Cuesta de los Ciegos subían á las Vistillas; por la trasera de la casa del Infantado, en la calle de D. Pedro, salieron delante de San Andrés á Puerta de Moros, continuando á Puerta Cerrada, entre las calles de la Cava Baja y Almendro, y por la Cava de San Miguel á la Puerta de Guadalajara, frente á la calle de Milaneses, en Platerías; y desde allí, entre las calles del Espejo, Mesón de Paños y Escalinata, á los Caños del Peral, en la plaza de Isabel II, torciendo al Alcázar, en cuyas proximidades, y mirando al N., se abría la Puerta de Balnadú.

La restauración de Madrid al cristianismo, sin que los moros le pudieran nunca recobrar, la importancia que adquirió y los fueros y otras ventajas, determinaron un crecimiento súbito, formándose arrabales hacia santuarios y monasterios como el de San Martín, muy privilegiado por los reyes para la puebla, el de Atocha, el de San Jerónimo y los de San Francisco y Santo Domingo, fundados por sus titulares en persona y que por eso mismo fomentaron la devoción y las ofrendas. Tan importantes se hicieron las barriadas, que sin concluir el siglo XIII fué necesario comprenderlas en otra ampliación, y se supone que el muro que las abarcaba seguía un trazado así: hacía ya interior la plaza de Oriente y, frontero al Senado, llegaba á la plazuela de Santo Domingo, donde hubo una puerta; luego, entre las calles de

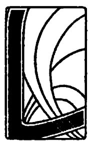
Jacometrezo y Preciados, desembocaba en el postigo de San Martín, siguiendo rectamente á la Puerta del Sol, continuando por la Carrera de San Jerónimo, á volver en escuadra más allá de la calle del Príncipe, para ganar, por la plazuela de Matute, la de Antón Martín, donde existió otra entrada, la de Vallecas; corría, por último, á lo largo de las calles de la Magdalena y Duque de Alba, con un postigo frente á la ermita de San Millán y la Latina, á cerrar el circuito con la vieja muralla en Puerta de Moros.

Establecida la corte, se realizó la tercera ampliación, última hasta nuestros días, pues casi con la misma extensión hemos conocido sus linderos, y de todas maneras, bien determinados se ven alrededor de la tapia, que aun subsiste en algunos lugares. Famosa prueba es de lo que hizo la corte materialmente por Madrid, que en más de dos siglos no ha traspuesto su frontera de cal y canto, que iba desde el punto de arranque tradicional, al portillo de la Vega y á la Puerta de Segovia; después, al portillo de Gil Imón, Puerta de Toledo, portillos de Mundo Nuevo, Embajadores y Lavapiés ó Valencia, y Puerta de Atocha, por lo alto de las Vistillas, huerta de Osuna y Rondas; á la Puerta de Alcalá, cerrando el Retiro, cuyo trozo de pared da idea de lo que fué tal muro; á las otras salidas de Recoletos, Santa Bárbara y Pozos de la Nieve ó Bilbao, por rondas convertidas hoy en boulevard espléndido, Fuencarral, Conde-Duque, San Bernardino ó San Joaquín, dejando fuera la montaña del Príncipe Pío, y como final, al puente del parque de Palacio, más arriba de la Puerta de San Vicente, á que llegó después.





VI


os edificios y mejoras que se conservan — de los desaparecidos nó hay por qué ocuparse — procedentes de los siglos anteriores al XIX, son los siguientes, á que vamos á pasar ligera revista. No llamaremos la atención sobre los que no lo merezcan, limitándonos á algunos datos esenciales.

Parroquia de San Ginés, en la calle del Arenal. Existía por los años 1538, fué reedificada en 1645 y restaurada después de un incendio en 1824. Tiene una obra de Alonso Cano.

Parroquia de San Pedro, en la calle del Nuncio. Es del siglo XIV. Reedificada no ha mucho su torre, única con carácter de la Edad Media.

San Andrés, parroquia de que se habla en las biografías de San Isidro, fué reedificada en 1566.

En ella existen dos capillas, que son lo más notable que hay en Madrid en monumentos religiosos, la de San Isidro y la de San Juan de Letrán ó del Obispo, incomunicada ésta hoy con la iglesia. Fernández de los Ríos describe así la de San Isidro: «Consta de dos departamentos, de planta cuadrada el primero y ochavada el segundo. Consiste la decoración de éste en columnas y

en pilastras la de aquél, enriqueciendo las bóvedas en uno y otro estucos y follajes de buen dibujo y ejecución. Todo el pedestal que corre por los muros es de ricos mármoles é igualmente las columnas y pilastras, con basas y capiteles dorados. Cuatro grandes cuadros ejecutados por Francisco de Ricci y Juan Carreño, adornan la primera estancia, y representan: el milagro del pozo, que refiere la vida del santo labrador; la batalla de las Navas de Tolosa; San Isidro rompiendo la peña para apagar la sed del caballero Juan de Vargas, y Alfonso VIII, reconociendo el cuerpo de San Isidro.

»Trece cuadros con pasajes de la Virgen María, pintados por Francisco Cano y Alonso del Barco, subsisten debajo del cornisamento, en los intercolumnios de la segunda estancia, de la que desaparecieron en tiempo de Carlos III las diez estatuas ó santos labradores que había en la parte inferior de los indicados intercolumnios, sobre los cuales se veían dichas pinturas. Labró estas bellas estatuas el célebre escultor Manuel Pereira, y hoy se hallan en la iglesia de San Isidro.

»Completa el grandioso conjunto de esta capilla el altar colocado en el centro de la segunda estancia, y que, por consiguiente, presenta cuatro caras, con un arco en cada una, decorado por columnas y pilastras de mármol, con varias figuras y otros adornos de bronce en el cerramiento.

»Cubre majestuosamente este recinto una alta cúpula, muy decorada, y que en el exterior está adornada con diez y seis estatuas de piedra, representando los Apóstoles y los Evangelistas. Tienen desde muy antiguo en aquella cúpula colosal nido las cigüeñas.» (Ya no, observaremos nosotros, ni recordamos haberlas visto nunca.)

«El zócalo, pilastras, cornisamento y una balaustrada

que corre sobre estos miembros, que forman parte de la decoración exterior, son de granito, y en una de las puertas se ve una imagen de la Vírgen María con el Niño Jesús en los brazos, hecha por Manuel Pereira.

»Empezada á construir esta gran capilla en el reinado de Felipe IV y terminada en el de Carlos II, manifiesta en los pedestales del interno y en otros miembros que se comenzó con sujeción á la severidad clásica, y fué, al fin, recargada con adornos de buena ejecución sin duda, pero que no podían ser empleados sin caer en desgracia de los partidarios del clasicismo puro. De todos modos es una fábrica magnífica, sólida y bien construída. Se emplearon en ella doce años y 11.960.000 reales, que suministraron el rey, la villa y los virreyes de Méjico y el Perú.»

La capilla del Obispo es como la pinta Mesonero Romanos en su *Manual de Madrid:* «El exterior todo de piedra, y en sus ventanas se ve el estilo de la edad en que se construyó. La puerta interior es notable, por estar cubiertas sus dos hojas dė bajos relieves, festones y ornatos muy bien ejecutados y conservados. El interior de la capilla es espacioso, alto y claro; su ornato de grupos de columnitas y fajas cruzadas en las bóvedas corresponde á la manera llamada gótica, de que sólo en esta iglesia y la de San Jerónimo quedan ejemplares en Madrid. El retablo mayor, obra de Francisco Giralte, es el más notable que se conserva en esta corte, en su línea y de aquella época, y está enriquecido con multitud de estatuas y bajos relieves de curioso trabajo. En el presbiterio están los sepulcros del fundador Francisco de Vargas y su esposa D.ª Inés de Carvajal. Pero lo que distingue sobremanera á esta capilla y la hace uno de los objetos más recomendables de Madrid, es el magní-

fico sepulcro del Obispo de Plasencia D. Gutierre de Vargas y Carvajal, hijo de los fundadores, que se halla colocado en la pared del cuerpo de la capilla, hacia la derecha. Consiste en un gran nicho de medio punto, cuyo arco está artesonado, y en el fondo tiene un bajo relieve que representa la Oración del Huerto. La estatua del prelado está arrodillada sobre una gradería en actitud de orar, teniendo delante un reclinatario. Detrás, y al pie de las gradas, se ven las figuras en pie del licenciado Barragán, capellán mayor de esta capilla, y otros dos clérigos; el primero tiene en sus manos la mitra. En su rostro y en el de los demás se reconoce que son retratos. Por fuera del nicho hay un riquísimo adorno con columnas estriadas que termina en un segundo cuerpo, en cuyo centro hay una imagen de Nuestra Señora. Todos los frisos, cornisas, pedestales, zócalos, huecos, arcos, gradería y tercios de las columnas están adornados de figuritas, cabezas, festones, colgantes, medallas y otras mil labores caprichosas ejecutadas con prolijidad y atención, de modo que es infinito el trabajo que allí hay, porque dejando aparte esta multitud de labores, se cuentan unas diez y siete estatuas relevadas del todo y más de cuarenta de medio ó bajo relieve, por lo que puede inferirse la importancia de este monumento. La materia es mármol blanco, algo opaco por su antigüedad, y su gran mérito consiste en cada cosa de por sí, más bien que en el conjunto, en que se echa de menos cierta grandiosidad y falta de estilo. Esto no impide el que tan costosa obra sea del aprecio de los inteligentes y curiosos, que tendrán mucho que admirar en ella, juzgándola con el criterio necesario para distinguir de épocas y de estilos. La escultura es del mismo Giralte, las pinturas de la capilla son de Juan Villoldo, su amigo, y

á los pies de ella hay una excelente por Eugenio Cajes, que representa á San Francisco de Asís, sostenido por dos ángeles. Esta capilla es el único monumento que testifica el estado de las artes en Madrid en el reinado de Carlos I.»

Como en cuestión de descripciones nó se puede inventar—Madoz y Ponz nó andan lejos de éstas—y conviene dejar al leyente que por sí mismo juzgue, estimulando su curiosidad con ese incentivo, hemos entresacado lo anterior de dos autores madrileños de temperamento y opiniones diferentes, eligiendo para presentar la de San Isidro la del descontentadizo, no la de Mesonero Romanos, quien, en un trueque de papeles, se muestra, aunque nunca exagera, si bien benévolo, el menos entusiasmado de los dos, y eso que Fernández de los Ríos no peca de transigente con las cosas antiguas. Es que, en realidad, ambas construcciones son notables. Mesonero da más importancia artística á la del Obispo, como así es, aunque de menos boato, y mayor extensión en su reseña, al revés del otro, y así hemos tomado de cada cual la descripción más conveniente.

Parroquia de San Justo, en la calle de su nombre. Es del siglo pasado, y su fachada de piedra la mejor de las iglesias de Madrid. Tiene mérito. Es de figura convexa y consta de zócalo, dos cuerpos, ático y dos torres, embellecida por relieves y estatuas de la Caridad, Fortaleza, Fe y Esperanza, obra de los escultores Carisana y Michel.

San Francisco el Grande. Es, como dice Mesonero Romanos, el más monumental de los templos de Madrid, aunque no sea modelo de belleza. Es del siglo pasado, pues el antiguo desapareció totalmente, y con los millones que costó su adorno hace unos años se ha converti-

do, desde el punto de vista artístico, en una de las curiosidades de la capital, de obligada visita para los viajeros.

San Cayetano, en la calle de Embajadores. Es una iglesia grande, como muy pocas de la villa, de buena traza, cuyo interior luciría más si no fuera por la disparatada profusión de altares sin orden ni concierto y baturrillo de retablos con ejemplares de mal gusto, y su fachada es monumental, singularizada por el churriguerismo. Esta iglesia se concluyó en 1761.

Parroquia de San Sebastián. Fundada en 1550.

Idem de San Luis. Terminada en 1659.

Idem de San Lorenzo. Se construyó en 1670.

Idem de San Martín. 1725.

Idem de San José. Año 1745.

Idem de San Marcos. Está situada en la calle de San Leonardo, y como obra de D. Ventura Rodríguez es estimable, pero sus reducidas dimensiones la quitan todo carácter de grandiosidad. Ese lindo juguete es del año 1753.

Encarnación. La reina D.ª Margarita de Austria, esposa de Felipe III, fundadora del convento, levantado en conmemoración de la monstruosa expulsión de los moriscos, mandó edificar la iglesia en 1616, dirigiéndola Juan Gómez de Mora. Su fachada tiene el gusto severo de la época, bien conservado; la reforma del interior, con el sello del arquitecto célebre, es debida á D. Ventura Rodríguez.

Descalzas Reales. Dan todavía á la plazuela de su nombre aspecto de corte de los Felipes. Fundó el monasterio D.ª Juana, hija del emperador y madre del rey D. Sebastián de Portugal, enterrada en una capilla del presbiterio, en un buen sepulcro. Tiene aún muchas

riquezas en obras artísticas este convento, fabricado en 1555, que se distinguía por la pompa del culto, y cuya abadesa es considerada como grande de España.

Santa Isabel. Puede afiliarse en el mismo grupo que los dos anteriores por su apariencia, concluyéndose la iglesia en 1675, renovada en el siglo XVIII.

Las Carboneras. Convento fundado en 1607.

D. Juan de Alarcón. Convento de monjas, como el que antecede, concluído en 1609.

Trinitarias descalzas. Año 1603. Famoso monasterio por haber sido enterrado en él Cervantes, cuyas gloriosas cenizas se han perdido. Está situado en la calle de Lope de Vega, antes de Cantarranas, y en él profesaron una hija natural de Miguel de Cervantes y otra hija, natural también, de Lope de Vega.

El Sacramento. Su iglesia, que sirve hoy de parroquia de Santa María, se terminó en 1774, siendo el convento de 1615.

Calatravas. Año 1623.

San Plácido. Es la iglesia, hoy parroquia, del convento recién derruído, famoso por la aventura de la *monja enterrada en vida*, galanteo romántico de Felipe IV. La iglesia, que precedió al convento, fundado en 1623, le ha sobrevivido y tiene obras artísticas recomendables, entre ellas un Coello. Está en la calle de San Roque y es hechura de fray Lorenzo de San Nicolás.

Maravillas. Fué construída esta iglesia del antiguo convento, hoy parroquia, en 1646 y reformada en el siglo XVIII. Está en la calle de la Palma y su nombre es imborrable en los recuerdos de Madrid, porque se mezcla al del barrio de Maravillas y al Dos de Mayo.

Monjas de Góngora. Año 1662.

Comendadoras de Santiago. Se mandó hacer por Feli-

pe IV en 1650. Es enorme y su iglesia y su sacristía de lo mejor de Madrid, dentro siempre de la relatividad de mérito en esa clase de construcciones. El cuadro del altar mayor es de Jordán.

Los Jerónimos. Trasladaron el monasterio al sitio de hoy los Reyes Católicos desde el camino del Pardo. Es de buen gusto, aunque no sea en todos sus detalles de un acabado estilo ojival; pero sus proporciones y los materiales de su construcción le quitan importancia de monumento arquitectónico. Lo es nacional, por las Cortes y juras de príncipes en él celebradas y otros sucesos. No quedan sino ruinas del claustro, que contribuyen á hacer pintoresco el hermoso lugar que ocupan, y la iglesia, restaurada completamente en nuestros días, sirve de parroquia al barrio elegante del Retiro.

Escuelas Pías de San Fernando, en la calle del Mesón de Paredes. Es una de las buenas iglesias madrileñas, especialmente por su cúpula y la colección de imágenes de talla. Se abrió en 1791.

San Juan de Dios. Se debe esta iglesia parroquial á Antón Martín en 1552 y su reedificación data de 1798. El retablo principal es de Jordán y tiene otras pinturas y esculturas de apreciados maestros. El edificio es insignificante y ridículo el contiguo oratorio.

Caballero de Gracia. Se reedificó en el siglo XVIII esta iglesita, que labraron en 1654. Fué el arquitecto Villanueva y dicho se está que es recomendable, pero como una bagatela de gusto.

Parroquia del Carmen. La iglesia de este ex convento, convertida en parroquia, es de 1575.

Catedral de San Isidro. Construída en 1561, de regular traza y grande, recargada de adornos superfluos, con una fachada en que hay dos torres sin concluir y

que tiene aspecto decorativo, aunque pesada: sirve de sepulcro á algunos hombres ilustres y se enriquece con pinturas de Alonso Cano, Jordán, el divino Morales, Mengs, Ricci, Palomino, Carducho y Claudio Coello y estatuas de Mena, D. Manuel Álvarez, Pereira y don Francisco Gutiérrez. Para catedral, su actual destino transitorio, es poco esta antigua iglesia de los jesuítas, después colegiata.

Escolapios de San Antonio Abad, en la calle de Hortaleza. Es de últimos del siglo XVIII la instalación de la comunidad en este convento y por eso le mencionamos aquí. El San José Calasanz de su iglesia es de Goya.

Parroquia de San Antonio de la Florida. Es la ermita del mismo nombre, en poético paraje labrada en 1792, entre frondas, á la margen del río, en la carretera del Pardo; una joyita, avalorada inapreciablemente con frescos de Goya. También está consagrada por el patriotismo con el recuerdo de las víctimas fusiladas el 3 de Mayo de 1808, hecatombe inmortalizada por el gran pintor aragonés.

Ermita de San Isidro. La que costeó en los cerros del Santo la emperatriz D.ª Isabel, fué reedificada en 1724 y sirve de capilla al cementerio adjunto, magnífica ciudad mortuoria.

Nuestra Señora del Puerto. Es otra ermita, en bonito paisaje, rodeada de árboles, á pocos metros del río, á continuación del Campo del Moro, ó sea del parque de Palacio. Se hizo en 1718.

Salesas Nuevas, en la calle de San Bernardo. Es de fines del siglo XVIII.

Salesas Viejas. Este colosal monasterio, concluído en 1758 á costa de los reyes D. Fernando VI y D.ª Bárbara de Braganza, su esposa, en el testamento de la cual

existe una nota que dice: «Lo gastado en las Salesas, según informe de D. Andrés Gómez, asciende á 83.000.000 de reales en sola la fábrica, suplido todo por la tesorería»; esa manzana construída para las monjas de la Visitación, con el cargo de educar niñas nobles, sobre una superficie de 135.056 pies, trocada en Palacio de Justicia, cuenta con una iglesia, hoy parroquial, que Amador de los Ríos y Rosell, en la *Historia de la Villa y Corte de Madrid*, tomo cuarto, describen de la siguiente manera: «El conjunto de esta obra ofrece grandioso aspecto, aunque carece de pureza, dado el género arquitectónico á que pertenece. A pesar de esto es infinitamente superior á cuanto se construyó en el reinado de Fernando VI. Su ornamentación, tanto interior como exterior, no carece de riqueza, á la cual contribuye no poco la naturaleza de sus materiales. En el frente de una anchurosa lonja, cerrada de verjas de hierro, con pilares de granito, coronados de jarrones, se levanta la fachada del templo, de piedra berroqueña, decorada de pilastras, con dos estatuas y diferentes bajo relieves, ejecutados en mármol por el escultor D. Domingo Olivieri. Vense en la misma fachada tres ingresos, dos de medio punto y uno adintelado, que dan paso al pórtico en que se halla la puerta principal de la iglesia. La planta de esta es de cruz latina, bastante espaciosa, con columnas y pilastras de orden corintio, distribuídas por sus muros y crucero. La capilla mayor, enriquecida en los costados con columnas de mármol, deja ver en el testero el suntuoso retablo, de un sólo cuerpo, con seis columnas corintias, cuyas bases y capiteles son de bronce y los fustes de serpentina. Comprende el intercolumnio un cuadro de medio punto con marco de bronce y un escudo de armas reales de igual materia que le co

rona, y representa la Visitación de Nuestra Señora, ejecutado en Nápoles por Francisco de Muro; las demás esculturas, que adornan este precioso retablo, son obra del mencionado Olivieri. Contémplanse en el crucero y en el cuerpo de la iglesia otros cuatros retablos simétricos, labrados de serpentina, mármoles y bronces; las pinturas que los exornan son de Conrado Giaquinto, Francisco Cignaroli, Francisco de Muro y José Filipart; la cúpula que cierra el crucero (consignamos nosotros que la han destruído las llamas este mismo año), se ve enriquecida por los frescos de los hermanos Velázquez, célebres por los muchos y buenos que dejaron en los templos de Madrid y en los salones del real palacio nuevo. La sacristía es de planta elíptica; el pavimento de la iglesia de mármol.»

No describen estos autores el sepulcro de Fernando VI que es, entre los de su clase, tan raros en Madrid, notabilísimo. Está al lado de la Epístola, cubierto de mármoles de colores. Medio tapa la urna un paño de pórfido, levantado por un niño lloroso que hace pareja con su igual que también llora, y completan la ornamentación las esculturas de la Abundancia, la Justicia y el Tiempo, obras de Gutiérrez. Al lado del Evangelio, más modesto, pero decoroso, se ve el sepulcro del general O'Donnell, primer duque de Tetuán.

Convento de Montserrat. Destartalado y feísimo, como de costumbre, es cárcel de mujeres, vulgo *la Galera*. También, aunque es una calumnia, se denomina *Modelo* á esa reclusión. La iglesia, que da á la calle de San Bernardo, es significada por su torre churrigueresca; la otra no se llegó á hacer. Se fundó en tiempos de Felipe IV.

Prescindiendo de otros oratorios insignificantes, se ve lo escaso de la herencia que hemos recibido en monu-

mentos eclesiásticos, pobre en general también su interior en riquezas artísticas, muchas de las cuales volaron, y los que las tienen no son comparables tampoco á las de multitud de iglesias de España. Justifícase, pues, esta especie de resumen expresivo del Sr. Quadrado: «Aunque la data de las iglesias de Madrid se encierra generalmente en un período de dos siglos, las han uniformado de tal suerte el espíritu de imitación y los reparos sucesivos, que parecen todas contemporáneas y vaciadas en un modelo. Ancho crucero y elevada cúpula constituyen su imprescindible distintivo, y á veces las capillas comunican entre sí por medio de arcos, á manera de naves laterales; cerradas á veces con verjas hasta arriba y ampliadas desmedidamente, forman un cuerpo aparte de la misma iglesia. Gruesas pilastras son todo el ornato de sus estribos, pero en cambio deformes hojarascas revisten á menudo la ancha cornisa, el anillo de los cimborios y los dinteles de ventanas y tribunas. La capacidad en algunas poca, y aun cuando mucha, obstruída por la mole misma de los pilares y retablos; la luz ó escasa ó excesiva y agria cuando refleja de lleno en las blanqueadas paredes. El presbiterio y las capillas suelen venir estrechas á los dorados maderajes encastillados en su recinto, cuya balumba sofoca los bellos cuadros ó estatuas que acaso engastan y retraen al artista de su contemplación. Doquier apareciera un palmo de muro descubierto, allí una devoción pueril ingirió nuevos retablos, dañando igualmente á la gravedad del culto y al buen efecto del edificio. Una portada más ó menos barroca, un peristilo ó soportal con verjas, una ó dos cuadradas torres, sin labor ni carácter, marcan el tipo más común de sus fachadas.»

Lo que se hacía era dotar pródigamente ciertas fun-

daciones é invertir sin arte ni delicadeza sumas considerables en objetos del culto. Se tendía á deslumbrar. Recordemos el robo de dos custodias que los reyes fundadores regalaron al suntuoso convento de las Salesas, de cuya riqueza es buena señal lo que se encontró á los ladrones, al prenderlos en Zaragoza por una delación, y que fué: pedazos de oro del peso de nueve libras y cinco onzas, 1.286 diamantes y 922 esmeraldas; los diamantes pesaban 142 quilates y las esmeraldas tres onzas y dos adarmes. Pudieron de sobra escapar, pero la devoción de una mujer complicada en el delito, que sanó de un tumor en el pecho, hizo que se fueran á cumplir un voto por su curación á Santiago de Galicia. La causa duró cuatro años y en verdad que es de buena cepa clásica el desenlace, no otro que no volver nunca al monasterio dichas custodias.

De edificios civiles, véase el inventario de aquellos siglos, que aumenta muy poco el caudal.

Palacio fué construído temeraria y caprichosamente sobre el lugar del antiguo alcázar, que impidió los desarrollos del plano de Jubarra, que hubo de achicarse por su discípulo Sachetti, costando la cimentación en aquellos desniveles hasta el río tanto como la ampliación para realidad del primitivo proyecto imponderable. Fué una terquedad de Felipe V, un pueril antojo. Sin embargo, resulta una fábrica suntuosa, un feliz acierto en su conjunto imponente y armónico, que despierta á su vista asombro y admiración. No es describirle nuestro propósito ni es empresa fácil, pues ello necesitaría un libro especial, tantas son las cosas notables de su interior de que hablan y analizan diversos autores. Por ello se explica y hace verosímil la frase atribuída á Napoleón, dirigiéndose, mientras acariciaba uno de los leones de la

escalera principal, á José Bonaparte: *Mon frère, vous serez mieux logé que moi.*

En este palacio, que sustituyó al alcázar quemado en la Nochebuena de 1734, accidente que indica cuál era la construcción de la destartalada casona, como si á nueva dinastía correspondiese albergue nuevo, se colocó la primera piedra el 7 de Abril de 1738 y el 1.º de Diciembre de 1764 se aposentó en él por vez primera Carlos III, faltando todavía algunas obras y mucha ornamentación interior. Esa mole de piedra labrada artísticamente, según datos de Fernández de los Ríos, que los pudo adquirir del archivo real en el tiempo que fué de la comisión del Patrimonio, el año 1869, costó, con lo pagado á pintores y escultores, á pesar de lo exiguo de los jornales y de las circunstancias que han de tenerse en cuenta para calcular su importe ahora, la suma de 298.820.785 reales y 31 maravedises.

Enfrente de la fachada del Mediodía ha existido, hasta no hace mucho, la Armería Real, de orden de Felipe II, primero con destino á caballerizas, quien prescribió terminantemente al arquitecto que pusiese, á la manera flamenca, el techo de pizarras, y por su Arco, de tiempos de Carlos II, en el que al frente de la banda, contaban los más viejos que solía extremadamente lucir sus fanfarronas habilidades el tambor mayor, hemos de muchachos visto desfilar repetidamente á la tropa en la parada, diario relevo bullicioso y solemne de la guardia exterior, y desarrollarse, como sierpe luminosa, para llenar la engalanada carrera, pletórica de muchedumbre, con sus brillanteces, comitivas de corte en días sonados.

Casa de la Villa. Hemos indicado ya la pobreza del Ayuntamiento y lo indigno que resulta para Madrid. Lo mejor que tiene es el balcón de columnas á la calle Ma-

yor, obra de Villanueva. Nada se sabe del arquitecto de la casa, que se comenzó en 1645 y fué concluída en 1693.

Estos datos precisos, antes en la obscuridad, se deben á D. Higinio Peñasco y D. Carlos Cambronero, que han llenado con su diligencia y solicitud una laguna vergonzosa que venía á demostrar la falta de espíritu concejil en la villa de la manera más elocuente: olvidando hasta la memoria de la fundación de su casa. Nos han servido también de apoyo, puesto que son documentos irrefragables del archivo municipal, para las amargas reflexiones que nos arrancó la falta de hogar del Consistorio, circunstancia peregrina, ignorada generalmente. Consta de la investigación de dichos autores que D. Juan de Acuña no figura entre los dueños de casas que de 1565 á 1579 se expropiaron en la plazuela del Salvador (hoy de la Villa) para reunirse Madrid, inadecuadas y miserables, y que, por tanto, lo que sucedería es que dicho señor «por la amplitud de su vivienda ó por otras causas, cediese un salón para celebrar en él las sesiones, cosa común y corriente durante gran parte del siglo XVII, en cuya época se encuentran, entre los documentos del archivo citado, muchos acuerdos, actas y disposiciones, tomados en las *posadas* de los corregidores.»

Por hallarse ruinosas algunas de las casas compradas para domicilio del Ayuntamiento, se procedió á su reedificación en 1620. Después de 1640 se acordó construir el edificio actual y tales fueron los apuros de la villa, por gastarse los cuartos en fiestas y mercedes, que no se pudo terminar hasta 1693, como se ha expuesto. En todo ese tiempo el municipio anduvo errante.

La casa tiene buenos frescos de D. Antonio Palomino, y entre otros cuadros, una alegoría de Madrid, pintada

por Goya, y los fusilàmientos de Mayo de 1808, por Palmaroli. Hará doce años, cuando pertenecíamos al Ayuntamiento y era alcalde el señor conde de Peñalver, por su iniciativa se hizo una reforma en que se sacó todo el partido posible de la casa, mejorándola mucho en todos conceptos. De cualquier manera, lo que estaría bien como dependencia municipal (para biblioteca y archivo, por ejemplo, que ya estuvo allí, resultaría muy digna de conservación por sus recuerdos y porque tiene carácter), es indecoroso para el alto destino de Casa de la Villa de una gran capital.

En frente se alza la torre de los Lujanes, donde se ha supuesto, sin fundamento histórico, que se mantuvo en prisión á Francisco I, después de la batalla de Pavía, donde le aprehendió el soldado Juan de Urbieta. Desacreditada esa opinión, no está mal, sin embargo, que se restaurase la torre, no muy acertadamente, como se ha hecho, pues desaparecido el alcázar, donde Francisco I estuvo, recuerda la efemérides importantísima en la Historia de España y en la particular de Madrid, antes de ser corte, y, además, la leyenda tiene también un sitio en el alma de los pueblos, con mayor razón en donde hay tan pocas cosas legendarias y tratándose de una como esa. ¿Quién no siente, como el alucinado, la realidad de la visión en el callejón medioeval, á mil leguas al parecer de la villa de hoy, ante el postigo viejo, de puerta carcomida y arco de herradura? Por cierto que entre los perfiles añadidos por la imaginación á la historia hay el singular de que el rey de Francia «al salir de la prisión para regresar á su reino lo hizo por la puerta que da á la calle del Codo, que hoy en parte está tapiada y la cual se había rebajado de intento á fin de que el monarca francés inclinase la cabeza al presentar-

se á los cortesanos de Castilla, que le esperaban; pero conociendo su intención, el monarca atravesó el dintel de espaldas, inclinando la cabeza y mostrando el envés á los cortesanos». Aparte de eso, la torre es de fines del siglo xv, que no es poco para estimarla donde esos vestigios no abundan, y sálese de lo vulgar la puerta que abre á la plaza de la Villa.

Diputación Provincial. Es una casa que no se distingue de las más modestas particulares y que perteneció á la familia de los Lodeñas. Se reedificó á principios del siglo XVII.

Gobierno Civil. Ya hemos dicho que era del marqués de Camarasa. Igualmente impropia de su objeto actual que la anterior y del mismo siglo. Remendadas ambas muchas veces, teniendo á costa más de lo que valen y de sobra con lo invertido en su compra y reparación para tener locales á propósito y con decoro.

Esa ha sido costumbre de mal administrador, aún no curada, como la de no pensar las cosas antes y dedicar un predio imprevisoramente á cualquier oficina y después á otra, con mudanza de la anterior, y vuelta á las andadas, en un trasiego interminable. De una vez por todas, en evitación de prolijidad, advertimos que al referir su destino contemporáneo no se sobreentienda que es el que tuvieron siempre. Temeridad sería aquí donde, si acaso, no podemos responder sino del día de hoy.

Ministerio de la Guerra. Es grande este edificio, de hermosa perspectiva por el sitio en que está enclavado. Propio de la duquesa de Alba, construído en el último tercio del siglo XVIII, le compró, para regalársele á Godoy, el Ayuntamiento, que vivía humildemente y donaba un palacio así con que se hubiera honrado la representación de la villa si establece en él su casa, antici-

pándose á los deseos de D. Angel Fernández de los Ríos.

Ministerio de Gracia y Justicia. Pasable como casa particular, no lo es para lo que se ha instalado soberbiamente en otros países. Fué mandado hacer por la marquesa de la Sonora en el siglo penúltimo.

Ministerio de Estado. Se edificó para cárcel de corte, bajo la dirección de Crescenti, poniéndose la primera piedra el 14 de Septiembre de 1629 y se concluyó en 1634. Es uno de los más singulares edificios públicos y una excepción de los mazacotes de Felipe IV. Se puede decir que tiene personalidad, que no distingue á muchas de las construcciones madrileñas. La torre quemada se reconstruyó hace unos años, reparándose todo el edificio.

Consejos. Es el antiguo palacio del duque de Uceda, conocido por los Consejos por haberle comprado Felipe V para instalar sus oficinas. El privado de Felipe III mandó edificarle á principios del siglo XVII, según la traza de Francisco Herrera, quien murió antes de comenzar los trabajos, dirigidos por Gómez de Mora. Dijo Quevedo, satirizando al duque, que esta casa fué distraimiento de su hacienda y descrédito de su gusto. No deja de aparentar el vasto edificio, pero su construcción es tan quebradiza como la de casi todos los de su época, sostenidos á fuerza de lañas y puntales. Le ocupan el Consejo de Estado y la Capitanía General.

Hospicio. En 1722 empezó á construirse y es curiosa la página de churriguerismo para la historia de la arquitectura española que dejó en su portada D. Pedro Rivera.

Museos de Artillería y Reproducciones. Los agrupamos por ser los dos restos del palacio del Buen Retiro. El Museo de Reproducciones fué salón de baile con un

techo pintado por Jordán á que debe su salvación y el que le transformasen en el agradable edificio de gusto clásico que, armonizando con los alrededores, luce bastante y los embellece. En el de Artillería existe el Salón de Reinos, donde se reunían las Cortes; pero es lástima que constituya un estorbo que irregulariza para mucho tiempo calles de la hermosa barriada.

Dirección de la Deuda. Es un buen edificio del arquitecto D. José Ballina. Se construyó para la Compañía de los Cinco Gremios mayores en 1791. Después estuvo en él, hasta su traslación al nuevo, el Banco de España.

Academia de Bellas Artes, junto al Ministerio de Hacienda. D. Pedro Rivera fué el arquitecto.

Mención aparte, especial y honorífica, nos toca hacer de las reformas debidas á Carlos III. Aunque no todas sobresalientes, concurren en la mayoría méritos especiales. Para completar la información lo posible, diremos que hay algunas casas de títulos y particulares acreedoras á la consideración de los inteligentes y aficionados, y que de obras públicas urbanas no hay exageración en manifestar que de los dos primeros siglos del establecimiento de la corte no hay otra, hecha á propósito y en grande, que la Plaza Mayor, en cuyo recinto, teatro de infinitas escenas, se resume buena parte de la Historia de España.

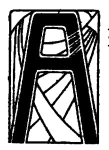
Del reinado de Carlos III son: el paseo del Prado, de cuyas fuentes hizo el diseño D. Ventura Rodríguez, acometiéndose también la obra, terminada durante la dominación francesa, de alcantarillar el barranco que le seguía en toda su longitud, empresa que equiparó Jovellanos en importancia á la de las cloacas de Roma; el Museo de Pintura y Escultura, inmortal recuerdo de don Juan Villanueva; el Ministerio de Hacienda y las puer-

tas de Alcalá y San Vicente, dirigidos por el ingeniero Sabatini; el Ministerio de la Gobernación; la Dirección de Correos y Telégrafos; el Hospital general, comenzado por Hermosilla, continuado por Sabatini, que con ser vastísimo en dimensiones, no es sino parte de lo que se proyectó; San Francisco el Grande; el Observatorio Astronómico, plan de D. Juan Villanueva; las Caballerizas reales, por Sabatini; la Platería de Martínez, obra del arquitecto D. Carlos Vargas; el Ministerio de Marina, el Botánico y el Canal del Manzanares.





VII



poco de empezar el siglo XIX se inicia la transformación de Madrid en su aspecto exterior y en sus condiciones sociales. En plena guerra de la Independencia, José Bonaparte manifestó ansias reformistas muy propias de quien venía de otros pueblos, sin que el hábito dificultase la percepción de lo corregible y la falta de puntos de comparación perpetuara lo deforme, y deseoso también de hacer algo que rompiese el hielo, sin conseguirlo, pues así como al que ama le parece hermosa la fealdad, todo es feo en el ser odiado, y lo que sacó de sus audacias emprendedoras fué aumentar los motes que le zaherían con el de *Rey Plazuelas*.

No pudo, en las circunstancias que le rodearon, sino derribar; pero esa es condición para erigir de nuevo, y se le debe. Como obedecía á un plan en las demoliciones, á un objetivo, quedaron, no obstante la aversión, y fueron aprovechadas; por donde vino á resultar, contra la voluntad del mayor número, que al fin dejase el usurpador huella indeleble en la capital de España.

En su obra *Las Calles de Madrid*, dicen los señores D. Hilario Peñasco y D. Carlos Cambronero: «Los famosos derribos verificados por el gobierno francés y que tanto mencionan en detalle los modernos cronistas de

Madrid, fueron los siguientes: parte de la manzana 343, donde se formó la plaza del Carmen; el convento de Santa Ana, que se convirtió en lo que hoy es plaza del Príncipe Alfonso, añadiendo, para regularizar ésta, el resto de la manzana 215, que se componía de casas particulares; parte de la manzana 288, que ahora es plaza del Rey, comprendiendo el antiguo callejón de las Siete Chimeneas, que hacía escuadra en el ángulo donde se unen el Banco de Castilla y el Circo de Price; el convento de los Padres Premostatenses, hoy mercado de los Montenses; la iglesia de San Ildefonso, hoy también mercado del mismo nombre; la manzana 221, en que estaba el convento de Santa Catalina, entre la calle del Prado y la Carrera de San Jerónimo, cuyo solar fué después vendido á particulares; la iglesia de San Martín; el convento de Jesús y el de la Pasión, que estaba al lado de la iglesia de San Millán, esquina á la calle de las Maldonadas. Requieren mención especial los derribos llamados de la plaza de Oriente y calles contiguas: alcanzaron desde Palacio á la plaza de Isabel II y desde el monasterio de la Encarnación hasta las accesorias de la iglesia de Santiago, comprendiendo en este espacio el Juego de Pelota, la Biblioteca real, el jardín de la Priora, los Caños del Peral y diez manzanas de casas que formaban la plaza del Teatro del baile de máscaras y las calles del Tesoro, de Santa Catalina la Vieja, de San Bartolomé, del Recodo, de la Parra, del Buey, del Carnero, parte de la calle del Espejo, que era muy irregular, la de Santa Clara, que no lo era menos, y la plaza de este último nombre. Las indemnizaciones y expropiaciones de estos derribos fueron pagados más adelante por el Municipio.»

Mesonero Romanos cita especialmente entre los derri-

bos, como una de las cosas que fomentaron la ojeriza contra el francés, el de la antiquísima iglesia de San Juan, sepulcro de Velázquez, cuyo cadáver ha desaparecido, situada en la confluencia de las calles de la Cruzada y Santiago, contiguas, por consiguiente, las dos parroquias, amontonamiento y confusión nada insólitos, y la cual, de ningún mérito artístico, era veneradísima por sus tradiciones. Habla también de la demolición del convento de Santa Clara, muy próximo á Santiago, y de casas solariegas, notables sólo por sus recuerdos. Nos viene á la memoria el de que habilitó la plaza de San Miguel para la venta de pescado.

Fueron esos los primeros piquetazos para convertir la corte rutinaria en progresiva capital, y por la simple enunciación de las obras se deja comprender su importancia. Como las funciones fisiológicas se cumplen automáticamente, sin obligada asistencia de la voluntad, no fué óbice el desamor, la inquina, para que Madrid, al entreabrirse la angosta madriguera, sintiese el bienestar de la más fácil respiración. Pudieron rechazar algunos estoicamente socorros de los gabachos en las hambres de los años 11 y 12; pero sin darse cuenta, ensanchó sus pulmones el aire que los proporcionaban.

De las plazas del interior de Madrid — y pocas hay que merezcan tal nombre — resulta que se deben algunas, bastantes, á aquella reforma. La principal, verdaderamente magnífica, la de Oriente, orgullo de cualquier ciudad, se formó entonces, limitándose los que vinieron después á proseguir y dar cima á la obra, con no poca pereza de trocar en edén el páramo. Poco más, en el sentido de apertura de plazas en el casco de la población, se ha hecho, aunque los lugares así inaugurados han tenido un embellecimiento que equivale á una creación.

Imagínese el palacio real sin perspectivas, sin otro acceso, y no del todo franqueable, que la plaza de la Armería, muy diferente de ahora, entre callejuelas de humildes casas y templos vulgares, sin otros títulos de supervivencia que la vejez, muy mala recomendación. ¡Cerrad los ojos á los esplendores de la plaza de Oriente, reconstituid lo pasado y al abrirlos de nuevo es como sabréis admirarla!

Sin concluir Palacio, que había de tener los dos pabellones laterales que cierran hoy, con la verja que ha sustituído al Arco y Armería real, una gran plaza, José Bonaparte, con el fin de adornar el sitio, mandó labrar una balaustrada al lado del campo, que era un cómodo observatorio del bello paisaje. Quiso, y la brevedad de su azaroso reinado se lo impidió, como tantas otras cosas, tender sobre la calle de Segovia análogo puente de comunicación al que vemos, plan que expuso ya Sachetti á Felipe V. Pensó transformar la circular iglesia de San Francisco en Salón de Cortes y acarició la de ensanche de la Puerta del Sol y calle del Arenal para que cruzara una gran vía á Madrid de punta á punta desde Palacio, perfeccionándola con la creación de la Bolsa en San Felipe el Real, de claustro bonito, y el derribo del Buen Suceso, para sustituirle con un teatro, emplazamiento inmejorable y honra de la Puerta del Sol que entre la Carrera y la calle de Alcalá se destacase el frente de un coliseo monumental á estilo de otras plazas de Europa.

Creó en provecho de la seguridad pública un escuadrón de gendarmería en Madrid y su provincia, para ver de desinfestar calles y carreteras y vericuetos de la peste de malhechores, y que trajinantes y transeuntes circularan sin temor al dilema jacarandino de la bolsa

ó la vida. Hasta bien entrado el siglo, un barranco cerca del puente de Toledo se conocía por el de los ladrones por sus fechorías en aquel lugar, y era expuesto de noche y no muy seguro á la luz del sol trasponer las puertas. En el recinto, entre las bromas de la partida del trueno, harto pesadas, en que colaboraron hasta poetas geniales, y los serios atracos de la gente de mal vivir, lo mejor era permanecer en casa. También el *Pepe Botellas* de los chisperos y la manolería tendió á librarlos de la podredumbre de las inhumaciones en las iglesias, con la práctica de una disposición de Carlos III, perfectamente incumplida, que las prohibió fuera de los cementerios en parajes convenientes, que mandaba hacer. Estableció los generales del Norte y el Sur.

Visto está cómo no era una disculpa, según por alguien se ha pretendido, en el príncipe «borrón de nuestra historia», lo dificultoso de los tiempos para el paréntesis de grandes empresas urbanas. En el largo reinado de Fernando VII, lugar hubo de sobra y bastante paz — aunque esto de la paz no importa á ese fin y en período de guerras es cuando ha renacido la villa—para ponerse á tono con la época y seguir su impulso, empleando bien lo que gastó en chucherías como las *rusticidades* de similor versallesco que dejó en el Retiro, si bien reparó en parte vandalismos de invasores y auxiliares como los ingleses, que incendiaron la fábrica célebre de la China, y dejó el rudimento de parque zoológico que subsiste en la Casa de Fieras. Tiene eso en su haber y la conclusión del Museo de Pinturas, la fuente de los Galápagos, primero en la Red de San Luis, actualmente en el Retiro, trazada por Mariátegui, con esculturas de don José Tomás, como desquite de la Fuentecilla, chabacana, y por lo que toca á la Puerta de Toledo, coincidi-

mos con la opinión de Amador de los Ríos y D. Cayetano Rosell, en que es pesadota, pero no carece de perspectiva.

Hizo también en el Canal algo digno de atención á ser útil y dió principio al teatro de la Ópera. En su tiempo se sintió generoso otra vez el Ayuntamiento, con prodigalidad de perdido, y regaló á la reina D.ª Isabel de Braganza el Casino de la calle de Embajadores, en la que fué huerta del clérigo Bayo, donde se estableció después el Museo Arqueológico, y radica en porción de su perímetro la Escuela de Veterinaria. Vino á aumentar el número en la corte de los sitios reales, entorpeciendo la expansión de barrios que tanto la necesitan. Era un precioso jardín, encantador, irisada luz de un brillante en la tonalidad gris de tugurios circunvecinos. No es el vergel, cuyos restos pudimos en la infancia disfrutar muchas veces, con su puerta elegante, hoy del Retiro, en la plaza de la Independencia, su isla, su ría, su dique majestuoso, sus grutas eróticas, sus flores y su palacio, que utiliza el maestro Galdós para algunas escenas de los *Episodios Nacionales;* pero en su presente situación lastimosa, cercenado y todo, aún serviría, si hay celo y se aprovecha bien como parque, para higiene y hermosura de su distrito.

La primera desamortización realizada en el trienio famoso, permitió nuevos despejos que añadir á los de Bonaparte. Sobre todo, sembró para el porvenir. Empezaba un estado de derecho en lo referente á la constitución política y á la esencia y raíz de la sociedad española, que la modificaba completamente, y en las alternativas de la lucha, hasta consolidarse el sistema triunfador, Madrid, centro de la red nerviosa, había de ser extremadamente sensible á las impresiones.

Las Cortés de 1837 con sus medidas y el gran Mendizábal dándose la mano con los ministros de Carlos III, en lo que respecta al progreso municipal de la villa, que es la relación, conforme al asunto de este libro, en que podemos considerarle, avanzaron mucho en la senda del Madrid actual, que es muy distinto, y no sólo materialmente, del Madrid de antaño.

La supresión de los regulares, luego definitivamente sancionada por la ley de 29 de Julio de 1837, y la desamortización, produjeron, con las realizadas en ese orden después de la guerra de la Independencia, las siguientes reformas.

Se derribó los conventos de San Felipe el Real, á la entrada de la calle Mayor, frente á Oñate, y ensanchándose las vías públicas contiguas, se edificó en su lugar la casa llamada de Cordero, la más grande de Madrid, que ocupa toda la manzana que limitan la calle Mayor, la de Esparteros, la de Correos y la calle y plaza de Pontejos, salvándose el peligro frecuente de que su magnitud le diese aire cuartelario; el de la Victoria, en la Carrera de San Jerónimo, que ha permitido las calles de Espoz y Mina y de la Victoria, en su forma presente, y animar la Carrera con la construcción de casas de comercios elegantes, mejora completada al reformar la Puerta del Sol, con el derribo del Buen Suceso, en la otra acera; el de la Merced, convertido en plaza del Progreso; el de Recoletos, á fin de contribuir á la formación del paseo de su nombre; el del Espíritu Santo, en cuya área se edificó el Congreso; el de San Bernardo y los de Afligidos y la Pasión, para solares; el de Capuchinos de la Paciencia, con designio de hacer hueco para la plaza de Bilbao; el de San Felipe Neri, donde indica su título, para casa particular, donde se construyó un

mercado y un pasaje ó galería que no tuvieron suerte, como de costumbre; el de Agonizantes, en la calle de Atocha, heredado por una vivienda particular; el de monjas de Constantinopla, en la calle Mayor, utilizado para la de Calderón de la Barca y edificación de casas de vecindad, que con las que ocupan el suelo de la antigua parroquia del Salvador, alegran dicho trozo de vía pública; el de la Magdalena, en la calle de Atocha, sustituído también por casas de alquiler; el de los Angeles, hoy plazuela de Santo Domingo; el de las monjas de Pinto, cuya desaparición, como la reciente de los Italianos, ha mudado el semblante de la Carrera de San Jerónimo, á lo que cooperó por allí el derribo anterior del convento de Santa Catalina, con ensanche de la calle que ha bautizado y amplitud de la plaza de las Cortes; el de religiosas del Caballero de Gracia, donde se estableció un mercado, que no duró mucho, y el de la Encarnación, vuelto á levantar.

El convento é iglesia de San Martín, próximo á las Descalzas, fué dedicado á oficinas del Gobierno Político, como á la sazón se denominaba el Civil, Diputación Provincial, Tribunal, Junta y Bolsa de Comercio; en el de la Trinidad, la iglesia trocóse en teatro del Instituto, en Museo Nacional el claustro, y en él hemos visto el Ministerio de Fomento antes de dársele albergue *ad hoc* en el paseo de Atocha; el del Noviciado se destinó á Universidad, y el de D.ª María de Aragón á Senado; en el de Santa Bárbara fué roto el silencio de la clausura por el ruido de una fundición; en el de Jesús hubo picadero y escuela de ginetes; San Basilio alojó á la Milicia Nacional, después á los presos militares, la Bolsa y lugares de esparcimiento; en el de los PP. del Salvador, calle de Echegaray, instalaron las oficinas de la Comi-

sión Amortizadora, que fué como ponerle *inri;* San Vicente de Paul, calle del Barquillo, encerró á los condenados á presidio correccional; el de monjas de Santa Clara, calle Ancha de San Bernardo, acogió la Escuela Normal de Maestros; el de las Vallecas es hoy la risueña acera de Fornos y desahogo de la antes calle Angosta de los Peligros; el de las Baronesas, en la misma hermosa calle de Alcalá, se ha metamorfoseado en el palacio y jardín de Casa Riera; el de San Pascual, en Recoletos, se alquiló para depósito de cereales; el Beaterio de San José, en la calle de Atocha, fué utilizado para escuela de párvulos; el convento de San Francisco, para cuartel de Infantería; para parque de Artillería, San Jerónimo; para cuartel de Inválidos, Atocha; para Caja de Amortización, el Carmen; para cuartel de la Milicia Nacional, Santo Tomás, de donde salieron las comitivas de la Inquisición, y para cuartel de Alabarderos, el Rosario, en la calle Ancha, esquina á la de la Flor; el de San Cayetano, la iglesia de la calle de Embajadores, fué vendido, y las Salesas Nuevas, donde otra vez hay reclusas, por lo pronto sirvieron de Universidad.

De los conventos no derribados en seguida, subsisten el de San Francisco y los tres de monjas, Encarnación, San Pascual y Salesas Nuevas, devueltos á su primitiva misión, aunque precisadas las comunidades, como los frailes de Jesús, para habilitarlos, á grandes desembolsos. Del Noviciado (Universidad) no hay más que el nombre, y el de religiosos Benitos es cárcel de mujeres. Los demás, transitoriamente cumplieron el vario destino que se les asignó y los sustituyen construcciones modernas.

Para considerar la trascendencia de esos respiraderos dados á la villa desde el principio de las demoliciones

en grande, hay que tener en cuenta que hasta el siglo pasado no tuvo Madrid más paseos que el Prado y algún trozo de tierra con pocos árboles junto al Manzanares, lejano de la población, y adonde era casi un problema llegar, tras de correr verdaderos peligros. Antes de finalizar el siglo XVIII no era tampoco muy apetecible el Prado, y fué entonces cuando se empezó á repoblarle de plantas y á embellecerle, según dicho queda, y á poner acacias en las avenidas de las Puertas de San Vicente y Segovia é inmediaciones del Canal. Eso fué todo. Pasead la vista por el interior y exterior de Madrid los malhumorados, y comparad, sin olvidarse de que el Retiro, la Moncloa y la Florida pertenecieron al Patrimonio, como aún sucede con la Casa de Campo y el Pardo, sin las facilidades para entrar el público en éstos que más tarde ha habido.

Póngase en cuarentena las hipérboles de las comedias de capa y espada al Parque de Palacio en el Campo del Moro, que bien sabemos consistía en escasas filas de árboles, más claros cada vez, concluyendo en erial por el abandono. La frondosidad de los actuales deliciosos jardines no son una resurrección de los antiguos, sino cosa nueva.

Fué en 1807 cuando se plantó los árboles de las rondas de Atocha, Valencia y Toledo y los del Embarcadero del Canal al paseo de las Delicias; de 1817 á 1820 los de las avenidas del Embarcadero; en 1830 los de la plaza de Santa Bárbara y Ronda, hasta Recoletos; en 1831 los del paseo de los Ocho Hilos, desde la Puerta de Toledo al puente y paseos laterales; en 1833 se comenzó á poner arbolado en los paseos de la Castellana, Cisne, Eloy Gonzalo, Areneros y camino de Vallecas; en 1835 en el paseo de Luchana y otros contiguos.

En el interior de la villa eran desconocidos los árboles públicos; tampoco había muchos en propiedades privadas, codiciosos de la pequeña superficie habitable con relación al vecindario, y lo que tenían los conventos no solían ser jardines, sino vastas huertas, no muy cuidadas. En 1836 plantó el Ayuntamiento los primeros árboles en las plazas del Progreso, Bilbao y del Rey y en las calles de Alcalá y Atocha; de 1840 son los jardines de la plaza de Oriente y Campo del Moro y el fomento del Retiro; de algo más tarde los de las plazas de Santo Domingo, Isabel II, de las Cortes y la Constitución, paseos de Recoletos y la Castellana y Depósito del Canal. De fecha posterior á 1868 son todos los restantes jardines y arbolado.

Por suerte, así como tenemos el plano de Amberes para resucitar el Madrid antiguo, existe en el Museo de Artillería un modelo de Madrid del año 1830, dirigido por el teniente coronel D. León Gil, que es un pasmoso trasunto de la realidad. También en el Museo dicho puede admirarse el modelo de palacio real, de Jubarra, el artista italiano.

Estaban puestos los jalones para la mudanza. No fuera justo ni posible al tratar de ella olvidar á Pontejos, el insigne corregidor de Madrid en los años 1834, 35 y 36, que es de los excepcionales, de los que han sabido unir su nombre á la villa, raro privilegio entre la turbamulta de alcaldes que ocupan sólo por toda memoria un puesto en el catálogo.

Reformas al parecer sencillas eran radicales innovaciones en su tiempo, lo que demuestra el atraso de la policía urbana. Pontejos estableció la numeración en la forma actual, concluyendo con el desbarajuste de hacerlo rodeando la manzana, motivo de repetirse en mu-

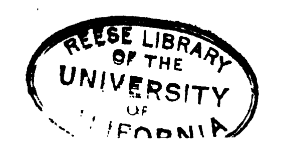
chas calles el mismo número con la confusión consiguiente; mejoró empedrado y aceras en las principales arterias de Madrid, mas por economía se instalaban en sólo un lado, con lo que trinaban los de enfrente, cuyos pisos y tiendas desmerecían; colocó reverberos contra la obscuridad; puso rótulos en las calles (aun quedan lápidas de aquellas), y suprimió muchos ridículos nombres; pregonan su cultura y civismo la Caja de Ahorros, el desarrollo del Monte de Piedad, la Asociación para la reforma del sistema carcelario y otras sociedades útiles, el Asilo de mendicidad de San Bernardino, las salas de asilo y escuelas de párvulos; atendió á la higiene, que es también una virtud, preocupándose de la limpieza, y ¡oh tiempos! —digno de gratitud es por hacer que se barrieran las calles un día sí y otro no, alternativamente las dos mitades de la villa. En su época, además de plazas y paseos nuevos, se acabó la Facultad de Medicina, el Obelisco de la Castellana y el mausoleo del Dos de Mayo.

Se arregló los despeñaderos de la Cuesta de la Vega y se plantó de árboles; también la Montaña del Príncipe Pío tuvo grandes mejoras y en el soto de Migas Calientes cuidó la villa sus lozanos Viveros, multiplicándose las plantaciones en las praderas de la Fuente de la Teja y el Canal. Fué tan sensible el cambio, que Amador de los Ríos y Rosell aseguran que influyó en el clima y las condiciones de Madrid. ¡Qué dijeran hoy, y eso que tanto falta! En caserío y vecindario no se diga lo que hubo de ganarse en los dos primeros tercios del siglo último. Hablen por nosotros los palacios de Recoletos y la Castellana, y los barrios de Chamberí y las Peñuelas, que se fueron poblando con rapidez, como los de Argüelles y Pozas; las extensas manzanas construídas

en la Puerta de Alcalá, comienzo del rico barrio de Salamanca; los edificios junto á Atocha, germen de otras barriadas populares, y los levantados fuera de las puertas de Bilbao y Santa Bárbara, derruídas antes de 1868, —como igualmente lo fueron las de Segovia, Recoletos y Atocha—para la prolongación de las calles de Hortaleza y de Fuencarral.

No había al finar el siglo XVIII más teatros que los del Príncipe y la Cruz, harto ruines y entorpecidos en sus funciones y desarrollo por la ignorancia y la intransigencia. El nombre de *corral,* aunque modificados, no desentonaba en los dos. El nuevo teatro Español, el Real, el de la Zarzuela y algún otro dieron fe de los adelantos del siglo, de las novísimas orientaciones. Los grandes descubrimientos que aceleraron la marcha de la civilización, el ferrocarril y las maravillas de la electricidad, contribuyeron sobremanera al fomento, y las dos empresas del Norte y Mediodía, aunque con estaciones improvisadas, llamaron la vida con un elemento desconocido y poderoso. Se inauguró la iglesia y hospital del Buen Suceso, manzana de lo mejor de Madrid, en la calle de la Princesa, honra asimismo de una gran población; se hizo uno de los pabellones laterales de Palacio, el del arco de Santiago, el hospital de la Princesa, considerable construcción adaptada á sus necesidades, la Casa de la Moneda, el cuartel de la Montaña, mole que no afea el lugar privilegiado en que se levanta para la visualidad, y el Tribunal de Cuentas, que sí es feo.

La Puerta del Sol, de fama universal, la bien amada de los madrileños, el centro de la villa, más que topográficamente ya, porque es su corazón, el teatro de sin número de fechas históricas, donde se desenlazan ó emprenden muchas cuestiones de interés nacional, consa-



grada por el Dos de Mayo, fué como pasadizo en los siglos XVI, XVII, XVIII y más de la mitad del XIX, hasta que se inició su reforma por un decreto de 26 de Mayo de 1856. Terminaron los trabajos en 1861, no sin dificultades y dimes y diretes en las Cortes y pregón de abusos por parte de provincias que han conseguido del Estado por auxilios directos ó por renuncias y gracias infinitamente más que Madrid, desheredado como se ha visto en los tiempos donde todo lo fué el poder á quien servía de residencia. El asombro abrió la boca de los contempladores de la nueva plaza, poco acostumbrados á semejantes anchuras, y aun llegó á calificárselas de ampulosas. Disculpable es eso por la costumbre de vivir mal y las circunstancias urbanas, sin tranvías ni tanto trajín de vehículos y peatones. Ved cómo parece que ensanchan las calles el Viernes Santo, aunque no sea del todo igual el aspecto, para comprender que les pareciera mucha vía la que es hoy tan insuficiente y á la que dedicaremos más adelante mayor atención. Hasta un hijo de Madrid de la calidad de D. Ramón de Mesonero Romanos califica de disparatada la extensión que diera á la plaza de Oriente José Bonaparte.

Siguió el compás de ese desarrollo el movimiento de la población. El libro del alcalde D. Fermín Caballero, titulado *Noticias topográfico-estadísticas sobre la población de Madrid,* que se publicó en 1840, convence de que no puede darse cifras exactas en ninguna época anterior de los habitantes de la villa. Todos los censos hechos no merecen fe por la manera de realizar el trabajo y la resistencia ó la dejación de muchos, obstáculos mayores á medida que es menor la cultura. Todavía hoy no se puede responder de la matemática exactitud del empadronamiento, y es muy general la sospecha,

fundada en inequívocas señales, de que la población de Madrid es más de la que oficialmente se le atribuye. Los cálculos probables con visos de acierto que permite el progreso de la ciencia estadística, con los datos disponibles, son que Madrid tenía al comenzar el siglo último unos 150.000 habitantes y que contaba en 1868 trescientos mil. De esas cifras, 50.000 aumentaron en cuarenta años y en sólo veintiocho crecieron de 200 á 300 mil, al renovarse las entrañas de la sociedad española, todo en el desencadenamiento de una tempestad deshecha.

La crisálida no era aun mariposa. Las condiciones de la villa seguían siendo en general deplorables. Contra el cerco de la pared de Felipe IV se realizaba tímidos conatos á última hora de saltar por encima. Reforzaban el asedio los Sitios Reales, dificultando la expansión por donde más grata fuera y retraía en lugares abiertos la esterilidad de los contornos. Policía urbana y costumbres continuaban deficientes é incultas, que para desarraigar males hondos, muy hondos, fuera menester una serie de Pontejos, y esa continuidad de buenos gobernantes ó administradores no se ha conocido, por su desventura, en España; pero las comunicaciones más cómodas, facilitando los viajes y con los viajes el comercio de las gentes, cuya rudeza se descascarillaba al contacto, crearon nuevas necesidades que influyeron en las ordenanzas, y las costumbres de sociedad, la moda de París, afinaron las relaciones.

Pronto esa influencia se reflejó en el papel, en nuestra manía legisladora, con floja voluntad para el cumplimiento, mejor dicho, con voluntad ineducada, pues á quien suele faltarle y sindéresis por añadidura es á los tutores de nuestro país, contra quienes ha habido sobradas causas de remoción. El Reglamento de policía urba-

na de 1841, con 431 artículos, se parece á las Ordenanzas vigentes en que, cumplido, haría de Madrid un pueblo casi ideal. Como nos juzgaran sólo por lo dispuesto en colecciones oficiales, muy alto habría de colocársenos reverentemente, y aun nos anima la ilusión de que en lo futuro se nos estudie por ese lado, en investigaciones eruditas del extranjero, para prometérnoslas muy felices. Ordenanzas eran las de 1841 y Ordenanzas son las del día para el Madrid de la realidad, como las puentes hermosas con esperanza de río, que dijeron ilustres satirizadores del Manzanares.

La intervención del pueblo en la política, apasionadamente, con su nobleza peculiar y su característica abnegación, infundiéndole ideales, dándole orientaciones patrióticas y vistas á problemas de índole internacional, profundamente humanos, con interés muchos, despreciadores de los *ojalateros,* en la lucha cruenta del pasado contra el porvenir, se engrandeció la vida y el ejercicio de los derechos, la práctica de las virtudes ciudadanas, las imposiciones de la defensa, los sobresaltos de la conspiración de blancos y negros, el palenque universal en que se cultivaban las energías, habiendo cada uno de bastarse á sí mismo y atenuada la egoísta personalidad por la comunión en la bandera, fué aula perenne de civilización, oreada por extranjeras brisas, que hubo de influir hasta en los más recalcitrantes.

Había sido Madrid, en los siglos anteriores, en la quietud de agua estancada de la sociedad española, un pueblo aislado que llegó á carecer de todo estímulo y acicate. La voz de tragedia con que se despertó á España la puso en pie y envuelta por el torbellino universal, abatió, con el reverdecer de las cualidades propias de la raza, los Pirineos morales, que más que los mon-

tes de la naturaleza, interponían un cordón de apestado.

Hacen notar el fenómeno los autores de que en circunstancias tan apuradas y decisivas, todo subvertido, inseguro, en conflagración, en ruinas y espanto, Madrid creciera y se desarrollara sin medida ni freno, que se remozase, que renaciera, mejor dicho, tomando aspecto inusitado de brillantez. A su reposo de catafalco en otras edades sucedió, entre la algazara y el estruendo de los combatientes, dejar los lutos, y contra lo que un juicio superficial pudiera suponer, la villa gozaba con diversiones que trajeron consigo los nuevos hábitos sociales á la europea.

Los acontecimientos anteriores, desde la invasión, la hégira de los perseguidos políticos, unos ú otros, según las vicisitudes rápidas de la guerra de principios é intereses contrarios, las visitas de los extranjeros y más aún de sus ideas, lo que en el equilibrio de las potencias habían de pesar nuestras disensiones y el papel que se nos repartió á la fuerza en conflictos mundiales, unido al gusto apasionado por lo exótico, dijeron á Madrid y éste lo oyó contento, que era ya hora de resucitar.

El carácter expansivo, el genio alegre y el generoso corazón, buen hado que le induce siempre á la defensa de lo noble y le hace simpático y atractivo á las mismas gentes que rechaza, no se desmintieron en esas ocasiones trascendentales. Comenzó la conquista de la capitalidad por derecho propio, no por gracia al sacar del príncipe, el Dos de Mayo. La consigna que dió fué cumplida en España entera y desde tal día las corrientes patrias aquí se empujaron y dirigieron, no ya por la corte, sino por Madrid. No fueron producto de cualquier reinado sus mejoras, debidas en adelante al Municipio ó á la Nación. A él con mayor intensidad que nunca vino

la inmigración de provincias á mezclarse en su tráfago, á producir la síntesis nacional en el laboratorio común, á despojarse de particularismos, á ser españoles todos, á respirar ampliamente atmósferas libres, no confinadas entre arcaísmos y vetusteces. Porque, no obstante el agobio tan encima de los poderes públicos, con su inmensa acción, Madrid, cada vez reafirmando la supremacía secular, cimentada por su conducta en granito, siempre á la vanguardia, ha dado la norma del progreso.

En todo el país se operó el cambio. El desperezo general abrió veneros originales con inesperados recursos. La actividad encontró manifestaciones no sospechadas en que emplearse y las ciudades muertas ó adormecidas se aferraron ansiosas á la vida nueva. Como en una Pascua, la alegria se desbordó entre vigores de retoño vernal. España que pasó por el duro calvario de una penitencia, en que para mayor propiedad y desolación se iba quedando su territorio yermo; que fué debilitándose con sangrías diversas, hasta amanecer una triste mañana en cruz y con sus vestiduras al azar jugadas por los sayones, así como se repuso en una guerra civil larguísima de sucesión, porque en ella se ventilaba más que los intereses de dos familias el problema de ser ó no ser, de continuar inerte ó incorporarse al movimiento europeo, por lo que la fuerza vital triunfó del estrago, con más razón la savia de un siglo como el XIX floreció el árbol caduco, pese á todas las inclemencias.

La población de España disminuída alarmantemente cuando el siglo XVIII empezaba, aumentó desde entonces, se estancó al estancarse la patria de nuevo y tuvo una subida asombrosa en el período á que nos referimos. La riqueza nacional es incomparable con la pasada y pese al atraso y la caída, no cábe ya con otras centurias

en eso ni en nada, por lo que á nuestra superioridad se refiere, punto alguno de comparación.

Madrid dió la señal. De pueblo á pueblo se propagó el toque á rebato y siempre, en todo momento, esperan la iniciativa ó la consagración de la capital, que lo es de todos, porque pertenece á todos, porque ha sabido identificarse con la nación y hundir sus raíces en el alma madrileña. No es el Gobierno, el Estado, de quien reciben ni adonde van á parar ideas y sentimientos que forman nuestra singularidad como nación independiente y, por el contrario, suele declararse el divorcio, sino con el pueblo de Madrid, centro de España por sí mismo, no por su carácter de sede oficial.

A la revolución operada trajo Bravo Murillo el principal elemento, sin el que nunca se hubiera ultimado. El agua del Lozoya, empresa gigante, aun con sus deficiencias, que urge subsanar, y pese á su limitado desarrollo, por la fatalidad que persigue á las obras públicas españolas, tiene una importancia capitalísima y tan visible que nos ahorra su encarecimiento. Merced al Canal de Isabel II ha sido posible la conversión en ciudad moderna y bueno es haber dado el paso, que ya no puede desandarse. Habrá que seguir á la fuerza, y si llega la ocasión, en otras páginas, llenaremos con tan vital asunto unas pocas.

Registraremos en estas el magno suceso. Desde que Madrid perdió la abundancia de aguas que á una encomian los coronistas, su abastecimiento ha sido problema constante. La calidad de las potables se ha elogiado con mucha razón, mas para las necesidades de la villa y riego de sus campos, un tiempo fértiles, después baldíos, al descuajarse los montes que menciona Alfonso XI en su libro de montería, y emigrar forzosamente los labra-

dores por varios motivos, el caudal que hace falta es de mucha consideración. Su escasez preocupó y preocupa á las gentes de cuando en cuando.

De ahí los proyectos y estudios periódicos, ya de canalización del Manzanares, ya de aportaciones del Guadarrama, ya de otros medios de dotar á Madrid de un elemento tan principal, pródigamente. La comparación con las capitales extranjeras sirve de estímulo, así como las exigencias cada vez más fundadas y reconocidas de la higiene. El cambio de ciertas costumbres tradicionales será más fácil sobrando el precioso líquido por doquiera. De la canalización de nuestro río algo pasó de la teoría á la práctica, pero con tan poco examen que los millones fueron verdaderamente tirados al agua y se concluyó como medida de buen gobierno por cegarlo todo. Muchas otras veces no salió de la esfera ideal, algunas con circunstancias curiosas muy placenteras, legítimas *cosas* de España.

Al fin se comisionó á los señores D. Juan Rafo y don Juan de Rivera para el estudio del dictamen de don Francisco Barra, modificado por D. Pedro Cortijo, y el año 1851 se inauguró las obras, calculada su duración en cinco años y su coste en 20 millones de pesetas, que se convirtieron por accidentes ocurridos después de hecho el Canal, en diez y seis años de trabajos y 50 millones. El trazado del Canal tiene 70,04 kilómetros, es decir, doce leguas y pico de longitud.

El 24 de Junio de 1858, á las ocho y media de la tarde, se elevó á más de 90 pies un surtidor al final de la calle Ancha de San Bernardo. El Lozoya estaba en Madrid. La Naturaleza fué una vez más sometida al genio del hombre y la capital se disponía á entrar de lleno en la categoría de las grandes. Se explica el júbilo con que

fué Madrid á presenciar la fiesta, á recibir en la lluvia de gotas del huésped Mesías como un bautismo de regeneración. Nunca el solsticio de verano, el San Juan simbólico, se solemnizara también. El agua cristalina, el agua santa, debió inspirar á los poetas himnos sublimes en que celebrasen con su maravillosa intuición milagros de la fuente al golpe del trabajo brotada, el retorno de Madrid al rico fundamento de su viejo blasón, á mayor gloria de sus moradores, y dieran impulsos para llegar con nuevas conquistas de agua, indispensables, que no aplacaron las del Canal una sed de siglos, al apogeo de industrias y de virgilianas faenas en la aridez, recriando la villa y su término en los cielos de la imaginación.





VIII



EL año 1868, el del destronamiento de Isabel II, data el Madrid nuevo, el contemporáneo, el actual. Se realizó la metamorfosis completamente, entrando de lleno por las vías de una gran población.

No hace falta advertir que al expresar nosotros que nació entonces el Madrid de ahora, no significamos que fuera como es hoy, pues tal opinión resultara absurda y opuesta á la realidad de las cosas; pero nada más cierto, sin embargo, como que esta villa es aquella en la relación del hombre maduro al niño que viste la toga viri en el umbral de la adolescencia.

El crecimiento de la población, cuyo desarrollo veníamos observando, experimentó una sacudida prodigiosa. Fué una embriaguez de la alegría de vivir al romperse las trabas de la expansión en todos los órdenes, plétora que fué un peligro del que se huía instintivamente y á cuyas manifestaciones se aplicaba remedios como el de fundar de cualquier modo arrabales extramuros ó hacer lo que gráficamente pintaba Fígaro: «Se agrupa la población de esta coronada villa, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se mar-

cha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La población que se va colocando sobre los límites que encerraron á nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes.»

A esta necesidad ya se había acudido. Como dicen que carece de ley, ella se remediaba en lo que podía, desastrosamente; pero también el Gobierno tuvo á la fuerza que preocuparse de la cuestión para encauzarla y dirigirla. No madrugó, como no ha solido madrugar nunca, pues desde el informe de Jovellanos á Floridablanca sobre lo indispensable de ensanchar la villa con donaciones de propiedades del Estado, que su talento perspicuo veía trocarse por el aumento de la riqueza en copiosa fuente de recaudación, hasta que en 1846 se mandó proceder al ensanche, según el plano de D. Juan Merlo, ya había llovido. La fatalidad de no existir un plan general acabado, concienzudo y difícilmente reformable, se quiso en algo subsanar con ese decreto, valiéndose de la ocasión pintiparada de no ceñirse al antiguo casco, sino de impedir el ahogo y proyectar fuera de puertas.

Pero no se contó con el tradicional tío Paco de la rebaja. ¿Que quién fué? Pues no otro que el propio Ayuntamiento, el del año 1847, que tozudo le combatió, cual si el derribo de la pared estranguladora fuera un Dos de Mayo. Tesón igual no tendría precio en cualquier instante que se tratara de defender intereses legítimos de la villa, sin tolerar menoscabo de su higiene, arte, patrimonio ó memorias sagradas. Fuera de eso, por la costumbre de vivir en estrechez, tocados de la monomanía lindante con las fronteras de la locura, que consiste en el miedo al aire libre, á los espacios anchurosos, cu-

yos síntomas no han desaparecido totalmente de la colectividad, arremetieron contra el dictamen por dañoso á Madrid, excesivo é inútil en mucho, muchísimo tiempo. Y cuidado que la tal ampliación se comprendía próximamente entre el ángulo N. del Parque de Madrid, el Obelisco de la Castellana, los Depósitos del Lozoya y el cruce de las calles de la Princesa, Alberto Aguilera y Marqués de Urquijo.

A los diez años hubo que ampliar el recinto que se creyó monstruoso, previos los estudios competentes, y en 1860 se aprobó el plano del ingeniero D. Carlos María de Castro. De norma ha servido y aun sigue sin sustituto hoy, por más que no se cumpliera sino en parte. El año 1884 se modificó y ha sufrido otras alteraciones con que se ha procurado corregirle. Circunstancial también, defecto de casi todas las obras públicas, donde no se pone cuidado mas que en el pan de cada día, como si el tiempo no corriera, se ha anticuado y requiere sustitución. Propúsose por la Comisión de Ensanche, á iniciativa tenaz de su presidente, el inteligentísimo general Arroquia, del Cuerpo de Ingenieros, cuando á ella pertenecíamos, varias soluciones, como la de utilizar, por la urgencia, trabajos y recursos del Instituto Geográfico y Estadístico, previas las indispensables gestiones, y quedó todo igual.

Seguro es que si una vez se decidiera el Ayuntamiento á encargar á los facultativos de la casa la realización de la empresa, dándoles medios adecuados, sin regatear, sin vacilaciones, para que hubiera un criterio único de reformas y urbanización de todo Madrid, radio y extrarradio, proscribiendo parciales composturas y chapucerías, terminara el desbarajuste perturbador. A él se debe que al irse formando más allá de las tapias los que fue-

ron arrabales de las Peñuelas y Chamberí, se construyese á manera de chozas y cada uno á su gusto, cual si *ad perpetuam* se desheredase á los transgresores del reglamento carcelario de la villa. Quedan aun berrugas de tal época en el distrito de Chamberí, de posición ventajosa, que tanto ha progresado y tan hermosas avenidas tiene, y en las Peñuelas, pobre suburbio como es y peor enclavado, constituye hondo mal de origen, á pesar de su mejoramiento.

Acusan al plano de Castro de un defecto esencial, el de haberse hecho sin tener en cuenta la índole de la población á que debía adaptarse, cual si no existiera. Fué vulgar en su concepción, reducida al consabido tablero de damas, muy en boga en su tiempo, monótono, sin plazas ni cosa alguna que rompiese la uniformidad, y tan sin discernimiento en lo que se refiere á las condiciones de Madrid, que aparte de semejar un pegadizo, un cuerpo extraño al interior y no su lógico desarrollo, ha orientado las calles del barrio de Salamanca de tal suerte, y es su grave equivocación, que una de las aceras la hiere el sol hasta que se pone y en el invierno están expuestos sin resguardo los transeuntes á los aires más peligrosos.

En esta situación llega el bienio 1868-69. Se derriba las tapias de Madrid y se ensancha con rapidez. Lo hace la fuerza expansiva, el interés particular, corrigiendo con buen sentido imperfecciones de los planos. El centro se comunica de ese modo, naturalmente, con las afueras, el casco con el exterior. Tanto fué el crecimiento y la velocidad adquirida, que el plano de Castro, digno de loa, por constituir un avance contra la rutina, por sus condiciones y como honroso precedente, calculado para el desenvolvimiento de la población en

un siglo, resultó á poco también de escasas proporciones.

Dió salida el Ayuntamiento de la referida fecha á 42 calles del interior, preparó otras, mejoró el alumbrado y el arbolado, modificó rasantes, arregló lo posible lo que se empezaba á formar con arreglo al plano de Castro ó sin plano alguno y modernizó muchos servicios. Quien tanta influencia tuvo en aquella Corporación Municipal, el publicista de *El Futuro Madrid*, que trató de convertir en presente, Fernández de los Ríos, es autoridad indiscutible en la siguiente cita: «Cuatro propósitos capitales tuvieron por base todos los trabajos hechos en 1869 con relación al perímetro de Madrid: romper el paso á toda calle que le tuviera cerrado por la tapia y estudiar su rasante y alineación para prolongarla hasta las inmediaciones del nuevo circuito propuesto por el Sr. Castro; demoler toda tapia de manos muertas que después del primer obstáculo opusiera otro nuevo, no sólo á la prolongación de las calles que partieran del centro á la circunferencia, sino á las nuevas que en ese sentido son necesarias y á las de enlace entre éstas que pide la vitalidad de la zona de ensanche; rectificar y convertir en calles los caminos vecinales que conducen á los pueblos de las cercanías; trazar y explanar las plazas y jardinillos que convinieran en los principales encuentros de las nuevas calles.»

El problema que se ofrece á medida que una población se hace más lujosa, es el de alquileres baratos para las clases menos acomodadas. En Madrid va revistiendo caracteres que pueden acarrear un conflicto. Aquel Ayuntamiento, en medio de la fiebre de reformas, popular como era, no se olvidó de las familias modestas, con presentimiento de que el mal, ya agudo entonces, se agravase, y Fernández de los Ríos nos dice: «El

Ayuntamiento de 1869 acordó construir cuatro barrios de casas baratas en los altos de San Bernardino, la carretera de Aragón, paseo de las Delicias y á continuación de las Peñuelas, llamados todos ellos á estar en rápida y económica comunicación con el centro por medio del ferrocarril de circunvalación; estudiado el asunto, por medio de ciertas combinaciones se lograba que el precio de los edificios fuera mínimo, el desembolso cómodo y que cada barrio ofreciera, á más de la ventaja de proporcionar alojamientos sanos y desahogados á familias que hoy habitan fatalmente apiñadas en ciertas zonas, facilidades, mejoras y economía en las condiciones de la vida, desde la educación de los niños y la calidad y precio de los artículos de primera necesidad, hasta las llamadas á influir en el mejoramiento moral de los habitantes en aquellos barrios, que desgraciadamente se quedaron en proyecto... Conservamos con mucho aprecio una paleta, regalo que nos hicieron los obreros del Ayuntamiento, con que el 1.° de Marzo de 1869 pusimos detrás del Asilo de San Bernardino la primera piedra á la primera casa de uno de los cuatro barrios de obreros, que fueron objeto de nuestra primera proposición al tomar asiento en el Municipio. Fué tan bien apreciado el proyecto, que hubo proposiciones de obreros para que se les admitiera la mano de obra como parte de pago.»

Se pobló de hoteles y casas de vecindad el barrio de Argüelles, pese á la incomunicación casi total de la calle de la Princesa con la de Leganitos, que se ha roto más tarde, y se debe completar con otras de consideración; el barrio de Pozas tuvo también notable aumento; el de Vallehermoso se apareció flamante á Trueba, muy sorprendido, en sus paseos por los alrededores, y el de Bellas Vistas comenzó á pelechar.

El barrio, hoy distrito, de Chamberí vió convertirse en calles populosas la carretera de Francia y sus anchos paseos, formarse la plaza de Olavide, y desde la glorieta de Quevedo para allá, donde antes no había apenas alma viviente, propagarse las edificaciones y la barriada; la magnífica calle de Génova y sus contornos recibieron con solemnidad el bautismo; la Castellana, donde había tal cual palacio, inauguró su época magnífica, poblándose de casas opulentas y jardines preciosos; por el paseo del Cisne dejó el arquitecto Villajos, el del Buen Suceso y el teatro de la Comedia, otras señales de su gusto exquisito en varios hoteles que le adornan; concluían las edificaciones en el Obelisco, y la prolongación de la Castellana fué origen de otras muchas y del lindo barrio de Monasterio.

En el de Salamanca, el derribo de la plaza vieja de Toros en la Puerta de Alcalá, y los grandes trabajos de desmontes y rasantes, permitieron la continuación de la calle de Serrano hasta la Huerta, desde donde se ha abierto la continuación hace poco, hermoseando más aun ese boulevard admirable; se prolongó también la de Claudio Coello y la magnífica de Goya; se hizo nuevas la de Lagasca, la esplendorosa de Velázquez y las de Hermosilla, D. Ramón de la Cruz, Lista, etc. Contó en solos siete años 26.000 habitantes y se edificó palacios muy bellos, como los de Salamanca y Anglada, sin parar desde entonces el desarrollo de un distrito orgullo de la capital, no obstante la especie de casas-falansterios con que empezó, pues, por fortuna, le ha alcanzado en gran parte mejor gusto arquitectónico, con mayor explendidez en los propietarios, y todavía sus calles, entre las que hay algunas recientes de un orden principal, llegan á punto de obtener los beneficios del renacimien-

to que se observa en las artes de construcción, con verdadero derroche, que sacrifica en la apariencia lo útil á lo artístico y lo suntuoso.

La carretera de Aragón, en la que fué preciso realizar importantes trabajos, alargó la incomparable calle de Alcalá y la acera disponible, lugar privilegiado, frente al Retiro, bien pronto tuvo hilera de casas de lujo hasta las proximidades de la nueva Plaza de Toros. Rebasando ya entonces la línea del nuevo ensanche oficial, nació el barrio de la Guindalera, que siguió el sistema de Castro, poniendo insólito esmero en la obra. La Prosperidad, que la descuidó lastimosamente para sus intereses, tenía 19 casas nada más en 1868.

En la misma carretera de Aragón, á mucha distancia de poblado, hacia el fin de la calle de Alcalá de hoy, á derecha é izquierda, se construyó colonias de fincas de recreo, la del Espíritu Santo y la de la Concepción, muy agradables, aunque sin suerte.

Pintoresca por su situación fué la barriada del paseo de San Antonio de la Florida; los barrios del Pacífico, del Sur y de las Peñuelas, sufrieron el mal de la zona esa de Madrid, llamada, sin embargo, á transformarse y enriquecerse por su misma posición y su contigüidad al Manzanares, cuando sea lo que debe ser y no ahuyente de sus orillas. El barrio del Pacífico de todas maneras, por la fuerza de dilatación y causas locales, se ha multiplicado, sobre todo en la margen opuesta del Arroyo de Abroñigal, en lo que se llama Puente de Vallecas, de otro municipio, pero ligado materialmente al madrileño, al que debió y debe su vida, empezada en la época de que tratamos, y su apartamiento administrativo obedece al interés de eludir nuestra zona fiscal. Hoy cuentan bastantes miles de pobladores los caseríos

de Nueva Numancia y D.ª Carlota, como el de las Peñuelas, que, á pesar de todo, por su unión al casco de la villa, más fácil cada vez, y por circunstancias particulares, establecimiento de industrias, línea de circunvalación, futura Alhóndiga y otras instituciones, aparte de las de carácter general y lo que debe esperarse del río vecino, la abocan, trabajándolo, á un halagüeño porvenir.

Pasado el puente de Segovia comenzó, carretera de Extremadura arriba y en sus inmediaciones, aquel popular barrio, y más allá del puente de Toledo otro que, como el de Nueva Numancia, huyendo del Fielato, tiene su principal núcleo en el conocido por los Mataderos, sin que haya hasta él solución de continuidad ni tampoco exista carretera adelante, poblada, como las colonias de sus costados, en relación indisoluble de existencia é intereses con Madrid y de su exuberante vigor nacidas, hasta Carabanchel Alto, arrabales de la villa en realidad ambos Carabancheles.

Allá por el N., Madrid en ese año prolífico engendró agrupaciones análogas. Los Cuatro Caminos, en el término municipal, son buen ejemplo. Desmembrados de la metrópoli como los que se ha dicho, con Ayuntamiento aparte, se hallan Tetuán y Chamartín, que recibieron, aquél especialmente, vitalidad de la *Gloriosa,* sin que nada haga presumir que se cambia de municipio, agregados como se ven á simple vista á la mole urbana madrileña.

No se acomete reformas tales sin dar pábulo al odio de los enemigos, aguijón á la envidia y á la rutina cebo. Para muchos es arco de iglesia el axioma de que antes es destruir que edificar, y chillan al aspecto ingrato de los escombros. Y luego, ya se sabe lo que les pasa á los

redentores. En España, particularmente, disfrutamos el triste privilegio de la murmuración y la sátira contra quien se preocupa de que al vecino le saquen el chaleco largo. El que se haga molesto á la vecindad ya puede mudarse ó tener la paciencia de un Cristo. Reinando Carlos III se fraguó un complot para arrancar de noche los árboles que se plantaba durante el día en el Prado y otros lugares; por ojeriza á Sabatini se renegaba de la limpieza, y considerando un insulto á castizas costumbres la luz, se apedreaba los faroles tumultuariamente; á José Bonaparte le llamaron el *Rey Plazuelas;* al marqués de Pontejos se le calificó por los graciosos de notabilidad de cal y canto; á Mendizábal casi le arrastran por las demoliciones; el conde de Vistahermosa se ganó lo de *Corregidor Campanilla*, por ordenar que los vecinos sacasen las basuras á los carros, y hubo síntomas de motín, llenándose de gente noches y noches el teatro de la Cruz, porque en una zarzuela se le ponía en solfa, y contra el duque de Sexto, que estableció las cubetas urinarias, se extremó la zumba. ¡Que se fastidie Fulano si hace una cosa en nuestro beneficio y no la queremos!

Las innovaciones de 1869 no podían dejar, donde todo se convierte en substancia por la pasión política, de enconar los ánimos y promover furiosas oposiciones. Como los judíos ante el muro roto del templo de Salomón, no faltaron llorones de la ruina de las murallas madrileñas. No importó á nadie, y aun muchos reniegos tuvo á su costa la pared maldecida en los siglos que subsistiera, ningún mérito artístico ni arqueológico la amparaba, y hecha fué, no para sublimidades del heroismo, sino con bellacos propósitos de alcabalero; mas no es razón para renegar de la casta.

Uno de los obstáculos más grandes, fuera del sórdido interés particular mal entendido, fué, como de costumbre, la Hacienda. Hay en provincias el prejuicio muy generalizado, y que como todos llega á adquirir fuerza de ley, de creernos como el pez en el agua, sin distinción notoria entre Ayuntamiento y Estado. ¡Pues, no, señor! Aquí más que en otra parte el Estado no admite confusiones y hace sentir su superioridad. Cual si se tratase de enemigos ó poco menos; como si no tocara tan de cerca como á sus conterráneos cualquier proyecto de reformación á los órganos visibles de esa entidad suprema, se hace un mundo cualquier fruslería. La balumba del expediente desarma la audacia. Los bienes públicos, de considerable superficie tal vez, de gran valor, cedidos para ensanche de una ciudad ó su esparcimiento—y pocas son las que necesitándolo no los obtienen, hasta del ramo de Guerra, que por su índole y funciones ha de ser muy mirado—aquí no se estilan. A lo sumo, y á fuerza de fuerzas, toma y daca, vendiendo el favor. Costó Dios y ayuda hace pocos años quitar un trocito del jardín del ministerio de la Guerra para regularización de la plaza de Castelar, tan hermosa, después de concluída en sus demás partes, y eso que la cesión no afectaba á la defensa nacional y no se sabe por qué la finca es del Estado y no del Ayuntamiento, que la compró. De todas maneras, y no sin compensaciones, la expropiación permitida es insuficiente, y en aquel lado la explanada de la Cibeles, donde va á levantarse otro edificio monumental, el de Correos, quedará por ahora imperfecta.

Madrid con sus propias energías se ha hecho grande. Queríamos aprovechar prácticamente las lecciones históricas para probarlo. Desde que se renovó la vida espa-

ñola totalmente, es decir, desde que en Madrid se distinguió bien el mundo oficial de su Municipio, es cuando se ha elevado. Por su manera de ser, por el abandono secular, que no le vinculó á nada materialmente, sin trabas, y hasta por la renovación general de su caserío, surgió un pueblo nuevo, sin ligaduras de tradiciones, á pesar de su historia, que no considera como propia, sino nacional, en su noble orgullo de ser cifra y compendio de españolismo, contento de hoy sin nostalgias de ayer, inmensas ventajas para identificarse como cabeza con la patria que renacía.

Fué labor del siglo XIX. Madrid, con su poder incontrastable de asimilación, imprime su sello al que en él toma vecindad, y como observa un escritor, los hijos de esos provincianos, entre unos y otros la inmensa mayoría, y hasta los hijos de los extranjeros que nacen en Madrid, se confunden en todo con los madrileños de raza. Como ya indicamos, esa fusión de nacionalismo en la capital, no fuera, pese á las demás condiciones, posible, sin el instrumento poderoso de comunicación, el idioma común castellano, obligada lengua española para la cultura universal, pues el uso de la privativa de una comarca, no la generalizada en la Península y única de millones y millones de hombres en otro hemisferio, hubiera tenido siempre la limitación de lo regional.

Las glorias de las armas, las grandezas de la conquista, pasan, vienen y van, inestables cual la fortuna. El sol de Austerlitz se apaga en mares de tristeza. Los pueblos que han influído en la humanidad han llegado á la apoteosis y han visto después la victoria de otros, enemigos, émulos ó insignificantes. Yacen en polvo á los pocos años el carro de triunfo y el triunfador.

Las mejoras de una ciudad tienen carácter de permanencia. Cuanto le ha dado salud y vida, lo que se tradujo en aumento de bienestar, de provecho, de riqueza, es perdurable bendición como el aire y la luz, sin necesidad de que nos enteremos y sin apreciarlo. ¿Quién puede calcular lo que significa la disputa de una présa á la muerte, el alivio de un dolor, el regalo de una sola gota de alegría en nuestro cáliz? Considerada como un negocio, lo es muy bueno el de la salud. Conservando y multiplicando las energías, no solamente no se pierde los capitales que supone el trabajo ni se produce la catástrofe de la extinción de una vida útil en su plenitud, sino que ellas, aplicadas en diferentes rumbos, hacen brotar nuevas fuentes de abundancia, energía y satisfacciones. Al encadenamiento infinito de las desgracias suple el encadenamiento de las dichas y el culto al progreso, aplicado á sus necesidades, saca á la ciudad del aislamiento suicida, la compenetra en espíritu con las demás del mundo y las hace hermanas.

Esta Santa Hermandad de los pueblos contra los malandrines ignorancia y miseria, cuanto más se robustece más imposibilita las Santas Alianzas de la tiranía y servidumbre. De las ponderadas grandezas de otras edades resultó una villa asiento de toda mezquindad; de la transformación en el siglo último, en el llamado por antonomasia siglo de las luces, salió Madrid con derecho al parangón con las capitales extranjeras.

Otro tanto ocurrió en España por el feliz paralelismo entre la nación y su capital, unidas como alma y cuerpo. Ni gente quedaba en los campos estériles en días de aparente omnipotencia del Estado, y al conjuro de la moderna edad se contaron por millones los nuevos hijos de la patria española.

Madrid supo identificarse de una manera indisoluble con el renacimiento de España. El hidalgón, dejando la ociosidad entre sus terrones, alzó la mira sobre la torre de Santa Cruz y quiso ser y fué el primero en europeizarse. La falta de apego á la tradición, su desdén por ellas, le hacen preocuparse tanto de supuestos abuelos como de las coplas de Calainos, igualitario, nivelador, que confunde gerarquías, títulos, potestades y la masa anónima de una sociedad *sui generis* (ninguna más agradable que la madrileña) en la vida común y corriente, con una democracia, una independencia, una tolerante cordialidad y un buen humor admirados y envidiados por los extraños.

La altivez insolente de la manolería se trasluce en el ridículo que cae sobre la hinchazón y engreimiento. No ya castas, ni diferencia alguna de clases sociales hay en el trato, como no obsta la de opiniones, por radicales que sean, para anudar y mantener lazos amistosos. No suele pasar exactamente lo mismo en otras ciudades españolas de mucha importancia, y no hay que decir lo insoportable de la convivencia en lugares de menos categoría, mal mayor cuanto más pequeños, y la prosopopeya de la reducida tertulia de sus primates, anodadados por su insignificancia al perderse en este océano madrileño, donde todos se codean y el más humilde no cede el paso al imponente figurón, al personaje magnífico y todopoderoso.

No hay ambiente para los grajos. La costumbre de ver grandezas imposibilita el deslumbramiento y es obligada la llaneza hasta con los servidores, que no se humillan y se creen pares, ni la virtualidad de nuestras costumbres democráticas permite humillarlos, tomándose pronto confianza. La independencia es tal que mu-

chas veces no se sabe ni el nombre del vecino más próximo. Nada es tan posible como el acceso á todos los sitios, aun los más altos, y entablar relaciones y presentarse en los Círculos. Donde lleven las aficiones, el gusto ó el interés pronto se arraiga y encuentra, el que no le tiene, un hogar supletorio. ¿Se triunfa siempre? ¡Ah! Eso no es posible, y menos en palenque tan disputado, donde el premio es un renombre nacional, lo que no sucede en ningún otro, cuyas reputaciones son locales ó regionales á lo sumo, hasta que no las consagra Madrid.

El prestigio de la capital es tan enorme, pese á las hablillas, tan ineludible el *placet* madrileño, que cualquier acto aquí repercute en provincias, y bien lo saben los que tratan de agitar la opinión. Cuando fuera se quiere hacer algo sonado, nacional, se despojan de vanidades de patria chica y requieren, por los medios de que disponen, la iniciativa ó la adopción de la idea por Madrid. Se reconoce con ello, porque no es obra del poder, ni le agrada infinidad de veces, que la capital es una sensitiva para las impresiones nacionales, y que privada de pequeños egoísmos, al pedir algo nunca es para sí cuando las provincias la siguen, y se apasiona férvidamente por sus hermanas.

Estas, en sus calamidades, en sus cuitas, en sus regocijos, ven al pueblo de Madrid asociado á horas memorables, y más que á las dulces á las amargas, donde se prueba el temple de los sentimientos. Pese á su frívola apariencia es toda corazón la villa. La superficialidad de las relaciones, obligada para cumplir excepcionalmente en una población tan populosa y despreocupada los deberes de la hospitalidad, sin inquirir la filiación de nadie, se convierte en hondo afecto para la desventura. Su desinterés y su altruismo son proverbiales, y eso que

únicamente los de casa pueden saber los tesoros de generosidad disipados en la obscura y feroz batalla de todos los días por la existencia.

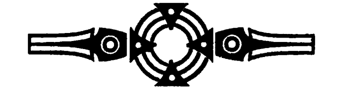
Como el pueblo de Madrid — entiéndase bien, el pueblo — no ha contrariado ningún arresto plausible de las ideas y la conducta de sus compatriotas; como, por el contrario, ha sido el impulsor y el ejemplo, hasta en defensa de opiniones que al parecer le perjudicaban como municipio, su influencia insensiblemente se ha consolidado. Para defender su sistema político ó cualquier idea social ó religiosa, para tomar parte activa en cuestiones patrióticas, en intereses universales, jamás consideró los suyos ni ha refrenado sus ímpetus para no volar tanto hacia las nubes que perdiese de vista el término municipal, perjudicándose. No, no tiene *sentido práctico;* pero su altruismo hace depositaria á la villa del fondo de idealidad que transforma los rebaños en pueblos, subsistente en la raza, aunque disminuído en esta persistente sequía moral horrorosa.

En la gran lucha del siglo XIX, en la que fué quizás lo de menos la guerra civil en los campos, adquirió sus galones en defensa del sistema constitucional, por el que peleó con ahinco y vertió más sangre y realizó más empresas que ningún otro pueblo de la Península. Ahí está la historia de Madrid en el siglo anterior, la de sus rebeldías, que sigue siendo, y con mayores títulos que antes, la historia de España. No hay en ella suceso que pueda referirse exclusivamente á los anales de la villa.

No se olvide que el Gobierno central no suele componerse, con rara excepción, de hijos de Madrid, para que éste no cargue con culpas ajenas, pues en su Ayuntamiento mismo, de cincuenta concejales, son,

como cuando estuvimos en él, escasamente una docena los madrileños. No es posible ofrecer demostración más elocuente de nacionalismo, nunca cerrado á las corrientes fraternales.

Este compendio de la patria bien digno es de amor. Su intensa vida seduce las almas en que late algo extraordinario. Sus buenas y malas cualidades consecuencia son de la amalgama de elementos de todo el país. La raza con sus vicios y virtudes reaparece en la Muy Heroica Villa, predominando, naturalmente, el rancio espíritu de independencia, altanería y libertad. La gravedad castellana se sobrepone á su fácil risa sugestiva, y bien ha probado con sacrificios en aventuras quijotiles que toma las cosas muy en serio. La presente depresión moral no le es imputable, como no es culpa del corazón la anemia.





IX

Si los cronistas sencillos, los enamorados de su tierra, los «De Madrid al cielo y un agujerito para verlo», mirasen desde la eternidad, no conocerían á su villa amada. Pero ¿qué mucho que la desconocieran, si también desorientaría á los héroes del Dos de Mayo? Y aun causa fuese de estupor para hombres de bien entrado el siglo último, abrumados por su grandeza y porque en las calles del casco antiguo, aunque no muy variada la topografía, en su solar, casi generalmente ampliado y lleno de comodidades inverosímiles, se ve palacios maravillosos, que tal creyeran en su hiperbólico admirar las actuales edificaciones.

En menos de un centenar de años no solamente se ha hecho la transformación de Madrid, sino que se ha renovado su caserío. Es una ciudad nueva por fuera y por dentro. Tiene así la ventaja de que no la abruman lastres pesados, y lo poco viejo, relativamente, aún en pie, no se puede escudar contra la reforma en nada venerando ni que por respetos espirituales de artista libre sus vejeces de la piqueta.

Otros siglos dieron la norma, pues no se concibe des-

cuido mayor en conservar y crear. Sin reliquias, que ellos no respetaron, transmitieron su herencia. Hasta en la Morería, si por ellas vagara la sombra de un viejo historiador, quizás le fuesen familiares, guiándole en un mundo desconocido, las callejuelas costaneras, el suelo infernal de guijarros, remembranzas de porquería, arcaísmos municipales, arregostos de tribu; pero ¿dónde se encuentra el palacio de Lasso de Castilla que hospedaba reyes? ¿Qué fué del corredor que en servicio de éstos comunicaba con San Andrés, convertido en capilla real? La de los Vargas hela ahí, y esa es la parroquia y la imagen de San Isidro; pero todo confuso y dislocado en los disparates del sueño, porque estas casas circunvecinas en espacios sin ton ni son, torres por la altura, colmenas por el enjambre, son fantasías de la calentura, ó la vecindad es de emperadores.

Si el aparecido, por don de milagro, fuera el maestro López de Hoyos, y se le encaminara á sus Estudios de la Villa, junto al Pretil de los Consejos, en zona que conserva más fielmente rastros de antigüedad, se restregaría una y mil veces los ojos ante la inscripción que rememora el que allí tuvo por discípulo amado á Miguel de Cervantes; pero se creería, por lo demás, juguete del Enemigo, apresurándose á espantarlo con padrenuestros, al ver que la burlesca lápida se ostenta sobre paredes muy otras de las que cobijaron sus Humanidades, y que aun asemejándose el barrio al suyo, no era posible que lo fuese con tanta novedad y las casonas de una alegría chocante á un sacerdote que convivió con el Santo Oficio.

Fuera de esos barrios y algunos rincones entre Santiago y la calle Mayor, y en ellos á duras penas, son imposibles apariciones de trasgos y brujas. Para el Madrid pintoresco tienen interés, pese al despego á las an-

tiguallas que nos caracteriza. Conviene, sin embargo, antes que desaparezcan, fijarse un poco, pues para los que saben de Madrid y gustan del ensueño no carecen de encantos. Aunque no sea más sino por lo malo que queda y la reconstrucción imaginaria de lo peor que ha sido estimar lo presente, deseando lo futuro, idea con que debe mirarse hacia atrás, valen una visita. Nosotros hemos de hacerla, pues fuera imperdonable en el aspecto general de Madrid el olvido de estas pinceladas de color.

Efectivamente, es lo más característico de ayer, y de seguro no han parado mientes en tal cosa muchos de nuestros paisanos, y los habrá que no hayan puesto nunca los pies en las callufias sin transeuntes, extraviadas, que hay por la calle del Sacramento, entre la Mayor y la de Segovia, y aledaños de Puerta Cerrada. La soledad y el abandono municipal no las recomiendan. La plazuela del Conde de Miranda no tiene desperdicio. Tres casas la componen, dos solariegas y un convento. La de los salvajes, que vulgarmente se llamó así por las dos figuras de su balcón principal, estampa de la voluntariosa edificación de entonces, forma una escuadra con un arco á propósito para lances de amor y fortuna, que echa de menos la lamparilla de un crucifijo á quien encomendar el ánima los trasnochadores. Pasado el arco de la actual Escuela Superior de Guerra, la Vicaría, con la fealdad de caserones análogos, llena toda la calle de la Pasa de recogimiento claustral, hasta Puerta Cerrada, cuyo recodo, tan propicio á los salteadores, por lo que se determinó su cierre, contenía para los viandantes el dragón verdadero. La plazuela y calle del Conde de Barajas carecen ya de sabor de época.

La calle del Sacramento es como el eje de la barriada, y en su principio, pasados San Justo y la plazuela

del Cordón, que con sus costanillas laterales empinadísimas, el edificio entre ambas y sus dimensiones, no desentona, se autoriza con la gran casa de Cisneros, que puede llamarse la más vieja de las señoriles, pues conserva menos mal su pristino estado á través de las injurias del tiempo y las reparaciones, y tiene estilo y suntuosidad. No han roto las tiendas ni otros elementos de animación el reposo de la solitaria vía ni han borrado su marca, que no sería legítima sin el convento de su otro cabo; y las afluentes, con sus recodos, sus plegaduras, sus derrumbaderos, su paz, que hace más larga la noche, y su olvido por la villa moderna, sienten los pasos del hidalgo, los roces de su capa en las paredes, las chispas de su acero en las piedras.

¡Ilusión! El hidalgo no pasa por allí, pues aunque pudiera todavía simbolizarlas, dan los faroles mucha luz para que no fuera descubierto, y no estando en Carnaval corre peligro de que al ver su facha le prendiesen los alguaciles. Tampoco gusta, pese á los vestigios de antaño, de un sitio donde en calles viejas hay casas nuevas con muchos pobladores y cancerberos en los portales, y no son posibles las aventuras.

El suelo es antiguo, no sin reformas, pero siguen sus curvas, salvo alguno que otro, edificios á la moderna. Contrasta, á pesar de todo, con lo de hoy, tanto, que parándose en la esquina de los Consejos, la entrada del pretil hace suponer lo extraordinario, despierta la curiosidad y mueve á internarse.

Más profunda transformación denotan otros barrios clásicos, no tan viejos, y reconstruirlos mentalmente es difícil. Es el de San Juan rincón de las musas, cuyas calles pisaron genios que asombran al mundo. Donde ponéis los pies quizás hay huellas de Cervantes, de Lope

de Vega y Quevedo. Más cerca de nosotros, los Moratines allí habitaron y autores y comediantes de nombradía, desde la calle del León, mentidero de la farándula, hasta el Prado de San Jerónimo, sentaron sus reales. Ved el monasterio de las Trinitarias, reliquia de entonces. ¿No es un sueño que en él fuera sepultado Cervantes? ¿Es posible tocar las paredes tras las que desaparecieron los restos del mayor prodigio y donde antes vivió porción de su alma de hombre, de la que experimentó sensaciones de drama humano, para que la tierra se envaneciese con la gloria de poseer mortales divinos? Esas rejas aprisionaron pensamientos de inmortales varones que irían á besar la frente de seres nacidos de amor aventurero, resorte acaso en su alma creatriz para algunas páginas de oro. Á través de esos hierros la mirada de la hija de Lope de Vega vió pasar el entierro de éste, fastuosísimo, popular; y la hija de Cervantes vería otro humilde traspasar el dintel de la iglesia, devolviéndole piadosa la muerte el padre de quien la vida la separó.

Aquel recinto donde parece ayudar á la ilusión, que hace algo sobrenatural de Cervantes, el hecho de haberse como desvanecido en el Todo insondable, por lo que el crimen de no ponerle en sepultura reconocida sus contemporáneos le ha redimido con su eterna bondad, trocando en panteón suyo el universo, debe transformarse como ya se propuso, para hacer efectivo el culto universal con más sentido que el presente que no orienta á los pasajeros en romerías posibles á lugares por el genio santificados.

En otras naciones se sabe aprovechar bien la honra de tener uno de esos sitios. Con los de la villa se pudiera, sólo en esa relación de homenaje, atraer multitudes. Los recuerdos del autor del *Quijote* se mirarían fuera de Es-

paña como inapreciable tesoro y el barrio de San Juan constituiría una de las más preciosas curiosidades, de obligada atención para los forasteros, con indicaciones inteligentes de los personajes y las memorias y las escenas que le han hecho célebre. Se puede señalar si no las casas mismas ó como fueron, por esa dejación nuestra consuetudinaria, las que las han sustituído y aun la de Lope de Vega tiene bastantes recuerdos de su glorioso propietario. ¡Qué emoción la de esos lugares! Por sentirla se recorre miles de leguas, pero aquí se despista con un abandono tan inconsciente que, blanco de injustos olvidos, la casa de Quevedo no tiene siquiera, como otras, una lápida conmemorativa en la callecita de su nombre. La de Calderón de la Barca á su muerte y la otra del nacimiento de Lope, en la calle Mayor ambas, y casi fronteras, por Platerías, permanecen en el olvido, y así todas, cuando debieran ser objeto de peregrinación.

Hubo un tiempo, no muy lejano, en que Lavapiés y Maravillas, así como el del Sacramento refleja el tipo de D. Juan Tenorio, digámoslo de esta guisa para que todos le conozcan, los dos barrios bajos de la época, aunque está bien arriba el segundo, se materializaban en personajes de D. Ramón de la Cruz. Á Maravillas es inútil buscarlo en el sainete ya, y gracias si queda la Puerta del Parque de Monteleón como recuerdo de la indisciplina sublime de Daoiz y Velarde; entre Lavapiés y el Rastro, en los distritos de la Inclusa y el Hospital, algo sobrevive, no mucho, en rincones y travesías, con tal cual hervidero apestoso de casa de Tócame Roque.

Los alegra con vislumbres y dejos atávicos, á veces, la madrileña popular. Según la describimos en otra ocasión, no suelen tener sus facciones perfección estatua-

ria, mas conviene tomar precauciones para el análisis, pues marea el conjunto del rostro hechicero, serpeando la gracia luminosa, como divino don, por el cuerpo menudo, flexible y gentil, que parece sin peso sobre los piececitos al ver el garbo de su andar, del que afirmaba Mme. D'Aulnoi que sería imposible aprenderle en toda una vida; por la tez pálida mate; por los labios gruesos y rojos, como si eternamente brindasen las cerezas de que habla Víctor Hugo; por la naricilla maliciosa y el pelo moreno, con tonos bronceados, y por los ojos, sobre todo por los ojos, grandes, rasgados y negros, donde reconcentra la vida y hasta el lenguaje. Se adormece mirándose al espejo. Pasa las horas muertas, que roba al descanso de su labor, acicalándose, peinándose el abundoso cabello que sus dos manitas de obrera, algo ordinarias, pueden apenas abarcar, cuando no es la peinadora quien atiende al complicado artificio.

Caritativa y alegre, posee para el dolor y las amarguras una estoica pasividad. Siempre hay en sus labios la canción más aplaudida, el *timo* de moda. Bajo una envoltura de descoco, debido al contacto de la villa, guarda en el fondo de su ser, por una especie de acordonamiento secular, algo de sencilla y primitiva rudeza inalterable. Aunque sea inocente, se avispa mucho en el obrador y el arroyo, y está pronta á soltar una fresca al lucero del alba y á escupir ante cualquier intruso el comentario que diz pusiera una manola, su ascendiente, á un bando de los invasores. En cambio, se humillaría al hombre amado.

Repugna servicios de domesticidad. En su cansada y no muy productiva faena de taller se ocupa preferentemente. No tiene, aparte de esas, otras semejanzas con sus antecesoras en trato y gustos, pues tiende á acercar-

se en todo á las señoritas y mezclarse á la vida general de la metrópoli. El culto ferviente á su persona lo traduce en su pulimento y adorno, cualesquiera que sean las escaseces, con tal primor, que la hace agradable en extremo.

La acción niveladora ha pasado también por estos distritos, aun que no son, ciertamente, privilegiados ni les ha sonreído la fortuna en la atención que por sus condiciones más que otros reclamaban. Su faz social se ha rehecho, y la revolución en las costumbres ha sido más honda que la materialmente realizada por los alarifes. Doquiera que se tienda la vista se hallará un caserío reciente.

Eso da á Madrid su aspecto risueño, agradable, típico. Los extranjeros reciben una sensación halagüeña. Los revocos de matices claros, la luz brilladora insolentemente, los balcones con tiestos, el bullicio de la ola humana, cuyo carácter hace de fiesta todos los días, el tropel de carruajes, el fausto, todo lo que hermosea la ciudad forma un conjunto seductor, placentero.

Se han modificado las aficiones y no solamente las provincias vienen á Madrid, sino que Madrid va á las provincias y pasa las fronteras. Los viajes forzosos ó voluntarios, durante el período larguísimo de nuestras disensiones, contribuyeron eficazmente á la expansión de la cultura. El sedentario habitante, bien hallado en su Madrid, fuera del cual nada consideraba digno de verse; el que apenas salvaba las tapias para alguna romería de bota y merienda ó viaje á Pozuelo ú otros pueblos próximos, al Cristo de Rivas ó *aliquando* á Alcalá, El Escorial y Aranjuez; que enfermaba de tristeza lejos de la corte, ejemplar que aún queda fósil en nuestro distrito, el que nos honrara con su representación, donde

hay todavía relaciones familiares y de vecindad añeja desacostumbradas, ese madrileño chapado á la antigua es una curiosidad arqueológica.

Se olvida con frecuencia, al hablar de las condiciones de Madrid, que cuando se le compara no es sino con capitales extranjeras. La estrechez de sus vías es muy propia de nuestras ciudades, y universalmente de todos los viejos pueblos, y cotejada con los de la Península, la villa los gana en amplitud. No hablemos del ensanche, que cuenta con avenidas de una belleza sorprendente para los que no tienen la costumbre de verlas sin parar la atención en lo que significan, creyendo que eso fácilmente sale de la nada, que es coser y cantar. Extiéndase un plano de Barcelona, y limitándose al casco, en vísperas de un magnífico proyecto de reforma, parangónese con otro plano de Madrid en su interior, dejando ambos hermosos ensanches, y se verá cómo es más pequeño en nosotros el laberinto de tortuosidades y estrechuras. Lo que eso ha costado, lo que cuesta una ampliación como la de Madrid llenaría de asombro con sus cifras posibles, pues la total exacta es incalculable.

Quien tenga costumbre de visitar pueblos españoles recójase un momento en sí mismo para apreciar la diferencia en servicios municipales, anchura y alineación de las vías públicas en el casco. De hecho y de antiguo ya tiene vía triunfal, en carrera larguísima; pero, además, no se circunscribe á eso, como otras poblaciones, no muchas, sino que por doquiera, con varios rompimientos, puede abrirse comunicaciones cómodas, utilizando amplias calles dentro de la relatividad. Con oportunos derribos, sin gran coste, comprendidos en un acabado proyecto de urbanización total, aperturas nuevas, ya con las condiciones apetecibles, sin pretender el irre-

flexivo absurdo de que todas sean arterias urbanas como la de Alcalá, pues ni eso ocurre en ninguna parte, ni es posible, ni convendría, y determinadas edificaciones, basta para hacer gratísimo el interior. Hablar de esos proyectos requiere un estudio especial, algo no realizado en muchísimo tiempo, fuera de algunos trabajos parciales y artículos sueltos, en vez de un libro semejante al *Futuro Madrid,* que con otras cuestiones relativas á la vida municipal, á sus problemas y servicios, algunos no sospechados ó en embrión en la sociedad donde vivieron famosos publicistas de Madrid, quizás emprendamos y publiquemos en breve para rendir completo tributo á la villa madre.





X

En general, repetimos en esta ojeada, las calles tienen más desahogo de lo que es costumbre en nuestro país, y son bastantes las espaciosas. Las afluentes á la Puerta del Sol—á las del Arenal y del Carmen las desgracia su embocadura, y la del Arenal, de tanto tránsito, exige con prontitud reforma—no estarían congestionadas, ni la Puerta del Sol, si no se hubiera abierto tanto la mano en la concesión de tranvías, que, afortunadamente, no circulan por todas ellas, y se las desahogase convenientemente con otras, alguna ya iniciada. Nos opusimos en el Ayuntamiento al nuevo embarazo de los postes para cables de los tranvías, y á otras cosas, y el tiempo nos da cada vez más la razón.

Sin contar la maravillosa avenida de Atocha al Hipódromo, buena parte de ella en el antiguo recinto, había alrededor de la muralla, en gran trecho, rondas convertidas en anchurosas calzadas con árboles y las del Noroeste, Norte y Nordeste en un boulevard que con las calles del Marqués de Urquijo y de Goya en ambos extremos, forman una línea deslumbrante de perspectivas muy varias, con filas de árboles, andén central hasta la

calle de Génova, bancos y profusión de luz; con un panorama encantador en el paseo de Rosales; con población en su trayectoria de cuatro kilómetros de suntuosos hoteles y viviendas de alquiler; con cruces de vías como las de la Princesa, Recoletos-Castellana, Serrano y Velázquez; con plazas en su eje como las de San Bernardo, en que radica el hospital de la Princesa, Puerta de Bilbao, Alonso Martínez y Colón, donde está la Casa de la Moneda, en la que tiene su ara el dios ventrudo de la lotería, del que pende anheloso el porvenir de los fieles, que le consagran un culto nacional, yendo á concluir frente á la Plaza de Toros, que, aunque le pese á nuestro renombre, es notable página de arquitectura de don Lorenzo Alvarez Capra y D. Emilio Rodríguez Ayuso, avenida tan excelente, en cuya longitud, para mayor nobleza, cuenta seis estatuas: las de Argüelles, Lope de Vega, Bravo Murillo, Quevedo, Colón y Goya.

El recinto exterior de abajo es susceptible de grandes progresos. Antes de los de 1868, en que fechamos el moderno Madrid, éste, cuyo acceso fué tan difícil, ya los tenía practicables y numerosos. La carretera de Francia, por la puerta de Bilbao, la de Aragón, por la de Alcalá, y el Prado, por Norte y Levante, le sirvieron principalmente; y por el Mediodía, tan descuidado en general, tuvo en las puertas de Segovia, Tóledo y Atocha y portillo de Embajadores, enlazado al Canal, las mejores entradas, con unos paseos hasta el río y en sus orillas, donde los árboles que los sombrean son de los más frondosos.

Todo eso, al transformarse la villa, ha servido mucho, y, desde luego, contribuyó á darle un número de paseos y un desahogo á su casco nada usual. Aparte de la jornada para fatigar á cualquiera que puede hacerse

desde las márgenes del Manzanares, por el paseo de las Delicias y el Prado hasta la calle de Alcalá, había ésta, la Puerta del Sol y la calle Mayor para atravesar la villa y por las tres ha desfilado la Historia. La Carrera de San Jerónimo también ha servido, especialmente desde que se edificó el Congreso de los Diputados. La calle de San Bernardo, que mucho tiempo gozó el título de Ancha, por la plazuela de Santo Domingo y la Cuesta del mismo nombre, constituye mediana comunicación entre la plaza de Oriente, monumental, y la Glorieta de Quevedo, centro de vías muy importantes, comunicación que harán buena algunas expropiaciones, entre otras, las que permitirían convertir la de Santo Domingo en una verdadera plaza, y trabajos ineludibles de rasantes y alineaciones, sin ser obra de romanos, ni mucho menos. La calle de Atocha es bonita y capaz, singularmente hasta la plazuela de Antón Martín, donde ahora es ocasión oportuna de hacer algo, y lleva fácilmente á la plaza Mayor ó de la Constitución.

De esta linajuda plaza parte la calle de Toledo, que, realmente, se prolonga hasta Carabanchel Alto, cerca de dos leguas, la cual, desde el Matadero al Mercado de la Cebada, es decir, donde más importa por el tráfico, es bastante regular, y mejora hacia arriba, donde lo es menos, con sucesivos ensanches, comunicándose por la calle Imperial, plaza de Santa Cruz y calle de Esparteros, con la Puerta del Sol; y desde el Instituto de San Isidro y la Escuela de Arquitectura arranca la calle de los Estudios, que, al desaparecer el *tapón del Rastro* — y á poco esfuerzo puede saltar —, formará una sola muy recomendable con la plazuela donde campea en efigie, con resuelta actitud de soldado español, el héroe de Cascorro, y la Ribera de Curtidores, tan espaciosa, que

debe ampliarse en toda su latitud en su desembocadura.

Por la izquierda empalmará dicha calle de los Estudios convenientemente con la de Embajadores, la primera en nuestro recuerdo, de extrema importancia en el distrito, comenzada á ensanchar por lo alto y amplia desde el trozo de la Inclusa, Escuelas Pías, Veterinaria y Fábrica de Tabacos; que contará con la Glorieta de Miguel Servet, en el Portillo, tan útil, como que será la Puerta del Sol de aquella zona populosa, convergencia de concurridas vías, á la que debe proporcionarse desahogo, pulmón y recreo, para lo que bien sirve el que fué Casino de la Reina, y que por los suburbios cruzados en su extensa longitud, hasta cerca del río, la conclusión de la Alhóndiga y el puente de la Princesa y las necesidades de un porvenir mejor, será cada vez más importante y considerada.

Desde la Puerta del Sol á la Moncloa hay también, por las calles de Preciados, Leganitos y Princesa regular paso, que fuera mejor y es óptimo en el final, sin las condiciones y desnivel de Leganitos en el trozo de Santo Domingo á San Marcial, pues su otra parte es ancha y se ha suavizado lo posible la cuesta. De todas suertes, se ha establecido una comunicación mucho más corta, y la prolongación de la calle de Preciados ó cosa análoga, aprovechando las expropiaciones ya hechas, aminorarán el zig-zag y las dificultades. Los barrios de Madrid, con trabajo que quizás por la falta de teatral rapidez no se aprecia como es debido, están en relación directa por el centro y por el ensanche y extrarradio, pudiendo irse de unos á otros á través del interior ó por las afueras, habiendo permitido reformas continuas sacar á algunos de su aislamiento y tener calles capaces, siquiera, en el casco y alrededor de él, para el servicio de

tranvías. Aunque necesitadas de grandes reformas, hay por el Norte, desde los más apartados confines, por donde llegar directamente á la Puerta del Sol, de donde radian en todos sentidos vías que han motivado en benévolos críticos la consabida comparación con una estrella.

En resumen: unas veces, pocas, de un golpe, y otras, muchas, paulatinamente y utilizando derribos voluntarios para otorgar licencias de obras con nueva alineación, se ha conseguido mejorar muchas calles. Las grandiosas expropiaciones de que en otros capítulos hemos hablado, con carácter social y político, aunque no se aprovecharon del todo bien, dieron origen á memorables cosas, como la apertura de plazas y construcción de fincas, y dieron la señal de la renovación, el abandono de la casaca de rígida etiqueta.

No es posible detallar la infinita serie de modificaciones de Madrid, ni accidente por accidente su desarrollo. Menos aún lo que no entra por los sentidos, lo que desconoce la generalidad y que por costumbre de disfrutarlo parece sin importancia, que ha sido siempre así, faltando preparación suficiente para comparar y ver el progreso. Nuestra policía urbana, la instalación y mantenimiento de servicios, tal y como son de deficientes en la actualidad, muchos de ellos desconocidos en provincias y algunos, con las instituciones que los encarnan, también en el extranjero ó inferiores á los de aquí, suponen lo que llamaremos una labor subterránea colosal. Basta saber, para la admiración y la prueba de que Madrid ni se estanca ni es rutinario, que salvo contadas cosas, reseñadas por nosotros casi una á una, todo es obra que no llega á un siglo, ni á cuarenta años el período de fiebre aguda, labor estupenda si se tiene presente, como debe ser, no las dimensiones sólo, sino la renovación

total del caserío, que para el efecto es como construir nueva la ciudad y aún peor, pues la experiencia y el sentido común nos dicen cómo es más fácil, muchísimo más, que rehacer en cuestiones urbanas, el trazado de nueva planta en lugares libres.

Véase como demostración — y eso que no es completamente lo mismo — los vuelos del Ensanche. Los intereses creados son rémora fatal, y en proporción contraria á ellos aumentan las probabilidades de buena fortuna. Contra más solicitado es un lugar y más se estima, su precio es mayor y los intereses, las afecciones y los egoísmos determinan resistencias formidables en que la individualidad resulta, por tocarle tan de cerca, mejor armada que la Corporación, sin interés personal alguno. Las fuerzas del Municipio, además, tienen su límite y no pueden rebasarle. Si no alcanzan á los gastos sus fondos, se armará de paciencia, como el particular á quien prohibe el lujo su modesto bolsillo. Y los particulares, en cuestión de mejoras urbanas, no suelen dar ejemplo de desinterés.

De esa resistencia, de esa falta de desinterés tan humana en el presente estado social y de la avaricia que engendra es demostración cumplida el peligro inminente que corrió el Ensanche de Madrid. Pertenecíamos entonces á su Comisión, realizándose por ella cosas tan útiles como la emisión de las actuales cédulas para pago de expropiaciones, que gozan de mucho crédito, con un interés módico, y merced á las cuales, cuando fueron definitivamente aprobadas, tras los trámites perezosos de rigor, después de cesar en nuestras funciones concejiles, pudo extenderse desahogadamente; pero todo estuvo á punto de desbaratarse, incluso el Ensanche mismo, por muchos años ó quizás para siempre, por una serie

de acuerdos que á excepción nuestra y de algún vocal más, como D. Juan Ranero, se tomó por la Comisión en expedientes de expropiaciones que levantaron polvareda y no prosperaron, aunque los aprobó el Ayuntamiento en dos sesiones, por haberlos suspendido en virtud de sus facultades, según decreto fecha 1.° de Julio de 1895, invocando el art. 169, caso 2.°, párrafo 2.° de la ley Municipal, el Alcalde presidente, Sr. Conde de Peñalver.

Los 156 expedientes á que dichas expropiaciones se referían importaban 11.889.821 pesetas con 58 céntimos, cuyo pago hubiera hecho andar de cabeza al Ensanche, malográndole, siendo confirmada por el Gobierno Civil la suspensión de esos acuerdos que decretó el conde de Peñalver, considerándolos atentatorios á los intereses municipales, notoriamente exagerados los precios convenidos y erróneo el criterio de reconocer cantidades según el valor que los terrenos expropiados tenían en aquella fecha, y, sin embargo, declarar derecho al percibo de intereses sobre dicha cantidad desde la ocupación por el Excmo. Ayuntamiento, lo que hacía en sólo diez liquidaciones de las aprobadas una diferencia de cuatro millones, cuatrocientas cincuenta y nueve mil ochocientas pesetas, en perjuicio de la Corporación, según la tasa primitiva de los Arquitectos municipales, con lo que la generosidad aparente de ceder la mitad de la superficie expropiable los dueños resultaba una carga del mayor calibre. Otros considerandos tiene el decreto, relativos á negar á los propietarios el doble derecho de indemnización por el valor actual del terreno y el pago de interés de un cuatro por ciento sobre esa cantidad, á partir del día en que fué ocupado, pues no podían valer antes de urbanizarse lo que después valían; á lo arbitrario de la fecha de ocupación señalada en los expedientes, y á

faltas reglamentarias cometidas en su presentación al Ayuntamiento.

Esta grave crisis municipal que afectaba á zonas de Madrid tan espléndidas y podría traer consecuencias muy deplorables para futuros destinos de la urbe, por lo que merece historiarla, fué tercamente mantenida por los interesados, quienes hubieron de interponer todos los recursos legales en contra de la disposición del conde de Peñalver, que fué el fundamento de la anulación de esos expedientes. La Comisión provincial, dictaminó que la suspensión no tenía sólida base de ley y no cabía confirmarla; pero el Gobernador, según queda expuesto, opinó lo contrario, dejándola subsistente en 8 de Octubre de 1895, y pasado el asunto á la Superioridad, el Ministerio de la Gobernación, por Real orden de 10 de Noviembre de 1896, publicada en la *Gaceta* del 12, aprobó el informe del Consejo de Estado, consistente en ratificar la providencia de la Alcaldía, desestimar el recurso de alzalda interpuesto por varios propietarios de fincas en el Ensanche de Madrid y anular los 156 expedientes de la consulta por los vicios substanciales de que adolecian, amén de otros extremos y de exigir responsabilidad á los concejales que votaron favorablemente las liquidaciones suspendidas por el Alcalde, según lo que disponen los artículos 180 y 181 de la ley Municipal vigente.

Ya se ve las dificultades de un Ensanche y eso que al proyectarlo afuera se procede más desembarazadamente y con más probabilidades de realización, pues aunque todo suele tener dueño, existen, naturalmente, menos intereses en pugna y el valor de las cosas es muy inferior al de sitios donde hay que cubrir de plata cada palmo de tierra. Son muchos, por otra parte, los que ponen el grito en el cielo en cuanto se toca á los hechos consu-

mados, á lo establecido, pues todo propende á adquirir carácter de permanencia, aunque después de gozar de lo mejor, por nada del mundo querrían volver á las incomodidades y molestias de sus rancios amores. Por ahí quedarán algunos á quien pondría carne de gallina pensar en el retorno al Madrid de las tapias, y que, sin embargo, habrán sido de los opuestos á que con sacrificio de unos metros de ella se ampliase la subida de San Vicente, una de las dos entradas principales de nuestro Madrid, por no citar dislates más gordos.

Ahora mismo, á través del correcto y medido lenguaje de la Memoria explicativa, se descubre la odisea de la reforma interior de Barcelona, que la dará más vitalidad, por un aumento considerable de sus condiciones higiénicas, y mayor hermosura. Los que se envanecerán después han apurado contra el proyecto su oposición, que, al fin, sale mutilado en su primitiva grandeza por tantos reveses.

Cuando se opera en vivo, lo que salva al doliente produce su protesta y desesperación. Esto por un lado, y la codicia individual, que lo agrava, por otro, amontonan dificultades que ponen á prueba los caracteres. También con los obstáculos removidos en las leyes de Expropiación forzosa, todavía muy perfectibles, resulta que aun dando á algunos dueños el justo valor de sus fincas y algo más, por circunstancias especiales de renta ó posición momentánea del propietario, le perjudica el negocio y recurre en su contra para impedirle ó demorarle. Todo conspira al fracaso ó al entorpecimiento, sin sumar temores del capital, que le retrae de la ejecución, ó especulaciones de agiotistas, y ocurre al cabo más de una y dos veces que naufraga el dictamen á vista del puerto por la razón potísima, que hace inútiles todas las

demás, de no haber fondos para tamañas bizarrías en las arcas municipales.

Acabaremos de ponderar el crecimiento rápido y asombroso de Madrid expresando que su población de unas 300.000 almas en 1868 cuenta hoy, según el censo oficial, 556.663. De modo que se ha duplicado, y para albergar ese exceso de moradores ha tenido que multiplicarse á proporción el caserío, ó los que afirmen que Madrid no crece se servirán decir dónde alojan esos tres centenares de miles.

El doble es, en efecto, la cuenta exacta. En realidad debe añadirse á los datos oficiales, á los que nos debemos atener, no obstante las sospechas de que se quedan cortos, el vecindario que se agrupa en el mismo linde municipal, bajo otra jurisdicción por conveniencias particulares, especialmente por lo que toca á los Consumos, y que todos han de reconocer como parte integrante de hecho de la población madrileña, sin más vínculos que los meramente oficiales con humildes pueblecillos lejanos. Si el argumento se extremara, Ayuntamientos que rodean á Madrid, y que exceptuamos, aportarían su contingente; pero circunscribiéndonos lo posible, ha de salir, sumando por alto, que entre los Mataderos, Puente de Vallecas, con su barriada adjunta de Doña Carlota, Ventas del Espíritu Santo, Ciudad Lineal, Chamartín de la Rosa, Tetuán, etc., y caserío disperso, puede aumentarse en unos cincuenta mil el número de habitantes de la villa.

Para considerar en sus verdaderas proporciones este desarrollo y crecimiento hay, como siempre, que atenerse á las circunstancias del país donde estamos. Lo que pase en otras capitales no puede servirnos, porque son los factores para la comparación muy diferentes y según

aquéllos es la solución del problema. El aumento de la población en España no ha corrido paralelo al de Madrid. Aunque es mayor el número de españoles hoy que hace cuarenta años, no suman el doble ni con mucho, sino, próximamente, la diferencia de diez y seis á diez y ocho millones en la Península é islas adyacentes. En otros Estados la población se multiplica con rapidez y en algunos hay un sobrante anual que tiende, naturalmente, á esparcirse, buscando puesto en el banquete de la vida. Muy lejos de eso, en España la emigración es una sangría suelta que contribuye de una manera poderosa á debilitarnos. La despoblación cunde, huyendo del malestar, y cada vez más graves por concatenación lógica las causas de postración y abatimiento, si no se ataja con sabios recursos de gobernante y no se da cauce apropiado á las energías españolas, se repetirán tristes fechas. La densidad media de la población por kilómetro cuadrado es en España de treinta á treinta y cinco habitantes, mientras que en Italia es de ciento y pico. Las demás naciones de Europa, y no digamos algunas de otros continentes, han solido tener crecimientos vertiginosos en comparación del lentísimo de nuestro país, que ha perdido millones de súbditos en su año terrible, herida que se renueva constantemente, y se ve azotado por diversas calamidades crónicas que le extenúan y paralizan. Véase lo que supone, con esos datos, la extraordinaria proporción del desarrollo de Madrid.

La inmigración continua que demuestra la cifra de crecimiento es señal de influjo avasallador. El mundo oficial atrae á unos, los menos, y se ve que Madrid no monopoliza la influencia ni la llamada olla grande, á cuyo alrededor se colocan naturales de todas las provincias más que hijos de Madrid, y no hay para convencer-

se sino recorrer las oficinas, incluso las del Ayuntamiento. Los más vienen — pues el mundo presupuestívoro, contra lo que puedan creer los ilusos ó los que miran con lente de aumento, es una mínima parte de la población — en busca de un campo mayor para su actividad, fugitivos de los miasmas de mares muertos, de la siesta frailuna, de las pequeñas pasiones desatadas por los villorrios, no con la grandeza trágica de las furias, sino como perros de presa. Huyen otros del hambre, ó en esta especie de Indias para las imaginaciones despabiladas, en medio de serviles resignaciones de aldea, buscan la fortuna que en otros vieron. Todos llegan deslumbrados y aturdidos por el resplandor de la villa. En su aire crecen las alas del talento, se agrandan las ilusiones del poeta, cruza magnífico el rayo de la inspiración, los artistas acuden cual mariposas á su luz y cuantos por algo quieren luchar y satisfacer nobles anhelos y ambiciones.

Hay una intensa vida intelectual que seduce, como hay en todos los órdenes de la actividad humana, en todos, emulación y competencia. No es eso ni puede ser obra de los prestigios oficiales, pues ya sabemos lo que por sí solos producen, sino influjo propio de la capitalidad. Así París, así Londres, así, con todos los sistemas, las que fueron y son, cuando encarnan como Madrid, con títulos indiscutibles, el genio, el espíritu nacional, y por su índole, sus tradiciones y sus facultades asimiladoras adquieren el carácter de representativas.

Madrid, sobre cuestiones regionales, que hasta en su aspecto más avanzado cuentan apóstoles entre los madrileños, con un desinterés, nota de su carácter, que no se sabe si tendrían todos en lo que se creyera que los podía perjudicar, se une, cual exigen los tiempos, y ha venido asociándose en el siglo XIX con los demás espa-

ñoles, por grupos de ideas, más altas que cualquier diferenciación por el lugar de nacimiento. Las legiones que le invaden pacíficamente dejan á las puertas de la villa de ser forasteras y entran como hermanas, como compatriotas. No se les pregunta de dónde vienen; se les dice á todos: ¡Bienvenidos! No hay recelos ni egoísmos feroces que, estribando en el paisanaje el derecho á la vida, repelen al trabajador. Al poco tiempo, el recién llegado se encuentra tan en su casa como el propio inquilino, á quien tal vez trata como á su huesped, y son muchos, muchísimos, los que después de gustar esta vida no pueden soportar otra.

De los precisados á abandonarle, no pocos echan de menos el encanto especial de Madrid en la ausencia. Los nacidos lejos que aquí se han labrado una posición, no suelen aspirar al retiro en su pueblo los últimos años. Toman á Madrid más amor quizás que sus naturales y no pueden permanecer mucho tiempo fuera. Esto es muy común en los que han sido sus moradores, así como el deseo de visitarle de cuando en cuando. Y no es sólo por la gracia, que puede seducir en la fealdad, pues Madrid, tan agradable en su aspecto, tiene, como vamos á ver, particulares bellezas de gran atractivo.





XI

PINTAN la raza turca geógrafos como Reclus, noble, magnánima, sincera, cortés y valiente, una de las mejores de las que habitan el planeta; pero tampoco hay oligarquía, añaden, en la administración y gobierno tan merecedora de execración. En Madrid el vecindario no puede ser mejor, y las cualidades sobresalientes de la raza española en él se resumen, ni tampoco dejan los forasteros, en general, de profesar á Madrid el amor que anteriormente hemos encarecido; mas hay otros de los que influyen en su suerte y en la del país que le tratan como conquistado.

Esa ingratitud se refleja en su situación, y, por ende, en la de España toda, porque importa no olvidar nunca que la capital es la que da idea á propios y extraños de una nación, y es interesantísimo, por consiguiente, su brillo. Los habitantes de Madrid, en primer término, deben cuidar de que se acrisolen en los honrados con la investidura de representantes suyos, el cariño y la inteligencia, y en cuanto á los otros, á los que no dependen directamente de su voluntad, guardar memoria de su desamor ó incuria, hacerles sentir el irresistible peso de su influencia, y siendo casi todos vecinos de la villa, con-

denarlos entre las gentes con quienes han de convivir á la pena terrible de un ostracismo moral.

Del presupuesto de Obras Públicas no se distrae nada para Madrid. El Estado le regatea comineramente cualquier concesión. Á las principales ciudades de España se las otorga señaladísimos favores: á unas las murallas, á otras el puerto, la ciudadela, parques, caminos, socorros, mil recursos y donaciones. El presupuesto es de toda la nación, bien está; pero también por eso mismo es de Madrid y en gran parte, no ya por lo que representa, sino por lo que contribuye. Nos alegra á los madrileños la distribución de mercedes gubernamentales á otros, aun siendo postergados, que sobran pruebas de desinterés en la villa; pero no es tolerable que se la acuse de egoísmo y se la tache de parásita cuando anualmente los millones que percibe el Estado y que administran—conviene repetirlo—y disfrutan provincianos, se invierten en las atenciones generales, habiendo Madrid de levantar las cargas que le impone la capitalidad y sus numerosas obligaciones con fondos propios.

Donde quiera que residiesen los poderes tendrían asiento sus covachuelas; de modo, que no puede hacerse un cargo á Madrid de la cuestión de la burocracia y empleomanía, máxime cuando es refugio, no de madrileños, sino de españoles de todas partes. Recórrase la Administración en sus diversas ramas, y por doquiera, arriba y abajo, Madrid y provincias, para comprobación de esta verdad. Ya hemos dicho que hasta en el Ayuntamiento, que nada tiene que ver con los presupuestos generales y cuyos funcionarios no pueden ni deben sumarse con los que paga la nación para su servicio, cobran las nóminas forasteros en su mayoría, como forastera es también la de concejales.

Dos obras públicas acudirán á la memoria de los más tercos impugnadores: el Canal del Lozoya y el ensanche de la Puerta del Sol. Ya hace años de eso, y es bastante significativo que no haya más al cabo de lustros, pues otras menudencias no valen la pena, y aunque pudiéramos oponer como justificación los millones y millones invertidos año tras año en remediar necesidades de otros y darles fomento y prosperidad, nos priva regodearnos con ese desahogo de la abrumada Hacienda concejil el hecho de que mantiene el Estado la propiedad del Canal, que en gran parte abonó con sus recursos la villa, según pensamos detallar en otra ocasión, y con sus pingües productos se lucra, y que de la reforma de la Puerta del Sol, al fin miserable, le indemnizó después el Ayuntamiento.

La subvención que ha poco se discutiera y á título bien precario, por cierto, no es tal propiamente, sino un anticipo ó débil compensación de lo que el Estado le adeuda, porque se da el fenómeno de que éste es su deudor por muchos millones, que bastarían para dar á Madrid una buena vuelta, y no se cree obligado ni á emplear disculpas de mal pagador.

La cosa más chica, tocar á un ladrillo del Estado ó que pase por suyo es objeto de una ley que, precisamente por tratarse de Madrid, recorre un calvario antes de la sanción, si por fin se logra. ¿Y para ejecutarla? Madrid sufre, pues, también contra chismes, ridiculeces y antipatías inmeditadas, y en alto grado, el mal español del expedienteo.

Importa la identidad de sentimientos y aspiraciones, confundirse todos en vínculo estrecho de patriotismo en las actuales circunstancias. Lo que sucede ahora es, desgraciadamente, muy natural y humano, aunque no sea

muý generoso. En todos los órdenes existe una fuerza de disociación por efecto de la derrota. Se relajan con ella hasta lazos de consanguinidad en la familia. Cuando un ideal ha iluminado las almas, cuando la victoria nos ha sonreído y en horas de despertamiento feliz, la capital y las provincias no se han distinguido en la confusión del abrazo ni hubo otra voz que la de ¡Viva España! Pero hoy, truncado el destino de esta viejecita gloriosa que aún tenía mucho que hacer en el mundo, como en ocasión memorable dijo con llanto en la palabra don Joaquín Costa, sus hijos se empeñan en acabarla de matar á disgustos.

Cualquiera que sea la organización política de los pueblos se observa que su capital tiene una influencia de que se acusa á Madrid sin razón, cuando es obligada y legítima, y á fe que no merece hostilidad quien como él se porta. Si ha de mantenerse el fuego sagrado de la patria, tan mortecino, aquí ha de ser con preferencia, y los madrileños, en bien de todos, deben ya recabar sin contemplaciones sus fueros, conquistados en buena lid. Comience en la villa, más por deber que por derecho, la reconquista moral de España.

Desde que por imperio de la libertad supo elevarse á la altura de su misión, siendo popular la suprema categoría de que se envanece, las luchas de ideas en Europa y América, que cruzaron fronteras y mares, ruines ante su majestad, repercutiendo en el país, dividieron á los hombres por su espíritu, por la razón, que es nuestra sublime ejecutoria, sobre circunstancialidades y accidentes, y no se agrupaban como valencianos, navarros, aragoneses, gallegos, murcianos, asturianos, andaluces, extremeños, catalanes, vascuences, isleños, leoneses y castellanos, sino en liberales ó absolutistas, afrancesa-

dos ó patriotas, en hombres progresivos ú hombres de la reacción, en fraternidad con sus afines, fuesen de donde fuesen, vistieran este ó el otro traje, en pugna abierta, sin cuartel, con el anticorreligionario de la misma región.

Cuando solicitan tantas ideas nuestro concurso y la renovación constante de la Humanidad en un siglo en su aurora promete infinidad de maravillas, eclipsando las anteriores; cuando el concepto de fraternidad, cada vez más amplio, solidariamente enlaza á los hombres, y hasta materialmente, como para acabar la obra, no va habiendo distancias; cuando hay tanta generosidad que emplear en combates del porvenir, debemos engrandecer en vez de estrechar los horizontes.

En España hay una labor reconstituyente que practicar de tamaña importancia que es indispensable la aportación de cada uno. Un reactivo enérgico, de suprema energía, se impone en estos momentos críticos. Debemos todos evitar la descomposición que haría la catástrofe definitiva.

Sí; en estas circunstancias, que, en medio de todo, no son para desesperar, pues más tristes semanas de Pasión ha padecido España, de las que ha resucitado triunfante, es necesario reafirmar, consolidar, fortificar el desmayado espíritu de la nación, pues sólo con arranques viriles, con una gran confianza en las propias fuerzas y una fe inquebrantable en honrosos destinos podremos salvarnos. Para ello es preciso que un ideal haga de nube luminosa que guíe á los ejércitos y los inflame.

Ejércitos de la paz, cuya charanga no toque la *Marcha de Cádiz*. Es necesario de todo punto una empresa fecunda de reconstitución, semejante á la emprendida por Carlos III y sus ministros. Lograda la salud, restaura-

das las fuerzas, lo demás nos será dado por añadidura. Lo primero es que haya patria y defender el propio hogar, imponer respeto por el trabajo y las virtudes cívicas y también por la eficacia de la defensa interior, como garantía, sin meternos en más dibujos. Son muy pocas, entre las del mundo, las potencias de primer orden en cuanto á elementos de guerra, y algunas viven tan ricamente. Cuando convalezcamos del todo, podemos ser mucho.

Recobradas las energías, poblado el territorio convenientemente, la raza que en tan multiplicadas caídas y resurrecciones ha dado ejemplos de vitalidad que han producido el asombro de los extraños y fundamentan cualquier esperanza en medio del mayor infortunio y más desconsoladora tribulación, proveerá á todo y reavivado también el patriotismo, no habrá quien se niegue á suministrar lo necesario y aun lo superfluo para lo que no sólo es un deber y una exigencia del instinto de conservación, sino al propio tiempo algo muy íntimo, esencial, no ya por herencia común á los pueblos latinos, que en uno de sus aspectos morbosos, cuando se desenfrena de la razón y se descarría, coopera á las terribles conclusiones del libro de Sergi, sino por secular consorcio de las letras y las armas, por glorias que calientan la sangre como nuestro sol y florecen en días trágicos el cementerio. Fiel á su conducta, Madrid ya se coloca á la vanguardia que le corresponde en ese movimiento, que es ansia de vida, se sustrae á su impresionismo meridional, y se hace superior á alharacas, horrorizado de las sacudidas epilépticas de España infeliz el año 1898.

Más daño que las balas causa el desprestigio; más, infinitamente más que la material pérdida de grandes territorios, de millones de súbditos, ha representado para

España la pérdida de la leyenda, y nuestra humillación cobarde en las vergüenzas presentes engendraría otras futuras que tal vez sobrepujasen en horror á las que sueña la fantasía desesperada. Parezcamos grandes vencidos y no seamos voluntariamente imagen del asno de la fábula con disfraz de león.

Cuando está en pleito la nacionalidad, es claro como luz del mediodía que para conservarla es preciso reavivar el patriotismo, exaltarle, llevarle á la exageración, que no es el mismo esfuerzo el que reclaman del hombre circunstancias extraordinarias que la corriente normalidad. Ha de acudirse al remedio con actos vigorosos, con el ejercicio de nuestro querer, enmohecido por el desuso. Para los males de esta abulia, ¡voluntad, voluntad, voluntad!

El espíritu sectario, la pereza, son causas de que para toda cuestión que se nos ofrece tengamos una frase, una solución escueta, rígida, inalterable, un molde de hierro al que forzosamente sujetar la vida, que es tan compleja, que es tan variada, tan rica y tan flexible que no puede contenerse en un silogismo, que apenas si cabe en la esplendidez del arte griego, y la vida se venga desbordándose fuera de nosotros, huyendo de los adoradores de fantasmas.

Así, para los que con fórmulas sustituyen el pensamiento, nada tan fácil como la salvación del país. La ignorancia, el fanatismo, la inmoralidad, la anemia, la emancipación de la conciencia, de la inteligencia y del estómago, la continuidad de la nación, el andar de prisa para colocarnos al nivel de los pueblos más cultos, el curar las heridas de la patria, el resolver tanto y tanto pavoroso problema que piden con gritos de angustia los conocimientos de profundos estadistas y los arranques ga-

llardos de ardientes patriotas, todo eso para muchos se resuelve con una sola palabra que tiene para pocos consciente y meditada significación: con la palabra regionalismo.

No negamos—¡qué hemos de negar!—que mal copiado del extranjero el centralismo vigente extinguió focos de vida que debieron conservarse y es necesario revivir; no pretendemos — ¡qué hemos de pretender! — que siga en su forma actual, esterilizando por absorbente la tierra; lo que decimos, lo que sostenemos es que el regionalismo no implica la salvación, la panacea; que del mal que muere el país no puede sanarle solo. Hay que variar la corriente cuando la corriente va mal dirigida y en vez de fertilizar puede causar estragos.

En esta pobre patria todo se exagera en perjuicio suyo. Ahora resulta que no hay bien que por el regionalismo extremado no venga, así como no hay mal que al centralismo no se atribuya. Es uno de esos tópicos, de esas elucubraciones de espíritus rectilíneos, el traje intelectual más de moda. Con el regionalismo fuimos también muy desgraciados, pero no lo cargamos en su cuenta, como no ponemos á favor del centralismo los avances de España en el camino de su progreso desde que se estableció el sistema constitucional, donde el centralismo tuvo cimiento firme.

Toda la tendencia liberal fué unitaria. En ese sentido se inspiraron constituciones, leyes, decretos, sin protestas en un principio, ni cuando se unificó el Código Penal, las Diputaciones provinciales, etc., y mayor es en este punto la tradición liberal que la de la monarquía absoluta, aun teniendo en cuenta la debelación de los fueros. De ellos y del regionalismo hizo bandera la causa carlista; pero, recuérdese bien, cuando estalló nadie se acor-

daba de tal bandera, hasta que luego, en contra de las libertades, se hubo de tremolar por los reaccionarios. La unidad de la patria por encima de todo se acentuó por los propulsores del absolutismo, de acuerdo con el gran movimiento operado universalmente por los que minaban con grandes agrupaciones tiranías pequeñas.

No se ha parado la marcha y continúa aspirándose generalmente á unificaciones como la de Códigos, por ejemplo, á extender los núcleos de fraternidad humana, á ir allanando obstáculos, y los repetidos intentos de formación de una lengua mundial no obedecen á otro propósito. Generosas intelectualidades suspiran porque desaparezcan diferenciaciones que contribuyen al aislamiento donde, como en charca sin desagüe mortíferos hálitos, se engendra el odio que exhala vapores de muerte. Las escuelas más radicales hacen tabla rasa de cuanto origina disigualdad entre los hombres, empujadas con violencia por la corriente que iniciara el espíritu civilizador del siglo pasado.

Más arriba ese cauce se abre en la historia y bien sabido es. Las nacionalidades, por las que se ha librado luchas horrendas hasta nuestros mismos días, han servido á las aproximaciones de la humanidad, acortando distancias á medida que se ensanchaban fronteras. Ya es principio de muchas gentes, sobre las divisiones casuales de los Estados, sobre linderos de la actual Geografía Política, la unión por razas, y en el libro, en el periódico, en la tribuna, hasta sangrientamente, se aboga por lograrlo. Y de hecho se ha establecido en lo espiritual, y materialmente en ocasiones, una solidaridad humana, más extensa cuantos menos diques encuentre.

Sea de ello lo que quiera, Madrid no se opone al desarrollo y buena suerte de sus hermanas; al revés. Las

doctrinas regionalistas no se ahogan en atmósfera hostil, como ninguna idea, y aún las mantienen defensores apasionados. La misión de Madrid como capital de la nación ha de cumplirse, como se ha cumplido, de todos modos y con cualquier sistema. Y mucho más en lo porvenir.

Es chocante la ligereza mental que revelan acusaciones y cargos contra la capital sobre hechos cometidos por naturales de toda España. Ocurre, por ejemplo, algo en las Cortes opuesto al común sentir, á una aspiración regional ó provincial y tal cual vez al egoísmo de los particulares y se clama contra Madrid, se habla de madrileñismo, cuando los autores de la marejada ni son madrileños ni representantes de la villa, y así en todo. ¿Se comete un crimen? No se indaga el pueblo de nacimiento de los culpables antes de acusar. ¿Sucede cualquier escándalo? Probablemente serán de los quintos infiernos los escandalosos, pero es tan poco complicada la psicología de muchos que atribuyen al meridiano una influencia irresistible é inexcusable, y por lo visto, con la mudanza se transformaría la naturaleza de los españoles. Pero si eso es así ¿en qué consiste que vienen políticos, verbigracia, hechos y derechos, tan maleados y maleantes de las provincias, y por qué presenta caracteres feroces, completamente desconocidos en este ambiente generoso, el caciquismo rural? En un régimen parlamentario poco importaría la *maldad* de Madrid si los demás fuesen integérrimos, puros. Creeríamos entonces en la inocencia de las aldeas, según la literatura acaramelada que tanto gusto proporcionó á los cursis con sus vacuas sensiblerías.

En Madrid, que es de todos, mucho más que de los madrileños, va siendo hasta ridícula la corriente difa-

matoria que alimentar suelen con preferencia los que constituyen por lugarones, lugares y lugarcillos, la espuma de esa hez, producto híbrido de una europeización superficial y un fondo de barbarie atrasada, que ha extendido una plaga de hampones legales por el país. Es el señor feudal sin caballería, que ha sustituído la tizona por la navaja cabritera y dejando los no siempre inexpugnables muros roqueros de su castillo, donde podía pagar todas juntas, se guarece sin miedo en laberintos de prosa curial. Si la responsabilidad es de todos, no puede negarse, conforme á consideraciones hechas ya en estas páginas, que donde estuviese la capitalidad, aunque se hiciera otra vez trashumante, huyendo de sí misma, como conciencia perturbada, trasladaría sus vicios y pecados.

Esa obra de la conciencia colectiva que se manifiesta más aquí, naturalmente, se contrarresta y modifica con los progresivos focos de honda intensión que hay en este centro de vida intelectual, con el mundo entero enlazado y que por sus cualidades nativas de sentimiento es adaptable sin esfuerzo, antes bien con amor, á cuanto exigen necesidades modernas de la cultura. Lo que le falta para ello, como al país en masa, es educación de clases directoras capaces.

Dese á las regiones españolas el desahogo necesario para la libertad de sus movimientos, para la ordenada función de sus órganos y cultivo de sus virtudes históricas y sus energías tradicionales, que eso conviene para la robustez del cuerpo nacional; pero la patria ante todo, que es otra cosa que el Estado, orientando al país en esa dirección á borrar de entre los hombres lo que los separa, lo que produce enemistades, lo que retarda el caminar del progreso, para proteger en cambio y

desarrollar lo que los une, lo que los atrae, lo que forma cariñosamente vínculos de familia.

No nos descuidemos, no nos durmamos, no nos entretengamos en disputas pueriles, con riesgo de que nos saquen violentamente de nuestra atonía. En momentos como los actuales no hay que pensar sino en la rehabilitación. Para que haya patrias chicas lo primero es tener patria grande, y para que haya patria es menester, indudablemente, que haya patriotas. Si queremos seguir siendo españoles hay que animar el fuego del patriotismo; hay que ensalzar el nombre de España; hay que acostumbrarse á amarla y venerarla, pero con actos; hay que odiar lo que la denigre, lo que la deshonre, lo que la empobrezca, lo que constituya un peligro para su fomento y seguridad; hay que resguardarla de los enemigos de dentro, más dañosos cuanto más la invoquen en vano, para salvarla de los de fuera; hay que unir las voluntades y las energías en un haz que conforte los ánimos, que nos libre de esta horrorosa depresión moral, de esta vesania desconocida en los anales en que todo un pueblo pone en el suicidio la esperanza de su redención.

La hora es de alarma, de amargura, y tremenda será la responsabilidad de quienes, pudiendo, no intenten con actos, que son los que redimen, la apertura de una nueva era; importa mucho afirmar un sentido francamente español, fortalecer el sentimiento del patriotismo, crear caracteres, educando la voluntad, y atajar la gangrena con el cauterio implacable de la justicia.





XII



CORRESPONDE á Madrid el ejemplo. Los elementos valiosos que le integran deben ponerse al frente y ser guías. Reaccionar contra ensoberbecimientos infundados y resurgir con la altivez propia del carácter de la villa ante imposiciones y menosprecios con que la envidia se disfraza, será saludable, porque cuando Madrid lo ha hecho ha sido para muy nobles fines. Algo de espíritu municipal hace falta, pues no hay que olvidarse de la trascendencia de cuanto se realiza en Madrid. Pongamos por ello interés vivísimo, especial atención en lo que se ejecute, sabiendo que nos miran de todos los ámbitos de la Península y que está en nuestras manos hacer mucho bien y mucho mal. El Ayuntamiento ejerce sus funciones en el término de la villa y en él concluyen sus prerrogativas jurisdiccionales; pero su jurisdicción moral se extiende á toda España.

La sanción pública es muy útil aun cuando la conciencia de la altísima misión que cumplen anime á los concejales, para evitar el relajamiento de los resortes del deber, peligro de esta atmósfera deletérea, y castigar á los malos administradores. Es también preciso,

12

además de la buena voluntad, la competencia y el pundonor, algo muy descuidado generalmente en todas las clases, aun las más cultas: el sentido artístico y el histórico.

Un pueblo como Madrid tiene exigencias ineludibles en tal respecto. Las personas cultas las tienen asimismo y como para ellas son ciertos refinamientos consubstanciales y de ningún modo los pueden juzgar indiferentes ó cosas fútiles, aunque lo estimen así las naturalezas groseras, de igual modo los pueblos civilizados las atienden como esenciales en su vida y en las reglas de urbanización. La estética, por lo demás, ahondando el asunto; lo bello, lo agradable, no solamente son una necesidad del espíritu, en mayor ó menor grado, según el aquilatamiento de sus cualidades, sino también fuente de bienes, sin posible cálculo para la existencia humana, y condición ineludible de engrandecimiento colectivo.

Todo lo que ayude á hacer grata la vida es causa de gratitud profunda; pero, además, reflejo el arte del espíritu de un pueblo, que educa á su vez, conforme le eleva sobre la vulgaridad, le acrisola y le idealiza y harto claramente manifestamos nuestra opinión de lo que supone encender las almas con la llama del idealismo, calentar la sangre con la fiebre de los aventureros. Es trepar á las cumbres humanas.

Importa mucho en los regidores de una ciudad que sientan ese amor á lo bello, que suele ser muy útil, como lo son las arboledas, tan hermosas; un alma delicada, refinada en el culto á la belleza, de modo que así como el armiño no sacrifica ni por la propia conservación su blancura, sienta el disgusto irresistible de lo feo, y como particulares galas de su domicilio ame y se recree y se enorgullezca con las de la ciudad, evitaría las profana-

ciones, lo imperfecto, lo inconscientemente devastador y haría obra intensamente civilizadora, aspirando á más siempre, como el sentido histórico realza cultos nobles á lo que forma parte de nuestro ser y se venera como alhaja de la familia.

Con esos sentidos no holgaría, sino que es de absoluta necesidad, el cultivo de otro, el de la naturaleza. Quien la adora con pasión de hijo, no puede consentir ningún sacrilegio. Todo árbol para él es sagrado. Inculcar á los niños desde la cuna la idea tierna de que son seres vivos las plantas, sensibles al dolor y á los goces, hasta algo de superstición, si quiere llamársela así, pero hermosa, á la manera clásica, fuera labor educativa de primer orden, redundante en copiosos frutos benditos.

La incultura sólo explica la crueldad inconsciente con los que se llama por tradición seres inanimados y aun la falta de sentido moral, que deja en tranquilidad la conciencia, con que se maltrata á los animales. Sedimento es de atavismos que no conceden mucho mayor respeto al ser humano ni puede ser pábulo de exquisitas delicadezas. ¡Qué de condiciones requiere en quienes la han de dirigir, la complicada vida moderna, para atender á su misma complicación! Cuando no hay esa suerte, los pueblos se quedan rezagados en el camino, y si al fin se postran, sucumben irremisiblemente en la soledad.

Los tiempos han traído nuevas concepciones de lo que una ciudad debe ser. Relacionándola con todos los problemas sociales, tiene para cumplir sus fines que hacer cara á las cuestiones que surgen á diario en la vida moderna, y de ahí que se tienda como en Alemania al Municipio sabio, es decir, á procurar la entrada en las Corporaciones populares de elementos poderosos de in-

telectualidad, en la multitud de ramas de la ciencia que cultiva prácticamente el Ayuntamiento, desde los rurales hasta el de la capital, en una escala armónicamente proporcionada, como la realidad la impone y es de rigor.

Todos los intereses municipales deben tener su representación y electores conscientes han de dársela, con preferencia de los distintos órdenes de intelectualidad, sin exclusión alguna. Atender sólo á los materiales, según la estrecha clasificación aceptada en esas dogmáticas, inflexibles definiciones á que estamos hechos, sería insensato y de consecuencias deplorabilísimas. Se relaciona esto con otro síntoma doloroso de nuestras costumbres y nuestra cultura ciudadana, á saber, con la indiferencia ó despreocupación con que se miran estas cuestiones que, sin embargo, son las primordiales para todos. El puesto concejil debiera ser una carga y un honor impuesto en caso de necesidad á los primeros ciudadanos en todos los aspectos que abarca la vida, constituyendo un patriciado venerable por sus méritos y servicios. El orgullo de ser útil á su pueblo, y el enaltecimiento popular, determinarán en una sólida educación de civismo ese resultado, al que todo hombre ilustrado y bueno querrá contribuir á porfía, so pena de merecer por su egoísmo el desdén público. Entonces sí que se regeneraría la nación en sus entrañas y serviríamos de verdad al progreso. La ciencia viviría como en casa propia en la de la Villa, auxiliando á hombres esclarecidos en sus profesiones, en sus quehaceres, en sus industrias, dignificados por el trabajo en los múltiples aspectos de la actividad de una democracia.

La sanción pública debe ejercerse sobre todos, como hemos dicho. No somos una tribu acampada y hay que demostrárselo á quienes lo olviden. El gran poder de

otras ciudades es esa opinión, á la cual, para no perder ripio é influencia y hasta poder vivir, se atiende, se mima, se adula. Pues si Madrid proscribiera á los indignos de su estimación, figúrese el miedo que esa muerte civil daría.

En cuanto á los simples que se deslumbran ante cualquier cosa extraña, como si fueran aldeanos, hay que estimular su amor propio, siquiera á fin de que no hagan de *isidros* y tengan el legítimo orgullo de su pueblo. No se agradece y sirve de mofa y desdén que un hijo hable mal de su madre. Hay quien por aquí anda como sonámbulo, y en cuanto sale del término se le despierta como un lince la admiración. Halaga el entusiasmo local de cualquier Orbajosa y se humilla ó, en vez de revolverse altanero, como es natural, se suma á corrientes desaforadas de antimadrileñismo, con pasiva intuición de número de rebaño.

Entre eso y la pasión ciega de los panegiristas es preferible lo último, como entre un patriota exaltado y un mal patriota no hay duda alguna para dar la preferencia al primero. Quien cree en algo con fe, con calor, quien lo ama profundamente, es una esperanza y una promesa. En los espíritus yermos ni flores ni frutos se puede cosechar, y espanta la vida su desolación.

Ahora, justamente, más que en otras ocasiones hacen falta entusiasmo y hombres decididos y fervorosos. La voluntad tan descuidada, tan débil, cuyo culto, á manera de diosa de los gentiles, convendría implantar, requiere el fuego de la vehemencia para templarse y sostenerse. Cuidando de nuestra villa en todas sus fases haremos profunda labor nacional.

No cedamos ese puesto de honor. No es posible, tampoco, pues ya es indisoluble la identidad, y si tiene cura

la dolencia, de aquí ha de salir el medicamento. Madrid es el centro de la vida española, y lo que en cualquier otro punto inspiraría recelos no los despierta en este hogar común, en este foco de españolismo, en este crisol, cuyo resultante es un compuesto de substancias hispanas. He ahí porqué lo hecho en la villa no tiene marca madrileña, sino de la nación.

Madrid no estorba á las provincias ni puede estorbar, amasado con carne y sangre de ellas; las provincias, en esa reconstitución precisa de españolismo deben, para entrar de lleno en el concepto de las nacionalidades, sentir el orgullo de su capital, contribuir á sus glorias por propio egoísmo, por lo que tiene de representación de la patria. Que es digna del supremo honor ya lo vemos, pues la conjunción feliz de gentes españolas aquí congregadas, obra de siglos, que no es posible ni deshacer ni improvisar, con la levadura de la villa ha resultado de muy simpáticas cualidades.

No hay ofensa de amor propio para ninguno, pues todos han colaborado y colaboran. La incontrastable fuerza asimilativa de Madrid se traduce en vida y progreso. Al trocarse en corazón de España, cuyas palpitaciones generosas la movían á empresas febriles de renacimiento interior, las más dificultosas y trascendentales, aunque la falta de aparato y ruido las excluye de la epopeya; cuando también fué pródigo de sangre y dinero en guerras sin fin, en las del campo y en las barricadas, ventilando asuntos nacionales, trató, consiguiéndolo, el villorrio de irse colocando á la altura de la nación, de ser una capital digna de un pueblo desventurado, pero que se engrandecía á costa de inagotables sacrificios.

Con nuevas ansias, aunque á mil leguas aún de aquellas energías y de aquellos ardores que alcanzados á

vislumbrar de niños, parecen ya un sueño, una leyenda, ante la que anémicas generaciones, incapaces de imitarlos, hacen irónicos mohines, reflejo en esto, como siempre, de un estado de abatimiento general, Madrid ama el progreso de las capitales de primer orden. Contra más grande sea el de España, mejor conseguirá sus propósitos, y la nueva labor interna reconstituyente, que es imprescindible, como en el individuo, mejorará la nación y no las recetas de ningún Dulcamara.

Sepan sus vecinos fortalecer el amor á Madrid, primera condición para que le amen y respeten los demás, aportar su concurso para poder sentirse satisfechos de la propia villa, sin lo cual no hay ganas de nada, y reconocer que sin las *chifladuras* de los madrileños de otras épocas, sin actos de civismo y abnegación, sin ilusiones que valgan la pena de vivir, no hay posibilidad de engrandecimientos.

En afirmar ese españolismo hay, españoles, una sublime política que realizar. Aún puede la *viejecita gloriosa* desempeñar un papel insigne, como el de nación alguna. Labor del siglo se nos prepara, si no muestra su cabeza de Medusa la Discordia. Los conquistadores de cetrino rostro, de fuertes mostachos, de entrecejo duro, de avellanada complexión, prepararon la ruta. Lo que se perdió por la fuerza es reconquistable por otros conquistadores á la moderna. Como el patriota D. Telesforo García dijo en la Unión Iberoamericana, España puede convertirse en órgano de raza, con influencia mundial decisiva, en diez y ocho pueblos independientes, restaurados por el amor. Ante esa dominación definitiva, que no contrariarán los americanos españoles, ¿qué vale ni qué importa el efímero y violento dominio del Estado, que por la violencia se perdió? De ello pue-

de resurgir, con lazos espirituales sujeta, la gran patria.

Con estos lirismos, como suele decirse por los que quieren ajustar el progreso al andar de la cabalgadura de Sancho Panza, es como se realizan las empresas gigantes. Resulta, asimismo, que lo que se tacha de ilusión puede ser lo más práctico. No hay que esperar nada del equilibrio burgués, muy cuerdo, por otra parte, de quien tiene por norma la vara de medir, y en cambio ensanchan horizontes del espíritu y de la civilidad mercaderes aventureros que se confían á las naves de Tiro y Sidón. Y es inútil que ponderemos la obra de aquellos *locos* que se fueron en tres carabelas por un mar desconocido adelante, en busca de las Indias.

Sucede también que suelen pecar de cándidos y simplotes los que más se las echan de maliciosos y peritos en gramática parda. Lo que ocurre en pequeño con las víctimas del timo del portugués, todas ellas *prácticas,* ocurre en proporciones mayores con el vulgo infinito de todas las clases. Pueblos poderosos, bien adaptados, pueblos de presa, que no desperdician ocasión alguna de mejoramiento y tocan cimas de prosperidad, sienten una idealidad profunda en medio de sus empresas más materialistas. El provecho del individuo, sus rapacidades de hombre fuerte, se enlazan por clara conciencia de su misión en unos, por instinto ó sentimiento en otros, ó por la fuerza de las cosas, á que contribuyen factores como la educación, el ejemplo, la tradición, la solidaridad, lo heredado, etc., con intereses y aspiraciones de casta, de pueblo, con vínculos de patriotismo.

Así Inglaterra, así Alemania, por ejemplo, en el asunto de la emigración cumplen un fin trascendental, realizan obra de patriotas, que dejará indelebles huellas. A la corriente emigratoria se suman intelectuales, hombres

de negocios y emprendedores, que van á conquistar, más que para ellos, para la patria, cuyos linderos extienden algunos á confines etnográficos muy remotos, mientras que aquí la emigración, en su casi totalidad, se compone de miserables, guiados sólo en su fuga de rebaño por lo que incrustaron en su alma como ideal, por el pan nuestro de cada día. Sueñan con la fortuna, pero á la manera de los cuentos orientales, de tanto predicamento en el alma española, por virtud de milagro, por una vuelta del bombo de la lotería y alimentan en los que se quedan acá la imaginación clásica de la herencia del tío de Indias, que, con otras, mantiene las nostalgias de pueblos mesiánicos.

Los que califican de lirismo toda empresa arriesgada, que se sale de lo vulgar y requiere fatiga, presentan síntomas de decadencia. Nada más hacedero, por lo que nos concierne, con las bases inmutables echadas por nuestros progenitores, que una labor inmensa de españolismo en la América que habla español. Entonces sí que seríamos prácticos y en comparación de los bienes materiales que eso reportaría, los galeones cargados con el oro disputado é infecundo de los que fueron nuestros dominios, serían como ganancia de tendero al por menor, sin más alcances, comparada con la de audaces especuladores. Las colonias españolas debieran ser objeto de atención por una política ampliamente nacional, y merecer consideración los que laboran por España, como dicho señor García en Méjico, D. Rafael Calzada en la República Argentina y los pocos intelectuales más emigrados, estimular á otros y percatarse de la cuenta que trae con pueblos y mujeres la opinión de ser algo loco.

¿No mueve eso á la metrópoli de la metrópoli, y á todos, á ahondar el cauce, para hacer más intensas las

corrientes de españolismo, y evitar que disgustos y cicaterías y egoísmos, como alzamientos espirituales, incomuniquen las aguas, las aislen, las truequen en lagunas, en pantanos, en estanques, vehículos de corrupcion y muerte? ¿No nos obliga á pensar, á soñar, abriendo ante nosotros espléndidos, infinitos horizontes de luz?

«Si Cuba no ha de ser para Cuba, que sea para España», decían á raiz de su independencia muchos cubanos. He ahí el común sentir, cada vez más despierto, de cuantos, desaparecido el odio á la dominación, hablan nuestro idioma. No hagamos de España una gran casa de vecindad, con chismes y cuentos y viciosas costumbres de truhanería y despreocupación, que nos consuman en irremediable decadencia.

Hora es ya de elevar los corazones, de despedirse definitivamente de la Edad Media, atajando la perniciosa regresión de muchos espíritus; de profesar una política civilizadora y humana, semejante á la que realiza la unidad de pueblos dispersos, congrega las gentes y constituye emporios de civilización.

Repitámoslo. Hoy por hoy en ningún país se presenta ocasión de realizar política tan grande, de vuelo más audaz y majestuoso como en esta pobre y triste España de nuestros días. ¡Qué gloria enriquecerla y ensancharla, hasta hacerla metrópoli espiritual de multitud de pueblos de inmenso porvenir, que á orgullo tendrían llamarla madre!



XIII

AL pie del cerrillo de San Blas, que corona el Observatorio Astronómico airosamente y cuya falda se ha poblado de modernas edificaciones; frente al cuartel modelo de María Cristina, que toca con sus pabellones las tapias del Retiro, hace tiempo se reedifica la iglesia de Atocha, cuyas paredes legendarias cayeron, sugestionadoras de la imaginación infantil de quienes al ir á las ferias ó al ermitorio que por allí hubo del Angel — el de los maceros de la Villa, que estuvo sobre la puerta de Guadalajara — en los días rituales de paseo, al poner los pies en las baldosas de la Basílica, sentir el frío de su soledad casi perenne, hecha mayor por la etiqueta de corte, que entreveíamos alguna vez en la *Salve,* y vernos ante la negra escultura, ungida por tantas historias y la veneración de muchos siglos, nos agarrábamos instintivamente á nuestras madres, sintiendo la vida de aquellas banderas viejas, deletreando el nombre de Castaños y Palafox en sus sepulcros y absortos ante el del general Prim, cuya tragedia aún manaba sangre caliente. En el solar del feucho templo, cuyas trazas, á que se unían memorias de endemoniamientos y exorcismos, le hacían más fantástico á ojos que

recibían con avidez las primeras imágenes, con exuberancias de sueño, no han resurgido hasta ahora de sus escombros, y exóticamente en verdad, sino un panteón y, como para doblar á muerto, un muy extraño campanil.

La explanada, cuya izquierda, mirando en son de marcha hacia el interior, ocupa el ferrocarril de Madrid á Zaragoza y Alicante, con sus carriles, dependencias, oficinas-palacios y andén monumental, se honra á su derecha con el Observatorio, destacándose en las alturas; el Ministerio de Fomento y el de Instrucción Pública y Bellas Artes, enorme edificio suntuoso, obra de D. Ricardo Velázquez, con su verja hiperbólica, y, en la esquina de la hermosa calle de Alfonso XII, el Museo del Dr. Velasco, plan de Cubas, al pie de cuyo pórtico griego, donde se lee *Nosce te ipsum,* la más difícil de las ciencias, medita sombrío Miguel Servet, como si atrajese con el poder de su genio, en la clara luz que suele bañarle, reflejos de hoguera, y el *divino* Vallés plácidamente busca alivio para humanos dolores.

Los gallardos hipógrifos de Querol, blancos en el intenso azul, que con el orgullo del arte despliegan sus alas en las cimas del Ministerio de Fomento, donde se ve las estatuas de Balmes y Ulloa, parecen preparados para recorrer desde ese atrio insigne, una vía que no tienen los españoles sino en Madrid, para gloria de la capital, y de que pueden ufanarse pocas poblaciones del extranjero. En sus dinteles, en la gran plaza, donde afluyen el paseo de las Delicias, rondas y calles, se disfruta la perspectiva de la de Atocha, y por la de Claudio Moyano, desde su estatua, se distingue una de las entradas del Parque, la del Angel Caído, junto á la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, que sobresale bien.

Prado arriba, cuya grandiosidad se presiente, alborozando los ojos y poniendo al deseo imanes, alardea el Jardín Botánico de su enverjado regio, que resguarda las valiosas colecciones de su plantío. La glorieta de su entrada de honor es uno de esos espacios nobles de las ciudades consagradas. Rincón de paz, sube por un lado al Retiro, con acceso al Archivo de Escrituras Públicas, y frente por frente, teniendo la estatua de Murillo entre los dos, están, creaciones ambas de Carlos III, dicho jardín y el Museo de Pintura y Escultura. Hay allí junto, en el eje del Prado, otra glorieta con cuatro fuentes hermanas (diseño, como las demás del Salón, de Ventura Rodríguez), cuyos surtidores riman suavemente melodiosos murmurios en noches de estío con la enramada y la profunda voz de los astros, que suena muy dentro; y á mano izquierda, frontero á la plaza de Murillo, en encrucijada del barrio de San Juan, barrio de los poetas, sonríe el bello intercolumnio de la Platería de Martínez, que ideó Vargas.

Ahí se descubre la fachada principal del Museo, la creación de Villanueva, que con decir que es digno palacio de los artistas, que pudieron vivir mal, pero cuya memoria requiere alcázares de ensueño, está dicho todo. Fué un feliz acierto que lo que nos da timbres de grandeza imborrable, lo que con universal renombre se nos envidia, tenga también el rasgo genial de un arquitecto por casa, con la prodigalidad y el gusto de un buen Mecenas. Copudos árboles, amigos de varias generaciones, sienten en sus ramas inefables susurros, aleteos de algo eternal que refiere glorias que ni han muerto ni pueden morir mientras aquello exista. Vale un reino un Velázquez. Allí está su contrafigura de bronce, ante la portada central, con su rostro de hidalgo, de vigorosas facciones

típicas, cuya personalidad indeleble tiene puesto de preferencia en el mundo. Con hijos de esa catadura, célebre en todas las zonas, en todos los climas, España ha afirmado su imprescriptible derecho á la inmortalidad. En otra puerta, Goya repele hosco la pequeñez, y la trinidad augusta de pintores españoles, con el escudo invulnerable de sus paletas, donde se disolvió el iris, de fama hàrto más broncínea que sus esculturas, realzan los dinteles sagrados.

Ahora, después de dejar á la izquierda el palacio árabe, un anchurón se hace en la plaza de Cánovas del Castillo, en medio de la cual Neptuno desde su fuente rige dos corceles marinos y eleva al espacio raudales de agua. Mira á la Carrera de San Jerónimo, en que se ve los leones del Congreso de los Diputados en son de guardar las columnas del pórtico. Á existir entonces, recordara la mitológica deidad la pobreza de esos lugares, tan opulentos hoy, cuando entró la reina Doña Ana, y hubo que abrir paso y aun allanar el camino lejos de la villa. Á espaldas de Neptuno descuella el panorama de los Jerónimos, la Academia Española, hogar de la lengua de dioses, que dicen que dijo el emperador y rey Carlos, el Casón (Museo de Reproducciones Artísticas) con su columnata de piedra, delante de la cual se yergue la efigie de la napolitana María Cristina, que por hermosa ganó partidarios á la reina, y toda la decoración tiene por fondo último las alamedas del Retiro.

Estamos en el Salón. Las flores, con exquisito arte, en cuadros á que dan notas de lejanos países de fuego arbustos con pequeñez elegante de estufa, semejan explosión de llamas de matices fantásticos en los arabescos de un tapiz oriental. En la amplitud extraordinaria del antiguo respiradero de Madrid, del escenario de tanta

aventura, de poéticas veladas, resulta lo pasado embellecido por lo presente, y los jardineros, que diestramente cuidan la inmensa alfombra, parece que los quieren cubrir, como lugares de recuerdos benditos, con el más hermoso avatar de la transformación. La arena de los paseos cruje con el juego de los niños que revolotean, mariposas de aquel jardín, con sus airosos trajes, cuyos tonos alegres realzan las caras risueñas, el ardor de la vida, comparable cuando se quiera, allí mismo, con los brotes nuevos; y flores y niños, césped y árboles, en la tonalidad de cálidas tintas, palideces de virgen, cabrilleo estelar, agua de mares, brindan á los ojos fiesta de colores en espléndido marco. Preside Apolo, y nadie mejor, la fiesta, bello en la cúspide de su fuente, y de él se amparan los símbolos de las Cuatro Estaciones, vencedora como es del tiempo fugaz la poesía eterna.

El Obelisco del Dos de Mayo, cuyas zanjas abrieron, solicitando previamente ese honor, quinientos patriotas de todas las clases sociales, eleva á la diestra su aguja sobre las frondas. En el concurso abierto por el Ayuntamiento en 1822 obtuvo el premio D. Isidro Velázquez, cuyo modelo acabó de convertirse en realidad el año 1840. Las cuatro estatuas, que representan el Patriotismo, la Constancia, la Virtud y el Valor, son, como la demás obra de escultura, de Elías, Tomás, Medina y Pérez.

Allí todos los años, en la fecha del sacrificio, se da en el homenaje del Ayuntamiento una nota muy madrileña, cuya parte más saliente y popular es la contenida en esta descripción que la crítica, harto benévola con nuestra novela *Renacimiento,* hizo la merced de alabar singularmente: «Dos filas de tropa se extendían por la calle de Alcalá, y el sol que llenaba la hermosa vía, de apariencia europea, resaltaba el tono alegre de los edificios,

mucho más risueño á la sazón por las vistosas colgaduras de los balcones. El cielo semejaba una bóveda cristalina, y en la luz desbordada, triunfadora, sin la frescura de un soplo de aire, gesticulaban los rostros congestionados y se levantaba el rumor placentero característico de Madrid.

»En lo alto de la cuesta se distinguió los tricornios de la guardia civil avanzando pausadamente, y detrás largas hileras de personas del cortejo. Después agrupáronse los soldados, y tras las descargas del piquete de honor, comenzó el desfile.

»La multitud se escalonaba en la carrera, se amontonaba junto al Dos de Mayo, y sobre ella sobresalían racimos de chicuelos abrazados á los faroles y subidos á los árboles. Pasó el batallón de veteranos á los acordes de un pasodoble popular; desfiló un regimiento, y otro, y otros; luego retembló el piso al galopar de la caballería, se estremeció violentamente con las ruedas de los cañones, que cruzaban como un vértigo, y mientras se hizo el alarde y los rayos del sol en armas, cascos y galones, bordados y plumas, en sombrillas y atavíos femeniles, en hojas y flores encendían toda una gama resplandeciente, al murmullo del gentío, al vocear de los vendedores, se mezclaban los himnos de las charangas, el gritar estrepitoso de las cornetas, la algazara universal que desvanecía ideas de muerte al honrarse la memoria de los patriotas sacrificados.»

El paseo de coches, asfaltado costosamente hoy, por donde el desfile se verifica, no es ya, como cuando era casi único lugar de expansión, hasta después de bien mediado el siglo último, centro de animado y bullicioso concurso, como tampoco el paseo de á pie, cuyos corros de sillas inspiraron una de sus *Escenas matritenses* al

Curioso Parlante. El sitio frecuentado por literas y carrozas ha sido desbancado por otros; pero es una entrada de Madrid que ni escogida para impresionar muy gratamente á los viajeros.

El cenotafio de los héroes de la Independencia radica en el centro de una plaza semicircular, uno de cuyos lados llena la Bolsa, construcción moderna, planeada por el madrileño D. Enrique María Repullés, que contribuye dignamente al esplendor de lugares tan privilegiados, y al fondo se abre la calle de la Lealtad, de lo mejor que puede verse, hasta la Puerta de España, en el Retiro, muy decorativa, siendo su continuación, por dentro ya del Parque, el paseo de las Estatuas.

Á la izquierda del Salón del Prado, en buen trecho, una de las principales notas del brillante conjunto es, proyectada por los señores Sainz de la Lastra y Adaro, la mole del Banco de España, con su escalera, donde más que en la del Alcázar de Toledo, se sentiría emperador el César Carlos V, y que, conforme á la moda de los tiempos en los endiosados plutócratas de los negocios, es alarde más bien de potestad y riqueza que de estilo arquitectónico acrisolado. Se edifica enfrente la nueva Casa de Correos, en lugar de los llorados Jardines del Buen Retiro, de imborrable memoria en la vida madrileña, con fachada á la plaza de Castelar, donde campea la diosa Cibeles en su carro de leones y divierte su ocio perpetuo con los juegos del agua. Fueron Gutiérrez y Michel los ejecutores, como de las otras Mena y Álvarez (M.). Deslumbrador es este paraje, cruzado por la calle de Alcalá, cuya Puerta, triunfal arco hermoso, vese allá arriba, en la plaza de la Independencia, también sorprendente, y con edificios como el Banco, palacio de Murga ó Linares y Ministerio de la Guerra, con sus extensos jardines en rampa.

Toma allí el nombre de Recoletos, con calles, como en el Salón del Prado, para los tranvías y carros de transporte, calzada comodísima para otros vehículos, que se asfalta ahora, paseos y jardines para los transeuntes, multiplicadas filas de árboles y derroche de luz, tal vez por indiscreta no agradecida por el más consecuente abono de damas y galanes, que trasladan tertulias caseras ó del café á la sombra de los bosquecillos en las noches plácidas de verano. Llenan la grandiosidad de la vía casas palaciales, verdaderas residencias de próceres, como el Banco Hipotecario, antes del marqués de Salamanca, hombre emprendedor, de los que necesitan los pueblos, fundador del barrio que lleva su nombre, y sobre todo, en la misma línea de la derecha, el principal edificio de Biblioteca y Museos Nacionales, debido á los arquitectos Jareño y Ruiz de Salces, con su frontis majestuoso, sus estatuas de Cervantes, San Isidoro, Alfonso el Sabio, Luis Vives, Lope y Nebrija, y arquitectónica grandeza.

Otra plaza nos encontramos. Es la de Colón, cuya estatua, conmemoración perdurable de su centenario, á costa de los títulos de Castilla por Suñol hecha, señala rumbos desconocidos hoy en que se vuelve á leer en las columnas de Hércules el *Non plus ultra,* sobre altísimo pedestal de época, obra de Mélida, y que por su magnitud, causa de chistes, que abundan en el amable excepticismo superficial de la villa, cual aguijón de mosquito que escuece, pero no envenena, reviste más carácter de monumento. Cuando hablamos del boulevard ya dijimos que en esta plaza desembocan calles tan buenas como las de Génova y Goya, para los efectos del servicio público una misma, y que en ella existe la Casa de la Moneda, que hace frente á la señorial de los duques de Denia, con hermoso parque.

Otra vez, y última en nuestro paseo; tropezamos con cambio de nombre, que suena á lujo, que despierta deseos y es proverbial en cuestiones de opulencia y ostentación. No desmerece de su renombre, ciertamente, la Castellana, y quien la vea al atardecer, cuando el llamado gran mundo no veranea, si le falta costumbre, saldrá con mareos y deslumbrado. Entre hoteles con su jardín, cuya posesión se estima el colmo de las aspiraciones suntuarias en el lenguaje vulgar, y filas numerosas de árboles que limitan varios paseos, celébrase diariamente en el ocio del bienestar una suerte de parada en honor de la moda. Por los andenes laterales van los de á pie, los satélites de los que en trono de ruedas pasan deslumbrantes, los atormentados por fiebre moral, que á través de la máscara de cortesía arde en su mirada, los cuales, con locura de hidrópico, confundiéndose con lo que envidian, exacerban su achaque, y también privilegiados de la fortuna, para hacer ejercicio ó estar más cerca de sus prójimos y codearse con ellos, algunos, sobre todo algunas, con la prosopopeya de los dioses que se dignaban descender entre los mortales; y no faltan los que de recursos modestos, pertenecen, sin embargo, por su posición ó circunstancias á clases distinguidas de la sociedad, tienen nombre que *suena* ó forman en la antiquísima congregación de los capigorrones. Apellidos históricos, hijodalgos, ó que se desviven por parecerlo, figurines vivientes, sometidos voluntarios en su persona á etiqueta inflexible, constituyen legión, animando el cuadro los uniformes de jóvenes oficiales y soberbias *toilettes* que borrando la realidad, muchas veces triste, con resplandores de ilusión, envuelven el paseo en efluvios exquisitos de ricas hembras elegantes, de apariencia dichosa, que al hechizo de la mujer aña-

den la luz negra ó azul de sus ojos, pletórica de refinamientos.

El pausado ir y venir, natural en el que dispone del tiempo y le acibara con gotas de hastío, se entretiene con saludos, sonrisas, miradas codiciosas ó indiferentes y comentarios. Bajo el exterior impecable, pulquérrimo, y la entonada compostura, hay luchas de invisibles puñales, como hay también alegrías, amarguras devoradoras y horrendas inquietudes. La portada, que es la que en esas horas de asueto, so el patrocinio de la coqueta diosa Frivolidad, nos importa, no puede ser más halagüeña y hace pensar en un mundo aparte y mejor arreglado, sin la roña de la escasez. Ese aspecto de Madrid no se presenta sino en ciudades nobles, y podrán los advenedizos copiar el lujo, pero no su esencia inefable y sutil, la distinción, que le avalora y espiritualiza.

Los carruajes, que trillar suelen el paseo de coches del Retiro, vienen á concluir el día en la Castellana. No les preocupa la higiene, pasar el crepúsculo hiemal en la antigua cañada, pues hay que trazar aparte su esfera, y ya que la moda lo exige y á la moda rinden culto fanático, ha de tenerse á orgullo cualquier sacrificio por ella. En el arrecife se mezclan unos con otros los vehículos, se produce una confusión que no hay prisa alguna en deshacer. Como prueba del fausto de la sociedad madrileña se ha demostrado con estadísticas y comparaciones que hay proporcionalmente más carruajes que en el mismo París. No la igualan en eso las capitales extranjeras. Los caballos lustrosos, bien mantenidos, que van de paseo también y para quienes es leve pluma el peso de coches y jinetes, piafan y cabecean ufanos; el color de su pelo fino da reflejos tenues de azafrán, ámbar, azabache ó de cisne, á la luz clarísima

del otoño, de una imponderable dulzura, y también del invierno, en esos días de cristalina atmósfera en que el relente de la puesta del sol es caricia acre en la mujeril carne, perfumada y satisfecha, encanto de mimo lo que es sensación dolorosa para los indefensos. Las pieles de abrigo, sobre las que se rizan plumas brillantes ó se aprietan lazadas ricas en los sombreros imaginados por un hada loca, dosel de ascuas de ojos que consumen la hoguera del sol poniente, llevan al conjunto pinceladas de retrato principesco; los automóviles cruzan entre la indiferencia de los caballos, hechos al buen tono; se pasan revista una vez más los habitantes de ese mundo reducido, que han de estar siempre viéndose en el mismo dorado destierro; se cruza la última artillería de miradas; las postreras chispas solares se encienden aquí y allá en metales de arnés, en un charol, en una joya, refulgiendo en la penumbra discreta que sube; la esfinge de la noche avanza; los colores se difuminan; ya semejan las figuras bocetos; la paz rumorosa da un beso á los árboles y los aduerme; á solas cada uno consigo mismo, queda con sus afanes, y al trote, á la deshilada, los carruajes se van, se van, en la melancolía de las cosas, con los faroles encendidos, que á lo largo se ve correr como almas errantes.

En el emplazamiento del antiguo Obelisco, desmontado con intención de erigirle en lugar diferente, se trabaja para la colocación del monumento á Castelar; más arriba, en otra glorieta, hace años se erigió la estatua ecuestre del general Concha, marqués del Duero, y al final se eleva el grupo escultórico de Isabel la Católica, cuyo palafrén conducen el Gran Capitán y el cardenal Mendoza, obra artística del escultor barcelonés D. Manuel Oms, en recuerdo de la unidad nacional y el descu-

brimiento de las Américas. Este remate de la vía Apia de nuestro Madrid es digno de ella, pues por dichosa conjunción de elementos valiosos todo ha concurrido en su longitud de cuatro kilómetros (de 5.350 metros hasta el Manzanares, por el paseo de las Delicias) para que no tenga rival. Sobre una loma de escalonada vegetación está el Palacio de la Industria y las Artes, que planeó Torriente, á la derecha; cerrando el paseo extiéndese la explanada colosal del Hipódromo, por donde se proyecta abrir en seguida la prolongación hasta Chamartín de la Rosa, en un espacio de 3.420 metros, con lo que sumará un total de 8.770; y á la izquierda se alza el vasto Colegio de Sordomudos y Ciegos. Hasta perderse la mirada por las alturas próximas, la recrea la perspectiva de casas nuevas y elegantes.

Tal vez los distintos nombres de esa arteria magnificentísima desvíe de su conjunto la atención. Fijándola, tiene que producir el asombro de que hemos sido testigos en gente forastera, muy enamorada de su pueblo. La suma de bellezas allí juntas, no es posible mas que en muy contadas capitales, y no basta para ello reunir, aunque no es fácil, el dineral que suponen, pues no se vende la colaboración de los siglos ni el genio que las infundiera su alma. Puede hacerse un edificio como el Banco, que es notable, vaya por ejemplo, á fuerza de millones de pesetas (15 costó); pero no lograr solamente con oro la construcción del Museo de Pinturas, y mucho menos lo que custodia. El tiempo ha ido insensiblemente formando esa grandiosa comunicación urbana, con que hay, á fe, para envanecerse.

No obstan las quebraduras de su línea, que no es la rectitud condición esencial, ni la naturaleza la quiere, ni aquí podía ser para las necesidades que ha llenado



á través de los tiempos, ni su mucha extensión, poblada de árboles y jardines, permite que se note ni echarla de menos por los rectilíneos, y contribuye, en cambio, á la poética variedad. Puede rectificarse donde más interesa, en el arranque, expropiando por Trajineros, y es lástima que recientemente no se aprovechase mejor la ocasión, lo que constituye su lunar. Hace la variedad mayor el buen gusto, no premeditado, sino obra de un hada que debe de proteger el paseo, con que cada trozo de él presenta carácter y fisonomía distintos en la unidad del conjunto, como ha hecho ella también, sin duda, hermosa y buena, que la casualidad reúna en el Salón del Prado y sus perspectivas, para la armonía del todo, edificios y monumentos de sabor clásico y de construcción semejante, lo que reproducido artísticamente en bien de los privados de su contemplación personal, basta y sobra para la ejecutoria de Madrid.

Una avenida cuajada de vergeles, de palacios, de monumentos, de edificios públicos, de galas de fuentes insustituíbles, de recuerdos históricos, de tradiciones, de sublimidades, idealizada por nuestros ingenios, espléndida de luz, de modernismo, de suntuosidad, compendio de la vida, resumen de una gran urbe, do tienen templos maravillosos los intereses materiales y las satisfacciones del espíritu, revueltos con la complejidad humana, purificado todo por el arte, marca de los pueblos elegidos entre los del planeta; un camino así, madrileños, al que desembocan cuarenta y seis calles, muchas de encumbrada categoría, y lleva á diez plazas como las que allí hay, es camino de gloria.





XIV

En lo alto de la calle de Alcalá se arremolinan otra vez los coches que regresan de la Castellana. Tienen que pararse en el atolladero de tanto bullicio con que la amplia vía se congestiona apoplética. Los arcos voltaicos, con su fulgor de planeta muerto, en filas, trazan un camino estelar, de ensueño, fascinador, que, como para encadenarnos al mundo, hace abismo de sombras la altura é ilumina las casas con claridades discretas de muros egregios de un salón.

Bulle polvo tenue en los focos que hace presentir la respiración de un pecho robusto, cuyas palpitaciones plenas, desbordadas, exuberantes, se denuncian en el trajín del arroyo y el hormigueo del asfalto de las orillas, el trenzar y destrenzar de la gente que, sobre todo á la desembocadura de la Puerta del Sol, desvanece su personalidad por el amontonamiento, disipándose tonalidades rubias, morenas, con su gradación infinita, en una sola placa uniforme, borrosa.

Los ojos encandilados de los coches que suben y bajan, describen líneas modernistas inverosímiles, que rompen crudamente reverberos de tranvías y automóviles, cuyas bocinas ponen gritos de macho salvaje en la

sensual plenitud de voces, chasquidos, pregones, avisos ásperos de gente de tralla, desde el pescante, campanadas de los tranvías, confusión, baraúnda.

Los coches de lujo esperan mientras tanto cachazudamente que les toque la vez de avanzar por donde los lleva la costumbre. Saben sus poseedores que en la distribución del tiempo con que doran el ocio no ha de apuntàr el reloj gallardo, con su templete, de la Equitativa más hora para ellos sino la que le destinen. Respiran como en su elemento aquella atmósfera penetrante y aprisionan en sus retinas la imagen singular de Madrid, cuadro y ambiente que forman para el madrileño — y no lo es, dígase una vez por todas, sólo el natural de la villa — una segunda naturaleza, una implacable necesidad. De casinos y cafés, que brillan como ascuas y rebosan de parroquianos, salen bocanadas tibias, rumor placentero, comunicación de miradas y de saludos, y tal cual orquesta de ciegos pone humilde unas cuantas notas sentimentales en la algazara.

Cuando quiere la guardia municipal á caballo embocan los carruajes la calle de Sevilla, teniendo á su derecha el lado soberbio que componen los edificios de la Equitativa y el Banco Hispano-Americano, que vuelve ampulosamente á las Cuatro Calles, y enfilan la Carrera de San Jerónimo.

Sigue más lento, más pausado el desfile de aparatosa recepción. Allí, menos ancha la calle, sin tranvías, con su tono de elegancia y la luz que se cruza de vidriera á vidriera en la profusión de comercios, donde tanto ó más que la mercancía vale el modo de presentarla, se ve mejor, pueden las mujeres engreirse con la embriaguez de su prestigio y creerse todos en la intimidad agradable de una buena casa.

El tránsito de peatones y vehículos resulta difícil y muy fastidioso para los que inadvertidamente, si tienen prisa, cruzan la Carrera en horas de frivolidad, de matar el tiempo, de *hacer el oso* bastantes, como se dice por alusión al plantígrado del escudo de la villa. Especie de *alabarda,* hay allí cuerpo voluntario de piropeadores que deja caer lluvia de requiebros, convertida por algunos más toscos, de ingenio escaso ó menos distantes del hombre primitivo, en feroz granizada. Obstruyen las aceras con plantón de guardias muchos que parecen nacidos allí, no sin refunfuños de los mercaderes, cuyos escaparates son tentaciones donde chispean las piedras preciosas, dan reflejos próceres el oro y la plata, sonríen nácares y puntos de lentejuelas, como hoyuelos de frescas mejillas, en los abanicos abiertos, esplenden las sedas joyantes, disfraza la gula sus tonos cálidos de animalidad y ponen sed de calentura en ojos de concupiscencia con el éxtasis de lo superfluo, que viene á ser al fin y al cabo, entre las miserias humanas, lo que embellece nuestra vida.

La Puerta del Sol, como el mar, absorbe el río de opulencia que venimos siguiendo. Allí se ofrece en propio escenario la síntesis nacional en la síntesis madrileña quintaesenciada. Váyase á cualquier parte, ignoramos cómo, pero no hay otro remedio que pasar por la Puerta del Sol. Se la visita exprofeso, como á una amante, ó no se es madrileño de casta. En sus aceras, en sus farolas, hay conciliábulos permanentes. En el sitio más público que se puede concebir existen rincones, acotamientos de la costumbre, que son tertulias, que son casinos. Nada con más carácter, más original que la Puerta del Sol.

Edmundo d'Amicis, en su *España,* se hace lenguas

del céntro proverbial de Madrid. Embelesado, daba vueltas y vueltas por su recinto, y en verdad que recorrerle es un viaje en forma, con multitud de peripecias. Amicis, que es de los que saben mirar y es un artista, en su adolescencia soñadora y fecunda sintió la magia de Madrid, de donde no acertaba á marcharse, encantado, y eso que no conocía en la capital sino á su compatriota el rey D. Amadeo. Sintió, sí, muy profundamente la magia de la villa y supo comunicarla en su obra, á dos dedos de profesar como artículo de fe el silogismo famcso, que hace de la Puerta del Sol lo mejor de la tierra. Fué tan madrileño, que hasta se le pegó la hipérbole de los maeses cronistas, y pondera los cafés, donde puede maniobrar, dice, un escuadrón, y las aceras, donde cabe un pueblo, y la altura inconmensurable del surtidor de la fuente, en mal hora quitada, que utilizamos para refugio contra peligros de la circulación, lugar de espera ó como palco en días de revuelta popular, días hipnotizadores, y la cual sirvió con su taza anchurosa, en minuto sagrado de la verbena de San Juan, para galbanizar en los golfos, idealizados sin saberlo, remotas edades, litúrgicos ritos, que hacían, entre cháchara y arambeles, sacerdotales sus abluciones. Los rostros gesticulantes de la muchedumbre de la Puerta del Sol, la mezcolanza, la diversidad castiza, graban en Edmundo d'Amicis uno de los recuerdos más seductores del viaje que tan dulces memorias y tanto entusiasmo dejó perdurablemente en su alma.

Junto á los grupos estacionados, escollos que dividen y subdividen la inacabable corriente, grupos que á tenor del engrandecimiento de Madrid prolongan el mentidero de San Felipe, pasa toda la población fija y flotante de la noble villa del oso y el madroño. Las am-

plias losas mantienen antítesis vivas. Para cruzar de un lado á otro ó ciertas bocacalles hay que poseer la práctica de un marinero, el hábito de la ciudad, para no perder la cabeza en el laberinto de coches de todas clases y formas, particulares, de alquiler, de industria, carros, automóviles, tranvías, que no sosiegan, en fiebre de actividad, enredados unos en otros y con los transeuntes. Prueban estadísticas que es mucho mayor, proporcionalmente, el número de carruajes que atraviesan la Puerta del Sol en veinticuatro horas que los circulantes, también en un día, por los sitios más concurridos de París y Londres.

Otro tanto sucede con la gente de á pie. Menos por la configuración de la villa que por tendencia, allí concurren todos, y como tiene un gran vecindario Madrid, la Puerta del Sol es el punto más animado de España, desde luego, y sorprende aun á los que han visto multitudes inmensas, pues la de aquí tiene una incopiable animación que en vano en ciudades más populosas muchas veces se buscaría.

Resulta ya pequeña y un nuevo ensanche es de rigor. Aumentando las perspectivas y la amplitud, como la de calles adyacentes; exornándola é higienizándola con el desahogo que permitiría la reforma, la plaza no tendría rival. En su estado presente, por su aspecto y sus circunstancias, ya es seductora.

Desde sus bocacalles se ve las olas de gentío, que van á la Puerta del Sol ó regresan, bullir con desenvoltura y ruidosas, sorteando impávidas los carruajes bajo los focos de luz de comercios no interrumpidos, aprovechados ansiosamente los huecos de la planta baja y muchos de los pisos de arriba. Las tiendas, de buen gusto, lujosas, más que para el negocio parecen abiertas para que no

haya noche. Se puede, en largos trechos, leer un periódico, como quien pasea al sol. La calle de la Montera, comunicación principal con los barrios altos, y la de Carretas, con los bajos, son hervideros; la de Alcalá es invadida por compactas legiones; en la Carrera no se cabe, y por Espoz y Mina, Mayor, Arenal y Preciados, el flujo y reflujo, que agrava el estorbo de los plantones, forman peligrosos remolinos en las esquinas.

No se extrañe la sugestión de esta plaza ni su renombre. «*¡La Puerta del Sol!* — exclama Mesonero Romanos. — ¿Qué madrileño, decimos mal, qué español, aunque se halle en un extremo del reino ó en las más apartadas regiones del globo, no se siente interesado, conmovido, al recuerdo de este nombre; no se complace con la idea de visitar algún día este célebre sitio? Dos viajeros de nuestro país, encontrándose en los animados boulevares parisienses ó en las solitarias y ásperas cordilleras de los Andes, en las ruinas de Roma ó en las nebulosas márgenes del Támesis, ¿para dónde se darán cita después de sus lejanas expediciones ó en qué punto privilegiado de su patria desearán volverse á hallar? No hay que dudarlo: en la Puerta del Sol, en este centro vital de la corte de España, en este emporio de su moderna historia, de su civilización y de su poesía.»

No se achaque esa buena copia de la realidad á ser el autor madrileño. Extranjeras plumas han escrito más de la Puerta del Sol que nosotros mismos y con insuperable entusiasmo, y ahí están los himnos de Edmundo d'Amicis y *La Porte du Soleil,* de Roger de Beauvoir, en *cuatro volúmenes*. Es que hay que saber mirar, como decíamos, y entonces no extrañará, según afirmábamos, la seducción y la fama del sitio. Desde luego, tiene el valor imponderable de lo que está consagrado intensa-

mente por el hombre, por las tragedias de la historia y se une á la vida de una nación. Diariamente van superponiendo miles y miles de personas capas de una geología espiritual, con el supremo encanto de las cosas vividas, y la neblina que cierne en la atmósfera la aglomeración, donde se confunden tantos pensamientos y sensaciones, lobregueces y claridades, es la sutileza de un drama inmenso.

Sobre aquel edificio del Ministerio de la Gobernación, dentro del cual se ha tejido y teje la urdimbre oficial de nuestra existencia, centro de una red nerviosa que corre por todo el país y nos lleva, según sus determinaciones y funcionamiento, á la corriente progresiva, ó nos expele como despojos, la bandera de la patria ha flameado con la victoria ó se ha abatido con los desastres. Sus fuertes y vistosos colores, que cantan glorias y virilidad sobre el azul de los espacios, sobre este azul nuestro incomparable, atraen los ojos en todas las efemérides patrióticas y del mundo oficial. Se alza perenne la bandera sobre los conflictos sangrientos y las mudanzas de que ese edificio en sus varias destinaciones y la Puerta del Sol han sido teatro, como ésta á cada segundo del reloj del Ministerio, que al estrépito del caer de su bola, espectáculo popular, marca la plenitud del día, lo es de los más opuestos contrastes que la dan personalidad, categoría de ser vivo, aspecto de cosa animada.

Dejó la calumnia su persistente baba en la casa antigua de Correos. Sigue el público erre que erre, colgando al ingeniero francés Marquet, que la dirigió, el sambenito de que se le olvidó la escalera, cuyo primitivo emplazamiento se hubo de variar por disposiciones del conde de Aranda, empeñado con su entereza varonil en establecer una guardia en el edificio, con lo que inaugu-

ró su talento insigne la importancia social y estratégica que la Puerta del Sol había de tener. La obra de Carlos III, aunque no de las principales, resultó imponente y archimagnífica en medio de la pobreza del caserío. Todavía hoy, achicada por las modernas edificaciones, ya poca cosa para su objeto y miserable á su turno en el sitio que ocupa, se recomienda por la solidez, bien acreditada como reducto en batallas campales, donde más de una vez rodó por él empedrado de la plaza la artillería.

Las diez calles que desembocan en la Puerta del Sol en ella concentran y desde su recinto difunden la población de la villa hasta sus más remotos extremos, así como condensan la vida nacional y la reparten á los confines de la Península, pues de ese corazón de Madrid arrancan oficialmente las carreteras. Por su posición misma, resulta lo más íntimo, el cogollo, el santuario madrileño, protegido por todas las barriadas, que es menester cruzar para llegar á ella, donde se forma el remanso de sus corrientes. Y cuando hervían en los distritos y llegaban hoscas, su rechocar allí produjo las tempestades y revueltas que en larga serie la han agitado.

Cesó la Plaza Mayor de la monarquía absoluta de ser el centro de la villa, para trasladarse éste á la Puerta del Sol, identificada con el Madrid ya más capital española que corte, ungiéndola, como una predestinación, que la une á página memorable, con resonancia universal, la sangre del día 2 de Mayo, principio de un nuevo siglo también en el terreno de las ideas. La Puerta del Sol, que Juan López de Hoyos, además de lo del castillo famoso, no el que *aliviaba el miedo* al rey mauritano, sino el que se hizo en *aquellos alborotos* de las Comunidades, con un sol pintado sobre la puerta, dice que se

la llamó así porque, situada al Oriente, recibía las primeras luces diurnas, justificó el dicho, y durante cien años de contiendas homéricas en el país, fué la que irradió con todas las auroras. Podemos decir que en sus ámbitos ha amanecido más de una vez el sol del Derecho en España.

Se ha esparcido algo la vida madrileña y diversos puntos de reunión hay; no es el único ya y obligado la Puerta del Sol, mas su animación aumenta al crecer Madrid, sigue el centro absorbiendo la vida, multiplicando el valor de sus propiedades hasta lo increíble y el lujo de sus tiendas, sonadísimos y llenos sus cafés, que propenden á la entera conquista de la codiciada Puerta del Sol. La red de tranvías por ella ha de cruzar si ha de tener importancia absoluta una concesión, lo que transporta en masa á este punto los barrios extremos; de modo, que en vez de decaer, como creyera Fernández de los Ríos, con el crecimiento de la villa, y haber de consultarse ya la opinión, como supuso, en otros lugares, por ejemplo, en las plazuelas de Antón Martín y Santo Domingo, lo evidente es que sigue favorita de los madrileños, y los síntomas que motivaron esas observaciones, más semejantes á hipótesis que á realidad, han desaparecido completamente. Los citados puntos, que algún día tuvieron animación de centros de barrio y carácter, en las singularidades de un menor progreso municipal, como ha ocurrido á otros, ahora, con la mezcla que tiende á ir nivelando el aspecto social de la villa y la constante y fácil comunicación de los distritos, son ellos los perdidosos, mientras que la Puerta del Sol es cada vez más insuficiente para contener la vida que se la acumula. Tampoco Fernández de los Ríos acertó en achacársela — y es argumento á que se aferra — á la

topografía de Madrid, pues los ensanches de éste, que la han modificado y modifican de continuo, hasta ahora no disminuyen la congestión.

Ya lo hemos dicho: no se pasa por la Puerta del Sol únicamente porque haga falta hacerlo; al contrario, se va por ir, por verla, y su precio de afección, de tasa imposible, se apoya en algo muy profundo, indestructible, sacro, que no se impone y subyuga la voluntad. No acertamos á comprender tampoco lo que ganaríamos con quitar á la Puerta del Sol ese encanto suyo originalísimo. Todas las poblaciones cuentan con lugares predilectos adonde gusta ir, acervo común donde se confunden las clases, el vecindario, en verdadera comunidad de municipio, y es más, se nos figura que eso es muy conveniente y de precisión, en contra de exclusivismos de cuarteles de una ciudad, que los haga como forasteros rivales; de acordonamientos, según la Edad Media, entre vecinos y vecinos, origen de luchas de barrio á barrio, en que abundan las narraciones; entre jurisdicción y jurisdicción de una oligarquía feudal; entre cristianos y judíos, acuciados como perros rabiosos.

Desviación de la corriente por esas causas misteriosas á que obedecen los pueblos ó determinadas por nuevas necesidades, traerán tal vez otras modas en lo sucesivo; pero hoy por hoy, y como siempre tendrá importancia material, aparte de la otra inconmensurable, la Puerta del Sol pide reforma que contribuya á aumentar su hermosura. La tiene grande en la actualidad, mayor que plaza alguna madrileña, y eso que atendido sólo el continente, la fachada, las hay muy superiores, como la de Oriente, la mejor, y la de la Independencia, por no citar otras. Extrañará, por lo mismo, nuestra afirmación á los espíritus simples, enemigos de lo complejo, que

limitan toda cuestión á una ó muy pocas fases; mas los que entiendan la complicación de elementos que componen gracia y hermosura, los que examinen el interior de las cosas y las busquen el alma, la euritmia, poetas y obsérvadores no legos, y aun el buen sentido y la instintiva admiración de las muchedumbres, han de explicarse ó sentir cómo las plazas de la Independencia y de Oriente, magníficas, incomparablés con la Puerta del Sol, por debajo de ambas en unas vistas panorámicas, en hojas de un portfolio, atraen mucho menos y les falta bastante de lo poseído gallardamente por la plaza central de Madrid. ¿Para quién será más deseable la frialdad de una escultura perfecta que desdibujos de la mujer guapa? Poseen vías tales esto ó aquello y no lo tiene la Puerta del Sol, es verdad; pero hay en ésta cosas de que las demás carecen, ¿y por qué se ha de preferir cuanto la falta á cuanto la sobra, cuando lo suyo, lo propio, es imposible de comprar é imitarse, y lo de las otras es común á muchas y se puede más fácilmente reproducir?

Es la gente, es el bullicio, es la alegría; son las casas, con aire campechano de amigos cordiales; son los vehículos innúmeros, que trazan por obligación al cabo del día, para evitar tropiezos ó resbalando en los rieles, mil caprichosas figuras de *carrousell;* son gritos, en toda la escala, de multitud de *periodistas* y vendedores al menudeo que anuncian bagatelas, eso que pudiéramos llamar el artículo de Madrid; son luces de una luminaria gozosa; son mujeres de toda España en desfile sin par; son las calles resplandecientes y populosas; es el solazo, que vuelve en aquel asadero *tarumba;* son las nubes que impelen al abrigo suave del café, sucursal de la casa para el madrileño, círculo político por esencia, mien-

tras se pone buen semblante á mal tiempo y cae el agua con la placidez de la lluvia en el patio de viejo hogar, iluminándose fugaces sonrisas en la punta de las enaguas que mueve la soberana andadura de las madrileñas; es, sobre el asfalto, hervor de motín, que allí, por ley natural, ha de manifestarse, dando á la plaza un aspecto característico, de estruendo, de cólera, de *guasa*, en que acometedores y víctimas se atropellan entre chillidos y se estremece el aire con palpitaciones violentas del alma nacional y se aspira el vaho sangriento de los sacrificios en aquel suelo verificados; son las remembranzas innumerables; son los cortejos que vió pasar, dolorosos ó vencedores; son historias íntimas, en que cada cual puso cachos de su propio vivir; es todo, que si hay muchas plazas monumentales, no hay mas que una Puerta del Sol.





XV

La animación general de las calles de Madrid no es uno de los menores elementos de hermosura ni cosa tan fácil de encontrar en otras ciudades, aun entre las excelsas. Apuntamos ya cómo coopera á la singularidad de la Puerta del Sol el aspecto de las vías que en su recinto desembocan. No es tan ordinario encontrar una plaza donde concurren calles también llenas de vida, algunas como la de Alcalá, de 3.950 metros, y la de la Montera, en su bifurcación por las de Hortaleza y Fuencarral, hasta Tetuan, de cinco kilómetros. Otras plazas muy bellas ó permanecen casi siempre en la soledad ó dan acceso á solitarios caminos, y lo que ocurre en la Puerta del Sol, para justificación de su fama, es muy poco frecuente.

De cualquier extremo de Madrid que se acuda, siempre es un espectáculo pintoresco y animadísimo; á medida que se aproxima uno al centro va aumentando la grandiosidad de la escena, hasta llegar á su ápice el interés en la Puerta del Sol. Bien se justifica por ello lo que hemos dicho de que es al presente como el sagrario de la villa, envuelto en resplandores, profusamente en-

riquecido con el cúmulo posible de nobles objetos. Conforme se adelanta en un palacio, en un monumento cualquiera, al sitio de honor, se va descubriendo en las cosas mayor decoro.

Es una ventaja para reformas ulteriores la comunicación fácil relativamente del centro á los puntos más remotos de la periferia. Y es sorprendente la vida mercantil é industrial, aglomerada no ya sólo en las arterias principales, sino en casi toda la villa. Por calles y calles de todos los distritos y barrios hay tiendas, sin solución de continuidad, asombrando á muchos. Es éste un aspecto de Madrid desconocido por la leyenda negra, califiquémosla de ese modo, que habremos de recoger á su tiempo debidamente.

La sobra de vitalidad baña de risa la atrayente fisonomía de Madrid. Hay grandezas melancólicas, austeridades taciturnas, desolaciones de viudez. Es poesía de panteón la de ciertas suntuosidades urbanas, en el silencio del abandono, y parece más frío el mármol de las sepulturas. Describe Zola en *Roma* la tristeza de barrios en ruinas antes de concluirse las edificaciones. Hubo como fiebre de construcción al instalarse la capital de la nueva Italia, deseosos de hacer de la llamada Ciudad Eterna, ahuyentando su espíritu con el estrépito del moderno vivir, una colosal urbe de nuestros días. Y la que guarda contra la carcoma de los siglos y la inconsciencia de los hombres, equivalente al manso furor de los niños para destruir, piedras centenarias que encajó un pueblo cíclope y concreciones de una fe en la majestuosa plaza de San Pedro, imagen que viene á propósito de modelos contrarios á nuestra Puerta del Sol, no pudo consentir siquiera la terminación de flamantes barriadas, cual si manos invisibles, paralizando los trabajos,

decretasen para irrisión de fantasmagorías el derrumbamiento.

Otra vez, volviendo á lo dicho en capítulos anteriores, podríamos insistir en que no basta la protección oficial para el engrandecimiento de un pueblo y su efectiva supremacía, autorizándonos con ese ejemplo de Roma, inferior como urbe moderna á bastantes ciudades de Italia, y que Madrid tiene *algo dentro*, cuando ha crecido estupendamente en sus condiciones. Para no tener nada de tétrico, de vejestorio y que no haya paraje romántico donde arraigar hierbas parásitas, no solamente no le ha pasado lo que á Roma, sino que en la actualidad no cabe la población en sus muros, crece más aprisa que el desarrollo material, y está, más que lleno, repleto.

En tierras de Castilla se asienta, por las Comunidades tomó las armas, por el espíritu democrático del viejo y bendito hogar se ha declarado siempre. Como sol de vida alumbra entre sombras, como ideal guía á la caravana fatigada á la tierra de promisión, y como progresivo, en medio del estancamiento de antigüedades y energías petrificadas con el terruño, engendra ilusiones. El despertar de la raza hermosa de Castilla, á que llaman voces potentes, hallará aquí templo para sus virtudes, y en las artes prolíficas de la paz empleado el acero de la castellana contextura, que la naturaleza forjó implacable en bigornia de héroes y semidioses, puede hacer en el espíritu humano la reconquista de la patria.

Hay que pensar algo en lo propio y amar á la villa, que sin ese sentimiento nada podríamos hacer. Muy recomendable es y plausible y motivo de orgullo el españolismo, el genio abierto de Madrid, y que en su suelo las dos principales corrientes que con su abrazo formaron la nacionalidad, Aragón y Castilla, sublimes se con-

fundan, produciendo el tipo español representativo; pero no todo lo nuestro es bueno, y se impone para muchas cosas un trabajo de selección en cuya virtud ponemos la esperanza desde que en ello se labora con patrióticos anhelos para regenerarnos.

Una de las manifestaciones malas del hispanismo madrileño es el desdén por lo propio, la indiferencia por lo que se posee, el carecer de orgullo local. Así como todo lo de España es malo para los españoles, en Madrid todo se vuelve defectos, según no pocos *gatos*. Se dice esto frívolamente, sin pensar, sin acrimonia, á guisa de despreocupación, sin que impida suspirar por Madrid en la ausencia y aunque aproveche á la malicia de los rencorosos. Si alguien habla mal de España es un español, viene á decir el epigrama tan conocido, aplicable como anillo al dedo á la capital. Siempre estamos con quejas, sin caer en que nos quejamos mucho de vicio. Se da el caso también, y esto es frecuente en grandes ciudades, de no salir nunca algunos de limitado círculo y ser extraños al resto de la población, que es casi toda. Pues los que no traspasan las cortas fronteras que se han medido llegan á creer que no hay más allá y desconocen de hecho á Madrid.

Las cuestiones municipales no son otra cosa para muchos que motivo, no de estudios y discusiones razonadas, como su trascendental interés requiere, sino de chismes y cuchufletas. Madrileños hay que ni siquiera han visto lo que no deja de ver el forastero que pasa unos días en Madrid, y hasta grandezas que vienen á contemplar expresamente desde todas las partes del mundo, como el Museo de Pinturas, aunque parezca mentira, no es temerario apostar que no ha sido visitado por todos. ¡Cuántos de los que fueron alguna vez no han repetido la visi-

ta! Y son esos los que más dicen que aquí no hay nada.

Pues, sí, hay mucho. Conviene, dada la fuerza del hábito que inconscientemente nos lleva á repetir la misma cosa y á discernirla por economía cerebral como principio dogmático, encauzar la falsa corriente que hasta en letras de molde pone á Madrid como no digan dueñas. Entre los desesperados de ocasión y los madrileños naturales y adoptivos, que no son éstos los menos fanáticos, chapados á la antigua, ciegos por su capital, preferimos los últimos. Hay en la actitud esa algo de *posse* de gran señor que afecta no saber lo que tiene; pero es lo malo que también se los imita en el descuido de la administración, peligroso derrumbadero.

No obstante las voces airadas, virulentas, menospreciadoras, aun de los que habiendo ganado aquí sobresaliente posición sin haber traído en el equipaje sino esperanzas, en vez de aplicar su poder al mejoramiento de la villa han hecho de ella, como del país, mangas y capirotes, es cada vez más irresistible para los provincianos su canto de sirena. Y las cualidades que hemos enaltecido siguen modelando, haciendo *suyos* á los españoles.

La simpatía de esta población singular que es europea y se distingue, para deleitación del turista, de las demás grandes capitales, con la gracia de una madrileña vestida á la última moda entre las mujeres de *extranjis;* que es en medio de su grandeza, familiar, atrae multitud de extranjeros en inmigración cada vez más creciente, á pesar de que nadie se preocupa de fomentarla. Hay de sobra elementos para honrar á unas cuantas poblaciones y hacerlas dignas de la visita, aparte del conjuro de esas seis letras, Madrid, evocadoras de una España que como ingente mole vista de lejos, entre nebulosidades

de lo que fué, no aparece de claros perfiles y cada cual sueña sus leyendas y sus abismos.

Hay, al contrario, y es en ellas mal incurable, poblaciones que no logran originalidad que las haga especiales, por mucha que sea su riqueza y sus adelantos, como hay sinnúmero de hombres, siquiera se entreguen cual maniquíes á un sastre de moda, que no pueden escapar de ser vulgo, salir del montón. Son ciudades burguesas que con una que se visite se ha visto las demás, como fabricación de objetos artísticos á medida, uniformes. Las que constituyen para las almas privilegiadas por la poesía frescos oasis de ilusión, donde se apetece el descanso, cuyos nombres todos sabemos y están en las Guías y en libros de viajes, constantemente visitadas por gusto, son otras.

Un día de sol en Madrid, de gran gala, y son muchos, no es comparable á cosa alguna. Á ver, ¿con qué oro le podremos comprar? Los potentados de los países de niebla no tienen para ello caudales. El oro es frío, no como ese en fusión que en pleno invierno calienta la sangre y hace charlotear á los pájaros y engaña á los árboles con la ilusión de que durmieron demasiado y los ha sorprendido la primavera. Madrid aparece bajo el fanal purísimo de una estufa y realiza ante la Sierra, cuajada de nieve, como armiño de un manto imperial, la visión de los zares, que sombrean artificialmente con palmeras sus sepulcros de hielo, y el espejismo de los postrados por fiebre de consunción, que tiritan entre las llamas de su lucidez oriental.

Coquetea la villa con los enamorados de la luz, en ella triunfante, que son todos los que temen la muerte, más que por otra cosa, por creerla noche obscura, sin alba. Mantilla de madroños, joyeles y rasos visten su cielo y

su sol á la capital, y entre repiqueteos como besos enciéndese la gama de colores de Goya para una colosal pandereta, con despilfarro de jocundos matices y púrpura de alegres zambras hasta en la sangre, pues la lumbre del patriotismo de los héroes se enciende en el sol.

Yendo por el camino más corto desde el centro, por la calle del Arenal adelante, donde enorme trajín se produce, en deslumbrador río de fausto, exclusivo de las primeras capitales, las noches de moda del Real, demos una vuelta por la plaza de Oriente. Detengámonos ante el gran teatro de la Ópera, mucho más hermoso por dentro que por fuera, pues aunque es aceptable la fachada de la plaza de Isabel II, no hubo acierto por la de Oriente, que es de piedra y se edificó no ha muchos años, para traducir el soberbio interior y no desentonar con la plaza, y detengámonos para que la fantasía nos acaricie con sus alas de pluma. Dentro, donde el aire parece vibrar siempre con suprema armonía, sentimos la sensación de lo sobrenatural á virtud del genio de los maestros, á quienes se ha revelado su ritmo por la naturaleza. La voz toma allí modulaciones seráficas y ennoblece tanto la pasión, que la transporta á mundos mejores, y el divino arte eleva unos momentos al auditorio, como en suspensión sobre el barro humano. Todo es distinguido en la escena y el salón esplendente, donde tocados gentiles realzan la hermosura, refulgen en la piel fina irisaciones temblantes de joyas, y en el patio y en el *foyer* las cabezas desnudas de las damas con su corona de cabellos, la mejor diadema, tejida con arte, enredan tercamente miradas, que con su magnetismo parecen inflamar en destellos el aire embriagador. En funciones de gala se condensan vanidades de siglos en luminosas concreciones y aristocracias y el relumbrón

del mundo oficial provocan adormecimientos como vapores de opio, que ofrecen á los ojos de los espectadores inacabable, resplandeciente orgía. Privilegiado es el público del Real, siquiera porque goza de un espectáculo sólo posible muchos días y con decoro, por los elementos que requiere, en agrupaciones culminantes de la humanidad, donde el culto á la música mide los grados de refinamiento de una civilización.

La plaza de Oriente es de lo más sugestivo que se puede ver. Conviene en estas perspectivas y apreciaciones distinguir el conjunto de los detalles. La impresión exacta, verdadera, justa, no la da la minucia, el análisis cominero, ni esa es labor de artista ni de hombre con mediano sentido ni la que engendra las emociones hondas. Para conocer y sentir la montaña no es camino cerrar los ojos á su grandiosidad y ponerse á hacer el inventario de sus valles, de sus ventisqueros, de sus lagos, de sus aldeas, y con criterio inflexible de dómine ir desmenuzando sus faltas. Para entererarse de un sitio público no es menester contar el número de adoquines, y aun nos parece que no por turista pasaría el que tal hiciera, sino por picapedrero. Analizando mucho, y ya recomendó lo contrario Bartrina para ser feliz, no hay manera de ver nada grato. Los que sufren esa desgracia siempre hallarán para fomentarla qué criticar. Si no es la materia, será el fondo, y ¡ay del que cale demasiado! Si no es el continente, será el contenido ó la calidad de la materia, y, en último término, siempre hay el recurso místico de imaginarse en plena lozanía de una mujer el aspecto de la corrupción de la muerte. Este criterio falso, enfermizo, que impide gozar la hermosura inmutable y serena de la naturaleza, siempre sublime á nuestros sentidos y á la razón, es, decíamos, una cala-

midad, y la mentamos á propósito de la plaza de Oriente, pero con aplicación á todos los casos.

La inmensa plaza tiene tres jardines, 41 estatuas, la Ópera, grandes edificios particulares, y en todo un lado, el palacio real. Las efigies graníticas de los reyes, colocadas antes sobre el alcázar, como hechas para altura mucho mayor, conforme á reglas que dieron á Fidias la victoria sobre sus rivales en el concurso de la estatua de Minerva para corona del Partenón, ofrecen tosquedad é incorrectas líneas de esbozo al que se arrima á examinarlas; pero, además de tener en cuenta, como es debido, la armonía total de las cosas y elementos de la impresión estética, muy variados, de orden material y espiritual, cuyo desarrollo no encaja en estas líneas, que hacen objetos antiartísticos á veces alma del paisaje y á lo feo por sí, fuera de lugar, de un encanto indefinible en él; como no se le ocurriría á nadie, culto de veras, por sujeción á cánones de gusto moderno, remover como un estorbo en sus países las monstruosas creaciones de Egipto y la India, y, al revés, á poco temperamento soñador de que se disfrute, asombran con su grandeza y arrullan el alma en fértiles meditaciones con su poesía, de análogo modo las esculturas de esa plaza monumental, y más no siendo mamarrachos, viéndolas, como es de rigor, á distancia, para abarcar la anchurosa planicie, gozando de su perspectiva, contribuyen con sus mutilaciones y vestigios de inclemencias á dar al conjunto una admirable originalidad. En los pueblos, como en las familias, hay cosas con un valor moral insustituible, que de las deformes y nimias hacen poemas. La vulgar puerta de Monteleón ¿con qué se sustituye en la plaza del Dos de Mayo?

Para ser la de Oriente una de las principales de Euro-

pa le bastaría el monumento central. Velázquez colaboró con Pedro Tacca para dar vida eterna al prodigio. Los inteligentes se pasman ante los problemas que hubo de resolverse, á lo que se dice contribuyó Galileo, antes de que el soplo creador del artista animase el bronce y produjera la famosa escultura. El pincel de Velázquez, diseñando caballo y jinete, halló en el cerebro del artífice florentino uno de los puntos de luz de esa vía láctea que el cielo de Italia engendra prolíficamente sin descansar.

El endiosamiento de un hombre, ordenando en vida su propia glorificación, fué origen de esa estatua ecuestre de Felipe IV, en equilibrio inestable como su monarquía, con la diferencia de haber consolidado el genio esta obra. La frivolidad del monarca parece tener su representación en el encaje primoroso que flota ingrávido. Se marcha sobre su arrogante bridón el caballero que no riñó más batallas que torneos de galantería, y se va á escape, cual si en lo hondo de su conciencia oyese el crujido del desquiciamiento, grupas al Alcázar, que no es el suyo, que no le conoce. Pero no se va. Siguen los niños, que alborotan el jardín, con sus corros y sus cantares alrededor de ese caballo simbólico de tragedia, más que el de Troya, cuyo vientre no sólo es sepultura de pajarillos, según endechó el madrileño Hartzembusch. El endiosado sufre en el bronce, que por eso no necesita sentir la cólera épica de Víctor Hugo, ser el *Ecce Homo* de una consunta dinastía. Cuando cierran las verjas, en la soledad de la noche, se aparece como rey encantado que vanamente se quiere sustraer al tormento de su contrafigura y desmoronarse en el polvo informe del Escorial.

Guardan el monumento cuatro leones broncíneos y

cantan la gloria de artistas y sabios dos fuentes. También, y al propio tiempo, como significación de la inagotable vena del ingenio humano y de su fecundidad, dos ríos alegóricos, obra como los leones de Francisco Elías y José Tomás, vierten de sus ánforas cascadas parlantes que gotean de las conchas en los pilones amplísimos de los costados. Es una bendición ese monumento y la plaza entera, preparada por Bonaparte y cuyo adorno se dispuso por prestigios como Argüelles y D. Martín de los Heros, secundados por los ingenieros civiles D. Juan de Ribera, D. Juan Merlo y D. Fernando Gutiérréz. Copia de energías y de talentos se aplicaron á la creación y ornato de esa colosal vía pública donde sobre los cuarenta pedestales del círculo de la glorieta de en medio y el central, digno de la maravilla que sostiene, se evoca el pasado entre rumores de profusa arboleda y delicias de jardín exquisito, con gorjeos infantiles y rayos de sol en competencia y mucha decoración de Versalles cuando tal vez la cruza la corte con el armatoste de sus carrozas, que valen un tesoro, sus bordados áureos y sus casacas fuertemente polícromas.





XVI

Vamos á ese deleitoso balcón de la contigua plaza de Palacio, cruzando la calle de Bailén. Esta es una vía de importancia extrema por ser hoy la primera comunicación entre el centro, la estación del Norte y el barrio de Argüelles, que envuelve el encanto de sus calles en paz burguesa, de familia bien acomodada y á quien el derribo medio hecho del cuartel de San Gil favorece sobremanera. Esta calle, que tiene ya atractivos de primer orden, por pasar entre Palacio y la plaza de Oriente, bordear la de la Armería (á la que es lástima prive el yerro de hacer en semejante sitio una catedral que no se acaba nunca, del balcón que en una ú otra forma se ha pensado muchas veces), unirse con la calle Mayor, formar parte de su trayecto el soberbio viaducto y concluir ante San Francisco, sería bellísima si se prolongase, higienizando barrios viejos, se completara los derribos frente á la plaza de la Armería, para la alineación, y se hiciese los del Ministerio de Marina y las Caballerizas, que desahogándola, por donde más importa al tráfico, mayor cuando, sin el estorbo del cuartel casi derruído, la plaza de San Marcial la una con las calles de Mendizábal y Quintana,

acabarían de dar á Madrid por aquel lado una entrada asombrosa, permitiendo el ensanche del paseo de San Vicente y la vista de la fachada más monumental de Palacio, con jardines nuevos, reforma en que se debe interesar el Patrimonio, como complemento de las obras de ornato realizadas á cuenta suya, en beneficio también del Alcázar.

Con la inconsciencia de costumbre se habla de los alrededores de Madrid. Los tiene muy malos, por desidia y pereza, mas los tiene también muy buenos, y si es justo execrar los marroquíes, lo es asimismo deleitarse con la amenidad de los otros. La cantidad de arbolado es ya enorme, y basta para cerciorarse dejar un rato la Puerta del Sol y la calle de Alcalá y darse un paseíto hacia el Norte, y mejor aún tomar el tren como observatorio, no á ciegas, hasta Pozuelo. Asomaos, siquiera, al mirador de esta plaza ó al de Rosales. Esa replantación sobre lo que existió siempre del patrimonio de la Corona la han notado ya, con un palmo de boca abierta, lugareños de la provincia, que á lo mejor descubren á los vecinos de Madrid eso de que no se habían percatado.

No hay árboles sólo por esa parte, claro es, sino muchos miles por doquiera, en paseos y jardines públicos. Á no ser por las circunstancias á que aludiremos en este mismo capítulo más adelante, fuera imposible emplear en ese fin tan gran número de hectáreas de tierra, pues al tener aplicación á la agricultura ú otros oficios, dividida su propiedad, creados intereses respetables por infinidad de familias, el coste de la expropiación hiciera descabellado cualquier propósito de intentarla. De ahí la muralla de la China donde tropiezan otros, que han de contentarse con parques reducidos, tras de mucho trabajo. Con la transformación que indicaríamos al tra-

tar de reformas, mucho de lo que ha faltado se recobrará y con creces, que no pasan los tiempos en balde; mas hoy mismo goza Madrid de paisajes encantadores.

La sierra de Guadarrama, que si por el abandono de siglos tiene á su cargo muchas víctimas, también presta condiciones especiales de salubridad á Madrid, puede ser, y va siéndolo ya, un sanatorio y lugar de expansión. Con este asunto puede llenarse muchas páginas, pero baste ahora con indicar la significación pintoresca de la sierra, á cuya falda se estableció la corte. Para un cuadro que se compone en primer término de masas de vegetación en la Flórida, la Casa de Campo y la Moncloa, por entre las que reluce la plata del río, y más allá, de boscajes de leguas, siempre es un admirable fondo la cordillera que sirve al sol como custodia de líneas puras, en los instantes religiosos de mudez extática de la naturaleza en que se expone de manifiesto á la adoración, Sacramento inmutable entre resplandores. Cuando la velan nubes, tampoco se aparece siniestra en el horizonte, sino con vaguedad azul de balada, y en los días claros de invierno, más, con su nieve sin mácula entre la diafanidad de la atmósfera y una luz tibia que hace cosquilleos de savia nueva.

Ese río bucólico hasta que le arrojan detritus de la ciudad, corre bajo fábricas de puentes soberbios, cual pocos de los más encumbrados, no por él, sino por consideración á Madrid, aunque el buen Manzanares, á semejanza del modesto trabajador, puede prestar servicios inexcusables y señalados. Bastaría para creer en ello la unanimidad de pareceres á través de tantas vicisitudes y la especie de idea fija, que vuelve cuando se antoja más olvidada, sobre los futuros destinos del riachuelo, anhelosos, en bien común, de subir su categoría. El

puente de San Fernando, cerca de la Puerta de Hierro, á una legua de Madrid, es una construcción de piedra muy recomendable. Después, curso abajo, le cruza el ferrocarril del Norte por un buen puente de ladrillo. El puente del Rey, también de piedra, es sencillo, y Fernando VII le mandó labrar para unir Palacio con la Casa de Campo, convertida así en más dependencia suya, por el túnel que se abrió por orden de José Bonaparte y que da salida al jardín real por debajo del camino de la Virgen del Puerto. Sigue el de Segovia, fabricado en el reinado de Felipe II bajo los planes del famoso Juan de Herrera. Está sobre el río, á la salida de la puerta de Segovia. Es de sillería y hecho con gran suntuosidad, aunque en el día no podemos ya conocer toda su belleza por haber perdido su proporción y hermosura á causa de las arenas del río, que, aglomerándose junto á él, le han cubierto hasta más arriba de la imposta, con lo que se ha justificado el pensamiento de hacer tan gran puente para tan pequeño río, pues á ser menor ya tal vez se hubiera inutilizado. Consta de nueve arcos, con las manguardias correspondientes, y un dique alto para igualar el piso en la distancia que hay desde la puerta al puente. Tiene de largo 696 pies y 31 de ancho.

Sobre el puente de Toledo expresa también lo que sigue el mismo cronista de Madrid en el siglo pasado: «Aunque antiguamente existía en este mismo sitio otro puente de cuya forma arquitectónica no tenemos noticia, el cual debió ser reconstruído por los años de 1682, según un largo informe de la villa de Madrid que se inserta en la *Noticia de la arquitectura española*, de los señores Llaguno y Ceán, debió desaparecer del todo para dar lugar al nuevo, que es el que hoy existe, construído, á lo que parece, por los años de 1735, siendo corregidor

el marqués de Vadillo, época célebre en esta villa por las muchas obras que en ella se realizaron, si bien con la desgracia de haber sido dirigidas por el mal gusto de los arquitectos Ribera, Churriguera y sus imitadores. Sin embargo, la importancia y solidez de esta obra no merece pasarla en silencio. Compónese este puente de nueve ojos, y sus pilares y arcos tienen grandeza y regularidad y están exentos de los extravíos del ingenio que le condujo; no así los remates de los pasamanos ó antepechos, las torrecillas que hay á la entrada y á la salida, los pabellones de en medio, en que están colocadas las efigies de San Isidro y Santa María de la Cabeza, en todo lo cual campea á su sabor aquella pueril decoración gótico-plateresca que ha quedado sancionada con el nombre de su apóstol Churriguera. No obstante, el gusto varía á cada momento en las bellas artes, y camino las vemos llevar en el día de alabar con entusiasmo muy en breve lo que hace medio siglo mereció la indignación de los críticos. Por eso somos de parecer de que deben respetarse los monumentos artísticos, que sirven como el presente á la exposición de la historia del arte en sus diferentes períodos. Hablamos de aquéllos en que en medio del extravío de la imaginación se descubre alguna centella de genio, alguna originalidad en el artista, á los cuales, sin duda, daríamos la preferencia sobre la multitud de remedos prosaicos de que en el día nos vemos inundados (se escribió esto el año 1844) por la turba de raquíticos copistas.»

Fernández de los Ríos, en su *Guía de Madrid*, completa la descripción de ese puente de sillares de granito y arcos de 40 pies de luz y 45 de elevación y anchura de 36, con la glorieta que le sirve de ingreso: «Está adornada esta plaza con dos obeliscos de granito; cons-

tan de un zócalo en que sientan dos cuerpos salientes, sobre los cuales se levanta en el centro un pedestal que recibe una aguja con cuatro bolas de metal; formando semicírculo hay seis estatuas de la colección hecha para Palacio; estas seis están mejor concluídas que las de la plaza de Oriente, y son de una pieza; dos cuerpos menores que los indicados obeliscos, pero en relación con ellos por la forma, terminan en los extremos esta plaza semicircular; sobre ellos hubo pensamiento de colocar un león. En unas excavaciones que se hicieron junto al puente se encontraron muchas petrificaciones de huesos de elefantes, señaladamente dos colmillos enteros, uno de más de una vara, otro de media y diversos dientes de un animal no conocido; hubo quien explicó la presencia de tales seres en climas tan apartados de sus habituales moradas hoy, formando la conjetura de que el ejército de Aníbal los propagara por esta parte del globo.»

Los que se han descrismado sobre los orígenes fabulosos de su Madrid no podían adivinar que los progresos de la ciencia vinieran á hacer juegos de niños sus divagaciones y á dar al solar patrio una antigüedad mucho más respetable. Sobre esto nos detendríamos si no hubiéramos dicho ya con repetición lo que interesan para nuestro objeto tales cuestiones, y siguiendo con el río, añadiremos que, para los de á pie, hay puentecillos de madera, que le cruzan otras dos líneas de ferrocarril, y que actualmente, á estilo moderno, como una demostración más de floreciente industria, se construye, al fin del Paseo de las Delicias, el puente de hierro de la Princesa, de verdadera necesidad para el tráfico de la carretera de Andalucía, que empalmará con el Prado y la Castellana, y de mucho interés para toda la zona Sur.

Bien distinguimos las plantaciones de la Moncloa, á cuya entrada, yendo por la calle de la Princesa, teníamos recientemente que pasar junto al grupo escultórico de Daoíz y Velarde, unidos en el mármol y en la imaginación como hermanos siameses del patriotismo, á los que vimos prestar su juramento en actitud convencional de tragedia clásica que Solá, su autor, les ha dado, en la entonces Ronda polvorosa y desierta, no distante del *Quemadero* horrible, olvidado en la transformación de un trozo hermoso de la urbe en calle de Carranza, y llevados de ceca en meca increíblemente, como si ya no encontrasen hospitalidad en la Muy Heroica, sin que siquiera una inscripción en el pedestal recuerde sus nombres, descuido inverosímil que es de esperar se subsane en cuanto se note. Decíamos que era necesario pasar al lado de ellos, porque ya no lo es, pudiendo, si así nos conviene, atraídos por sus amenidades, entrar por el Parque del Oeste y salir luego á la Moncloa.

Tiene la capital supremacía privilegiada en parques y arboledas dilatadísimas para su esparcimiento. ¡Qué cosa tan rara—¿no es verdad?—para los que creen no haber aquí donde tomar el aire! Como nadie tiene la culpa de que limiten sus horizontes á la mesa del café ó á la tertulia de sus amigos, ó á un ámbito urbano de pocos centenares de metros, desde la Puerta del Sol, donde radique el teatro favorito por horas; como también somos irresponsables de que no se *hagan cargo*, ni cuando pasean por lugares que causan la envidia de los que no los tienen y se recuerdan melancólicamente, pueden darlos un poco de *coba fina* del país los muchos miles de vecinos que gozan de su privilegio á satisfacción.

La inmensidad de poblaciones, con sólo unas pocas plantas entre las cuales poder andar unos cuantos pasos,

y ni aun ese raquítico paseo disfrutan muchas, son las más aptas para apreciarle. Madrid cuenta con magníficos paseos de recreación é higiene. Hay que salir de España, donde ninguna población puede, ni remotamente, sostener la competencia y comparar con las primeras capitales. Y así como suena: á pocas les será posible la rivalidad.

Es preciso un cúmulo de circunstancias de excepción para ese resultado. El cerco puesto á Madrid por una administración desastrosa y el afán absorbente, exclusivista, de aquella edad, multiplicando los Sitios Reales, al nacer Madrid á la vida nueva, como en un desquite algo desaprovechado y no sin gastar sumas considerables de su peculio, se encontró con superficies inmensas disponibles para recreo.

La villa señoril tiene posesiones de encumbrado magnate. Muy difícil es que posea una ciudad, ya intramuros, un parque como el antiguo Buen Retiro, hoy de Madrid, en el que éste ha gastado buena porción de su patrimonio. Al otro lado de la capital, hasta el Guadarrama, en una zona de anchura de leguas, no existen sino propiedades públicas de la Villa ó del Estado, y aun á las acotadas para la Corona hay acceso, constituyendo todas un conjunto de muy deliciosa variedad.

El Parque del Oeste, al primer término de ese panorama y todavía en formación, ya es un encanto. La mole sombría de la Cárcel Modelo, con sus cinco naves de ladrillos, tapa su basurero moral, su depauperación de miseria, que es la encarnación moderna del diablo, con las frondosidades del parque y sobre los vertederos de antaño se extiende el césped de las praderas y el perenne verdor de los pinos jóvenes. Es el eterno símbolo de la inmortal naturaleza, renovándose por el amor,

haciendo nacer del estercolero y la primavera á Flora gentil, con exuberancias de capullo bien soleado. Las quebraduras del terreno multiplican las perspectivas con horizontes donde se dilata la vista para perderse en la infinidad, entre vaguedades de los picos de la sierra que parecen dintel de la vida soñada, sin término, sin dolores, sin ligaduras y melodiosa. En la paz del aire bañado de sol, como piélago sosegado en que nunca se llega al fin, se siente, con la despreocupación del ser por lo que á la vida cotidiana le une, volando libre, una especie de desleimiento sensual de baño romano en la universal dulzura. Ayuda á ello el espectáculo que nos rodea. Reposan los ojos suavemente, como los pájaros en vellones de nido. Ya son continuadísimas frondas; ya serpeos de agua, que bruñe el sol; ya locomotora arrogante, segura de sí misma, que lleva majestuosamente su caudal carga de viajeros á otros países que idealiza la imaginación; ya las alturas de la Montaña del Príncipe Pío, donde ríen los cristales de los miradores y tal vez suenan metálicos instrumentos de los soldados en un estrépito de luz; ya rumores de arboledas vecinas, que quizás ocultan meriendas á lo Goya, en su escenario propio; ya empaque solemne ó juveniles escarceos de gente endomingada; ya alegres construcciones que ahuyentan la imagen de la desgracia que allí se aloja ó busca alivios y consuelos, como el Asilo de María Cristina, de quien es alma el ex alcalde D. Alberto Aguilera, como lo fué de este jardín y de los boulevares, y el Instituto Rubio, monumento que parece contemplar desde la cumbre adonde supo elevarle su corazón, la estatua del doctor insigne, que blanquea en medio de risueños paisajes, cual Campos Elíseos de cuantos en vida acertaron á restañar una herida, enjugar una lágrima y disminuir el sufrimiento.

Cuando termine de comprender toda la Montaña el Parque del Oeste, á que se va con decisión, el ingreso á Madrid por la línea del Norte será magnífico del todo. Quien á él llegue verá erguirse, centinela avanzado, el monumento, con honores de panteón, que se construye en memoria de desdichas recientes, en honor de Juan Soldado, nervio indomable de nuestras epopeyas sin fin, en que obscuramente, por culpas ajenas, sucumben los guerrilleros de todas las épocas y los combatientes de Flandes.

La Moncloa, de centenarios árboles, de vasta extensión, encierra hechizos indefinibles. La finca es orgullo de nuestra capital y pide cantores que despierten en cuantos aún no lo han gozado ó no lo sepan apreciar, el deseo y la afición á sus hermosuras. Tener á las puertas de Madrid, á continuación de sus calles, un paseo como ese, vergel y campo, donde hay avenidas elegantes de ciudad y rincones de selva virgen, predios en que la Escuela de Agricultura hace sus ensayos y verifica sus progresos, y eriales de lozana vegetación, es una felicidad á que va respondiendo el público, ansioso de respirar á pulmón lleno aquel aire sano que de la sierra viene y atraviesa enramadas y ungen más corolas que libar pueden para sus mieles clásicas todas las abejas del monte Himeto. La lira de los que ensalzan su tierra en otros países, con los cuales familiarizan á sus lectores, aquí tiene inagotable venero de inspiración. Presentar á Madrid sin sus joyas, sin las arracadas de sus contornos, es no conocerle ni sentir la poesía intensa de este venerando solar.

La que fué regia posesión conserva esplendores de rey. Tiene flores y alamedas y bosquecillos y pinares. Manan fuentes abundosas y límpias de un agua como

filtrada ya por el granito de la sierra, de cuya nieve parece tomar frescura y pureza. Jardines amenos, obra artificial, se mezclan á poderosos alardes vitales de la naturaleza libre y á faenas del labrador, por científicos directores guiadas. Por aquel lado de Madrid nada viene á manchar la decoración luminosa, los timbres hidalgos de la villa noble. El viento en las interminables arboledas simula rumores del mar. Y por encima de sus olas, desde cualquier altura, se halla bajo el palio del firmamento el azul de la sierra. En barranquillos, como rincones de edén, teje sus guirnaldas el amor para las sienes juveniles, al ritmo de fontanas y susurro de hojas temblantes con aleteos de nido, leves como el palpitar del corazón de los pájaros. De tales hondonadas sale el bullicio de las giras campestres. Permiten la variedad y la magnitud de la Moncloa, en cuyas superficies incultas y calvas se debe poner nuevos bosques, que sirva en invierno y verano á los vecinos de Madrid, los cuales allí pueden tomar el sol que se derrama con señorío absoluto y allí reposar contra él defendidos al amparo de sombras impenetrables.

Escenas pastoriles, temas para los paisajistas, estanques y regatos que llenan todo con su murmurio y forman cuadros á lo Watteau ó idílicas decoraciones como la fuente de las Damas; edificios de los ingenieros agrónomos y de la Granja de Castilla la Nueva, el palacete y casitas como de pastores, paseos burgueses y desfile de carruajes de lujo, entre los que hay muchedumbre de automóviles, que cruzan raudos, llenos de polvo, con extrañas cataduras de pesadilla sus ocupantes, al ir ó venir de sus excursiones, se contempla con profusión. Unos paseantes se higienizan, otros descansan de sus tareas ó dan pábulo á sus pensamientos é imaginaciones ó

busca el convaleciente el vigor que ha perdido ó la salud el enfermo, que invoca para su debilidad la inagotable energía y el amor de la madre naturaleza, y el triste y el decrépito el adiós que viste de fulgores el sol poniente, reanimando la ilusión de vivir su infinita melancolía.

Alamedas cortesanas de romántica cepa, donde no faltan hoy tampoco aventuras, se hallará en la Florida y en el viejo soto de Migas Calientes, donde Madrid puso sus Viveros; aunque con entreveradas correcciones de etiqueta, ya la Casa de Campo ofrece rústicos goces, y desde la Puerta de Hierro, inolvidable para la neta madrileñería, se extienden los montes del Pardo, en cuyas reconditeces, ocultas para los mismos sempiternos cazadores, se emboscan alimañas.

Por otras partes de la población hay también arbolados y sitios amenos en que esparcirse y reposar. Por el Norte, las frondosidades de Amaniel y la Dehesa de la Villa; por el Sur, las de la dehesa de la Arganzuela y el Canal, que han de ser más deleitosas que lo fueron antes de contaminarse el río, cuando se haga lo que no hay más remedio que hacer, sobre cuya urgencia y eficacia conviene insistir, seguros de que como se fije y condense la atención, puede todo esperarse, y muy pronto, de uno de los impulsos característicos del vecindario. Otros sitios hay, como la Virgen del Puerto y la Fuente de la Teja, donde respirar agradablemente, praderas y sotillos, sin contar los paseos y jardines múltiples que pudiéramos llamar urbanos por antonomasia, algunos de los cuales ya hemos descrito, para que el lector por el retrato, aunque defectuoso, forme juicio de la original hermosura y magnificencia.

En la sierra, los paisajes son asombrosos, y por sus

alturas, de las mayores de España, como es sabido, tiene, amén de la grandiosidad y el campo de estudio que brinda á la ciencia y el arte, condiciones sobresalientes para temporadas veraniegas y sanatorio, conforme indicamos. Nada se opone con la rapidez moderna de los medios de comunicación y su proximidad á la villa á hacer del Guadarrama lo que en muchas partes se ha ya realizado al salpicarle de colonias madrileñas; á saber, como un suburbio de Madrid, para su provecho. La secular fuente de litigios y altercaciones entre la capital y Segovia en la Edad Media, por los privilegios de los reyes, que cedían á nuestro Concejo toda la vertiente de acá de la sierra y territorios entre su falda y la villa de su predilección, cuya importancia, decantada ya por nosotros, fué tan supina que era además señora de bastantes aldeas y lugares del llano, algunos de los que existen como municipios actualmente, cual si estuviera desde sus orígenes destinada á la principalidad; esas cuestiones con ciudad como Segovia, de tanto abolengo, vienen al cabo de los siglos á resolverse en una confirmación sosegada y pacífica de la realidad que trueca este lado de los montes en paredaños de Madrid, en cosa propia, y los poblados y caseríos en arrabales de aquí hasta el puerto, por lo que viene el desmedido privilegio á la sazón á resultar hoy una profecía.

Se puede sacar partido de las circunstancias con la ejecución do una de las más beneficiosas empresas á que nos está convidando la casualidad, que colocó tantas maravillas á nuestro alcance. La necesidad y el instinto público se han adelantado y hecho lo suficiente para seguir su dirección. Uno de los problemas de la vida en Madrid, el veraneo, que supone un tributo á la moda más bien, de cuantía inmensa, puede solucionarse, como

otros, en el aprovechamiento hábil y premeditado del Guadarrama.

Á un lado y otro del puerto, en las provincias de Madrid y Segovia, respectivamente, hay dos Sitios Reales, El Escorial y La Granja, que son valiosos elementos de atracción, sobre todo el primero. Á dos pasos de Madrid, su fama mundial es motivo de romería de todas partes. Su mole augusta en el panorama dantesco se proyecta en las almas. Obligada excursión, entra ya de hecho en el radio de Madrid, como una visita á cualquiera de sus curiosidades, y más cada vez. Al otro lado, se puede ensanchar el círculo en la estación de los calores, hasta San Ildefonso, lugar de delicias, ejemplo de los contrastes infinitos de la Sierra, la incomparable Granja, donde se refrigeran muchas familias de la capital.

Si procuráramos enaltecer lo nuestro eso haríamos, y el arte de un Barnum para inteligente reclamo produciría asombro. No paran ahí los atractivos que hacen también en esa relación privilegiado á Madrid entre las primeras capitales. Con extrañeza nos fijamos en que para incluirle en la guía de cosas que visitar en expediciones cortas, agradables paseos, sin salir de los límites de la provincia, no se hace gran caso de Aranjuez. ¡Y vive Dios, que ya pasa de castaño obscuro nuestra despreocupada indolencia! Cacarean de lo lindo otros cualquier bicoca, y Madrid, que en un radio de pocos kilómetros tiene esas maravillas, con el valor inapreciable de recuerdos de universal renombre, no sabe realzarlos como engaste de piedras preciosas en su corona mural preciadísima. Junto á sus paredes, ligado á él por calzada como el paseo de una floresta, se halla El Pardo, con sus palacios reales, donde existen primores, sus encinas y sus panoramas, reflejados en lienzos y tapices sublimes

por castizos pinceles, y tampoco hay mucha costumbre de mencionarle como propio cuando se habla de los alrededores de Madrid, ni se hace hincapié para que le visiten los viajeros.

El día que se cuide ese menester y se estimule el gusto y el deseo de los excursionistas se pondrá de relieve la suma de cosas que Madrid, en su esfera de acción como capital, reúne excepcionalmente, pues serán contadas las que presenten otro tanto.

Como los medios actuales de locomoción permiten trasladarse vertiginosamente de un punto á otro, no puede ya juzgarse imprescindibles ni por el mismo Patrimonio las posesiones reales junto á la villa y obedeciendo á imperiosas necesidades de Madrid, cabe esperar se proceda como en casos análogos. Entonces ¿quién la podría superar, si acaso la igualaba, entre las capitales?

Ya hoy son de Madrid, no obstante la división puramente administrativa, dependencias suyas, á él pertenecen, arrabales á su término unidos. En las curiosidades de otras poblaciones entran, naturalmente, por la misma razón, iguales ó mayores distancias. De todo ello, libertándonos de aquellas Guías que no sean mas que *cicerone* vulgar y rutinario que en busca de propina comete la profanación del monumento del cual vive como hierba parasitaria y tiene la virtud de desencantarle y extraviar al visitador que le da oídos, es posible formar un conjunto de fascinadora elocuencia. Volveremos sobre esta cuestión probablemente; pero conste en el ínterin que los atractivos de otros puntos con viajecitos á lugares célebres ó pintorescos de sus cercanías, y no dejan de cultivarlas, son de primer orden en Madrid. Á los dichos, se debe añadir otro portento casi ignorado, por la inexploración de muchas bellezas aprovechables. Nos re-

ferimos á la Sierra de Miraflores, aunque más lejana, al valle del Lozoya, complemento de la decoración cuando se ponga al alcance cómodo de los vecinos de la villa, fomentando sus aficiones campestres, ese nuevo respiradero que en su provincia le abre escondidos tesoros.

Hoy es preciso aguantar para visitar los de ese costado, mortales horas en diligencia. Cuando un poco de vida práctica en los negocios se desarrolle y bien particulares, bien empresas, como las que con mucho menos motivo funcionan en otros países, fomenten la concurrencia de viajeros y sepan interesar en negocios de lucro, para lo que bastaría con anuncios ingeniosos y copias artísticas de la naturaleza, algo de los Alpes suizos, que ya promoviera en remotas edades finas cántigas de trovadores á las serranas, será á pocas leguas de Madrid una revelación.





XVII

EGRESANDO á la Puerta del Sol, centro adonde se viene á parar siempre, gocemos del esplendor de la villa por la calle de Alcalá adelante, y si un domingo por la mañana vamos, la singular devoción madrileña, tocada amablemente de gentilismo, que reza sobre flores y ciega los misterios con luz é idealiza la sensualidad, para hacerla más deseable; la devoción propia de gentes del mediodía, á la andaluza, pero sin su pasión, nos brindará con un espectáculo único en las amplias aceras, donde grandes de España, burgueses, empleados, gomosos, militares, estudiantes, hombres conocidos, hombres anónimos, aficionados á ver y los que vienen y van á sus cosas, en el trajín interminable, se codean, se estorban, se arremolinan, se apartan.

Salvo el cuarto de hora de misa, peripuestas, como quien va de exposición, recreándose en su victoria, con la magia castiza de la mujer que ha respirado el incienso para los legendarios burladores, que pone en cada una vértigo de abismos de tentación y voluptuosos anhelos indefinibles de salvar al diablo, van ellas al tan madrileño ruar, y van ellos á verlas, á cortejarlas. Contraste muy español también, esa misma calle de Alcalá, en tar-

des de toros es una borrachera de color y de luz y de ruido, algo que exterioriza, que vacía el ser, anulando la vida interior en el desbordamiento clamoroso, multiplicado en ondas y ondas sin fin, de energías vitales en una multitud cuyas turbulentas pasiones de fuego tienen genealogía que, imitando á D. Alvaro, le permiten invocar al sol de Oriente como protector de su estirpe soberana.

En Recoletos sigue el desfile, el pasar y repasar de los que santifican las fiestas y sus adláteres, y aquella *playa* del verano, donde se reduce muchísimo la tertulia y aun algo se modifica su composición á horas tales, en el invierno llega á su plenitud. Son unos ratos inconfundibles, un cuadro de género á ningún otro similar, en el marco de ya descritas magnificencias. Otro aspecto indeleble de esa vía y la Castellana es el de la vuelta de las carreras de caballos, ostentación de vanidades, más otros días y con mayor frecuencia que ahora, decadente ese *sport*.

La calle de Alcalá, principalísima, cada vez más bella, donde actualmente se construye, para acabar su encumbramiento, palacios como los del Casino de Madrid y la Unión y el Fénix Español, se prolonga en la longitud que sabemos deliciosamente, sin que falte á la regla de la variedad, en un desorden gracioso, alegre, que acentúa su buen tono con la faz de madrileñismo incopiable, que distingue nuestra personalidad en el mundo. Calle de alto copete, en ella está la Presidencia del Consejo de Ministros, que por ley de los viceversas que suele regirnos es tal vez la peor casa de cuantas por allí hay y harta ya de transformaciones, pues ha servido para fines diversos, el Estado, por propio decoro, debe jubilarla y realizar el proyecto de traslación, que va siendo añejo; también, según dijimos, radican los Ministerios de Ha-

cienda y la Guerra en ese paraje, y en el del antiguo convento de carmelitas se eleva hoy una catedral, pero es la del género chico, figura retórica que se usa, con la virtud de las frases hechas, para designación del gran teatro de Apolo.

La Cibeles, la Puerta de Alcalá y la estatua de Espartero, el caudillo de nuestras libertades, que en sí reanudaba leyendas ininterrumpidas de conquistadores, ornan la calle, y en su extensión plazas, como las ya dichas, la honran y enaltecen. En mucha parte la verja del Retiro limita su lado derecho, y al otro, desde la Puerta de Alcalá, se extienden, hasta perderse de vista, calles del barrio de Salamanca. Contraposición muy del país ofrecen la Escuela de Aguirre, el patriota filántropo, excepción entre los que hipotecan su destino póstumo á favor de conventos, y la Plaza de Toros, y allá, bordeando caserío riente, donde hay edificaciones como las dos con que principia la calle de Velázquez, y ensanches futuros, muere en el límite municipal, que empuja el desarrollo de la urbe, la gigante vía cortesana, entre merenderos de francachela.

Por allí se va á los dos cementerios del Este, el Civil y el de la Almudena, cuya mortuoria población debía, según se proyectó hace años, transportarse por otros sitios, por vía especial, de tracción rápida, que quite á la nobilísima arteria la sombra de los cortejos fúnebres, que en mucha extensión amortigua su brillo, y evite repugnantes paradojas en las orillas del viejo Valnegral. Debe proscribirse de los cementerios la tétrica aridez, que hace repulsiva la muerte, é irse acercando, según propensión afortunada, á la poesía de los cenotafios antiguos.

Explayemos el alma entrando en el Parque de Madrid

por donde más pronto nos sea posible. ¡Dar un paseo por el Retiro! No sólo este nombre evoca delicias, sino girones de púrpura, á veces harapos, que valen imperios, de nuestra bandera. En ese jardín, desde Felipe IV, que buscó en él un buen retiro donde emboscar su alma frívola, vivió la corte de dos mundos, que tomó título para el protocolo del lugar ameno. Ardió en fiestas y zambras, tablado fué de farsanterías, arena de bufones, ilusión de juglares, encrucijada de aventuras, escuela de galanteos, liza de amores, dédalo de intrigas, Helicón de poetas, consuelo de tristes, celda de sabios, plantel de valientes. Fué ennoblecido por la tragedia y purificado por el dolor. Los bardos españoles le inmortalizan al colgar sus arpas de aquellos árboles.

Bien se ha dicho que el Retiro merece un historiador, que le falta. Su historia llenaría por lo menos un hermoso volumen. Materiales sobran, y he ahí una prueba incontrovertible de su alcurnia. Con las cosas que allí han pasado, con la descripción de sus jornadas, aun sucintamente, y el relato de sus vicisitudes, como de la vida íntima, emocionante, de sus señores, hay para mucho. Si á ello se añade su relación con la existencia pública de España, huelga decir el interés y el afán que en otros pueblos, tan dados á esas investigaciones, despertaría.

Cuando recorremos aquellos sitios que nos son familiares, donde tantas ilusiones han caminado con nosotros, el rumor de los pasos antójasenos voz de algo vivo que nos habla como en prodigiosa floresta. No puede sernos indiferente, como un paseo vulgar, el Parque. Además de sus bellezas, nos subyuga con su prestigio y excita la imaginación. Con ella, aromada por recuerdos de la niñez, por cálidos florecimientos de la virilidad, con el hechizo de visiones deslumbradoras y arrullos de ins-

piración exuberante en la edad de los sueños, nos es suficiente, dejándola libre, para llenar las horas y eternizarlas. Se siente la prolongación de la propia vida, saliendo de raíces muy hondas en lo pasado para hundirse en lo porvenir y ser tronco de nuevas generaciones, la solidaridad de la raza, y la ternura del hogar, con el orgullo de la progenie cívica, mueve á estas imprecaciones: ¡Tierra mía, que no deje de sentir tu halago bajo mis pies; que no halle más selva obscura al bajar la cuesta de la vida sino este vergel, donde hay reliquias de mis años; que me sea posible reposar en los desalientos de la caminata bajo árboles cuya sombra se proyecte donde descansaron Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Quevedo, Rojas, Moreto, Alarcón, Velázquez y Murillo!

El alcaide perpetuo del Buen Retiro, conde-duque de Olivares, entrega las llaves á Felipe IV la noche de San Juan de 1631. La villa, con rumbo, ayuda á las obras con 20.000 ducados. En 1640 dió 30.000 más para reparaciones de un fuego que hubo en los aposentos del rey. Mientras tanto que despilfarraba esas y otras cantidades en fiestas del Retiro, á que debía asistir con el decoro obligado, no á ella sino á la persona del monarca, vivía Madrid lamentablemente. Igual que el reino, por supuesto, que á tenor de su decadencia veía á la corte más olvidada cada vez de tristuras en una embriaguez de placeres.

Los Grandes completaron entonces su educación cortesana y en sus fervores consumieron muchos su hacienda. En cuanto al rey, tomando por el universo el edén en que le encerraron, se entregó á locuras de la imaginación, sin freno que la sujetase, omnipotente en el círculo de su corte para dar vida á los fantasmas de su deseo Imagi-

naos posible todo lo que el capricho inventa, mortales, sujetos á la imposibilidad, á la perpetua lucha que se produce en cada uno de nosotros entre lo que se quisiera y lo que se puede, y tendréis la imagen de aquel deslumbrador mundo de palaciegos. Como el rey de Baviera de nuestros días, verdadero príncipe de balada alemana, que aislándose vivió con plenas ilusiones de caballero del Santo Graal, lejos del torbellino del siglo XIX, en la dorada isla de su demencia, así tapó con oropeles la ruina del Estado el fundador del Buen Retiro.

El complejo espíritu español, lleno de aturdidores contrastes, de luz y sombras, la coraza de la mogigatería sobre un corazón turbulento, las descarnaduras de la muerte bajo el antifaz de los bailes, se manifestó en el holgorio. La serpiente del Paraíso no vacó en sus funciones con las Evas garridas, cuyo semblante de ceremonia, en cambio, no fué otro que el de las reproducciones del Museo. Ha sido menester la obra de siglos implacables en su justicia para que, al revés de lo ocurrido con el sudor de Alejandro, del que hizo la purificadora distancia perfume de algalia, en el apagado rostro, en la mandíbula del rey poeta, del rey galán, del rey caballero, del rey grande, del *cuarto planeta* español, se reflejen desventuras irredimibles, agotamiento, miserias fisiológicas.

Salpicado de ermitas estaba el regio asilo y en ellas alternaron devociones y profanidades. Allí se oía misa y el sermón y allí se vestía el monarca para salir en público á escarceos, ocasión de pecado, y en su recinto religioso cuadrilla de escogidas mujeres representaban ante el Júpiter de aquel Olimpo bien paganas fiestas, y en otras se puso epílogo en la arboleda próxima, colgando en pleno invierno de las ramas sin hojas frutos raros y golosinas. Sermones piadosos, y muy piadosa-

mente, escuchaba el señor conde-duque, hasta tres en un día por la cuaresma, aunque no faltase predicador de los elocuentes que por el palacio desfilaban, que tronase contra Holofernes, con risitas de los cortesanos que llamaban entre ellos con ese apodo al favorito. Y al toque de Gloria ya se sabía, á renovar con el cambio la distracción, á empalmar las delicias, á correr toros, á romper lanzas, *á verlas venir*, á banquetes pantagruélicos, á estrenar comedias en los salones, en los teatros del Sitio ó al aire libre, en delirio de fastuosidad, con máquinas costosísimas de tramoya, en que, á veces, apartándose los telones, llegaba la escena á tener por fondo los mismos jardines profusamente iluminados.

El lugar de placeres en la austeridad de los tiempos resuena con ecos de paganismo. Eso es notable, que á la vez que la Inquisición, viviese en las representaciones del Buen Retiro la mitología. A ella se acude por los dramaturgos y con pasión la acogen los cortesanos. Y no sólo ahí queda el influjo del inmortal clasicismo (que por do quiera se tiende al arte y en algo á la vida natural, á suprimir el concepto de valle de lágrimas á la tierra, se impone), sino que se extiende al auditorio, que es más de la corte, que es todo el pueblo. Se le llama á participar de la fiesta y noches y noches acude á un espectáculo que propiamente del todo puede llamarse nacional. Disfrutan el rey y la corte de las primicias, pero al común de los vecinos se le deja luego invadir la residencia encantada. Ya no mueve sino el arte á los españoles, pero muy bien preparados en esa relación, forman un público de exquisitos.

Corean los romances y entienden la gongorina locución. El teatro glorioso, como el de pueblo alguno, se desarrolla y se agiganta con aquellos espectadores. Los

grandes poetas comulgan con el concurso, cuya existencia, intensamente dramática, los inspira, en el mismo ideal. Con esas representaciones públicas hay otras privadas, en los aposentos, donde se improvisa y discretea de lo lindo, y el rey, los títulos y los autores, rompiendo trabas de convencionalismos, llegan á desnudar hasta de hojas de parra creaciones artísticas, mientras curiosas y comprimiendo lo posible retozos del reir, para no obligar á los caballeros á tener que darse por enterados de la indiscreción, entre puertas acechaban las damas.

El Real Sitio, algo abandonado en la agonía lentísima de Carlos II, no muy agradable al principio, por su origen, á la dinastía nueva, fué por el incendio del Alcázar residencia obligada de Felipe V y sus sucesores, hasta que Carlos III, también su morador, se trasladó á Palacio, todavía sin concluir.

En ese período de un tercio de siglo aquella es la corte exclusivamente. ¡Ved qué de timbres imborrables ostenta el jardín madrileño! Es entonces también cuando le ennoblecen otras costumbres y el meditar de hombres insignes, reanudando la tradición de ingenios que le glorificaron sobre las bacanales, purgándole de las manchas de grosería. No poca parte hubo en el saneamiento el dolor, el añorar melancólico de grandezas humanas, y la música, que en óperas de la tierra del arte y la poesía, que ha heredado el alma de los helenos en las transmigraciones de la historia y entonces era como una prolongación de España, en el vergel, donde en el cantar de los hombres hallaron competencia las aves, estableció su imperio divino. Después tornó la frivolidad á pasearse por sus alamedas, pero pronto, en caída horrible desde la cumbre, fué lavado con llanto de trenos.

Ni de las memorias de Madrid ni de las de España ni de las internacionales se puede separar el Retiro, idealizado por tantas cosas. Antes y después de ser asiento exclusivo de la corte, mientras la fabricaban su nuevo Palacio, allí, hasta en el siglo XIX, se desarrolló casi toda nuestra política. En el Retiro ataron y desataron á veces, para que atasen y desatasen en el infierno de la desesperación, sacerdotes del mal, ligaduras de intriga. Los más trascendentales acontecimientos allí se fraguaron. Allí, con las quebraduras y accidentes de nuestro suelo—precipicios, sublimidades, abundancia, escasez, fuego, nieve—, se manifestó el alma española.

Fué arruinado por los invasores franceses. Por castizo arranque, el galán sentó plaza. La villa abierta, inerme del todo, ha sabido inspirar respeto. Gran asombro y justificado el de todo un Napoleón al haber de detenerse en su camino ante ella. Posesionados de la capital, la temieron, y para amarrarla, en el interior de aquel muro que tomó irreflexivo el ardimiento de los héroes por inexpugnable, transformaron sus muelles recreos en ciudadela. Salvaje tala derribó centenarios árboles benditos; las musas, azoradas, huyeron, con trasuntos de bellas que alegraron la vida; sombras augustas de escritores se desvanecieron como girón de neblina, y al deshacerse mojaron de lágrimas las ramas rotas que ya no volverían á humedecerse con savia de la primavera; rudos sones enmudecían ecos delicados; se terraplenó el jardín, disipándose el perfume de gloria que le impregnara, como satura el incienso naves de iglesia, y las patas de la guerra colmaron la desolación.

Cuando la paz vino, el espectáculo del Parque fué lastimoso. Los ingleses también, á título de aliados, cariñosamente favorecieron á la villa, dando pincelada

maestra al horrible episodio con la destrucción de la fábrica de porcelanas. Resquemores de mercaderes.

Á seguida comenzó la restauración del Retiro, según indicamos en el transcurso de esta obra, y Argüelles la dió vuelo considerable; mas su grandeza actual, como el rejuvenecimiento de Madrid, viene de la Revolución del 68. Entonces se convirtió de Sitio Real en Parque del Pueblo y se derribó la tapia que dividía interiormente lo abierto al público, muy poco, y aun eso fué un triunfo para el constitucionalismo, de lo reservado, lo más primoroso, lo mejor.

La extensión del Parque siempre ha sido, próximamente, la misma; pero mucha de su área permaneció inculta y con pocos árboles. Nunca ha estado el Retiro como hoy ni por el número de éstos ni por las bellezas acumuladas. Testigos somos de cómo se hallaba el Campo Grande y todo aquello hasta la cerca. Lo que no vimos personalmente nos lo dicen memorias de hombres de más edad, los documentos y, especialmente, de modo gráfico, ese modelo de Madrid, que ya enaltecimos, existente en el Museo de Artillería.

No obstante el descuaje, sensible como toda tala, para abrir el paseo de coches, aunque éste es de una gran hermosura, los árboles desaparecidos suman un número insignificante comparado con el de los árboles nuevos en toda la extensión del jardín. Nunca, repetimos, ni en sus días de oro, fué el Retiro tan magnífico como es. Las descripciones, los manuscritos, los planos de entonces, todo, absolutamente, lo prueba.

En jardinería era imposible competir con nosotros, y mucho menos que actualmente dedicaron á ella el Retiro, poblándole de libre bosque. No había en monumentos sino la estatua ecuestre de Felipe IV, que hemos

descrito, y una fuente, hoy en Aranjuez. El palacio y otras edificaciones ni por lo artístico ni por la majestad se recomendaban. La cerca ni era total, como la que después hizo Carlos III, ni valía tanto; pero dígasenos si puede compararse la mampostería de esa pared, en elegante compostura y adorno, con la verja de que hay construídos bastantes centenares de metros. Ermitas como las usuales en aquel siglo, que aún afean por ésos campos de España la soledad, solían ser refugio único en el despoblado, y extensiones yermas, ásperos matorrales, junto al cortesano plantel, como en monte escondido, servían á los reyes de cazadero.

La devastación de la guerra de la Independencia no tuvo entrañas para la histórica posesión. Ha renacido, ha rebrotado con vida más lozana y brillante. Espejo del país por sus tradiciones, á las que está unida indisolublemente, al ser del pueblo, al dejar la librea, al destrozarse por el invasor la casaca, cual antes la victoria de Felipe V la hizo desnudarse del ferreruelo con que vino al mundo, la prepararon convenientemente para la renovación definitiva, á la par de la de Madrid y de España toda.

Por fortuna, llegó el Retiro á época en que se sabe apreciar el valor de una cosa, dándonos ventaja positiva sobre otros pueblos. Parece que algún poder misterioso le ha conservado contra fatalidades que han hecho desaparecer tanto y no han permitido aprovechar debidamente para mejoras ocasiones como la desamortización, por ejemplo. No hubiéramos tenido perdón si se pierde el Retiro, si una baja codicia de logrero le prostituye. La venganza hubiera sido terrible, en verdad, por menoscabo de las condiciones higiénicas, y la profanación costara muertes y energías de un modo incalculable é

inadvertido para la inconsciencia. Daño irremisible, pues parque como ese, uno de los más grandes de Europa, si la casualidad no nos le reserva, no tendría sustitución. Madrid, sobre padecer constitucionalmente en sus entrañas por la deformidad, al arrancarse el glorioso florón, en imbécil decadentismo, se hiciera indigno de su categoría.

¿Y lo que representa, lo que fué, lo que es, en esa eternidad de las cosas vividas, que siguen viviendo en la masa de las generaciones y en la individualidad de cada uno? Sabemos de fundadores de capitales que han realizado maravillas; pero la historia la forma el tiempo, y cuando se borra un vestigio material la pérdida es irreparable. ¡Suerte rarísima la de que el Partenón, el gran museo nacional sea un Retiro, con el privilegio soberano de poseer en su ejecutoria por armas las de la patria misma, y que fiel á un espíritu universal de justicia, así como hubiera respondido con maldiciones al sacrilegio, nos paga la fortuna de conservarle y embellecerle en salud y alegría!

Del remordimiento de su no posesión nos hallamos libres. La idea de cualquier mengua nos pone sobre ascuas. Recordamos que en sesión pública del Ayuntamiento, á la presentación de un dictamen que á favor de una empresa tranviaria podía abrir brecha en el lugar intangible y sagrado, prorrumpimos en exclamaciones de que no podía ser, mandáralo quien lo mandara y se acordase lo que se quisiera; que es hasta deuda de honor en el Municipio guardar el Parque de Madrid incólume, exclusivamente para recreo del vecindario y asombro de los forasteros; que será el clavo del jesuíta cualquier transacción, por insignificante que parezca, y ejemplos abundan; que contra todo y contra todos debie-

ra, recordando tiempos de castellano temple, hacer una alcaldada á lo Pedro Crespo el Alcalde, y D. Joaquín Sánchez de Toca, que lo era á la sazón, cuyo es el proyecto de Necrópolis que se acerca al ideal expuesto en este mismo capítulo y va á realizarse, dijo resuelto que aceptaba el concepto de alcaldada en el sentido que comprendía se le quiso dar, y, como es propio de su cultura, expresó que mientras desempeñase las funciones de Alcalde Presidente nadie sería osado á tocar al Retiro. Sin más, y sin defensa alguna, abortó el mal engendro.

De lo que realmente pertenecía al jardín puede afirmarse que todo queda. Eran palacio y dependencias de poco mérito, según hemos escrito, lo que ocupa en buena porción el barrio nuevo de los Jerónimos, y aun de las edificaciones ya que no se ha sabido conservarlas, subsiste lo más notable por recuerdos históricos, como el Museo de Artillería y el de Reproducciones, en el que admiramos la pintura de Lucas Jordán, y que sirvió en el amanecer del sistema para reunirse el Estamento de Próceres. Los Jardines del Buen Retiro se llamaban así impropiamente, pues nunca lo fueron.

Por dicha, ha habido gran fervor una época, asegurándole para siempre, por el Retiro. Campoamor le amaba, y como el altísimo poeta, muchos. Tuvo la predilección de todos. La obra costosa de la verja, porque se suspiraba, pues parece que protege el dominio popular de una manera incontrastable, se realizó, siendo digna de lo resguardado. La parte de tapia por la solitaria Ronda de Vallecas está bien actualmente, y hubiera sido sensible y un despilfarro sustituirla, pues aquél no debe ser el límite del Retiro, sino valerse de la ocasión, de la feliz coyuntura que incita á la reforma, como si estuviera predestinada, para extender el Parque y derribar enton-

ces la pared, levantando en el límite definitivo el oportuno cerramiento.

Sus puertas monumentales son las de España, la de la Independencia y la del Paseo de coches. La todavía en proyecto del Angel Caído podía ser la de San Vicente, aunque se limitara al arco central, pues por su buen estilo es merecedora de conservación, si es que el abandono permite juntar sus piedras, y además de costarle menos al Ayuntamiento y ser probablemente mejor que una puerta nueva, desde la de Atocha sería muy grata su perspectiva. Otros accesos tiene la verja, y en el muro existen la Puerta de Granada y un portillo reciente. Desde la Puerta de la Plaza de la Independencia, que antes daba ingreso al jardín del Casino, en la Ronda de Embajadores, á excepción de las columnas de las entradas laterales, que se le añadieron para completar el magnífico conjunto, se ve al concluir una deliciosa avenida, la fuente de los Galápagos, emplazada primeramente en la Red de San Luis. Allí, á la derecha, está el estanque grande, el del siglo XVII, el mismo que sirvió de escenario á tantas aventuras. Pero á él debemos ir, para propiedad de la evocación, entrando por la Puerta de España, que ya alabamos, aunque no iguale á la otra, desde la que, por la calle de la Lealtad, ancha y distinguidísima, se ve el monumento del Dos de Mayo cerrando el panorama de ideal manera, irguiéndose entre espeso follaje.

Debemos ir al estanque por ese paseo, porque poco más, poco menos, era el camino. Doce estatuas, de las que coronaban Palacio, le dan nombre y carácter. Doseles de hojas que sombrean la amplia avenida tienen los que en carne mortal vivieron bajo doseles de púrpura. El aire libre, lleno de la verdad de la naturaleza, por no estar acostumbrados, parece curtirlos dolorosamente

con sus rigores. Reviven en el cortesano vergel con sus actitudes y representación lo que sepultan y preservan capas infinitas de hojas de otoño, como un relicario. Sobre los anchotes bancos de piedra tomaban nuestros padres el sol, como junto al estanque, ó se amparaban de su inclemencia estival á la sombra de copudos árboles, en plena lozanía. Desde la Casa de Fieras hasta la calle de Alcalá, cuando se cultivó el suelo fué para hacerle muy hermoso; però reservado, con una pared divisoria.

Ahí, á la derecha, estaba, de mucho prestigio entre nosotros, los que apenas sabíamos andar, el estanque chinesco ó de las campanillas. Se ha quitado todo, sin que se reemplace. Quedan la cava y su verja, como una gran fosa común, y lo es, que en ella se ahogaron no pocos que la escogieron preferentemente, por una de tantas modas macabras. El romanticismo del sitio, su rústica frondosidad á la sazón, la exótica arquitectura reflejada por el estanque, con reminiscencias de países misteriosos, donde la muerte se desprecia, tal vez dejasen oir más claramente en el agua verdosa, inmóvil, la invitación siniestrà que oyen nada más los desalentados. En esa localidad, luciendo con el marco de su paisaje, aumentaría las curiosidades y las lecciones de historia la fuente quitada de Antón Martín, cuyos restos, abandonados en el mismo Retiro, se perderán si no, mientras que ahora, con restauraciones de lo que falte, se puede montar, avalorando el recinto, como fuera imposible con cualquier fruslería, eso que por su estilo es muy propio al ornato de lugares así, y que, como manifestación de arte nacional, y muy madrileño, que ha dejado huellas en toda España y principia serenamente á discutirse, contra furores antichurriguerescos irreflexivos, es evidentemente precioso.

El Parterre, despejado, abierto, nos presenta desde esta altura dominante retóricas galas de poesía pastoril á lo Trianon. El arte disciplina académicamente la naturaleza y la regula á compás, con el fin de que no desentone. Es un rincón siempre de etiqueta, correctísimo, en que hasta la arena parece una alcatifa delicada. Sobre ese pavimento se teme andar, como si estuviera asignado á recreo de pajecillos blondos, con vestiduras de terciopelo, ó á pies de damas, calzados de tafilete, curioseando entre guardainfantes de seda. Un mediodía primaveral, en que experimentábamos una sensación de baño tibio y dormitaba el aire vagamente melodioso en la paz inefable, unas chinas, con traje de su país, surgiendo del boj, nos dieron impresión justa, reveladora del alma del cuadro: pisadas como las suyas, para no alterar con ordinarieces el buen tono de recogimiento, que saben enaltecer pájaros y niños con sus voces, en el jardín de mantón de Manila por lo artificioso, por su arrobante luz. No faltan, retozones y vaporosos, para su brillantez, los pajecillos de cuentos señoriles en aquel lugar franco, donde el sol, que no halla resistencia en los árboles de juguete, reina despótico, pues los niños, las mariposas y las flores aman al astro padre. Juegan alrededor del busto del Dr. Benavente (cuyo apellido honra en el teatro, según rica herencia madrileña, un famoso autor), que fué otra providencia para ellos, aliviándoles sus dolores, más odiosos cuando atacan á los niños, irresponsables. Cuatro reyes de piedra oponen su impasibilidad blanca, sin adustez, al vibrar de la atmósfera resplandeciente; el agua de los caños, regueros y alcorques chispea y susurra; marmóreas fuentes en hornacinas encuadradas por el ramaje, muestran sus festones prolijos; los monstruos enlazados en la pared de la cen-

tral, esperan el velo finísimo de lluvia de una cascada que desde el paseo de encima debe caer para efecto acabado de la brillante decoración; amorcillos van y vienen, encendiendo carmines; tapa los bordes en rampa el espesor de una cortina de verdura, y allá, en el fondo del Parterre, el Casón le contempla con la sana placidez de su frontis griego.

La fuente de la Alcachofa realza su esbelta hermosura á orillas del estanque, en glorieta donde concurren paseos magníficos. Van al Parterre, van á la Casa de Fieras, van al Angel Caído. Allí junto, los árboles guardan otro rincón deleitoso, donde se eleva, pintoresco edificio, el Museo de Ultramar, panteón de los despojos de inmensos dominios, á más de vergüenzas y remordimientos. El azar quiere esconder en el Parque, que tantas glorias ha sepultado, ese nuevo infortunio en el campo apacible donde, como en cegador espejismo, relumbra el Palacio de Cristal, airoso con su pórtico y escalinatas sobre un lago do parece que entre los juncos van á surgir en la zumbadora siesta, con claridades opacas de lámpara alabastrina, formas de la hurí habitadora del palacio transparente, la cual ha desceñido su túnica en el pabellón árabe sobre la gruta de rocas, por la que, sintiendo cómo gotas diáfanas sustituyen sobre su piel los desnudados collares y brazaletes de perlas, se mete en el baño, donde velaban un tiempo los cisnes. Por ahí se hizo la Exposición filipina, cuando la soberbia de raza creyó imposible toda transformación, que con fanático atavismo somos propensos en nuestro nirvana á la creencia en lo inmutable. Los tagalos, de aire infantil, convivieron con los castilas, sin que se vislumbrara en sus ojos cándidos la tragedia de Rizal el mártir, donde se simboliza para España secular política de maldición, ni

en nuestra faz de Greco los matices sombríos de mares amenazados por la borrasca.

Desde la fuente de la Alcachofa, la ideada por Ventura Rodríguez, como las demás del Prado, lugar anterior de su emplazamiento, y ejecutada por Vergaz, se ve, al otro lado del paseo que bordea el estanque grande, la fuente de los Galápagos. Completan la decoración de la alberca célebre de la corte de Felipe IV la fuente egipcia, la *Gorda* popular, y la magnificencia proyectada y en ejecución, aunque con suerte muy azarosa, del monumento á Alfonso XII. Una columnata gallarda se ha ya construído y obras de consideración. Base podía ser ese monumento de algo de mucha estima, que apuntaremos, por más que corresponda su desarrollo al otro libro que está en nuestra mente sobre reformas y servicios urbanos. La sábana de agua anchurosa, con su orla de árboles, algunos de los más corpulentos del jardín, y sus adornos, es de una vista sorprendente. A esa barandilla se agolpaban los niños para echar migas de pan á los patos, que eran sus camaradas, que deben volver, y á ella se agrupan furtivamente golfos para la pesca. Las cuatro norias, en sus casitas de los ángulos, que Alejandro Dumas, con su acostumbrada ligereza espiritual tomó por capillas, desaparecieron; mas de sus pozos, con aparatos lindos, puede sacarse agua que sobre, con otras norias en abandono, para servicio y aumento de la espesura, que ellas y no otras alimentaron por siglos, amén del refuerzo actualmente del Canal.

Las verbenas de San Juan y San Pedro son famosas en el estanque. Cada año se procuró exceder á los anteriores, y en la isleta central, que no existe, hubo comedias y espectáculos mitológicos á granel. Sirvió esa isla, naturalmente, más de esas noches, pues notorio es cómo

fueron incansables en el holgar feliz privilegiadas criaturas, y las aguas del estanque se utilizaron en simulacros, en recuerdos de Venecia, en mil derroches. Por cierto que en una inclemente verbena de San Juan se agitó de modo tan fuera de lo común, que casi zozobraron las góndolas que le surcaban, atropellándose los tripulantes al desembarcar, y en poco estuvo, donde no se pensara, de ocurrir catástrofe como en ningún océano, por la calidad de las víctimas, que hubiese mudado tal vez la historia.

Los habituales del Retiro suelen descubrir nuevos rincones ó se dan cuenta á lo mejor de bellezas no sorprendidas, aunque pasaran con repetición á su lado. Escogen sitios favoritos, que para todos los gustos hay en la diversidad prolija, recreación de pintores, y cada paseante los asocia á recuerdos, á vicisitudes en la tragicomedia del vivir. Quién prefiere los ya relatados ó el Campo Grande (en que con motivo de la Exposición de Industrias Madrileñas se ha hecho buenas edificaciones, y allí puede seguirse con espectáculos en noches calurosas) y aquella ría, y los vericuetos por la entrada del Angel Caído, solitarios, más cerca de la rusticidad, ó los pinares y sendas hacia el Observatorio; quién opta por asomarse á la plataforma lindante con el castillejo que tiene al pie fuentes de esfinges y un estanque umbroso, para ver el campo que hace más amable el Retiro, el cual debe invadir su aridez, extendiéndose, y con eso y una plantación de árboles hasta lomas vecinas, saneando todo barrios populares humildes, será un excelente mirador; quién por sí, ó con pretexto de los chicos, tras de una ojeada á las fieras ó á caricaturas de bestias feroces, humilladas al faltar á sus pupilas horizontes salvajes, en una fría esclavitud, se emboba con gracias de monos ante la enorme jaula del

Parque Zoológico, que en la ampliación del Retiro se podrá establecer en forma que lleve con propiedad, y según exige una población como Madrid, ese nombre; quién escoge los paseos de lilas, cuyo espigueo en mañanitas del 2 de Mayo por los madrugadores es la coronación de la primavera en las graciosas descendientes de las majas; quién ante las chucherías de Fernando VII, aquellas casas del Pobre, del Contrabandista, del Pescador, ó la artificial Montaña Rusa, que han sufrido transformaciones, evoca nostálgicamente más floridos tiempos, al recordar contrastes caprichosos en el mismo recinto de miserables gentes representadas en figuras de autómatas, que sorprendían con sus movimientos, y camarines voluptuosos de un refinado lujo; quién va cotidianamente á la fuente de la Salud y descansa en el banco de piedra que ciñe el colosal tronco del árbol venerable, que es como un abuelo y en veteranos que le buscan produce efectos, al cobijarlos, de tienda de campaña, según excita su verbo hazañoso; quién desprecia lo que no sea el paseo de coches, avenida luminosa, llena de lamentosos rugidos de león, que parece el de España, y á cuyo fin, cerca de la estufa de hierro, que es un palacio y encierra un pensil maravilloso, al concluirse el paseo de pinos que la bordea, muy agradable al sol de invierno para los convalecientes, el Angel Caído, la escultura de Bellver, resulta en el Parque legendario símbolo irónico entre restos de pasada grandeza; quién adora el estanque grande, que surcado por barquillas y hasta por un vapor, donde hacen excursiones vanagloriosas argonautas de tierra adentro, conserva el favor popular.

Los niños, además del Parterre, con preferencia invaden el salón hermoso que constituye el paseo desde la

Puerta de la Independencia á la Casa de Vacas. Bien vestidos, alborotan con su algarabía, frágiles, inquietos, flexibles, en la inconsistencia de nubecilla con que se adornan, que no se tapan, rizos de espuma tejiéndose y destejiéndose en claro raudal con serpeos de luz bajo la caricia vehemente del sol.

Aprovechando el monumento que se construye junto al estanque, por más apropiado para lo que vamos á exponer como complemento y que nos parece defendible, se le debía destinar á una apoteosis del genio español, satisfaciendo á Cervantes algo de lo que le somos deudores. Paseos y artísticos homenajes se dedicaría á los que honraron aquellos sitios, los autores nombrados (Tirso de Molina, por imperdonable omisión, ni siquiera tiene calle de su nombre, fuera de una particular extramuros), y otros como nuestro paisano Mendoza. Cual ocurre en capitales europeas, se destinaría el Retiro á glorificaciones españolas, universales, no madrileñas solamente, que fuera eso ir contra el espíritu de la villa y su representación, empequeñecer el carácter y la historia del Parque; glorificaciones de sabios, de poetas, de artistas, de beneméritos de la patria y la humanidad, entre profusos hacinamientos de flores y cantar de pájaros que multiplicara la protección resuelta de la villa, dando voz á armoniosas vaguedades de ensueño, como si el alma de Farinelli reviviese en la garganta de un ruiseñor. Con perseverancia se lograría pronto, y el Retiro, algo abandonado hoy, con tristeza de los que le visitan, objeto de podas que casi equivalen á talas, cuando se debe aumentar por todos los medios sus frondosidades, acabaría de convertirse para la nación en un santuario.





XVIII

Ese esfuerzo realizado por Madrid con sus propios recursos merece las simpatías de todos. Hay que calcular lo que hubiera hecho á disponer, no de cuanto se le atribuye, sino de algo siquiera de protección gubernamental decidida. Ya escribimos la observación de que personajes que de todo le son deudores y para que le maldigan sin culpa sujetan las redes caciquiles que se extienden por las provincias, de donde son originarios, pues los madrileños tienen muy poco que ver con la oligarquía dominante, se lo regatean todo y le ofenden con olímpico orgullo.

No ha hecho poco Madrid, dado el abandono en que está. Con su presupuesto, de que se lleva una gran tajada el Estado, en vez de ayudarle, puesto que la capitalidad trae consigo muchos gastos de representación, y después de comerle porción de su hacienda, le exige toda clase de gollerías, ha de atender á las obligaciones indeclinables de un Municipio como éste, á dotar los servicios lo mejor posible, á progresar y á curarse de su desarrollo y ornato, que es de rigor y de primera necesidad en un Ayuntamiento como el de Madrid.

No es de ahora, sino de todas las épocas, la pesadum-

bre que ha agobiado á la capital de parte de los poderes públicos á que sirve de residencia. Y no sólo Madrid, sino Castilla entera, tan injustamente vilipendiada, ha sufrido inaguantablemente ese yugo. Hojead la Historia y veréis cómo casi sobre ella nada más han gravitado cargas de siglos, en que se la supone una condición absorbente y privilegiada.

Antes que ninguna región pierde sus libertades y queda en realidad patrimònio de la Corona, como cualquiera de los sitios reales, de un coto más extenso. Las continuas guerras se nutren principalmente de sus soldados. Aun vencidas, sojuzgadas y despojadas de sus fueros las otras regiones, conservan una autonomía olvidada aquí, las consideran los reyes absolutos menos suyas que la paciente Castilla, de donde á mansalva y sin contemplaciones van sacando hombres para los tercios que guerrean en el mundo, caudales con que sostener esas luchas que todo lo tragan y para derroches infructíferos y esterilizantes.

Al mismo Felipe II ponían un valladar los parlamentos regionales fuera de *su* Castilla y le imponían respeto, aunque la fuerza material del rey era invencible. Y él y sus sucesores y los que le antecedieron, todos, esquilmaban á los castellanos y á ellos acudían cuando otros les negaban subsidios ó para evitar dificultades y molestias, siempre, y así se fueron acabando las energías.

Mientras sus hermanas resistieron como las Casas grandes que en su ruina encuentran con que deslumbrar y mantenerse muchos años, Castilla, completamente agotada, pese á su virilidad y á sus recursos—tan horrible fué el estrujamiento—anticipó el cuadro sombrío de una decadencia trágica, con el remate de una de las

crisis más dolorosas que pueden sufrir los pueblos, ofrecidos á la concupiscencia sin entrañas de los demás como unos miserables despojos.

Y daba la vida como una madre para comunicársela á la nación. El gran empeño de los poderes entonces se presentaba como una necesidad de los tiempos, en que Francia é Inglaterra, donde eso fué considerado y se juzga como colosal obra, afirmaban su nacionalismo y concluían con las patrias chicas de modo más definitivo y pasando sobre ellas implacable rasero. Ser ó no ser, el capital problema de Shakespeare, se nos imponía. Con la vecindad de Francia y el sentimiento dominador de Inglaterra sólo el bloque de un gran Estado serviría de dique.

Espíritus injustos, ignorantes ó aquejados de pasiones menudas son los que pueden negar la significación excelsa de Castilla en la Historia, no ya de España, como nación, donde su papel es el primero, sino de la humanidad entera. Desde el fuero del conde Sancho García y otros célebres que le completaron, enseñó al mundo y se remontó en esas compilaciones á alturas tales, que para mengua de siglos después, en alguna se establecía la libertad de cultos. Fué en esta tierra donde abundaron las behetrías y se conoció aquel gobierno de las Comunidades, que eran como Repúblicas de municipios, y al grito santo de Comunidad se produjo la revolución contra el despotismo de fuera, levantamiento cuyo fracaso en el vacío, por inconsciente egoísmo regional de los fueristas de otras comarcas, truncó el porvenir de los españoles. Primero que nadie en el mundo sentó Castilla en las Cortes á los Concejos y también supo anteceder universalmente en el desarrollo del régimen municipal. Lo que hizo en la esfera de las ciencias, artes,

descubrimientos y exploraciones, en cualquier orden de la actividad, esculpido fué imborrablemente en el alma española, en la conciencia humana, en los fastos de la civilización. Hijos tiene Castilla que con fibra de casta sabrán combatir por su madre sublime, si alguien la desconociera, lo que no puede ser sino con negación del progreso y estimando un mal y un perjuicio la unidad española. Quien ame á la patria ó juzgue progresivas las nacionalidades tiene que reverenciar el viejo quiñón.

Madrid, como heredero de Castilla, en el concepto representativo de esta palabra, al que se refieren nuestras observaciones, de acuerdo con la historia que hace castellanos á muchos españoles, comprendidos, bien que no hayan nacido en él, en la órbita de influencia del noble solar, formando parte del mismo Estado, que fué ensanchándose delante del caballo del Cid y heredó el espíritu del caballero; Madrid, identificado con Castilla, para cumplir sus fines, hizo en sí, al realizarse la unidad española, el milagro de la transubstanciación.

Sucede también á Castilla en su desprendimiento, en su generosidad, en su mala suerte. Nada logra aquélla en provecho propio de su hegemonía al soldar los diversos Estados. Muy al revés, decae vertiginosamente. Es de notar la sin razón con que se la ataca y envuelve en rencores, como si no hubiera sido la víctima propiciatoria de los que después vejaron á los demás, nunca, según hemos dicho, en tanta proporción. Y aun luego de consumado el atropello en otras regiones, éstas florecieron, mientras que siguió aniquilada Castilla.

Ciñéndonos á la industria nada más, Segovia, que contó 200.000 habitantes y ocupaba 40.000 en la fabricación de sus paños famosos, perdió industria y población, que se redujo á 15.000 en cosa de un siglo, desde

el establecimiento de la monarquía absoluta, y cuando Felipe V se propuso restaurar la manufactura de paños, ni memoria se conservaba, y hubo de traer, para que enseñaran á los antiguos maestros, obreros alemanes. Lo mismo sucedió en Sevilla con los tejidos de seda, cuyos 16.000 telares quedaron reducidos á 65, disminuyendo proporcionalmente los pobladores. Toledo vió consumirse crecientemente sus industrias excepcionales de armas, orfebrería, curtidos, etc. Medina del Campo, tan nombrada en el mundo de los mercaderes, fué empobreciéndose hasta quedar en lugarón. Córdoba, la sultána, espléndida en todo, en genealogía, en palacios, en producciones y que se dice contaba un millón de habitantes, quedó reducida á lamentable insignificancia. No prosigamos. Bastante es ya para confirmación de nuestros asertos y bien significativo que hayan prosperado después en ese orden lugares que ni por asomo antes podían competir, excepto Valencia, la cual también ha sufrido en sus intereses como Castilla.

Si ésta es aún mucho menos que ha sido, si obtuvo recompensas de andante á lo D. Quijote ¿á qué la aversión? Inglaterra avasalló á Irlanda y fué la señora por fin sobre todos los reinos ingleses. París puede decirse que ha imperado en Francia. ¿Qué privilegios fueron los de Castilla? ¿Cuáles ha gozado Madrid? Luego hablaremos algo más de la industria por lo que á la capital se refiere. Nuestros lectores han visto, y por propios ojos verán todavía, con sólo fijarse en la actualidad, las condiciones en que Madrid se desenvuelve, como expropiado en su misma casa. No, no puede equipararse Madrid con París en lo relativo á ejercer un protectorado absorbente sobre la nación.

Lejos de monopolizarlo todo le enorgullece el creci-

miento de sus hermanas, y nunca se le ha ocurrido quejarse de ello. Que es verdad lo asevera de modo inconcuso el que bastantes poblaciones han disfrutado estos últimos tiempos una prosperidad insólita, á veces debida á favores oficiales, á padrinazgos del Estado, y es en Madrid donde principalmente en loor de ellas han ensordecido las trompetas de la fama.

Porque la villa, que no conoce la tristeza del bien ajeno, no es tampoco vindicativa y con prodigalidad reparte parabienes y aplausos que vanagloriosamente se reciben. Aun para los que la ofendieron tiene con cualquier motivo felicitaciones y elogios, y aquí al español de provincias acoge la más amplia hospitalidad y no encuentran cerradas las puertas los que llaman bizarramente. Quienes así vinieron y ocupan sus aptitudes en literatura, política, ciencias, arte, profesiones, oficios, depongan como testigos de mayor excepción si se ha mirado su cédula personal para discernirles honores, laureles ó el derecho á la vida.

En cambio, como prueba una vez más del abandono en que se deja á Madrid por los poderes públicos, en contra de los que pudieran creer, como parece natural, en una corte semejante á la que para dar cuerpo á esas cavilosidades y aquilatarlas en la piedra de toque de la realidad, pintamos nosotros en el capítulo III, pues el contraste había de hacer la más cumplida refutación, la villa hongo, la villa egoísta, la villa madrastra, la villa influyente, la villa, en fin, blanco de vituperios, se ve imposibilitada de atender á sus servicios como quisiera y es de su obligación, y con mil trabajos va saliendo adelante. Necesita una radical, profunda reforma en su casco, en su pavimento, en su limpieza, en su higiene, en sus aguas, en la instrucción, en beneficencia,

en instituciones sociales, á que deben tender los Municipios modernos, en policía, en costumbres, en fomento de su producción, en municipalizar servicios que desahoguen los fondos concejiles para la alteza de su cometido, y en mil cosas más que ya dijimos cómo pensamos, por lo menos á la hora de ahora, recoger en otro volumen de municipalerías.

Una ciudad con un presupuesto en números redondos de treinta y un millones de pesetas, de los cuales hay que distraer seis millones y medio para el Estado por encabezamiento de Consumos, superior proporcionalmente y en absoluto al de todas las poblaciones de España, más otro medio millón por contribuciones é impuestos, y tres millones doscientas cincuenta mil pesetas por contingente provincial para la Diputación, organismo que casi paga solo y que es más inútil aún en la villa que en el resto de la nación, de modo, que restan de sus haberes más de diez millones de pesetas entre ambas entidades todos los años; un pueblo que necesitaría precisamente esos diez millones para cumplir con holgura sus fines de primer Municipio de España, no esquilmar al contribuyente y fomentar la producción de nuevos recursos económicos, pues ahora con lo sobrante, después de deducir obligaciones fijas, como personal, instrucción, alumbrado, intereses de la Deuda, Beneficencia, policía y otras del mismo modo inexcusables, necesita andar trampeando y no avanza debidamente; un Concejo sometido á las mismas trabas que los demás, y aun peor, recargado de gravámenes, sujeto á exigencias abrumadoras, desconocidas fuera, escarnecido en sus pretensiones, falto de sólida base de opinión pública, negligente y *desmunicipalizada* en lo que toca á su interés, no merece, en verdad, la calificación de privilegiado.

Ahora mismo, Valencia, Bilbao y Barcelona, especialmente ésta, se disponen á considerables mejoras urbanas, tras de las que vienen acometiendo. Barcelona, que tanto ha hecho por su hermosura, en que nos recreamos, piensa airear el antiguo recinto con tres grandes vías, proyecto á que ya hicimos alusión, y Valencia, á quien Zorrilla cantó diciéndola que está debajo del Paraíso, procura reforzar la ilusión llevando al pudridero moruno de sus encrucijadas perfumes de la huerta edénica. Madrid, en cambio, ha tenido que suspender por lo pronto sus anhelos de reforma interior, escaso de caudales, huérfano de protecciones. Y volvemos á preguntar: ¿dónde está el privilegio?

Ni siquiera suele tener lo que no falta á los pueblos españoles para hacerse eco de sus ideales, de sus conveniencias, de sus ansias de mejorar, y que en todo caso lleva su voz, ó sea, de representación en el Parlamento. Aquí salta nueva demostración de la mala suerte de Madrid, condenado á la envidia por creerle villa mimada, cuando es la recibidora de más azotes. Debiera procurarse en toda ocasión por los poderes públicos que este espejo de la patria reflejase imágenes limpias, mas no es así, y las elecciones manchan por costumbre el cristal. Por fas ó por nefas, en las de diputados á Cortes resulta más de una vez Madrid sin voceros en el Congreso, puestas en entredicho sus actas, con lo que no puede quejarse de desigualdades el último distrito rural. También es raro que obtenga aquí la investidura parlamentaria, como la alcaldía y como todo, un madrileño, y no suele haber, en realidad, diputados por la villa, con lo que eso enaltece, que defiendan al tiempo de los de la nación compatibles derechos locales.

Madrid, por las consideraciones expuestas, ha ganado

bien la capitalidad. La suma de intereses materiales creados no es nada en comparación de los de otro orden. La obra del pasado es, naturalmente, insustituíble, y sin precio ya su valor histórico. No hay que llegar á los tiempos actuales, ni siquiera al siglo XIX, en que se coronó de grandezas y se puso al frente de toda marcha progresiva, para que perdurables glorias le realcen ante propios y extraños. Sería suficiente recordar en la mediocridad de la nación el intento cuajado de realidades civilizadoras muy bellas que le distingue en el siglo XVIII, con ministros enciclopedistas y magistrados que abandonan la peluca para inspirarse y aprender en la naturaleza un derecho más justo, y cultivadores de las letras que con estadistas y jurisperitos y consejeros y patriotas propenden á romper la soledad, á incorporarnos á la corriente europea. Y en todas las manifestaciones del entendimiento y la actividad y en prácticas sociales urbanas repercute ese movimiento precursor que, además de las que se ven en la historia de nuestra cultura, ha dejado en arte y mejoras huellas de suprema valía en la capital.

Más allá, en dos siglos, no hay tampoco más literatura española propiamente dicha, como universal monumento y teniendo por escenario á Madrid, que la castellana. Región que la ha producido en tal copia y con singularísimo esplendor ha echado por siempre raíces en la cultura y gérmenes de oro en los surcos espirituales, como en los de su tierra parda.

Por tanto tiempo imperó Castilla en las letras con absoluto predominio que es impagable la deuda contraída por todos. Nos nutre su jugo y las más rehacias voluntades, los labios más díscolos rinden acatamiento á ella y pronuncian conmovidos nombres que no se pue-

den olvidar. Españoles de todas partes, sin excluir á los de regiones con otra lengua, aportan la ofrenda de su talento para construir el coloso, con que le graban un sello humano, cosmopolita, al mismo tiempo que de manera inmarcesible, infundiéndole el espíritu de la raza, engendran su personalidad española. Llena así un espacio de siglos, pues la literatura catalana, no renace propiamente como regional hasta corrido un tercio del XIX.

Pone Madrid en esa pirámide inmovible, que afama el desierto de nuestras desventuras, sillares enormes. La villa milenaria resplandece con hijos ilustres, soles algunos de nuestro cielo ideal. Cervantes nace en la misma provincia, á poca distancia, y Calderón, Quevedo y Lope de Vega, dentro de sus muros. No imitaremos á remotos antecesores en escritos sobre Madrid, contando por miles nuestros paisanos célebres; pero del acompañamiento genial sobran todavía unas docenas que se podrían repartir para fundamento de glorias locales y justificación de aniversarios de tamboril y gaita.

En ciencias y artes, en política, en jerarcas, en todo, hay madrileños insignes donde escoger, desde los moros Jalúa, Muslema, Ben Amet y Said Ben Zulema, hasta Serra, Pirala, Barbieri y Fernanflor, contemporáneos de muchos de los sobrevivientes. No mentamos á los aún vivos, algunos de los cuales honrarán con nuevos timbres augustos la villa, á la que su hijo Carlos III dedicó sus amores, contrastando con otros príncipes que nacieron aquí. Á los nombres que la ocasión ha traído á los puntos de nuestra pluma, de madrileños inmortales, como los dioses mayores de nuestra literatura, como Juan Bautista de Toledo, el discípulo de Miguel Ángel, admirado y conocido en Italia por el *Valiente español*, quien imaginó el monasterio de El Escorial y dirigió las

obras hasta que á su fallecimiento fué sucedido por Juan de Herrera, y como Claudio Coello, el pintor excelente; á cuantos acá y allá en el transcurso de estas páginas se ha nombrado por naturales de Madrid, cronistas antiguos y modernos, historiadores, artistas, poetas, dignos todos de loa, júntase una legión que cual ellos ha ganado dignamente su fama.

Al licenciado Vargas se le encomienda que lo averigüe todo por ser tales sus conocimientos que el Rey Católico Fernando V no duda que el asunto más intrincado lo resolverá á satisfacción. El cardenal Cisneros, que en la provincia de Madrid ve la luz, en su villa predilecta despliega sus dotes. Francisco Ramírez, cuyo apellido lleva el gran duque de Rivas, autor de *Don Álvaro,* de capitán general de artillería ejecuta proezas. Se entrega el Alcázar al licenciado Castillo, alcalde de la Comunidad. Antonio Pérez se encumbra y llega á un siniestro ocaso. Zapata de León, *el capitán de la bandera de la sangre,* toma bríos para ser el primero que plante la bandera española en las baterías de San Quintín y guerrear, á fuer de hidalgo de su época, indistintamente en una ú otra tierra. El marqués del Carpio, caído en desgracia, de gran señor que fué acrisola su estirpe sentando plaza como soldado raso en el ejército contra Portugal, y por sus merecimientos, no por heredadas fortunas, vuelve á ser magnate y á subir más alto que nunca estuvo. Cárdenas y Zapata, señor de Loeches, recordando algo del Romancero del Cid, abofetea en plena corte del rey de Francia, donde estaba de embajador y en ocasión bien crítica, al representante de otro Estado, y sus agudezas madrileñas, desenfadadas y arrogantes, se hacen proverbiales en París y desconciertan al mismo rey. El marqués de Mejorada, D. Pedro Fernández del

Campo Angulo y Velasco, diplomático y estadista con Felipe V, se negó, á pesar de las circunstancias, á firmar la cesión del reino de Sicilia al duque de Saboya, diciendo que antes se dejaría cortar la mano, sin que en Tratados mucho más onerosos de tiempos después haya tenido imitadores ese madrileño.

Golillas, consejeros, eclesiásticos y militares, á veces todo confundido en la misma persona, con ribetes de pícaro además, de intrigante en negocios públicos ó de aventurero, castiza envoltura de tan romántica sociedad española, se ven en la galería matritense. El cardenal Zapata, abrumado de honores y ahito de influencia, se retira muy viejo ya á morir en un pueblecillo. Chumacero es famoso presidente de Castilla. Gutiérre de Vargas, el que concluyó la capilla del Obispo, obtuvo esta dignidad á los diez y ocho años y no fué obstáculo para una juventud borrascosa la mitra, hasta que la edad, naturalmente, apagó su fuego; pero en medio de todo no se olvidaba de su villa el obispo de Plasencia y la libertó de pechos, comprándolos de su bolsillo. D. Alonso de Contreras, de la Casa de Desamparados, logra con tan obscura procedencia en tiempos de desigualdad, ser un caballero de renombre. D. Juan de Caramuel, del que se decía que si se perdiesen todas las ciencias él las podría reconstituir, fué un gran polígrafo, un sabio y fué fraile y abad del monasterio cisterciense de Praga y fué defensor de esta ciudad contra los suecos y fué obispo en Bohemia, en Flandes, en Nápoles, en Taranto y en Milán, donde la muerte cortó la carrera de uno de los mayores talentos de Europa.

Rival suyo en nombradía fué el maestro Hortensio Félix Paravicino, escritor y orador de pasmosa elocuencia. También el P. Nicolás Gallo sobresalió en oratoria y an-

tes, á Ruy González Clavijo, aquel madrileño de la Edad Media, embajador al gran Tamorlán por Juan II, se le conocía por el orador, y ya entonces su *guasa* establece admirablemente, sin necesidad de otros datos, la filiación de su persona. Tomás y Juan López brillan como geógrafos, y como médicos Gregorio López Madera, Martín Martínez y Bocángel. Los pintores Ricci, Alonso del Arco, Alonso del Barco y Pantoja de la Cruz, que condensa estados de conciencia universal en los retratos suyos, anteceden á Ortego, á Alenza, á Palmaroli, á Madrazo, á Rosales, á Domínguez. Antes y ahora, en todos los siglos de su existencia abundan hombres preclaros en la patria de Tirso de Molina, Moreto, Cañizares, Montalván, príncipe de Esquilache, Salas Barbadillo, marqués de Mondéjar, Francisco Santos, más paisano nuestro todavía que los demás, puede decirse, por el sitio donde vivió, Ercilla, Ramón de la Cruz, los Moratines, Cienfuegos, Hermosilla, Quintana, el épico, y Mariano José de Larra (Fígaro), uno de los mayores prestigios literarios de la España contemporánea. También la escena se ha honrado con comediantes madrileños de la estofa de Matilde Díez, Agustín de Rojas, Guzmán y Mariano Fernández, y no podía faltar el rico ornamento clásico español de mujeres fuertes y mujeres de letras, de que son gloriosas répresentaciones Juana Coello, esposa de Antonio Pérez, María Isidra Guzmán de la Cerda y María de Zayas y Sotomayor.

¿A qué citar más? Ya hemos expresado que la lista es muy larga y que sin llegar á extremos de algunos catalogadores de hijos distinguidos de Madrid, que ha dado también á la causa de la independencia y la libertad nombres como Castaños y Torrijos, podríamos ceder muchos á quienes lo hayan menester. No es la villa, en nin-

gún respecto, una creación artificial, sino que por sus cualidades y condiciones á través de los tiempos y ahora, suministra pruebas irrefragables á cada paso de que tiene la capitalidad de la nación por derecho propio, que vive de sí misma, contribuyendo como ninguna, embotando armas que después de siglos de quieta y pacífica posesión ha esgrimido contra ella la vulgaridad recientemente.





XIX

ADRID en condiciones urbanas es también una capital europea. Sus servicios, dentro de las condiciones del país, naturalmente, europeos son y algunos, según indicamos, originales ó superiores. Las Casas de Socorro, por ejemplo, son blasón ilustre de la villa, que se ha imitado y es causa de elogios en ese aspecto de la Beneficencia Municipal, servida por un distinguido cuerpo facultativo. La institución de los serenos constituye una organización admirable, una vigilancia imposible de téner en semejante grado de otra manera y al mismo tiempo sin gasto para la villa, que sobre serle muy difícil soportar, dada la legión de serenos, les quitaría el estímulo para su deber y la identificación con el vecindario que representa el depender económicamente de los vecinos, de modo que su conducta es la graduadora de la recompensa, y sufrirían perjuicio en sus intereses abonándoles sueldo, pues resultaría insignificante, en general, comparado con lo que voluntariamente les pagan el comercio y los inquilinos todos. En cualquier punto de la población se ve de noche el farol indicativo de que alguien vela y á la llamada del transeunte ha de acudir. Es el hombre de confianza

á quien se recurre ó de quien esperan las familias avisos y servicios en trances urgentes. Tener, todo en una pieza, servidor, amigo y autoridad el vecindario, sin dispendios para la villa, que sólo paga á unos pocos serenos que llevan su nombre en los suburbios, ha sido un acierto y una feliz inspiración.

Con esa policía originalísima y la institución de los porteros, desconocidos en muchas partes, á poco trabajo podían los encargados de la seguridad pública, si la policía del Estado acabara de organizarse bien, garantizar la de Madrid casi absolutamente. La guardia municipal es otro elemento para lograrlo, y en cuanto á los porteros, sin despojarles de su carácter particular, con el que han prestado grandes servicios á las costumbres, á la cultura urbana y al tranquilo disfrute del domicilio, se puede, con una reglamentación de carácter público, pero, entiéndase bien, atenta sólo al interés de los vecinos y sin menoscabar derechos de los propietarios, hacer todavía más útil esa institución provechosa.

Aún viven quienes han conocido á Madrid con portales que eran letrinas y basureros y *refugium pecatorum,* y pueden aseverar la transformación que supone para Madrid esa persona adscrita al cuidado de cada casa, indicador viviente, que ahorra complicaciones, encargado del régimen común de la vecindad, ligado con el de la población, de las relaciones intervecinales, del orden, del aseo, de los encargos y de la vigilancia. Esos mismos que conocieron á Madrid sin porterías y son los más idóneos para contrastar la diferencia, darán fe de lo que en servicios urbanos era Madrid y de lo que es actualmente.

Como los buenos del extranjero son muchos de tales servicios y procura seguir todos los adelantos. Encajará

bien esta cuestión, analizándola menudamente en el otro libro proyectado, si cuaja al fin, mas consignaremos ahora que reúne la capital, aparte de las que debe á su privilegiada situación, condiciones para ser una de las más saludables del mundo. Al presente, muchas culpas de la miseria y la ignorancia se la atribuyen, y en estadísticas peregrinas, sin discernir los datos de las regularmente hechas, al buen tun tun, y repetidas sin pensar, se la achaca para terroríficas denominaciones como la de ciudad de la muerte, todas las defunciones que aquí ocurren, violentas, por descuidos temerarios, por vicios y aun las de gentes que vienen de fuera á recogerse en los hospitales ó en busca de alivio cerca de afamados doctores. Es cosa análoga, en punto á las consecuencias que sacan algunos de la estadística, á lo que ocurre, vaya por ejemplo, á los distritos de la Inclusa y el Hospital, en los que radican establecimientos públicos que dan un gran contingente de fallecimientos, y como no se distingue, en el movimiento demográfico se cargan á cuenta de las expresadas demarcaciones, que aparecen así inhabitables, cuando justamente esos descuidados distritos, donde predomina el elemento popular de escasos recursos, que vive en angustiosas condiciones, demuestran con la cifra exacta de su mortalidad, inverosímil para quien los conoce á fondo, cómo es Madrid uno de los pueblos más sanos.

Poblaciones importantes de España están á la cuarta pregunta en cuestiones de alcantarillas, mientras que Madrid tiene una red extensa, y no construída recientemente, sino en muy notable porción desde Carlos III, á quien, como en otras obras de utilidad, secundó José Bonaparte. Si se dice que las alcantarillas no se hallan en condiciones excelentes y lejos en lo principal y admi-

nículos de teorías modernas, contestaremos que es verdad, pero que más vale eso que nada, tanto más cuanto que las de dichos reyes, después de los cuales nada se ha hecho en alcantarillas, á pesar de haberse extendido sobremanera, capaz de sostener con el mérito de sus obras la comparación, son aprovechables con las demás para disminuir mucho el coste y las dificultades de un plan científico, completo, con vista á lo que se conoce ya ultrafronteras, que dotando á Madrid de un alcantarillado superior, por las condiciones del suelo, de tan pronunciados y numerosos declives, contribuiría poderosamente á colocar la capital, respecto á higiene, entre las excepcionales.

El pavimento, sobre el cual parece pesar una funesta tradición, no deja tampoco de mejorarse, y con mayor orden costaría menos de lo que se gasta hoy en ese servicio el tenerle más decoroso. Recordamos que entre otras proposiciones presentamos una al Ayuntamiento, fijando bases para la conservación del piso, que con distribuir el personal convenientemente y establecer responsabilidades, suministraría el efecto de reparaciones oportunas, inmediatas, conservadoras del pavimento en buen uso, ahorrando más de una costosa renovación, después de una vida lamentable. Haciendo eso con lo asfaltado, ya que afortunadamente se ha podido colocar en tantos sitios, estaría siempre como si se acabara de poner. Si no, sobre ser una ruina, produce el abandono en ese lujo de las vías públicas el efecto desagradable y melancólico de un frac harapiento. La susodicha proposición duerme, desde que salimos de la Municipalidad, el sueño de los justos.

Lo que se echa de menos en los servicios, como en las reformas, es un plan acrisolado, concienzudo. En llegar

á ese fin de la manera posible, con las dificultades que opone la inercia, trabajamos bastante, y de algo sirvió nuestra cooperación, aparte de alguna reglamentación general, en reorganizaciones parciales como la de Estadística y la de Mercados, que nos dió ocasión para una de nuestras campañas contra los monopolios y arrendamientos, que sobre ir contra la naturaleza moral, social é histórica de los Ayuntamientos y equivaler á nota de incapacitación, serían estorbo por eso mismo para llegar á la indispensable municipalización de servicios.

La azarosa vida de aquel Ayuntamiento á que pertenecimos tampoco daba mucho vagar, y harto era sostener, en unión de D. Joaquín Ruiz Jiménez, el peso de los debates, sesión por sesión, contra lo que nos parecía encajar en nuestro deber de fiscalizadores, lo que nos obligaba al estudio de cuantos dictámenes figuraban en la orden del día. Los tiempos eran de prueba, pues entonces fué cuando, con ocasión de las denuncias del marqués de Cabriñana, se procesó á muchos concejales y quedamos pocos en disponibilidad de ejercer el cargo. Aun de los que no fuimos objeto de sospechas ni acusación se retrajeron bastantes en el furioso vendaval, y llegó día en que escasamente media docena acudimos á celebrar sesión y, perplejos, no se sabía qué hacer, muy á punto de abandonarlo todo, cuando la consideración de que la vida municipal no puede interrumpirse y estímulos del valor cívico que debe mover á los representantes del pueblo, nos inspiraron una arenga que tuvo la virtud de volver los alientos, repartiéndonos un trabajo abrumador hasta que llenaron las vacantes de los procesados concejales de R. O., cuyo carácter de interinidad y la perturbación causada no eran á propósito para creaciones definitivas.

Unas cosas y otras explican que no se haga mucho de lo que pudiera hacerse en Madrid, por la desconfianza que suele sentirse hacia el Consistorio, la falta de solidarios vínculos entre administradores y regidos y, desde luego, el poco amor que al Ayuntamiento se le profesa. Es algo del divorcio que acostumbra á manifestarse entre los gobiernos y la nación, que redunda en perjuicio de los intereses generales. Restablecer la armonía entre el Concejo, casa familiar, y los administrados, y no solamente administrados, sino sujetos benéficamente, hablando en el terreno ideológico, á su acción tutelar, es obra de importancia tan grande, como que teniendo Municipios florecientes, pues ahí radica la base del Estado y la medula de la nacionalidad, la patria sería la de nuestros anhelos y la regeneración deseada realidad hermosa, inconmovible.

En Madrid, sobre cuya importancia para el ejemplo sería redundante lo que añadiéramos, pudiera hacerse muchísimo por esa compenetración, indispensable á los progresos de la villa, medio ambiente de confianza adecuado para lo que es de necesidad absoluta, pues con los recursos normales no es suficiente, un gran empréstito, sabiendo su aplicación, para dar la última mano á la villa, prestando más atención el vecindario á sus deberes concejiles, pues en el pecado de incuria lleva la penitencia, y á la elección de personas, y éstas dedicándose, sin otras contemplaciones, al pueblo.

En toda ocasión deben por él velar, sin desmayos en su defensa, hasta presintiendo, para acudir á remediarlas ó prevenirlas, sus aspiraciones. Fuera de las cualidades que en la introducción y en el curso de esta obra hemos bosquejado como dotes de los regidores y labor á realizar en punto á la educación y cultura del pueblo,

éste los amaría si los viera siempre solícitos, hoscos ante el poder público cuando conviniera, en apoyo de justos y racionales mandatos de la conciencia popular é intransigentes en la cuestión de sus prerrogativas. Y aun cuando cosecharan ingratitudes por lo pronto, la imitación de respetables varones y lo que engrandece el cumplimiento de una función social de incalculables consecuencias, sería bastante para reanudar la tradición de los viejos y gloriosos Municipios de España. En nuestra modestia, una de las cosas más estimadas fué el banquete con que número considerable de electores, por primera vez en las costumbres, nos obsequiaron al dejar el Ayuntamiento, celebrando nuestra gestión.

Una de las cosas que urgen es distinguir claramente en la opinión de los compatriotas el Estado y el Ayuntamiento de la villa, que en perjuició nuestro andan confundidos. Con actos se debe hacer ver la pesadumbre que nos agobia, y uno de los empeños que debiera tomarse es el de representar y gestionar porfiadamente que el Poder ayudase al ennoblecimiento material de Madrid, como es su deber y lo exige al mismo tiempo el decoro de la nación, instalando sus institutos de todos órdenes en edificios apropiados y ornamentales. El mezquino espíritu de las covachuelas sigue imperando y parece reflejar la Administración el aspecto repulsivo de algunas de sus madrigueras. El desbarajuste se ve en las contradanzas de acá para allá, de un caserón á otro, que hace bailar frecuentemente á sus dependencias, y ocurre que ni siquiera varias de ellas poseen casa propia. ¡Y cómo son bastantes de las que pertenecen al Estado! Hace algún tiempo, entrando en vías modernas, se atiende á esta necesidad; pero aún queda mucho de lo antiguo. Hasta el Congreso, que en su interior tiene

cosas notables, resulta insuficiente, ruin, cuando empeño de amor propio en España, más que en otros países, debiera ser la glorificación material de sus Cortes.

Si esa, como otras análogas, es una empresa de influencia, de prestigio, acción social como la que verifican constantemente otras poblaciones, y hacen bien, pidiendo mejoras, que al fin y al cabo son útiles para todos, y más eficacia tendrían en Madrid, en aquello que encontrase fundamentos legales para sostenerse la reclamación se haría con la fuerza irresistible de la justicia, apoyada por la opinión de tan populosa capital. Lo que debe el Estado á Madrid, lo que éste puede reclamarle por su categoría, lo que le sería factible hacer en provecho de una descentralización conveniente á las provincias españolas, convenientísima en la capital, constituye para los ediles un magno programa.

¿Se quiere regionalismo? Bien está, y de la suma de energías regionales, sin presiones absurdas que las debiliten, hay que esperar mucho; pero regionalismo también para Madrid, pues no creemos que se pretenda hacerle de peor condición; y eso pedimos, que su Ayuntamiento, que sus diputados, que su población trabajen por los intereses de la villa, recaben para ella las ventajas posibles, y como la recompensa debe estar para que se la repute justa en relación con los merecimientos, muy grande había de alcanzarla, y si de fuerza se tratase y el temperamento de la urbe lo consintiera, la tocaría la parte de león.

Con una acción social para impedir que frívolamente, por gracia ó por echárselas de superhombre, sin trabajo ni quebraderos de cabeza ni gallardía en el indolente desdén general, ó por rutina, se rebajara á Madrid — ya decimos que cuando sea sin razón —; con un poco del

amor local que sienten otros, y se guarda muy bien de ofender ó lastimar quien espera algo, y todos se aplicasen á la reforma de lo imperfecto en la medida de sus posibles, en competencia de voluntades, se consumaría la obra que juzgamos, por lo que venimos exponiendo, muy necesaria.

Madrid merecería un buen premio de los poderes públicos, puesto á pedir compensaciones con espíritu regional, aunque no fuera sino por lo que contribuye á levantar cargas del Estado, prescindiendo de otras consideraciones. Sólo por conceptos ya expuestos pagamos unos 10 millones de pesetas; por contribución territorial 15.415.624,44, y por industrial 6.621.796,28, que es un buen pico, hasta para las más industriosas. ¡Calcúlese, por su población, la cuantía de sus negocios, su trabajo, su movimiento, su consumo, sus empresas, sus capitales, sus espectáculos y su lujo también, el dineral producido por impuestos indirectos y toda clase de rentas públicas! El parásito del prejuicio es en la realidad y de modo enorme el mayor de los contribuyentes.

La rémora del Estado se halla siempre, y prueba es la dificultosa y malograda negociación de actualidad con la Hacienda á propósito de cosas que aquí tratamos y para prevenir posibles peligros del erario municipal. De esa conducta, de esa aspereza y del obstáculo que supone para los intereses madrileños es otra demostración el que no intervenga directamente Madrid en la justificación de lo cobrado por contribuciones, de las que percibe, como las demás municipalidades, un tanto por ciento, y se haya de contentar con las relaciones que se le manden y con lo que se le entregue. Sería bonita ocasión esa para que los concejales reclamaran que al Ayuntamiento, no porque se le defraude, sino por la

formalidad, más por el fuero que por el huevo, pues quien tiene derecho á una cosa le tiene también á comprobar que se le entrega lo debido, y por obligación cuando se trata de intereses ajenos, sobre los que no cabe renuncia, se le considerase, á los efectos consiguientes, como una de las partes interesadas.

No decimos esto sino como señal de lo que sucede. Conviene el deslinde para que cada palo aguante su vela y se compruebe, cómo deficiente y todo, la administración municipal supera á la del Estado en organización y condiciones materiales, y que para su régimen posee un cuerpo de funcionarios que con el mejor puede sostener la competencia.

Hay mucho que corregir en los servicios, naturalmente, y cuantos á ello cooperen merecerán bien de la villa; pero el dictamen ha de ser razonado para que resulte eficaz y de buena intención, sin pesimismos infecundos y que á veces ahorran pensar y molestias. En su ligereza no ven muchos lo que se hace ante sus propios ojos, no se paran á reflexionar en el desarrollo y fomento de que son presenciales testigos, en lo que eso supone, y menos aprecian la continua transformación que va remozando á Madrid. Creen en el milagro, herencia española, y no saben admirar ni aquilatar la virtud del esfuerzo. Hemos tenido ocasión por nosotros mismos, provocándola á veces, de observar á dónde llega esa propensión y cómo la pereza mental suele ser obstáculo insuperable en no pocos para atender á la realidad de las cosas que no permite las maravillas de que caprichosamente hablan, sin concretar, por defecto de preparación y por cuyo logro, si claramente las concibieran y con ardor las desearan, tampoco se hallan dispuestos á poner la menor suma de energías.

Lo que realmente hay en Madrid es como una tradición de abandono y descuido que es imprescindible cortar. El aspecto sucio de que tanto se ha hablado y de que nos hicimos eco en lugar oportuno, aunque reformado notablemente, sigue deprimiendo á la capital. Posee ésta elementos sobrados para su brillo, pero ocurre que le empaña la sordidez. Somos una casa de lujo, pero desordenada, en que se descuida la limpieza. Un coquetón pisito, bien acicalado, y por el aseo resplandeciente causa más agradable y risueña impresión que un palacio donde el polvo, las telarañas y cierto tufillo característico alejan.

Por eso, aunque Madrid requiere alcaldes á lo Rivero, opinión que exteriorizamos, solicitando, como así se acordó, que el Municipio pusiera el nombre de aquel magistrado popular á la calle de Cedaceros, también necesita, y con absoluta precisión, un alcalde que se dedique, y lo efectúe, á realzar, á adecentar, á mantener decorosamente lo que ya existe. Mejorando los servicios actuales y procurando el saneamiento y limpieza de la villa, de modo que, como la individual, suministre por su facha grata impresión y recomiende el espíritu de quien la usa, se haría obra más colosal, aunque de menor brillantez, que la de muchos derribos y embellecimientos, si después se conserva el horror al agua, con todo lo que esa hidrofobia supone, herencia de un misticismo morboso, con ramalazos en otros países, cuya sangre se mezcló con la nuestra, que no comprende la santidad sino en el estercolero de Job.

Un Ayuntamiento que secundara á un alcalde así, dedicándose enteramente á la curación de la llaga, á extirpar el mal, sería digno de los mármoles y los bronces. Primero que reunir nuevas grandezas, á demostrar

con actos que no hay desequilibrio consubstancial en nosotros, que somos buenos administradores, sabiendo conservar la fortuna, y después, ese mismo orden y discreción traerán aparejados aumentos. El bienestar prudente, con su cortejo de salud y ecuanimidad en el temperamento de la villa, hará milagros. Antes que nada, el buen piso, el cumplimiento riguroso de las Ordenanzas en cuanto á policía, el ramo de limpiezas muy bien dotado, con responsabilidad personal por cuarteles á sus individuos, sistema que se debiera generalizar; la mano dura en no dar licencias de alquiler sino á las casas en condiciones higiénicas, siendo además muy conveniente para su desahogo y visualidad del panorama las azoteas obligatorias; la necesidad, sin que eso equivalga á una fuente de ingresos, pues no cabe transigir en tales cuestiones, de sanear las fincas actuales, y para todo ello agua, mucha agua, derroche de agua, que debe aumentarse á toda costa, por lo que es lamentable cualquier proyecto que se encamine á tasarla por arbitristas que ven sólo el lado contributivo, cuando á ser posible se debiera dar, en un pueblo como el español, dinero encima para su empleo.

Es una lástima que la villa donde se consagra individualmente tanto culto á la limpieza personal y á la del domicilio, donde hay costumbres de refinamiento, más de lo que suele haber por esas poblaciones de España, aunque falte mucho todavía, por lo cual se impone, entre otros medios educativos, el establecimiento de baños públicos; es sensible que no se complemente esa manera de ser y el gusto madrileño por la compostura y pulimento de la persona con la acrisolada *toilette* de la villa, para dar ejemplo y poder tener exigencias en la reformación de algunos deplorables resabios. Disponemos para ello

afortunadamente aun ahora de agua mejor y en más cantidad que suele haber en las poblaciones de España y en no pocas del extranjero, siendo difícil competir en calidad con la nuestra. No queremos decir con lo que antecede, como algunos atrabiliarios censores, que no haya pizca de barro en Madrid cuando llueve, pues tal cosa no puede ser, y ya lo reputó cosa muy natural Quevedo, en una de sus profecías: «Cuando lloviere, habrá lodos.»

En un suelo de la naturaleza del de Madrid, cosa para tenerse muy en cuenta, y además el clima, no es posible la facilidad que hay en países del Norte y Noroeste de España, por ejemplo, para contrarrestar inconvenientes del polvo y el barro y conservar las calzadas sin extraordinarias atenciones; además, el tráfago inmenso de una gran población la enloda necesariamente, y no hay sino observar la diferencia entre calles muy concurridas y las de menor movimiento. El asfaltado, en donde sea posible, corregirá mucho si no se descuida, y ahí vamos á parar con nuestras observaciones, á que con mayor celo hay recursos bastantes para no poder justificar el abandono y acudir al remedio cuando la villa se ensucie, teniéndola siempre aseada y correctamente presentable, á lo que ayuda, como compensación de las desventajas dichas, las pendientes de su superficie, que se puede muy bien limpiar y no sostiene los barrizales, aunque llene de asombro á los ciegos admiradores de lo de fuera de casa, que las nieves, tan poco frecuentes aquí, las lluvias y la escasa vertiente forman en algunas capitales de Europa, empleándose grandes esfuerzos por la Municipalidad para remediarlo.

Eso del saneamiento general, obra imprescindible y de preferencia, que no ha de limitarse al buen estado

del piso, enlázase con otra cuestión que puede llamarse de saneamiento de las costumbres, de higiene moral. En este punto las autoridades no tienen disculpa. La buena índole del pueblo, como la de los niños mal educados, se vicia con la negligencia imperdonable de quienes sin trabajo podrían hacer, disponiendo de masa tan buena, que el aspecto de Madrid fuese en todos conceptos digno de una capital. No ha muerto la tradición de insolentes desgaires en tipos de sainete, agravada por la epidemia de señoritos chulos, decreciente por fortuna de todos, en su apogeo al principio de la Restauración, y el amaneramiento de cierta literatura, muy en boga antes, coincidiendo con la relajación de costumbres, sobre todo en el teatro chico, cuya acción disolvente en España entera, causa y efecto á la vez, constituiría muy curioso estudio en el análisis social de estos últimos tiempos, género literario que, á título de real madrileñismo, ha presentado unos fantoches, cuyo lenguaje, verbigracia, no suele ser reflejo del popular, sino que los espectadores le han imitado, saliendo de todo un producto híbrido y no pocas veces soez, una galería de tipos, no muy gratos para madrileños que huyen de cariños que matan, como tampoco deben agradecer los baturros, pues cuecen habas en todas partes, la reputación que en determinado sentido, ajeno á las admirables cualidades de los aragoneses de los fueros y los defensores de Zaragoza, les dieran amorosos apologistas.

Existe algo de indisciplina social, atajable muy fácilmente. Son pocas docenas los que de noche, por ejemplo, toman la calle por suya, la que parece en determinadas horas pertenecer al hampa, y porque son tan pocos irrita más que molesten y desacrediten á la población, que en general descansa ó quiere que la dejen des-

cansar pacíficamente, sin otro pecado que el común á los españoles de la resignación, pues á no tenerla sabría hacer que las autoridades impusieran el cumplimiento de ordenanzas y leyes, ó por sí constituiría, como ya ocurrió, medios de defensa contra los que faltos de respeto no saben divertirse sino con la ordinariez de brutales exteriorizaciones en público, sin pensar nunca en que puede haber molestia para tercero, ó deleitándose con molestar, y en lo que se deben á sí propios y á la villa, habiendo, por desgracia, también entre esa gente personas que por su posición debieran proceder muy de otra manera y contra las cuales, por lo mismo, está más indicado el rigor severo.

De los mil ruidos, efectos de esa indisciplina social de que hablábamos, que han hecho al madrileño honorario Cavia zarandear á *Estruendópolis,* entre los que los organillos, de capa caída ya, son la más desesperadora expresión, y de las incomodidades en otros órdenes que se dejan sentir, nos veríamos libres, mejorando inmensamente la fisonomía de la población, con el cumplimiento nada más, aplaudido generalmente, de disposiciones en vigencia. El respeto á la mujer, su derecho á transitar sin molestias de impertinentes galanteadores, debe constituir una religión; las palabras malsonantes con que á gritos se ofende, castigo piden, y si con ellas alardean muchachos, contaminados por el mal ejemplo, sin temor ni consideración á las personas mayores, sus padres, advertidos en el bolsillo por justas multas, ya se encargarían de educarlos. La índole de sus infantiles juegos y el acampamento en las calles, merecen también llamar la atención. El respeto mutuo y costumbres urbanas decorosas del todo, obligando á los establecimientos públicos á proveerse de cuanto sea necesa-

rio para auxiliar esa labor de cultura, se imponen al gobernador civil y al alcalde.

La nube de mendigos que siempre ha descargado sobre Madrid no ha podido aventarla el progreso. Parásitos son de la villa que desaparecerán con su absoluta limpieza, cuya extirpación exige asilos acondicionados suficientes y refugios nocturnos, en que se haga el bien sin mirar á quién de manera digna, en tal forma que no haya duda á los corazones sensibles, á los sentimientos generosos, de que todo el que la necesite encuentra la protección pública, y se retraigan de la limosna. Hay que sustituir, en una palabra, la estéril caridad por la fecunda justicia, y para ello, en virtud de la tendencia obligada en los municipios modernos, se debe fundar instituciones sociales para el caso, no cuidando sólo de abrir establecimientos públicos, que en muchas circunstancias no pueden remediar ó resultarían crueles, sino llevando también la asistencia social benéfica, reparadora, á los domicilios. La generosidad del pueblo de Madrid es cosa fuera de discusión, reconocida por todo el mundo, y bien lo saben los *industriales* de la mendicidad. Encauzada aquélla, se completaría la beneficencia pública y particular, que abunda y es en algunos conceptos notable.

Nada favorece á los intereses de Madrid la inestabilidad de los alcaldes, ni tampoco á ésta y las demás grandes poblaciones la de sus ediles. Bien ejercido el sufragio el mal de la vinculación desaparecería, imputable en todo caso á la sociedad, á quien podría repetirse aquello de tú te lo quieres tú te lo ten; pero, en cambio, sin ningún argumento en puros principios ni de necesidad que justifique la ley de excepción, es perjudicial el renuevo constante, porque los que llegan, cuando acaban

el aprendizaje de sus funciones es casi cuando les toca salir, y los buenos, como los malos, dejan de representar á la villa, sin que á ésta le sea posible en su beneficio conservar á quienes lo merezcan, y otorgarles, si la apetecen, la corona cívica de la reelección.

Ningún mal ha remediado esa ley y ha empeorado todos. Desde luego impide la selección que se pudiera realizar por un cuerpo de electores conscientes. Lograda, puesto que la cantera es inmejorable, todo se nos daría por añadidura. La inculcación del sentido moral es tan imprescindible como la de otros y un deber para los directores, valiéndose de ejemplos, de enseñanzas, de mejoras de las costumbres, evitando cuanto puede extraviarle, y esa propagación de la cultura ciudadana en todo momento, en toda ocasión, es facilísima obra en Madrid, de tan buena índole, de tan hermoso natural, donde lo que es razonable y se sabe mandar (lo otro impopularizó á los *guindillas)* y conviene á la villa amada, se incorpora al fin como propio á nuestra existencia.

Se dolía ante un grupo de concejales D. Santiago de Angulo, alcalde que prohibió fumar en el interior de los tranvías, de resistencias posibles á su disposición, más que nada por efecto de las chirigotas con que suele recibirse aquí consuetudinariamente ordenanzas y bandos, y sin perjuicio de solazarnos también un poco, se le animó, asegurándole que por buena arraigaría la medida, como así fué, sin ninguna clase de violencia.

Así en todo. Véase, y es prueba plena del carácter del vecindario, que Madrid, con la policía que nos viene cabiendo en suerte, y dígase lo que se quiera, es de las poblaciones donde menos delincuencia suele haber, y la mayor parte raterías ó delitos de sangre sin refinada perversidad, por impulsos atávicos, horrorizándole crí-

menes monstruosos muy pocas veces. Fuera de eso, con ser tan grande Madrid, ni ofrece espectáculos de depravación y libertinaje, ni tiene rincones de selva humana donde guarecerse con fortuna los criminales y hacer salidas de lobo, como Londres, París y las grandes urbes de todos los países y tiempos. Así que la seguridad personal es mucha, y por los barrios más extremos se va generalmente á todas horas sin cuidado alguno, y un atraco que otro, de poca monta y sin consecuencias de mayor calibre, lo juzgaría indigno de su reputación el último de los «apaches». Algo más de esfuerzo por las autoridades y Madrid es una balsa de aceite. El hampa á que nos hemos referido es la de cualquier población numerosa, pero en menor cantidad, más primitiva y más fácil de meter en cintura.





XX



ONSOLIDAN la capitalidad de Madrid razones etnológicas que en el laboratorio de los siglos se han ido formando, con la especialidad que repetidamente hemos dicho y que sólo así pueden constituirse, igual que ocurre con todas las razas que á través de los tiempos, mezclando gentes heterogéneas, adquieren personalidad como cosa aparte, sin que pueda ya distinguirse la pureza de los elementos primarios. El mapa espiritual de España tiene también su centro en Madrid.

Véase cómo esa labor de la naturaleza no se realiza en ninguna otra parte. Hay en todas algo, pero en todas existe un sello particular, deficiencias, que no permiten cristalizar lo que en la villa adquiere su propio asiento. Cual cumple á su representación y á los fines que debe cumplir, moralmente se halla más cerca que nadie de Europa y lo está, no sólo porque su nombre se halla incorporado al movimiento cosmopolita, en méritos de la Historia, pues no se puede suprimir uno de los escenarios más culminantes de ella, cuando España fué lo que fué, si no, igualmente, porque el espíritu civilizador huye de particulares egoísmos y allí encarna don-

de encuentra espíritu más libre y abierto, prefiere para la virtud de su obra, que tantas resistencias impugnan, ganar á los más influyentes en la colectividad, á los que la dirigen, y, como el día, amanece más pronto en las cumbres.

Expresamos anteriormente cómo aquí hay más espacio para los vuelos de la inspiración, y ello es naturalísimo. Á mayor intensidad de vida corresponde mayor suma de arte. Las pasiones de la ciudad, en que los espíritus se hallan más cultivados, son círculos dantescos, donde pueden nacer inmortales poemas. Se respira en los pueblos que han vivido mucho, no tanto años como emociones, aire saturado en idealidades. Si una literatura inmensa como la de Madrid se posee, entonces es la capital una villa-luz.

La vida madrileña en todas sus fases, misterios, costumbres y episodios, en la plaza pública, en el hogar, en la conciencia, en la mente, en el corazón, en ilusiones y desengaños, en esperanzas y desalientos, en el anhelar y el hastío, sainetesca, trágica, vulgar, épica, frívola, grave, solemne; la sociedad española en su refinada expresión, cantando el alma nacional, observándola, analizándola, increpándola á veces el dolor de patriota herido con patéticas lamentaciones, el arte las ha grabado perpetuamente en el recuerdo de los hombres, y como todas las obras del talento se ha hecho, coadyuvando á su formación, consubstancial con nuestro espíritu.

Las creaciones del ingenio á que ha dado origen Madrid son tantas que no hay exageración en decir que constituyen, salvo excepciones, el tesoro del intelectualismo nacional. Han ido acumulando los siglos riquezas para él y cada día crece de modo pasmoso. Llegan li-

bres corrientes del mundo, sin achicarse con rutinarios prejuicios ni egoístas miras ni limitados horizontes, y desde aquí, irradiando por la nación, se difunden el poco calor y las claridades tenues que nos han dejado las desdichas. Pero se guarda el rescoldo y hay que confiar, en vísperas del centenario de nuestra guerra de la Independencia, que siendo ahora el fuego más grande que entonces, vuelva á soplar el genio eterno de la raza para otro Dos de Mayo en Madrid, reanimar Juntas varoniles, iluminar Cortes de Cádiz, inflamar en patriotismo á Asturias, á Galicia, á Extremadura, á Andalucía, á Cataluña, á Aragón, á España en masa, y producir los incendios sublimes de Zaragoza y de Gerona.

Á ese respecto hay que fomentar los elementos de asociación y combatir los que pudieran disociarnos. Representa la clave de los primeros Madrid por virtud de las circunstancias, y lleno de amor solicita de sus hermanas españolas, sin distinción alguna, que en el consagrado suelo de la villa adoren el arca de la alianza, símbolo de la nación libre, que han labrado para encerrar la Historia tantos hombres conspicuos, oriundos de todas las regiones, lo mismo que todas realizaron hechos, va para un siglo justo, en enaltecimiento y conservación de la Patria.

El arranque ese es lo inmortal y lo que nos hace dignos de la existencia cualquier que sea el juicio que se formule sobre los resultados y sin olvidar que si se malogró por abominables ingratitudes, de entonces data, á pesar de todo, una España nueva, y la debemos celebrar con el heroísmo que, admirado por los extranjeros, no va á desdeñarse por los españoles y menos ahora, aun sin cerrar muy cruentas heridas, pues mucho hubiéramos necesitado imitarle para no perder la esti-

mación, más fuerte que baterías, murallas y acorazados, siendo útil ver si en esas conmemoraciones de sacrificios hallamos manera por nuestra conducta de readquirir la fe en nosotros mismos y con el atajamiento de codicias crueles evitar para siempre la pesadilla que tortura á España con la vergüenza perdurable y el horror de otras más dolorosas mutilaciones.

El familiar semblante de la villa para los madrileños, que hace que todas las cosas tengan alma y real existencia de seres vivos; la ola de ternura que nos sumerge por cualquier detalle, por la más vulgar apariencia, recordadores de pronto de algunas horas consumidas, horas intensas, y el ir de aquí para allá en lírica efusión, cuando sentimos melancólicas sensaciones de lo que nos falta, reconstituyendo nuestro ser, todo ello no es extraño tampoco á los españoles, quienes á poco que cultiven su espíritu, si la voz de la sangre no lo reclama, han de reconocer el parentesco que los une á la capital, morada suya, de la que han tomado posesión al menos en los libros.

Con las famosas ciudades del mundo pasa lo mismo á todos los hombres de cultura. No hace falta haber conocido la Atenas de Pericles para recorrerla con la imaginación como un ateniense; no es de necesidad haber vivido en París para sabérsele de memoria. Se tiene en poblaciones tales derecho propio de ciudadanía, como le disfrutan en Madrid, por tantos conceptos ideal para los foráneos, á él atraídos por anhelos irresistibles, todos los españoles.

Campo de actividad es, y bien lo demuestran los que vienen de todas partes á labrarse una posición. El elemento oficial ya dijimos que, además de no ser madrileño, constituye una mínima parte del vecindario, que

casi todo tiene que trabajar. No hemos de insistir en cómo la burocracia no es cosa característica de Madrid, fruto de su tierra, sino del régimen, de la capitalidad, que donde quiera que se asentase la mantendría, pues esto es de una evidencia elemental y sobra con lo anteriormente manifestado. Las capitales de provincia también disfrutan de sus preeminencias. El pueblo madrileño trabaja mucho para subvenir medianamente á necesidades de la vida, problema mayor que en otros puntos, por lo que le agravan las circunstancias. Penosa es la labor para muchos por la carestía de lo indispensable, y la lucha por la existencia, en que es más difícil obtener la victoria cuanto más se complica por refinamientos de la civilización, otorga escasos armisticios.

La burocracia misma, condenable por el abuso, pero no en sí misma, por constituir una necesidad de todo Estado, es ocupación tan respetable como cualquier otra y no pródigamente retribuída en general, cuando el funcionario cumple una misión útil, inevitable, que alguien debe desempeñar para la buena marcha de la Administración, como son precisos en las oficinas particulares, sin diferencia mas que en el fin que unos y otros persiguen y en el patrono que los paga, siendo todos, y bien explotados á veces, trabajadores.

Los de oficios manuales son muchísimos. La villa cuenta una población obrera considerable. Hay lo que en toda urbe de esta índole, espuma social que sobrenada y que mientras esta organización subsista hay en todos los sitios donde se multiplican las comodidades y placeres, á lo que contribuyen de gran manera los opulentos, como también, por una suerte de compensación, al desarrollo de artes é industrias y al realce de la localidad. Eso y la chusma son naturales manifestaciones del

universo reducido que contiene una populosa villa, y tiene otras fases que la holganza ruín de señoritos ó jácaros de campanario; mas fuera de que en Madrid ya sabemos la valía de esos factores, su proporción y su alcance, comparados con los de ciudades homólogas, conviven con la gran masa que á una ocupación se dedican honradamente, entre la que hay, repetimos, infinidad de manos callosas.

Las manifestaciones de obreros, cuyo espíritu de asociación está más desarrollado que en las demás clases, suman miles y miles. De su organización en sociedades de resistencia es señal elocuente que las domiciliadas en el Centro de la calle de Relatores hayan comprado en más de un millón de reales el palacio de los duques de Béjar, para convertirle, como señal de los tiempos, en casa de la familia obrera.

En ese cocido á cuyo torno se agrupa el trabajador con los suyos, sobre el santo suelo, dando notas pintorescas á la villa, que á tales horas, en su risueña luz, tiene aire de señora de casa, entregada, con la satisfacción que sienten en ello las españolas, á sus domésticos quehaceres; en ese humilde plato con el condumio nacional, amarilleante, de sano color, se cifran venturas de los pobres y horas amargas entre cuatro paredes. Es el manjar comido con la salsa de la apetencia, llevado al compañero por la mujer que se atilda y en ese yantar público del trabajo-rey se ufana con la blancura de la servilleta ordinaria y los toscos, pero bien fregados utensilios, como sólo desea para paladear á gloria el vulgar alimento y pago de la abnegación de todos los días que la paz de aquel instante siga sentándose entre ellos, traiga el olvido feliz de sombrías escenas y avive con el amor de los hijos que á tal cual grupo asisten, el

fondo alegre, animoso, estoicamente fatalista, que ahorra la inquietud del mañana. En la democrática sociedad madrileña esos cuadros se armonizan muy bien con el alma de la villa noble, con virtud de hacerse agradables, simpáticos, confraternizando todos ante el sobrio agape en una especie de banquete espiritual.

El pan nuestro de cada día, como esos obreros que por razón de su oficio tienen costumbre de comer así, le ganan con mucha fatiga infinidad de habitantes de la población madrileña. Para acabar de documentarnos y cerrar con broche definitivo nuestra labor, por si alguna duda quedare, aunque es rigurosamente positivo todo lo expuesto é indiscutible con razones y datos, consignaremos todavía unos pocos. Para que se vea cómo ha empezado Madrid el siglo XX, nos parece oportuno recoger lo que sigue de estadísticas oficiales, al concluir el XIX.

De 512.595 habitantes que allí aparecen empadronados en Madrid, fuera de niños en lactancia, estudiantes y colegiales, asilados en hospicios, hospitales, prisiones, etc., etc., párvulos y mujeres casadas, á quienes el cabeza de familia mantiene, y ya se sabe la proporción con que suelen estar en el conjunto de pobladores, resultan 241.931 individuos de ocupación ó profesión conocida, de los cuales hay, entre fabricantes en grande y pequeña escala y comerciantes al por mayor y por menor y un núcleo de banqueros y comisionistas, 18.001, y obreros de oficios mecánicos ó manufacturas 68.897 hombres y 11.088 mujeres; 1.325 constituían el personal de los caminos de hierro y de toda clase de empresas de transporte, y si se añade, y no lo hacemos por no ser inútilmente prolijos, el personal de las profesiones liberales, abogados, y todas las relacionadas con lo judicial, médicos, farmacéuticos, y cuantas se compren-

den en ese grupo de las médicas, profesores y maestros de enseñanza libre, ingenieros, arquitectos, artistas, escritores, y tantos como desempeñan misiones útiles y necesarias, se verá la injusticia de llamar á Madrid, donde los empleados públicos son los menos, y necesarios en cierta medida lo serán siempre, villa oficial y burocrática.

De los pobladores de Madrid, descontando en la cifra expresada 3.523 extranjeros, no eran hijos de la villa, sino de todas las provincias españolas 253.636, y de los naturales permite ese dato suponer que la mayoría eran descendientes de forasteros. ¿Es ó no ésta tierra común, hogar de todos los compatriotas, laboratorio de la raza, donde se acrisola y depura el nacionalismo? Madrid es lo que España quiere que sea, y los patriotas deben saberlo para todos á una hacer más respetado y venerable en la capital de la nación el tabernáculo de la Patria.

Madrid cuenta con elementos propios de vida, que desde luego le señalaron para grandes destinos. Su situación en la Península es enorme ventaja. Condiciones materiales reúne para una existencia próspera, superiores á las de muchos pueblos, iguales á las de otros florecientes y sin auxilio de protecciones, ni órdenes prohibitivas de libre concurrencia ni privilegios. Pues qué, ¿las chimeneas de fábrica que sobresalen en los tejados de Madrid no se las puede multiplicar? Ellas pregonan cómo no hay imposibilidad para el establecimiento de industrias que ya tuvo antes, y en el siglo XVIII, tras del eclipse, célebres fueron sus productos de china, loza, platería, tapices y otros. Regiones fabriles no poseen minas de carbón ni primeras materias, exactamente como aquí; pues lo mismo en manufacturas y fabricaciones nos es posible hacer, según el sentido común enseña, y se va reali-

zando. Saltos de agua, poderosa riqueza, tendremos en el instante que se desee de verdad, y desde luego Madrid, según las estadísticas, reclama su título bien merecido de trabajador.

Aunque no es la única ejecutoria de un pueblo ni la más excelsa la industrial, ni queremos condescender con el prejuicio de creerlo así, no le está vedada á la villa. Ni ninguna otra, pues hoy día puede acumulársele todos los elementos de vitalidad de que un Municipio á la moderna puede disponer y sus circunstancias, sin garambainas oficiales, le hacen, repetimos, privilegiado. No ya la industria solamente, sino el comercio, debe alcanzar un desarrollo extraordinario para convertir en hecho la feria ideal de la corte fantástica que pintamos con su cuenta y razón en el comienzo de este libro. Plaza mercantil de primera es ya nuestro pueblo, mas el día que se consume dichosamente el proyecto que se enreda en sutiles mallas, pues ni en cosa de interés nacional se mira por Madrid, á quien se cree omnipotente, el de hacer líneas férreas especiales que acorten distancias, Valencia será el puerto de Madrid, Bilbao y Santander de la meseta central, donde radican ciudades solariegas, cuyos nombres suenan solemnes, Valladolid, Burgos, León..., enlazándose estrechamente con la capital y sirviéndola también de muelles para el colosal movimiento que cruzando la Península afluirá y refluirá en este corazón de España universalmente, extensivo el tráfico no sólo á objetos fabriles sino, como natural depósito por su emplazamiento en regiones agrícolas, también á los frutos de la nobilísima agricultura. ¿Y por dónde mejor la comunicación con Portugal? La obra inmensa de fraternidad con el pueblo hermano, para conocerse y amarse, huyendo de cuanto nos separó, de la

violencia, de la maldita discordia, cada uno en su casa independiente, pero en cordiales relaciones de familia, empresa es para levantar el exánime espíritu.

Alcalde y concejales del pueblo, salidos de su voluntad, fuente de la moderna soberanía, con el entusiasmo y el amor local de todos, completarán la obra que se viene haciendo y la grandiosa de lo porvenir. Vuelta la dulzura del clima que nos abandonó por incultos y que es una suerte que de nosotros dependa, terminando de transformar pueblecillos próximos en algo de los alrededores de París; hecha en servicios é higiene tacita de plata la ciudad saludable por sí en grado máximo, gentilmente hermosa, cumplirá cada vez más sus trascendentales fines y nuevas desamortizaciones, como la que se consagró con la estatua de Mendizábal en la plaza del Progreso, aprovechadas mejor que otras, pues varias se hicieron desde tiempos remotos en lo eclesiástico y lo civil y no en épocas demagógicas, como intencionadamente se quiere hacer creer, pueden venir á facilitar al Estado y al Ayuntamiento solución de problemas sobre edificios y otras necesidades. Aun hoy el Cuerpo diplomático, que tradicionalmente coopera á la suntuosidad de la villa, con gusto la comparan, y sin contar el hechizo de su cielo y la seducción de su trato, si echan de menos algunas cosas, en cambio ni en los suburbios hallan los contrastes brutales, horribles, de ciudades famosas, los barrios precitos de un infierno social en los países de nieve, los semejantes á basureros fermentados en los países de sol, los de manidas de tablas en Roma.

Hay quienes modestamente, por carecer de abuela, hablan de cómo en Madrid todo está perdido, sin duda porque lo han ganado los pueblos que tienen la dicha de

poseer á esos gerifaltes, que para brillar se aislan fuera de concurso, de fastidiosas competencias y meten ruido con la extravagancia. Los tales, que sin querer rinden acatamiento á Madrid, suponiendo que todas las provincias juntas, con todas sus virtudes, sin la acción de este Mesías — ¡siempre el esperado Mesías! —, no pueden regenerar á España, lo que es un doctoral disparate, si no son merecedores ya de que se les enseñe los dientes, por lo menos habrá que pedirles, del tamaño siquiera de un cañamón, retrato de la Dulcinea ideal suya. El día de Cavite, con la chulesca hez de toda humana colectividad, que no llegó á llenar la Plaza, bajo la censura del pueblo, sin humor de espectáculos, que entonces hubo interés en no suspender, toda España se fué á los toros. Por ninguna parte hay — ¡así los hubiese! — positivos síntomas de vida nueva próxima en el desfallecimiento nacional y sólo en Madrid, también en marasmo, por lo que en sus entrañas se adivina, por su historia y significación, ponen hasta los clamantes en el desierto de su pesimismo la postrer esperanza. Fe inspira su lema arrogante y justificado: *Rompe y luce* (1).

Focos son los intelectuales de Madrid que deslumbran y mantienen la primacía siempre acatada nacionalmente. Lo que no lleva el sello de la capital, su aplauso, no pasa, y la aspiración de todo el que anhela desentumecer su alma con algunos rayos de gloria es conseguirle. Rinden ese homenaje los más rehacios, y sienten, por dura que sea su testa, el desvanecimiento de Madrid.

En su teatro — el número y belleza de sus coliseos es

(1) El Emblema y las Armas que á título de curiosa información vense en las cubiertas de este libro, y de los demás Escudos de la Villa, los colecciona fielmente en magnífico cromo la citada *Historia de Madrid* de Amador de los Ríos y Rada y Delgado.

admirable—se cultiva todos los géneros, y al hablar del *chico* no le medimos, naturalmente, por su longitud. Las obras y las compañías dramáticas adquieren, como todo en la villa, carácter nacional, de ellas hacen tributarios á los demás pueblos españoles y entran por medio de excursiones en la corriente de la civilización cosmopolita. La prensa madrileña tiene un prestigio profesional supremo, una popularidad incomparable en todo el país, pues es la única que la goza, aunque hay periódicos regionales bien hechos, sin conseguir romper el círculo de la región, cuando más. Asunto muerto es el que no reciba aire de la prensa de Madrid, radicando una indiscutible fuerza en su Asociación, presidida hace años por D. Miguel Moya, ejemplo vivo de lo que es capaz un madrileño.

Al revés de lo que ocurre generalmente en el país, donde la suma de analfabetos viene á ser doble que la de los poseedores de instrucción elemental, cuando finaba el siglo último, y más cada vez, como es de cajón, el número de los que conocían las primeras letras llegaba aproximadamente al doble de los no instruídos. Aquéllos eran 342.565, y el de los indeterminados ó no clasificables por falta de noticias, 10.708. No conviene olvidar la multitud de forasteros que inmigran, los cuales dan el contingente mayor de analfabetos, pues de los nacidos ó criados en Madrid son pocos los que no pasan por las 180 escuelas que sostiene el Ayuntamiento, algunas especiales para sordo-mudos y ciegos, y la multitud de otras instituciones y particulares que existen.

Es numerosísima también la población escolar para los estudios superiores en la Universidad, los dos Institutos y Escuelas especiales, habiendo un nutrido profesorado particular coadyuvante del público en las ense-

ñanzas. La Academia Española, la de Bellas Artes, la de Historia, la de Ciencias exactas, físicas y naturales, la de Ciencias morales y políticas, la de Jurisprudencia, la de Medicina, el Ateneo, la Sociedad Económica de Amigos del País y tantas y tantas colectividades y corporaciones, aparte del patriciado con diploma, habiendo ricas Bibliotecas públicas y privadas en que mantener el fuego sagrado, constituyen otra suerte de Cuerpo de Hijodalgos de Madrid, ó sea una aristocracia intelectual.

Ofrece campo á todos y sobre él se precipitan los inspirados. Artes que no son populares en España, cuya educación en tal sentido conviene hacer, aquí hallan ambiente. Los escultores, por ejemplo, desde que se levantó la estatua de Cervantes; la de frente al Congreso, primera que no se erigió á un rey, circunstancia curiosa, han trabajado en esculturas para Madrid casi únicamente.

Hay en la villa un edificio cuya sola posesión enorgullecería á cualquier Estado. No es por su mérito exterior, aunque le hace venerable el ser obra de Villanueva, sino por la divinización espiritual del genio. El corral antiguo de la Pacheca, el teatro Español, es templo de manes sublimes que mantendrán como los de Grecia sobre cataclismos de las almas y las naciones, con rasgos de luz, el nombre de España. Y enfrente, con la blancura de su mármol en medio de sombras nacionales, la estatua de Calderón de la Barca recuerda que pueblo como el de Madrid, que al teatro español puede llamar suyo, será por siempre entre las gentes bendecido.

FIN

ÍNDICE



